

PER... WAHLÖÖ

Asesinato en
la planta 31

El trampolín de acero

Título original: *Mord på 31: a våningen / Stålsprånget*

© Per Wahlöö, 1964, 1968.

© de la traducción: Juan Capel, 2015, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO080

ISBN: 9788490568422

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Nota editorial

Asesinato en la planta 31

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

El trampolín de acero

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)

NOTA EDITORIAL

Per Wahlöö (1926-1975) es conocido en España principalmente por las diez novelas policíacas que escribió junto con Maj Sjöwall, entre 1965 y 1975, protagonizadas por el inspector Martin Beck y que han alcanzado un éxito universal y duradero, convirtiéndose en clásicos del género. Sin embargo, es también autor de siete novelas más y un libro de relatos publicados a lo largo de veinte años, anteriormente o al margen de su colaboración con Maj Sjöwall, inscritos en la serie «Dictadura». A caballo entre el thriller y la novela política, también cuentan con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y supusieron al autor la comparación con George Orwell, Franz Kafka y Graham Greene.

Entre las obras que Wahlöö escribió en solitario, *Asesinato en la planta 31* (*Mord på 31:a våningen*) y *El trampolín de acero* (*Stålsprånget*), que presentamos conjuntamente en este volumen traducidas por Juan Capel, constituyen un díptico unitario y diferenciado. Publicadas en 1964 y 1968, respectivamente, y protagonizadas por el comisario Jensen, en ellas Per Wahlöö desarrolla su tema constante, la relación del individuo con el Estado, en un distópico país nórdico, ficticio pero inquietantemente premonitorio y cercano a nuestra realidad.

ASESINATO EN LA PLANTA 31

A MAJ

La alarma sonó exactamente a las 13:02 h. El jefe superior de policía llamó personalmente a la comisaría del distrito dieciséis, y noventa segundos más tarde empezaron a sonar las alarmas en las dependencias y despachos de la planta baja. Seguían sonando cuando el comisario Jensen bajó de su despacho. Jensen era un oficial de policía de mediana edad, de complexión física estándar y de rostro vulgar e inexpresivo. Se detuvo en el último peldaño de la escalera de caracol y echó un vistazo a la sala de guardia. Se ajustó la corbata y se dirigió hacia el coche.

El tráfico a mediodía discurría como una densa y fulgurante masa metálica, y el paisaje urbano se levantaba a ambos lados del hervidero de coches como una columnata de vidrio y hormigón. Los peatones parecían seres sin techo y descontentos en medio de ese mundo de duras aristas. Iban bien vestidos, aunque, curiosamente, de idéntica manera y todos tenían prisa. Hacían cola en filas espasmódicas y se amontonaban ante semáforos rojos y relumbrantes cafeterías cromadas. Miraban incesantemente a su alrededor toqueteando sus maletines y bolsos de mano.

Los coches de la policía perforaron el atasco con el aullido de las sirenas.

El comisario Jensen iba en cabeza, en un coche patrulla estándar de color azul marino y tapicería de escay; lo seguía un furgón de color gris con la ventanilla trasera enrejada y luces giratorias en el techo.

El jefe superior de la policía habló por radio:

—¿Jensen?

—Sí.

—¿Dónde está usted?

—Enfrente del edificio de los sindicatos.

—¿Llevan puesta la sirena?

—Sí.

—Apáguela cuando pasen por la plaza.

—El tráfico es muy denso.

—Da igual. Hay que evitar llamar la atención.

—Los periodistas nos escuchan constantemente.

—No es necesario que se preocupe por ellos. Estoy pensando en la opinión pública, en el hombre de la calle.

—Entiendo.

—¿Va usted de uniforme?

—No.

—Bien. ¿Qué personal le acompaña?

—Cuatro policías de paisano y otros nueve agentes en el furgón. Uniformados.

—Dentro o en las inmediaciones del edificio solo podrán actuar los agentes de paisano. Deje la mitad de la patrulla a trescientos metros del edificio. Luego pase de largo y aparque arriba, a una distancia prudente.

—Entendido.

—Acordone el acceso a la calle principal y a las bocacalles laterales.

—Entendido.

—Si alguien pregunta, el cierre de la calle se debe a obras urgentes en la vía. Por ejemplo...

El jefe superior se quedó en silencio.

—¿Una avería en el suministro de calefacción?

—Exacto.

El auricular crepitó durante un instante.

—¿Jensen?

—Sí.

—¿Sabe qué trato debe darles?

—¿Trato?

—Creí que todos lo sabían. No debe dirigirse a ninguno de ellos como director.

—Entendido.

—Son muy puntillosos con eso.

—Comprendo.

—Supongo que no es necesario que insista en el carácter delicado de la operación.

—No.

Resoplido automático. Algo así como un suspiro, hondo y metálico.

—¿Dónde está ahora?

—En la parte sur de la plaza. Frente al monumento al trabajo.

—Apague las sirenas.

—Listo.

—Aumente la distancia entre los coches.

—Listo.

—Envío radiopatrullas disponibles de refuerzo. Se dirigen al aparcamiento. Utilícelas en caso de emergencia.

—Entendido.

—¿Dónde está ahora?

—En la calzada norte de la plaza. Ya veo el edificio.

La calle era ancha y recta, con seis carriles y un espacio intermedio pintado de blanco. Tras una alta alambrada de acero colocado a lo largo del borde izquierdo había un terraplén que descendía hacia una extensa terminal de camiones, con centenares de almacenes donde carretillas blancas y rojas hacían cola ante las plataformas de carga y descarga. Había bastante gente yendo de un lado para otro, sobre todo estibadores y chóferes con monos blancos y viseras rojas.

La calle había sido abierta dinamitando una ladera rocosa y presentaba un trazado ascendente. A la derecha limitaba con un muro de granito revocado con hormigón armado. Era de color azul celeste, con marcas de óxido verticales dejadas por la parrilla de contención, y en la parte superior asomaban las copas de algunos árboles de follaje escaso. Desde la calle no se podían ver los edificios que había tras los árboles, pero Jensen sabía que estaban allí y qué aspecto tenían. Uno de ellos era un manicomio.

En su cota más alta la calle alcanzaba la altura de la ladera y giraba levemente a la derecha. El edificio se encontraba justamente ahí. Era uno de los más altos del país y por su emplazamiento podía divisarse desde todos los puntos de la ciudad. Siempre se lo veía por encima de todo lo demás y parecía constituir, desde cualquier entrada a la ciudad, la meta de toda vía de acceso.

Su base era cuadrangular y tenía treinta plantas de altura. En cada fachada había cuatrocientas cincuenta ventanas y un reloj blanco con manecillas rojas. Estaban recubiertas de placas acristaladas, de color azul oscuro en la base pero con matices más claros cuanto más ganaban en altura.

Visto a través de la ventanilla del coche, a Jensen le pareció que el edificio surgía de la tierra como una inmensa columna y se adentraba en el despejado cielo primaveral.

Con el radioteléfono aún en la oreja, se inclinó hacia delante. El edificio se agrandaba hasta ocupar todo su campo de visión.

—¿Jensen?

—Sí.

—Confío en usted. Su misión consiste ahora en valorar la situación.

Se hizo una pausa breve y crepitante. Luego, titubeando, el jefe superior de policía dijo:

—Corto y cierro.

Los suelos de la planta dieciocho estaban cubiertos de alfombras de color azul celeste. También había unas vitrinas con dos grandes maquetas de buques y un recibidor con sillones y mesas en forma de riñón.

En un despacho acristalado estaban sentadas tres mujeres jóvenes ociosas. Una de ellas lanzó una mirada de soslayo al visitante y dijo:

—¿Qué desea?

—Me llamo Jensen. Es urgente.

—¡Ah!

Se levantó indolente y caminó despacio y con una dejadez muy ensayada. Abrió una puerta y dijo:

—Está aquí un tal Jensen.

Tenía las piernas bien torneadas y la cintura estrecha. Vestía con mal gusto.

Otra mujer se asomó por la puerta abierta. Parecía algo mayor, aunque no mucho, y tenía el pelo rubio, rasgos pálidos y un aspecto aséptico en general.

Miró por encima de su ayudante y dijo sin más:

—Pase, por favor. Le estábamos esperando.

El despacho hacía esquina y tenía seis ventanas, debajo de las cuales se desplegaba la ciudad, irreal e inerte como la maqueta de un mapa topográfico. A pesar del brillo del sol, la vista era magnífica, y la luz clara y fría. Los colores del despacho eran nítidos y austeros, y las paredes muy claras, al igual que el revestimiento del suelo y los muebles de acero.

En una vitrina, entre dos ventanas, había trofeos de níquel cromado, con grabados de guirnaldas de hojas de roble y pedestales de madera negra. La mayor parte estaban coronados por arqueros desnudos o águilas con las alas desplegadas.

Sobre el escritorio había un interfono, un inmenso cenicero de acero inoxidable y un teléfono de última generación de color hueso.

Encima de la vitrina, un banderín blanco y rojo con el mástil cromado, y bajo el escritorio se veían un par de sandalias amarillas y una papelera vacía de algún metal ligero.

En el centro del escritorio, una carta de entrega urgente.

Había dos hombres en la sala.

Uno de ellos estaba en un extremo de la mesa, con las yemas de los dedos descansando sobre la pulida superficie. Vestía un traje oscuro bien planchado, zapatos negros hechos a mano, camisa blanca y una corbata de seda plateada. Tenía el rostro vulgar y servil, el cabello bien peinado y una mirada perruna tras sus gruesas gafas de concha. Jensen había visto a menudo rostros así, en especial por televisión.

El otro hombre, que parecía algo más joven, llevaba calcetines de rayas blancas y amarillas, pantalón marrón claro de tergal y, por fuera, una camisa blanca con el cuello desabrochado. Estaba de rodillas sobre una silla ante una de las ventanas, con la barbilla en las manos y los codos apoyados en la repisa de mármol blanco. Era rubio y de ojos azules, y estaba descalzo.

Jensen mostró su placa y dio un paso hacia el escritorio.

—¿El editor jefe?

El hombre de la corbata de seda movió la cabeza con un gesto de negación y se apartó del extremo de la mesa con ligeras reverencias y gestos impacientes y vagos en dirección a la ventana. Su sonrisa era inescrutable.

El rubio se bajó de la silla y se acercó de puntillas. Estrechó la mano de Jensen, de modo breve y enérgico. Luego señaló hacia la mesa.

—Ahí —dijo.

El sobre era blanco y muy corriente. Llevaba tres sellos de franqueo y la etiqueta roja de urgente abajo a la izquierda. Dentro del sobre había un pliego de papel doblado en cuatro. Tanto la dirección como el mensaje estaban formados con letras pegadas, al parecer recortadas de un periódico. El papel parecía de muy buena calidad y tenía un formato inusual. Jensen sujetó la hoja con las puntas de los dedos y leyó:

en represalia por el asesinato que han perpetrado una potente carga explosiva ha sido colocada en el edificio es de acción retardada y va a estallar a las catorce horas en punto del veintitrés de marzo salven a los inocentes

—Es evidente que está loca —dijo el rubio—. Loca de remate, no hay más.

—Sí, esa es la conclusión a la que hemos llegado —añadió el hombre de la corbata de seda.

—O quizá sea una broma pesada —sugirió el rubio.

—Y de mal gusto.

—Sí, también podría ser eso, por supuesto —dijo el hombre de la corbata de seda.

El rubio le dirigió una mirada apática. Luego continuó:

—Este es uno de nuestros directores. El responsable de publicaciones.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Mi mano derecha.

El otro ensanchó la sonrisa e inclinó la cabeza. Tal vez era su modo de saludar, aunque también podía haberla inclinado por cualquier otro motivo, como por ejemplo, por timidez, respeto u orgullo.

—Tenemos noventa y ocho directores más —aclaró el rubio.

El comisario Jensen miró el reloj. Eran las 13:19 h.

—Me he fijado en que decía usted «loca», editor jefe. ¿Hay alguna razón para suponer que la remitente es una mujer?

—Suelen llamarme editor, a secas —dijo el rubio.

Rodeó sin prisa la mesa, tomó asiento y cruzó la pierna derecha sobre el brazo del sillón.

—No, por supuesto —contestó—. Debo haberlo dicho sin pensar. Alguien tiene que haber preparado esa carta.

—Exacto —dijo el responsable de publicaciones.

—Me pregunto quién —continuó el rubio.

—Sí —apostilló el responsable de publicaciones.

Su sonrisa se había esfumado y había sido reemplazada por unas profundas arrugas meditabundas encima del nacimiento de la nariz.

El editor cruzó también la pierna izquierda sobre el brazo del sillón.

Jensen volvió a mirar el reloj. Las 13:21 h.

—Hay que desalojar el edificio —dijo.

—¿Desalojarlo? Imposible. Supondría detener toda la producción. Puede que durante dos horas. ¿Entiende lo que eso significa? ¿Tiene alguna idea del coste que conllevaría?

Movió las piernas alrededor del sillón giratorio y miró con gesto solícito a su mano derecha. De pronto, el responsable de publicaciones frunció el ceño un poco más y empezó a farfullar haciendo cuentas con los dedos. El hombre que quería que lo llamaran «editor» lo miró con desdén y se echó hacia atrás.

—Tres cuartos de millón, por lo menos. ¿Entiende? Tres cuartos de millón. Por lo menos. Tal vez el doble.

Jensen volvió a leer la carta. Miró el reloj. Las 13:23 h.

El editor prosiguió:

—Editamos ciento cuarenta y cuatro publicaciones. Las elaboramos todas en este edificio. La tirada conjunta supera los veintiún millones de ejemplares. A la semana. No hay nada más importante que lograr que se impriman y se distribuyan sin demora.

Le cambió el rostro. Su mirada azul pareció aclararse.

—La gente espera sus revistas en todos los hogares del país, tanto las princesas de la corte como las esposas de los leñadores, la gente más importante y los marginados y humillados, en caso de haberlos, todos.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Y los más pequeños. Todos esos niños.

—¿Los más pequeños?

—Sí, noventa y ocho de nuestras publicaciones están destinadas a los niños, a los más pequeños.

—Cómics —aclaró el responsable de publicaciones.

El rubio le dedicó una mirada ingrata y su rostro volvió a cambiar. Irritado, pateó alrededor del sillón y puso la vista en Jensen.

—¿Y bien, comisario?

—Respeto su punto de vista, pero considero que el edificio debe ser desalojado —concluyó Jensen.

—¿Es lo único que tiene que decir? Por cierto, ¿qué está haciendo su gente?

—Buscar.

—Si hay una bomba, ¿se supone que la encontrarán?

—Son muy hábiles pero cuentan con muy poco tiempo para llevar a cabo la búsqueda. Localizar una carga explosiva puede resultar difícil. Puede ocultarse prácticamente en cualquier sitio. En cuanto mis hombres sepan algo me lo comunicarán directamente aquí.

—Todavía tienen tres cuartos de hora.

Jensen miró el reloj.

—Treinta y cinco minutos. Pero aunque encuentren la carga les va a llevar su tiempo desactivarla.

—¿Y si no hay ninguna bomba?

—Aun así debo recomendar el desalojo.

—¿Aunque el riesgo se considere mínimo?

—Sí. Esperemos que no se cumpla la amenaza, que no pase nada. Por desgracia sabemos que a veces ha ocurrido lo contrario.

—¿Dónde?

—En la historia criminal.

Jensen cruzó las manos a la espalda y se balanceó sobre las puntas de los pies.

—Esa es mi valoración como profesional —dijo.

El editor le dedicó una larga mirada.

—¿Cuánto podría costarnos que su valoración fuera otra? —preguntó.

Jensen lo miró atónito.

El hombre junto a la mesa parecía resignarse.

—Solo bromeaba, por supuesto —repuso con voz sombría.

Bajó las piernas, recolocó el sillón en la posición correcta, apoyó los brazos sobre la mesa y dejó caer la frente contra el puño de la mano izquierda. Se incorporó de un brinco.

—Tenemos que consultarlo con mi primo —dijo, y pulsó una tecla del interfono.

Jensen comprobó la hora. Las 13:27 h.

El hombre de la corbata de seda se había desplazado con sigilo y estaba muy pegado a él. Le dijo al oído:

—Con el jefe, el mandamás, el responsable de toda la compañía, el líder del consorcio.

El editor había estado murmurando algo por el interfono. Luego volvió a prestarles atención y les dedicó una gélida mirada. Pulsó otra tecla y se inclinó sobre el micrófono. Hablaba deprisa, como un profesional.

—¿El encargado de mantenimiento? Calcule que duraría un simulacro de incendio. Desalojo urgente. Deme una respuesta en un máximo de tres minutos. Por mi línea directa.

El jefe entró en el despacho. Era rubio como su primo, pero casi diez años mayor. Tenía un aspecto tranquilo, bien parecido y circunspecto, ancho de hombros y con un porte regio. Vestía un traje marrón, sencillo y digno. Cuando habló, su voz sonó profunda y su tono, ensordecido.

—¿Cuántos años tiene la nueva? —preguntó como ausente y con un amago de asentimiento hacia la puerta.

—Dieciséis —contestó su primo.

—Oh.

El hombre de la corbata de seda se había retirado hacia la vitrina; parecía que estaba de puntillas, aunque no era el caso.

—Este hombre es policía —anunció el editor—. Su gente está buscando pero no encuentran nada. Dice que debemos desalojar el edificio.

El jefe se dirigió a la ventana y se quedó mirando.

—Ya es primavera —comentó—. Qué maravilla.

En la sala reinó el silencio. Jensen miró el reloj. Las 13:29 h.

—Moved nuestros coches —dijo el jefe por la comisura de los labios.

El responsable de publicaciones se precipitó hacia la puerta.

—Están pegados al edificio —dijo el jefe de forma sosegada—. Qué bonita es la primavera.

Transcurrieron treinta segundos en silencio.

Se oyó una llamada y parpadeó la luz del interfono.

—Sí —respondió el editor.

—Entre dieciocho y veinte minutos si se utilizan las escaleras, los

montacargas y los ascensores.

—¿Todo el edificio?

—Menos la planta treinta y uno.

—¿Y con... la sección especial?

—Mucho más tiempo.

La voz del aparato perdió algo de su tono eficaz.

—Las escaleras de caracol son estrechas —aclaró.

—Lo sé.

Clic. Silencio. Las 13:31 h.

Jensen se acercó a una de las ventanas. Abajo, a lo lejos, vio el aparcamiento y la ancha avenida de seis carriles que ahora aparecía libre y despejada. Vio también que su gente había cortado la calzada con barreras de color naranja a casi cuatrocientos metros del edificio y que uno de sus hombres se ocupaba de dirigir el tráfico por una calle paralela. A pesar de la distancia pudo ver con nitidez los uniformes verdes de los policías y el brazalete blanco del agente de tráfico.

Dos grandes coches negros salían del aparcamiento. Se dirigían hacia el sur y los seguía otro coche más, blanco, seguramente propiedad del responsable de publicaciones.

Este había vuelto a entrar en la sala y se había quedado junto a la pared. Su sonrisa evidenciaba cierta preocupación y tenía la cabeza gacha, meditabunda.

—¿Cuántas plantas tiene el edificio? —preguntó Jensen.

—Treinta sobre el nivel del suelo —dijo el editor—. Más cuatro plantas subterráneas. Solemos decir treinta.

—Me parece haberle oído mencionar una planta treinta y uno.

—Habrá sido una distracción.

—¿Cuántos empleados tiene usted?

—¿Aquí? ¿En el edificio?

—Sí.

—Cuatro mil cien en el edificio principal. Unos dos mil en el anexo.

—Es decir, más de seis mil en total.

—Sí.

—Insisto en que deben ser desalojados.

Silencio. El editor dio una vuelta entera sentado en el sillón.

El jefe miraba hacia fuera con las manos en los bolsillos. Se volvió lentamente hacia Jensen. La expresión ponderada de su rostro había adquirido un aire muy grave.

—¿Considera realmente creíble que haya una bomba en el edificio?

—Debemos contemplar esa posibilidad, en todo caso.

—Pero usted es comisario de policía, ¿no?

—Sí.

—¿Y no tiene experiencia en algún caso similar?

Jensen pensó un instante.

—Este caso es muy especial. Pero la experiencia demuestra que las amenazas a través de cartas anónimas se materializan en un ochenta por ciento de los casos conocidos, o al menos tienen una base real.

—¿Está comprobado estadísticamente?

—Sí.

—¿Sabe usted lo que podría costarnos un desalojo?

—Sí.

—Desde hace treinta años nuestra empresa afronta grandes dificultades económicas. Las pérdidas se acumulan año tras año. También este es un dato estadístico, por desgracia. Solo podemos seguir publicando a costa de grandes sacrificios personales.

Su voz había adquirido ahora otro tono, amargo y afligido.

Jensen no respondió. Las 13:34 h.

—Nuestra actividad carece por completo de fines lucrativos. No somos hombres de negocios. Editamos libros.

—¿Libros?

—Consideramos nuestras revistas como libros. Cubren las necesidades que los viejos libros nunca consiguieron satisfacer.

Miró por la ventana.

—Bonito día —dijo—. Hoy, al pasar por el parque, ya habían brotado las primeras flores, campanillas y acónitos de invierno. ¿Es usted aficionado a la naturaleza?

—No especialmente.

—Todo el mundo debería ser aficionado a la naturaleza. Eso haría la vida más rica. Aún más rica.

Volvió a dirigirse a Jensen:

—¿Se da cuenta de lo que nos está pidiendo? El coste sería enorme. Nuestra situación es muy delicada. Incluso fuera del trabajo. En mi casa, a raíz del último ejercicio contable, solo usamos cajas de cerillas grandes. Y solo se trata de un pequeño ejemplo, para que me entienda.

—¿Cajas de cerillas grandes?

—Sí, grandes, por razones económicas. Debemos ahorrar en todo. Y cuanto mayor es el envase, más barato resulta. Economía razonable.

El editor estaba sentado ahora en el escritorio con los pies sobre el brazo del sillón. Miraba a su primo.

—Lo más razonable económicamente sería que de verdad hubiese una bomba —dijo—. El edificio se nos empieza a quedar pequeño.

El jefe lo miró apenado.

—El seguro nos cubre —añadió el editor.

—¿Y quién cubre el seguro?

—Los bancos.

—¿Y a los bancos?

El editor no dijo nada.

El jefe volvió a dirigir su atención a Jensen.

—Supongo que está sujeto a secreto profesional.

—Por supuesto.

—Nos lo ha recomendado el jefe superior de policía. Espero que sepa lo que ha hecho.

Jensen no hizo ningún comentario.

—¿No habrá metido a policías de uniforme dentro del edificio?

—No.

El editor levantó las piernas, las cruzó y se sentó sobre ellas encima de la mesa, en la postura de sastre.

Jensen echó una mirada de reojo al reloj. Las 13:36 h.

—Si realmente hubiera una bomba aquí —dijo el editor—, seis mil personas... Diga, señor Jensen, ¿cuál sería el porcentaje de víctimas?

—¿El porcentaje?

—Sí, entre el personal.

—Es imposible calcularlo.

El editor murmuró algo, aparentemente para sí mismo.

—Nos podrían acusar de hacerlos volar por los aires a propósito. Es una cuestión de prestigio. ¿Has pensado en la pérdida de prestigio? —le preguntó a su primo.

Con la vista empañada, el jefe contemplaba la ciudad, blanca, limpia y cubista. Los aviones trazaban estelas de humo en el cielo de primavera.

—Desalojen el edificio —susurró por la comisura de los labios.

Jensen miró la hora. Las 13:38 h.

El editor alargó la mano hacia el interfono. Se acercó el micrófono a la boca. Su voz era clara y distinta.

—Simulacro de incendio. Procedan al desalojo. El edificio debe quedar vacío dentro de dieciocho minutos, a excepción de la sección especial. Empiecen en noventa segundos a partir de este mismo momento.

La luz roja se apagó. El editor se levantó. A modo de aclaración dijo:

—Es mejor que la gente de la planta treinta y uno se refugie en su sección y

no se ponga a bajar escaleras. El fluido eléctrico se corta en el mismo instante en que el último ascensor alcanza la planta baja.

—¿Quién puede querer hacernos tanto daño? —se quejó el jefe apenado.

Y se marchó.

El editor empezó a calzarse las sandalias.

Jensen abandonó la sala en compañía del responsable de publicaciones.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, a este último se le borró la sonrisa de los labios, su rostro se volvió pétreo y arrogante, y su mirada viva e inquisitiva. Cuando pasaron por la secretaría, las jóvenes ociosas parecían agazapadas en sus mesas.

Eran exactamente las 13:40 h cuando el comisario Jensen salió del ascensor y apareció en el vestíbulo. Hizo una señal a sus hombres para que le siguieran y se dirigió hacia las puertas giratorias.

Los policías abandonaron el edificio.

A sus espaldas el eco de los altavoces se dejaba oír entre las paredes de hormigón.

El coche estaba aparcado justo al lado de la pared rocosa, a medio camino entre el cordón policial y el aparcamiento.

El comisario Jensen se sentó en el asiento delantero, al lado del conductor. Tenía un cronómetro en la mano izquierda y el micrófono de la radio en la derecha. A breves intervalos dirigía de forma seca y lapidaria unas palabras a los agentes de las radiopatrullas y de los cordones policiales. Tenía un porte erguido y, en la nuca, lucía un pelo gris tupido y recortado.

En el asiento trasero se sentó el hombre con la corbata de seda y la sonrisa cambiante. Tenía la frente cubierta de sudor y se revolvía inquieto. Ahora que no tenía superiores ni subordinados a su lado se le había relajado el rostro. Tenía los rasgos laxos y apáticos y de vez en cuando se pasaba la punta de la lengua carnosa y rosada por los labios. Seguramente pasó por alto que Jensen podía observarlo por el espejo retrovisor.

—No hay ningún motivo que le retenga aquí si le parece desagradable —dijo Jensen.

—Es mi deber. Tanto el jefe como el editor se han marchado. Eso me convierte casi en el responsable... en el gerente principal.

—Comprendo.

—¿Es... peligroso?

—Apenas.

—Pero ¿y si se derrumba todo el edificio?

—No parece que vaya a ser así.

Jensen miró el cronómetro. Las 13:51 h.

Luego volvió a mirar el edificio. Aun a esa distancia, a más de trescientos metros, su imponente altura y compacta mole parecían aterradores y sobrecogedores. El resplandor del sol se reflejaba en las cuatrocientas cincuenta placas acristaladas, enmarcadas en idénticos vanos metálicos, y el revestimiento azul de las fachadas parecía frío, brillante y esquivo. Se le pasó por la mente que el edificio se derrumbaría incluso sin cargas explosivas, que sus cimientos cederían bajo su descomunal peso o que los muros reventarían por la presión que

se ejercía en su interior.

Por la puerta principal salía un aluvión de gente que parecía no tener fin. Serpenteaba con lentitud trazando un amplio arco entre las filas de coches del aparcamiento, continuaba a través de las verjas de la alameda de acero, pendiente abajo y en diagonal hacia la explanada de cemento de la terminal de camiones. Más allá de las plataformas de carga y descarga y de los almacenes bajos y alargados, se difuminaba y se convertía en una masa difusa y gris, en un banco de niebla humano. A pesar de la distancia, Jensen reparó en que casi las dos terceras partes del personal eran mujeres y que la mayoría de ellas vestía de verde. Supuso que sería el color de moda de aquella primavera.

Dos grandes camiones rojos provistos de mangueras y escaleras desplegadas atravesaron el aparcamiento y se detuvieron a cierta distancia de la entrada. Los bomberos iban sentados en fila a lo largo de los costados y sus cascos de acero brillaban al sol. No se oyó ni un solo sonido de sus sirenas y campanas.

El aluvión de gente empezó a hacerse más escaso hacia las 13:57 h, y un minuto después apenas salían por las puertas de cristal algunas personas aisladas.

Poco después una sola persona, un hombre, aparecía por la entrada. Jensen aguzó la vista y lo reconoció. Era el jefe de los agentes de paisano.

Jensen miró el cronómetro. Las 13:59 h.

A su espalda notó los movimientos inquietos del responsable de publicaciones.

Los bomberos seguían sentados en sus puestos. El policía solitario había desaparecido. El edificio estaba desierto.

Jensen echó un último vistazo al cronómetro. Después clavó la mirada en el edificio y empezó la cuenta atrás.

A partir de quince, los segundos parecieron alargarse.

Catorce... trece... doce... once... diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno...

—Cero —dijo el comisario Jensen.

—Es un delito sin precedentes —dijo el jefe superior de policía.

—Pero no hubo ninguna bomba. No pasó nada en absoluto. Al cabo de una hora se dio por finalizado el simulacro de incendio y el personal volvió al trabajo. Antes de las cuatro se había recuperado la más completa normalidad.

—No obstante, es un delito sin precedentes —insistió el jefe superior de policía.

Su tono era vehemente y, de alguna manera, implorante, como si tratara constantemente de convencer no solo a la persona con la que hablaba sino también convencerse a sí mismo.

—Hay que detener al autor del delito —sentenció.

—Lógicamente la investigación sigue su curso.

—Esta no puede ser una investigación rutinaria. Tiene que encontrar al culpable.

—Sí.

—Escuche bien lo que digo. No quiero criticar sus métodos, por supuesto...

—Hice lo único que se podía hacer. El riesgo era muy grande. Pudieron haberse producido centenares de víctimas, incluso más. Si el edificio hubiera empezado a arder, no habríamos podido hacer mucho. Las escaleras de los bomberos solo alcanzaban hasta la séptima u octava planta. Los bomberos habrían tenido que trabajar desde abajo y el fuego se hubiese propagado hacia arriba inevitablemente. Además, el edificio tiene ciento veinte metros de altura y las lonas de salvamento son inútiles desde alturas superiores a treinta metros.

—Claro, lo entiendo perfectamente. Y no lo critico, se lo repito. Pero están muy indignados. La interrupción de la actividad puede haberles costado casi dos millones. El jefe ha estado en contacto personal con el ministro del Interior, aunque no ha expresado ningún reproche directo.

Pausa.

—Gracias a Dios —añadió el jefe superior de policía—, no hay ningún reproche directo.

Jensen no dijo nada.

—Pero como acabo de decirle, estaba muy indignado. Tanto por las pérdidas económicas como por la afrenta de la que había sido objeto. Así lo expresó, afrenta.

—Ya.

—Exigen que el autor del delito sea detenido inmediatamente.

—Nos puede llevar un tiempo. La carta es la única pista que tenemos.

—Lo sé. Pero hay que aclarar este asunto.

—Sí.

—Es una instrucción muy delicada, además de urgente, como ya le he comentado. Desde ahora deberá dejar a un lado cualquier otro caso. Considere irrelevante todo lo que tenga entre manos.

—Comprendo.

—Hoy es lunes. Tiene una semana, no más. Siete días, Jensen.

—Comprendo.

—Va a encargarse personalmente del caso. Lógicamente podrá tener a su disposición el equipo técnico que necesite, pero no les informe acerca del caso. Si necesita consultar con alguien, diríjase directamente a mí.

—Me atrevería a afirmar que los agentes de paisano ya están al tanto del caso.

—Sí, por desgracia. Debe insistir en que guarden absoluto silencio.

—Por supuesto.

—Usted mismo deberá encargarse de todos los interrogatorios importantes.

—Entendido.

—Otra cosa: no quieren que la investigación les cause ninguna molestia. Su tiempo es oro. En la medida en que necesite obtener información de ellos, prefieren que se la suministre el jefe ejecutivo, el responsable de publicaciones.

—Comprendo.

—¿Ya lo conoce?

—Sí.

—Jensen...

—Sí.

—Tiene que conseguirlo. Sobre todo por su propio bien.

El comisario Jensen colgó el auricular. Apoyó los codos en la carpeta verde y se llevó las manos a la cabeza. Sintió en las puntas de los dedos, áspero como un cepillo, su cabello gris y recortado. Había empezado su turno quince horas antes, ya eran las diez de la noche, y estaba muy cansado.

Se levantó del sillón, estiró la espalda y los hombros, salió al pasillo y siguió escalera abajo hasta la sala de guardia. La decoración de la planta baja estaba anticuada, con las paredes del mismo color verde claro que recordaba desde hacía veinticinco años, cuando aún era un agente que patrullaba las calles. A lo

largo de la estancia discurría un largo mostrador de madera detrás del cual se veían los bancos pegados a las paredes y la hilera de cabinas acristaladas para los interrogatorios, con los pomos de las puertas torneados. A esas horas no quedaba mucha gente en la sala. Algunos borrachos errabundos y prostitutas hambrientas, todos de mediana edad o incluso más viejos, arrebuados en los bancos a la espera de su turno en la cabina de interrogatorios, y tras el mostrador, un agente sentado, con la cabeza descubierta y uniforme verde de lino. Era el encargado de atender el teléfono. De vez en cuando se oía el rugido de los coches que entraban o salían por el portón de la comisaría.

Jensen abrió una puerta de acero y bajó al sótano. La comisaría del distrito dieciséis era vieja, prácticamente el único edificio antiguo que aún se conservaba en esa parte de la ciudad, y estaba bastante mal conservada, pero los calabozos eran de reciente construcción. El techo, el suelo y los muros estaban pintados de blanco y las puertas enrejadas relucían con la luz fría y penetrante.

Junto a la puerta del patio había un furgón gris de policía con las puertas traseras abiertas. Unos agentes uniformados se encargaban de vaciarlo y dirigir a un grupo de borrachos a la sala de registros. Trataban a los arrestados con mucha dureza, pero Jensen sabía que se debía más al cansancio que a la brutalidad.

Pasó por la sala de registros y vio los rostros desnudos y desesperados de los borrachos.

Pese a que año tras año se tomaban medidas más severas contra el consumo de bebidas alcohólicas en la calle y a que el Gobierno había aprobado una ley que incluso prohibía el abuso de alcohol en los hogares, la cantidad de trabajo de la policía se había vuelto prácticamente sobrehumana. Cada noche eran detenidas entre dos y tres mil personas, casi todas borrachas como cubas. Alrededor de la mitad de ellas eran mujeres. Jensen recordó que en su época de agente de patrulla habrían pensado que trescientos borrachos detenidos durante la noche de un sábado ya era mucho.

Una ambulancia aparcó al lado del furgón y por la parte trasera apareció un hombre joven vestido con gorra deportiva y bata blanca. Era el médico de la comisaría.

—Hay cinco de ellos que tienen que ir al hospital para un lavado de estómago —dijo—. No me arriesgo a dejarlos aquí. No puedo hacerme responsable de ellos.

Jensen asintió.

—Maldita sea —dijo el médico—. Gravan las bebidas alcohólicas con un cinco mil por ciento de impuestos. Luego crean unas condiciones de vida que obligan a la gente a beber hasta matarse y para rematarlo ganan trescientas mil coronas al día en multas por el consumo callejero, solo en esta ciudad.

—Debería vigilar su lengua —advirtió el comisario Jensen.

El comisario Jensen vivía en un barrio relativamente cercano, un suburbio del sur al que podía llegar en coche en menos de una hora.

En el centro de la ciudad las calles estaban bastante animadas, los bares y los cines aún permanecían abiertos y había bastante gente paseando por las aceras frente a una hilera de escaparates iluminados. Sus rostros parecían blancos y tensos, como atormentados por la corrosiva luz fría de las farolas y de los letreros publicitarios. Aquí y allá se veían grupos de jóvenes ociosos, reunidos alrededor de puestos de palomitas o delante de las tiendas. En general estaban tranquilos y apenas parecían hablar entre ellos. Algunos miraron con indiferencia el coche de policía.

La delincuencia juvenil, que en otros tiempos se había considerado un grave problema, había disminuido de forma sostenida durante la última década y ahora estaba prácticamente extinguida. En general, se cometían menos delitos que antes; lo único que realmente aumentaba era el consumo excesivo de alcohol. Jensen observó a policías uniformados trabajando en varios lugares del centro comercial. Sus porras blancas centelleaban bajo la luz de los neones cuando metían a los arrestados en los furgones.

Condujo por el túnel cercano al Ministerio del Interior y al cabo de ocho kilómetros entró en una zona industrial desierta, cruzó un puente y continuó a lo largo de la autopista hacia el sur.

Estaba cansado y le dolía el lado derecho del diafragma de forma intensa y persistente.

El suburbio en el que vivía lo formaban treinta y seis bloques de ocho pisos, erigidos en cuatro filas paralelas. Entre las filas había aparcamientos, zonas verdes y casetas de juegos de plástico transparente para los niños.

Jensen se detuvo ante el séptimo bloque de la tercera fila, apagó el motor del coche y salió a la fría noche estrellada. Pese a que el reloj solo marcaba las once y cinco de la noche, las luces de las casas estaban apagadas. Introdujo una moneda en el parquímetro, giró la manilla de la aguja roja de las horas y subió a su apartamento.

Encendió la luz y se quitó las prendas de abrigo, los zapatos, la corbata y la chaqueta. Se desabrochó la camisa y siguió hacia el interior del apartamento, echó una mirada al impersonal mobiliario, el enorme aparato de televisión y las fotos de la academia de policía que colgaban de la pared.

Luego bajó las persianas de las ventanas, se quitó los pantalones y apagó la luz. Fue a la cocina y sacó una botella de la nevera.

El comisario Jensen cogió un vaso, dobló la colcha y la sábana y se sentó en la cama.

Se quedó sentado, bebiendo a oscuras.

Cuando el dolor de diafragma hubo desaparecido dejó el vaso en la mesilla de noche y se acostó.

Se quedó dormido casi de inmediato.

El comisario Jensen se despertó a las siete y media de la mañana. Se levantó de la cama, se dirigió al cuarto de baño, se lavó con agua fría las manos, la cara y el cuello, se afeitó y se cepilló los dientes. Al intentar hacer gárgaras tosió durante un buen rato.

Luego puso a calentar agua con miel y trató de bebérsela tan caliente como pudo. Mientras tanto leyó la prensa. Ningún periódico mencionaba los sucesos que le habían mantenido ocupado el día anterior.

El tráfico de la autopista era intenso y, aunque usó la sirena, eran ya las ocho y treinta y cinco cuando entró en su despacho.

Diez minutos después le llamó el jefe superior de policía.

—¿Ha empezado la investigación?

—Sí.

—¿Sobre qué líneas?

—Están analizando las pruebas técnicas. Los psicólogos examinan el texto. Y tengo a un agente investigando en correos.

—¿Algún resultado?

—De momento no.

—¿Y personalmente, tiene alguna teoría?

—No.

Silencio.

—Mis conocimientos de la empresa en cuestión son insuficientes —aclaró el comisario Jensen.

—Pues sería conveniente que los refrescara.

—Sí.

—Y sería más conveniente aún que obtuviera esa información de alguna fuente al margen de la propia empresa.

—Entiendo.

—Le sugiero que acuda al Ministerio de Información, quizá al secretario de Estado para Asuntos de Prensa.

—Entiendo.

—¿Suele usted leer las revistas que publican?

—No. Pero voy a hacerlo.

—Bien. Y, por lo que más quiera, evite irritar al editor y a su primo.

—¿Hay algún inconveniente en que encomiende a algunos agentes de paisano hacer labores de seguimiento?

—¿A los directivos de la empresa?

—Sí.

—¿Sin su conocimiento?

—Sí.

—¿Considera justificada una medida así?

—Sí.

—¿Cree que su gente puede llevar a cabo una tarea tan delicada?

—Sí.

Siguió un silencio tan largo que Jensen empezó a mirar el reloj. Oyó el aliento del jefe superior de policía y el repiqueteo de algún objeto contra la mesa, seguramente un lápiz.

—¿Jensen?

—Sí.

—Desde este momento dejo la investigación en sus manos. No quiero ser informado de los métodos que utilice ni de las medidas que tome.

—Entendido.

—La responsabilidad es suya. Confío en usted.

—Entendido.

—¿Tiene claras las directrices generales de la investigación?

—Sí.

—Le deseo suerte.

El comisario Jensen se dirigió al lavabo, llenó un vaso de papel con agua y volvió a su mesa. Abrió un cajón y sacó una bolsa de bicarbonato, diluyó tres cucharaditas del polvo blanco y lo removió con su bolígrafo de plástico.

A lo largo de los veinticinco años que llevaba ejerciendo de policía solo había visto al jefe superior una vez, y jamás había hablado con él hasta el día anterior. Desde entonces habían mantenido cinco conversaciones.

Se bebió el contenido de un trago, arrugó el vaso y lo tiró a la papelera. Luego llamó al laboratorio técnico-criminal. La voz del investigador era seca y formal.

—No, ninguna huella dactilar.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Pero para nosotros no hay nada definitivo. Probaremos otros métodos de análisis.

—¿El sobre?

—Uno de los más corrientes. Hasta ahora apenas nos dice nada.

—¿Y el papel?

—Este, por el contrario, sí parece tener una estructura especial. Además parece que lo arrancaron de algún sitio, a lo largo del lomo.

—¿Pueden averiguar de dónde?

—Es posible.

—¿Alguna cosa más?

—Nada. Seguimos trabajando.

Jensen colgó el teléfono, se dirigió hasta la ventana y miró abajo, al patio de cemento de la comisaría. Junto a la entrada del local de arrestos podía ver a dos agentes con botas de goma e impermeables. Estaban sacando mangueras de agua para limpiar las celdas. Se aflojó el cinturón y aspiró aire hasta eructar los gases que tenía en el estómago.

Sonó el teléfono. Era el agente destinado en correos.

—Esto va a llevar su tiempo.

—Tómese el tiempo que necesite, pero no más.

—¿Cada cuánto debo informarle?

—Todas las mañanas a las ocho, por escrito.

El comisario Jensen colgó el teléfono, cogió su sombrero y abandonó el despacho.

El Ministerio de Información quedaba en el centro de la ciudad, entre el palacio real y la sede central de los partidos de la coalición. El secretario de Estado tenía su despacho en el segundo piso, con vistas al palacio.

—La empresa se organiza de forma modélica —dijo—. Todo un ejemplo de libre empresa.

—Entiendo.

—Lo que puedo proporcionarle, si lo desea, son datos estrictamente estadísticos.

Cogió una carpeta de la mesa y la hojeó distraído.

—Editan ciento cuarenta y cuatro publicaciones. La tirada total de esas publicaciones alcanzó el año pasado los veintiún millones trescientos veintiséis mil cuatrocientos cincuenta y tres ejemplares a la semana.

Jensen apuntó la cantidad en una pequeña tarjeta blanca. «21.326.453».

—Es una cantidad más que considerable. Eso significa que nuestro país registra la mayor tasa de lectura del mundo.

—¿No hay más revistas aparte de las suyas?

—Algunas. Se hacen tiradas de unos pocos miles de ejemplares y solo se distribuyen en determinadas zonas.

Jensen asintió.

—Pero la actividad editorial, lógicamente, supone solo una rama de las actividades de la empresa.

—¿Cuáles son las otras?

—Según lo remitido al ministerio, se trata de una cadena de imprentas que producen principalmente diarios.

—¿Cuántas?

—¿Imprentas? Treinta y seis.

—¿Y cuántos diarios?

—Un centenar. Un momento...

Consultó sus papeles.

—Ciento dos en la actualidad. La estructura editorial de la prensa diaria cambia incesantemente. Unos diarios cierran, otros aparecen en su lugar.

—¿Por qué?

—Porque hay que responder a nuevas demandas y adaptarse a las tendencias del momento.

Jensen asintió.

—La tirada conjunta de la prensa diaria del año pasado...

—¿Sí?

—Solo tengo la cifra total de producción de diarios del país: nueve millones doscientos sesenta y cinco mil trescientos doce ejemplares al día. En todo caso, vendría a ser lo mismo. Se imprimen unos cuantos diarios totalmente independientes del grupo editorial, pero sufren dificultades de distribución y sus tiradas son insignificantes. Si reduce la cifra que le he dado en unos cinco mil ejemplares debería obtener un valor más o menos preciso.

Jensen volvió a tomar nota en la pequeña tarjeta de papel. 9.260.000.

—¿Quién controla el aparato de distribución? —quiso saber.

—Una asociación democrática de editores de prensa.

—¿De todos los editores de prensa?

—Sí, a condición de que sus periódicos se impriman en tiradas superiores a cinco mil ejemplares.

—¿Por qué?

—Las tiradas menores no se consideran rentables. De hecho, el consorcio cierra de inmediato las publicaciones cuyas tiradas descienden por debajo de dicha cifra.

El comisario Jensen se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Entonces, en la práctica, eso significa que el consorcio controla toda la prensa del país, ¿no es así?

—Se puede decir que sí. Pero quiero subrayar que su actividad editorial es extremadamente plural, loable desde todos los puntos de vista. Las revistas en

especial han demostrado su capacidad para satisfacer moderadamente todos los gustos y tendencias legítimas. La prensa tenía antes una influencia instigadora e inquietante sobre los lectores. Pero ya no es así. Su formato y su contenido actuales están pensados para provecho de sus lectores...

Echó una ojeada a la carpeta y pasó página.

—... y para su disfrute. Pretenden llegar a las familias, a todos sus miembros, y no crear hostilidades, descontento o inquietud. Satisfacen asimismo la necesidad natural de escapismo del hombre de la calle. En definitiva, actúan en pro del Consenso.

—Comprendo.

—Antes de que se pactara el Consenso la edición de prensa estaba más dividida que ahora. Los partidos políticos y sindicatos dirigían sus propias empresas editoriales. Pero en cuanto esos periódicos empezaban a tener dificultades económicas fueron cerrados o absorbidos por el consorcio. Muchos de ellos se salvaron gracias a...

—¿Sí?

—Gracias a los principios que he citado antes; gracias a su capacidad para ofrecer a los lectores sosiego y seguridad, a su capacidad para ser accesibles y fáciles de leer, adaptados al gusto y a la capacidad receptiva del hombre de hoy.

Jensen asintió.

—No creo que sea exagerado afirmar que una prensa homogénea ha contribuido más que nada a consolidar el Consenso, a salvar las diferencias entre partidos políticos, entre monarquía y república, entre la llamada clase alta y...

Se calló y miró a través de la ventana. Volvió a la carga:

—Tampoco es exagerado afirmar que el mérito corresponde a los directivos del consorcio. Excelentes personas, de gran talla... ética. Sin ningún tipo de vanidad, ni sed de títulos ni poder ni...

—¿Riqueza?

El secretario de Estado dedicó una mirada fugaz e interrogativa al hombre sentado en el sillón de las visitas.

—Exacto —corroboró.

—¿Qué otras empresas controla el consorcio?

—No sabría decirle —dijo el secretario de Estado distraído—: empresas de distribución, fabricación de embalajes, navieras, producción de muebles, industrias de papel, claro, y... eso no es asunto de mi ministerio.

Clavó la mirada en Jensen.

—No creo que le pueda ofrecer más datos de valor —concluyó—. Además, ¿a qué viene tanto interés?

—Órdenes —dijo el comisario Jensen.

—Cambiando de tema, ¿qué efecto ha tenido el aumento del poder policial en las estadísticas?

—¿Se refiere a la tasa de suicidios?

—Sí, exacto.

—Un efecto positivo.

—Me alegro muchísimo.

El comisario Jensen le hizo cuatro preguntas más.

—¿Las actividades empresariales del consorcio no infringen las leyes antimonopolio?

—Yo no soy jurista.

—¿A cuánto asciende el volumen de facturación de la editorial?

—Ese es un asunto fiscal de carácter técnico.

—¿Y el patrimonio personal de los propietarios?

—Es casi imposible calcularlo.

—¿Ha sido usted alguna vez empleado del consorcio?

—Sí.

De camino de vuelta se detuvo en una cafetería, se bebió una taza de té y se comió un par de panecillos de centeno.

Mientras tanto pensó en la tasa de suicidios, que había disminuido notablemente desde la puesta en marcha de la nueva ley contra el abuso de alcohol. Los centros de desintoxicación no proporcionaban ninguna estadística y los suicidios cometidos en las comisarías de policía eran registrados como muertes súbitas. A pesar de los minuciosos registros ocurrían con cierta frecuencia.

Eran ya las dos de la tarde cuando regresó a la comisaría y el trasiego de borrachines estaba en pleno apogeo. La única razón por la que aún no había empezado era porque evitaban practicar detenciones antes del mediodía. Al parecer se había establecido así por razones higiénicas, para tener tiempo de desinfectar las celdas de arresto.

El médico de la policía estaba fumando en la sala de guardia, con el codo apoyado en el mostrador. Llevaba la bata arrugada y manchada de sangre, y el comisario Jensen le dedicó una mirada crítica. El otro se sintió observado y dijo:

—No es nada grave. Solo un pobre diablo que... Ahora ya está muerto. Llegué demasiado tarde.

Jensen asintió.

El médico tenía los párpados inflamados y enrojecidos por los bordes, con pequeñas motas amarillas en las pestañas.

Miró meditabundo a Jensen y dijo:

—¿Es cierto que no se le ha resistido ni un solo caso?

—Sí —dijo el comisario—. Es cierto.

Encontró sobre la mesa de su despacho las publicaciones que había pedido. Ciento cuarenta y cuatro ejemplares organizados en cuatro montones de treinta y seis.

El comisario Jensen bebió un vaso de bicarbonato y se aflojó un agujero del cinturón. Luego se acomodó en su mesa y empezó a leer.

El estilo de las publicaciones variaba parcialmente en cuanto al diseño, el formato y el número de páginas. Unas estaban impresas en papel satinado, otras no. Al compararlas quedaba claro que aquel era un detalle decisivo para el precio.

Todas las portadas exhibían fotos a todo color de vaqueros legendarios, superhombres, miembros de la familia real, cantantes, estrellas de televisión, políticos famosos, niños y animales. Estos últimos solían aparecer juntos en las fotos, en distintas combinaciones: niñas pequeñas con gatitos, niños rubios con cachorros, chicos con perros muy grandes y chicas, casi adultas, con gatos pequeños. La gente que aparecía en portada era atractiva y con los ojos azules, y tenían un aire amable, incluso los niños y los animales. Al sacar la lupa y observar más de cerca algunas fotos reparó en que los rostros tenían partes extrañamente inanimadas, como si se hubiese borrado algo en las fotos, como verrugas, espinillas o moratones.

El comisario Jensen leyó las publicaciones como si se tratara de informes, con rapidez pero con suma atención y sin saltarse nada que no conociera de antemano. Al cabo de una hora constató sin duda que aquellos detalles se repetían cada vez con mayor frecuencia.

A las once y media había leído setenta y dos publicaciones, justo la mitad. Bajó a la sala de guardia, intercambió unas palabras en la centralita de teléfonos y bebió una taza de té en la cantina. A pesar de las puertas de acero y los gruesos muros de ladrillo, desde los sótanos se abrían paso voces indignadas y aullidos aterrorizados. Cuando volvió a su despacho cayó en la cuenta de que el policía de uniforme verde de lino leía una de las publicaciones que él mismo había examinado. Había otras tres en el estante, bajo el mostrador.

Solo le llevó una tercera parte del tiempo examinar la otra mitad de las publicaciones. Eran las tres menos veinte cuando pasó la última página de papel satinado y contempló el último rostro amable.

Se pasó levemente las puntas de los dedos por las mejillas y constató el cansancio y la flacidez de la piel bajo los pómulos. No tenía demasiado sueño y el té todavía le afectaba lo suficiente como para no tener hambre. Se recostó en el respaldo del asiento, apoyó el codo izquierdo en el brazo del sillón y descansó la mejilla contra la palma de la mano mientras miraba las publicaciones.

No había leído nada que le resultara interesante pero tampoco nada que fuera desagradable, fastidioso o antipático. Tampoco nada que le alegrara, irritara, apenara o sorprendiera. Había accedido a una serie de informaciones, la mayoría sobre coches o gente diversa de posición relevante, pero ninguna de esas informaciones le hacía pensar por su naturaleza que pudiera influir en la acción o el modo de pensar de nadie. Había algunas críticas, dirigidas casi siempre contra conocidos psicópatas históricos o, excepcionalmente, contra circunstancias de países remotos, expresadas en tal caso en términos tibios y muy moderados.

Se sometían a debate algunas cuestiones, a menudo relacionadas con los programas televisivos de entretenimiento en los que alguien había soltado alguna obscenidad y algún otro había aparecido con barba y despeinado. Aquel tipo de historias también se ventilaban en artículos de fondo de muchos diarios, en un tono de consenso y entendimiento que probaba de forma manifiesta que todas las partes tenían razón. La mayor parte de esos supuestos parecían muy previsibles.

Gran parte del contenido eran historias de ficción, presentadas como tales, con ilustraciones fieles a la realidad a todo color. Al igual que el resto del material, hablaban de personajes que habían alcanzado el éxito tanto en asuntos del corazón como en los negocios. Su diseño no era siempre el mismo, pero, por lo que podía entender, no era ni más ni menos complicado en las grandes revistas de papel satinado que en los cómics.

No le pasó desapercibido que las publicaciones se dirigían a distintas clases sociales, pero el contenido siempre era el mismo, las mismas personas premiadas, las mismas historias contadas. Una lectura de conjunto, pese a la variedad de estilos, daba la impresión de que todo hubiese sido escrito por una misma persona. Obviamente era una idea descabellada.

También parecía descabellado que nadie pudiera indignarse o irritarse en extremo por lo que se escribía en esas publicaciones. Si bien era cierto que los redactores arremetían contra gente relevante, nunca cuestionaban la excelencia ni la gran talla moral de las personalidades citadas. Era lógico que ciertas personas de éxito no fuesen nombradas o se nombraran con menor frecuencia que otras, pero era difícil de asegurar y parecía además poco probable.

El comisario Jensen extrajo su tarjeta blanca del bolsillo de la solapa y escribió con buena caligrafía: «144 periódicos. Ninguna pista».

De camino a casa sintió hambre y se detuvo en una máquina automática. Compró dos bocadillos envueltos en plástico y se los comió mientras conducía.

Cuando llegó a casa ya le dolía mucho la parte derecha del diafragma.

Se desnudó a oscuras y cogió la botella y el vaso. Desdobló la manta y la sábana y se sentó en la cama.

—Quiero un informe todas las mañanas antes de las nueve. Por escrito. Todo lo que considere relevante.

El jefe de los agentes de paisano asintió y se fue.

Era miércoles y pasaban dos minutos de las nueve. El comisario se dirigió a la ventana y vio a los hombres embozados en impermeables ocupándose de sus mangueras y cubos de desinfectante.

Volvió a la mesa, se sentó y leyó los informes atentamente. Dos de ellos eran muy breves.

El agente destacado en correos:

La carta fue enviada desde una de las barriadas del oeste, ni antes de las 21:00 h del domingo, ni después de las 10:00 h del lunes.

El laboratorio:

Análisis del papel llevado a cabo. Papel blanco de alta calidad, exento de fibras. Localidad de fabricación aún desconocida. Tipo de encolado: pegamento corriente de oficina, película disuelta en acetona. Fabricación: indefinida.

El psicólogo:

La persona que ha redactado la carta tiene probablemente un notable carácter rígido o una naturaleza reprimida, acaso con ideas fijas. Bajo ninguna circunstancia se trataría de una persona flexible. En cualquier caso puede aseverarse que el sujeto en cuestión es esmerado, al límite de la meticulosidad o el perfeccionismo, y además está acostumbrado a expresarse, bien de forma oral o por escrito, probablemente lo segundo, y seguramente desde hace mucho tiempo. Ha puesto sumo cuidado en el diseño mismo de la carta, tanto técnicamente como desde el punto de vista formal y de contenido, como muestran la elección del tipo de letra (todas las letras del mismo tamaño) y la disposición regular de las líneas. Evidencian rigidez y sometimiento mental, como suele ser habitual. Ciertos detalles en la elección de las palabras pueden quizá apuntar a que el redactor es un hombre, seguramente no muy joven, un tanto solitario. Ninguna de estas observaciones está lo suficientemente fundamentada como para ser considerada definitiva, aunque pueden ser, eventualmente, orientativas.

El dictamen estaba escrito a máquina, de forma desigual y descuidada, con

muchos errores y tachaduras.

El comisario Jensen colocó con esmero los tres informes en la perforadora, agujereó los márgenes y metió los folios en el archivador verde que tenía a la izquierda de la mesa.

Luego se levantó, cogió el abrigo y el sombrero, y abandonó el despacho.

Aún hacía buen tiempo. El sol brillaba radiante y luminoso aunque apenas calentaba; el cielo era de un azul gélido y la atmósfera clara y despejada a pesar de los humos del tráfico. Por las aceras andaba gente que había aparcado momentáneamente su coche. Como de costumbre, iban bien vestidos y se parecían entre ellos. Se movían de prisa y de forma nerviosa, como si echaran de menos sus vehículos. Una vez dentro, se reforzaba su sentimiento de identidad. Las diferencias en el color, modelo, carrocería y potencia de los coches otorgaban a los propietarios sus señas de identidad. Más aún, establecía una categorización: individuos con coches idénticos obtenían de forma inconsciente una sensación de pertenencia a un grupo de iguales más fácil de controlar que la sociedad bajo el Consenso en general.

Eso era lo que Jensen había leído en un estudio del Ministerio de Asuntos Sociales. Lo habían llevado a cabo un grupo de psicólogos y había circulado entre los altos mandos de la policía. Después había sido declarado confidencial.

Cuando se encontraba en el lado sur de la plaza, frente al monumento al trabajo, vio por el retrovisor un coche oficial exactamente igual al suyo. Estaba casi seguro de que pertenecía a un comisario de uno de los distritos vecinos, probablemente el quince o el diecisiete.

Mientras conducía hacia el edificio escuchaba distraído el receptor de onda corta que a intervalos regulares emitía breves mensajes crípticos a los furgones y coches patrulla desde el centro de radiocomunicaciones. Sabía que los corresponsales de la prensa de sucesos tenían permiso para escuchar esos mensajes de radio. Sin embargo, aparte de los accidentes de tráfico, casi nunca ocurría nada sensacional o digno de interés.

Subió la rampa y aparcó en el hueco que había entre los coches negros de los jefes y el coche blanco del responsable de publicaciones.

Enseguida se le acercó un guardia con uniforme blanco y gorra roja de visera. El comisario Jensen le enseñó la placa y entró en el edificio.

El ascensor se detuvo automáticamente en la planta dieciocho, sin parar en ninguna otra, pero Jensen tuvo que esperar cerca de veinte minutos antes de que le hicieran pasar al despacho. Mató el tiempo estudiando las maquetas de los dos buques bautizados con los nombres del primer ministro y de su majestad el rey.

Una secretaria ataviada con un traje verde y de mirada apagada le indicó que pasara. El despacho era prácticamente idéntico al que había visitado dos días

antes, salvo porque los trofeos de la vitrina eran más pequeños y la vista a través de la ventana era otra.

El editor jefe dejó de limarse las uñas un momento y le invitó a tomar asiento.

—¿Ya han resuelto el asunto?

—No, por desgracia.

—En el caso de que necesite ayuda o información complementaria se me ha pedido ofrecerle todo tipo de asistencia posible. Quedo pues a su disposición.

Jensen asintió.

—Aunque tengo que advertirle que estoy la mayor parte del tiempo muy ocupado.

Jensen contempló los trofeos y dijo:

—¿Ha sido usted deportista?

—Practico deportes al aire libre. Me mantengo activo. Vela, pesca, tiro con arco, golf... Lógicamente no al mismo nivel que...

Sonrió tímidamente e hizo un leve gesto hacia la puerta. Al cabo de unos segundos recuperó el semblante serio. Miró su reloj, que era grande y elegante, con la cadena de oro.

—¿En qué puedo ayudarlo?

El comisario Jensen había formulado hacía tiempo las preguntas que había venido a plantear.

—¿Ha ocurrido algo que pueda explicar razonablemente la expresión «el asesinato perpetrado en el edificio»?

—Por supuesto que no.

—¿No sabría explicarlo, ponerlo en relación con alguien o con algo?

—No, claro que no, ya se lo he dicho. Son fantasías de un loco. Un loco, es la única explicación posible.

—¿No se ha producido ninguna muerte?

—No, al menos últimamente. Pero en lo concerniente a ese punto le recomiendo que se dirija al jefe de personal. En realidad yo soy periodista, me encargo del contenido de los periódicos y de la línea editorial. Y...

—¿Sí?

—Y en todo caso va usted mal encaminado. ¿No comprende lo absurdo que es su razonamiento?

—¿Qué razonamiento?

El hombre de la corbata de seda miró perplejo al visitante.

—Una pregunta más —dijo el comisario Jensen—. Si partimos de la base de que el objetivo de la carta era el de hostigar a los jefes de la empresa, o a alguno de ellos, a su juicio ¿a qué categoría pertenecería el culpable que buscamos?

—Eso tendría que decidirlo la policía. Aunque ya le he dejado clara mi

opinión: a la de los perturbados.

—¿No hay ningún individuo o grupo concreto de quien pueda pensarse que guarda rencor a la editorial o a sus directivos?

—¿Conoce usted nuestras publicaciones?

—Las he leído.

—Entonces debería saber que nuestra línea editorial se dirige justamente a lo contrario: a no crear antipatías, agresiones u opiniones discrepantes. Nuestras publicaciones son beneficiosas y amenas. De lo que menos se ocupan es de complicar la existencia y los sentimientos de los lectores.

El hombre hizo una breve pausa. Luego, a modo de resumen, añadió:

—La editorial no tiene ningún enemigo. Lo mismo que los directivos. La idea es absurda.

El comisario Jensen permaneció en su asiento, erguido e impávido, con el rostro totalmente inexpresivo.

—Es posible que tenga que realizar algunas indagaciones en el edificio.

—En ese caso su discreción deberá ser absoluta —se precipitó a advertir el responsable de publicaciones—. Solo el director del consorcio, el editor y yo conocemos su cometido. Lógicamente haremos todo lo posible para ayudarlo, pero quiero dejar clara una cosa: nadie puede saber que la policía anda indagando en la empresa, y menos los empleados.

—Las investigaciones requieren cierta libertad de movimientos.

El hombre pareció reflexionar. Luego dijo:

—Puedo darle una llave maestra y extenderle un pase que lo autorice a visitar las distintas áreas del edificio.

—Bien.

—Eso podría justificar, por así decirlo... su presencia.

El responsable de publicaciones tamborileó con los dedos sobre el canto de la mesa. Luego, con una sonrisa afable y misteriosa añadió:

—Yo mismo voy a extenderle el pase, será mejor así.

Apretó un botón junto al interfono y se desplegó un tablero con una máquina de escribir al lado de la mesa. La máquina tenía forma aerodinámica, y el cromo y laca barnizada la hacían brillar sin que nada indicara que hubiese sido utilizada antes.

El responsable de publicaciones abrió un cajón y sacó una pequeña tarjeta azul. Luego giró el asiento, se tiró levemente de las mangas de la chaqueta y encajó con esmero la tarjeta en el rodillo. Manipuló un rato los ajustes, se rascó meditabundo el caballete de la nariz con el dedo meñique, golpeó unas teclas, se llevó las gafas a la frente y miró lo que había escrito, sacó la tarjeta de la máquina, la arrugó, la tiró a la papelera y sacó una nueva del cajón.

La encajó y escribió despacio y cuidadosamente. Alzaba la vista a cada golpe de tecla y contemplaba el resultado.

Al arrugar otra vez la tarjeta su sonrisa ya no era tan afable.

Sacó otra más del cajón. Y cinco la vez siguiente.

El comisario Jensen permanecía sentado, erguido e impávido, y parecía mirar por encima del hombre hacia la vitrina de los trofeos y los buques en miniatura.

Después de siete tarjetas el responsable de publicaciones había dejado de sonreír. Se desabrochó el cuello de la camisa, se aflojó el nudo de la corbata, sacó del bolsillo de la solapa una pluma estilográfica negra con un monograma plateado y empezó a escribir una nota en un folio blanco con un discreto membrete de la empresa.

El comisario Jensen no hizo comentario alguno ni apartó la mirada.

Una gota de sudor rodó a lo largo de la nariz del responsable de publicaciones y fue a caer sobre el papel.

El hombre pareció dar un respingo y escribió rápido, haciendo rasgurar la pluma. Luego arrugó con rabia el papel y lo tiró bajo la mesa. No encestó en la papelerera de aluminio y el papel quedó en el suelo, junto a los pies del comisario.

El responsable de publicaciones se levantó y se dirigió hacia una de las ventanas, la abrió y se quedó de pie de espaldas al visitante.

El comisario Jensen miró un momento el papel arrugado, lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

El responsable de publicaciones cerró la ventana y caminó sonriente por la sala. Se abrochó el cuello de la camisa, se ajustó el nudo de la corbata e hizo desaparecer la máquina de escribir. Puso un dedo en el interfono y dijo:

—Extienda una tarjeta de empleo provisional a nombre de Jensen, autorizando su libre permanencia dentro de la empresa. Es del servicio de inspección de fincas. Que sea válida hasta el domingo. Y añada también una llave maestra.

Su voz era severa y fría, autoritaria, aunque su sonrisa era inmutable.

Al cabo de noventa segundos exactos entró la mujer de verde con el documento y la llave. El responsable de publicaciones bajó el rostro, miró el documento con disgusto y encogiendo levemente los hombros dijo:

—En fin, puede valer.

La secretaria esquivó su mirada.

—He dicho que puede valer —repitió el responsable de publicaciones con brusquedad—. Puede salir.

Garabateó una firma, entregó la cartulina y la llave al visitante y dijo:

—La llave sirve para todas las áreas que puedan ser de su interés. Excepto los despachos privados de los directivos, claro, incluyendo este.

—Gracias.

—¿Tiene alguna pregunta más? De lo contrario...

Miró el reloj con aire de disculpa.

—Solo un detalle —dijo el comisario Jensen—. ¿Qué es el área especial?

—Un grupo de proyectos que trabaja en la planificación de nuevas publicaciones.

El comisario Jensen asintió, se metió la tarjeta azul y la llave en el bolsillo de la solapa y salió del despacho.

Antes de poner el coche en marcha sacó el papel arrugado, lo desplegó y lo palpó con las puntas de los dedos. Parecía de muy buena calidad y tenía un extraño formato.

La caligrafía del editor jefe era irregular y estaba llena de aristas como la de un niño, pero no era muy difícil de descifrar. Jensen leyó:

Isnpetor de fincas por la presente

El señor N. Jensen pertenece al servicio de isnpección interna y dispone de acceso a todas las áreas excepto

N. Jensen es isnpetor de fincas y tiene acceso a las áreas

El señor Jensen, portador de esta tarjeta, está autorizado por la presente a acceder a la empresa

N. Jensen pertenece al servicio de isnpección de fincas y cuenta con autoridad especial

Comiserio Comisario

Señor Jensen MALDITO CAPULLO, JÓDETE

Dobló el papel y lo puso en la guantera, encima de la pistola reglamentaria. Ladeó la cabeza contra la ventanilla y observó el edificio, con la mirada tranquila e inexpresiva.

Tenía un agujero en el estómago. Estaba hambriento pero sabía que no tardaría en dolerle si comía algo.

El comisario Jensen arrancó el coche y miró el reloj.

Marcaba las doce y media, y ya era miércoles.

—No —dijo el técnico del laboratorio—, no es el mismo papel. Tampoco el mismo formato. Pero...

—¿Pero?

—No hay mucha diferencia de calidad. La estructura es similar. Además es único.

—¿Y?

—Podría ser que ambos papeles hubieran sido elaborados por la misma fábrica.

—Bien.

—Ya lo estamos investigando. En cualquier caso es una posibilidad.

El técnico pareció dudar. Al cabo de un momento dijo:

—¿Tiene alguna relación con el caso la persona que ha escrito las frases?

—¿Por qué lo pregunta?

—Las vio un forense del instituto psiquiátrico que estuvo aquí. Llegó a la conclusión de que la persona que ha escrito el texto padece dislexia. Estaba convencido de ello.

—¿Quién permitió a ese psiquiatra examinar las pruebas del caso?

—Yo. Casualmente lo conocía. Estaba aquí de paso.

—Voy a denunciarlo por mala conducta.

El comisario Jensen colgó el teléfono.

«Muy categórico», pensó para sí.

—Bastante singular —dijo.

Fue al servicio, llenó un vaso de agua y vertió tres cucharaditas de bicarbonato; lo removió con el lápiz y se lo bebió.

Sacó la llave. Era plana y alargada y el complicado paletón tenía una forma extraña. Sopesó la llave en la mano y echó una ojeada al reloj.

Marcaba las tres y veinte, y aún era miércoles.

El comisario Jensen se dirigió a la izquierda del vestíbulo y tomó el ascensor paternóster para bajar a las plantas subterráneas. Era un ascensor de cabinas superpuestas y abiertas que descendía lento y chirriante, mientras él observaba con atención lo que se dejaba ver en las distintas plantas. Primero fue un amplio hall, donde carretillas eléctricas se desplazaban a lo largo de angostos corredores entre paredes de pilas de publicaciones recién impresas, luego hombres con monos de trabajo que transportaban planchas ovaladas sobre palés en medio del ensordecedor estruendo de las rotativas. Una planta más abajo vio la sala de duchas, los lavabos y los vestuarios, con bancos y filas de taquillas verdes de acero. En los bancos había gente que por lo visto hacía una pausa o había acabado su turno. La mayor parte hojeaba de forma apática las publicaciones a todo color que seguramente acababan de salir de las rotativas. El trayecto acabó una planta más abajo; salió del ascensor y se encontró en el almacén de papel. Reinaba el silencio, aunque no absoluto, ya que el bullicio de las plantas superiores del edificio penetraba como un runrún poderoso y palpitante. Deambuló un rato sin rumbo fijo, en la penumbra, entre hileras de rollos de papel. La única persona que vio fue un hombre pequeño y pálido con una bata blanca que le miró con cara de susto y apagó el cigarrillo que se estaba fumando estrujándolo con la mano.

El comisario Jensen abandonó el almacén de papel y volvió a tomar el paternóster. En la planta baja se le unió un hombre de mediana edad y con traje gris. El hombre entró en la cabina y subió con él hasta la décima planta, donde debían cambiar. No dijo nada ni tampoco miró a su acompañante en ningún momento. El comisario Jensen pudo ver que el hombre del traje gris subía en la décima planta a la cabina inmediatamente inferior a la suya.

En la planta veinte, cogió un tercer ascensor y cuatro minutos más tarde llegó a la parte superior del edificio.

Se encontró en una galería de hormigón, estrecha, sin ventanas ni moqueta, que trazaba un cuadrado en torno a un núcleo de escaleras y ascensores. A un lado de la galería había puertas pintadas de blanco y a la izquierda de cada

puerta, un pequeño letrero con uno, dos, tres o cuatro nombres. El pasillo quedaba bañado por la luz del día, fría y azulada, que entraba por las claraboyas del tejado.

Por los letreros metálicos dedujo que estaba en la redacción de cómics. Bajó cinco plantas y vio que seguía en la misma sección. Se veía muy poca gente en los pasillos pero tras las puertas se oían voces y el tecleo de las máquinas de escribir. En cada planta había tabloneros de anuncios que contenían, sobre todo, mensajes de la dirección a los empleados. También había relojes para fichar, relojes de control para los guardianes de noche y, en los techos, sistemas de aspersores automáticos para sofocar incendios.

En la planta veinticuatro había cuatro redacciones diferentes. Reconoció los nombres de las publicaciones y se acordó de que todas eran de diseño sencillo y contenían sobre todo historias con ilustraciones a todo color.

El comisario Jensen fue bajando lentamente. Recorrió los cuatro pasillos, dos de largo y dos de ancho, de cada planta. También allí se veían puertas pintadas de blanco y paredes desnudas. A excepción de los letreros de las puertas, las siete plantas superiores eran idénticas. Todo estaba bien ordenado, no se veía ninguna señal de descuido y la limpieza parecía impecable. Por todas partes se oían voces, sonidos de teléfonos y ruido de máquinas de escribir al otro lado de las puertas.

Se detuvo ante un tablón de anuncios y leyó:

¡No te expreses en términos peyorativos sobre la Editorial y sus publicaciones!

¡Prohibido fijar fotos u objetos de cualquier tipo en la parte exterior de las puertas!

¡Compórtate siempre como un embajador de la empresa, incluso en tu tiempo libre! ¡Recuerda que la Editorial se comporta como le corresponde: con criterio, dignidad y responsabilidad!

¡No hagas caso de críticas infundadas! ¡«Escapismo» y «falsedad» no son más que sinónimos de ficción y fantasía!

¡Sé siempre consciente de que representas a la Editorial y a Tu revista, incluso en tu tiempo libre!

¡Los reportajes «más realistas» no son siempre los mejores! «La verdad» es un producto que hay que manejar con suma prudencia en el periodismo moderno. ¡No des por sentado que todos la encajan tan bien como tú!

¡Tu cometido consiste en entretener a nuestros lectores, estimular sus sueños! ¡Tu cometido no consiste en remover, excitar o inquietar, tampoco en «despertar» o educar!

Había algunos mensajes más de estilo y contenido parecidos. La mayoría estaban firmados por la dirección o por los responsables del edificio, y unos pocos por el editor en persona. El comisario Jensen los leyó todos y luego siguió hacia abajo.

Al parecer, en los siguientes pisos se elaboraban las revistas más lujosas y de mayor tirada. La decoración era distinta, con alfombras de color claro en los pasillos, sillas de patas de acero y ceniceros cromados. Cuanto más se acercaba a la planta dieciocho, más sobria era la elegancia, que volvía a atenuarse después.

El departamento de dirección ocupaba cuatro plantas, y más abajo estaban las oficinas de administración, publicidad, distribución y demás. Los pasillos volvían a ser blancos y austeros y se intensificaba de nuevo el tecleo de las máquinas de escribir. La luz era fría, blanca y penetrante.

El comisario Jensen recorrió el edificio planta por planta. Eran casi las cinco cuando llegó al vestíbulo de la planta baja. Había hecho todo el recorrido por las escaleras y notó una leve sensación de cansancio en las corvas y las pantorrillas.

Minutos más tarde apareció por las escaleras el hombre del traje gris. El comisario Jensen no lo había visto desde hacía una hora, cuando se habían separado en la décima planta. El hombre entró en la conserjería, situada en un extremo de la entrada principal. A través del cristal le vio decir algo a los hombres uniformados. Luego se secó el sudor de la frente y dirigió una mirada fugaz y despectiva al vestíbulo.

El reloj del vestíbulo dio las cinco y al cabo de un minuto exacto se abrieron las puertas automáticas del primer ascensor, lleno de gente.

El desfile de personas prosiguió durante más de media hora hasta que empezó a disminuir. El comisario Jensen permaneció con las manos cruzadas a la espalda, balanceándose levemente hacia delante y hacia atrás sobre los pies mientras observaba la salida apresurada de los empleados que, al otro lado de las puertas giratorias, se separaban y se dispersaban, esquivos y encorvados, hacia sus coches.

El vestíbulo quedó despejado a las seis menos cuarto. Los ascensores se detuvieron. Los hombres de uniforme blanco cerraron las puertas de la entrada y se marcharon. Solo el hombre del traje gris se quedó tras la luna de cristal. Fuera casi había oscurecido.

El comisario Jensen entró en uno de los ascensores de aluminio y pulsó el botón más alto del tablero. El ascensor se detuvo con una frenada rápida y amortiguada en la planta dieciocho, las puertas se abrieron y se cerraron, y a continuación volvió a ponerse en marcha.

Los pasillos de la redacción de cómics seguían igual de iluminados, pero había cesado el ajetreo tras las puertas. Permaneció a la escucha, en silencio, y al cabo de treinta segundos oyó que un ascensor se detenía en algún sitio cercano, probablemente en la planta de abajo. Esperó algo más pero no se escucharon pasos. No se oía nada, aunque el silencio no era absoluto. Solo cuando se echó a un lado y puso la oreja contra la pared de hormigón percibió el rumor de las salas de máquinas a lo lejos. Al rato de estar escuchando, el sonido se hizo más evidente, tortuoso e insistente como una sensación de dolor indefinida.

Se incorporó y recorrió los pasillos, consciente del ruido en todo momento. Al final de las escaleras había dos puertas de acero pintadas de blanco. Ambas

carecían de manija. Sacó la llave con el curioso paletón y la probó primero en la puerta más pequeña, pero no encajaba. Por el contrario la otra se abrió de inmediato y vio una escalera de hormigón estrecha y empinada, apenas iluminada por pequeños globos blancos de luz.

El comisario Jensen subió la escalera, abrió otra puerta más y salió al tejado.

Había oscurecido del todo y el viento de la noche soplaba frío y cortante. Alrededor de la azotea había un pretil amurallado de casi un metro de altura. Muy por debajo se divisaba la ciudad, con millones y millones de puntos de luz fríos y blancos. En medio del tejado se erguían una decena de pequeñas chimeneas. Salía humo de un par de ellas y pese al viento sintió que el tufo era acre, denso y asfixiante.

Abrió la puerta que había al final de la escalera y le pareció que alguien cerraba la de abajo, pero cuando bajó a la planta treinta, la encontró desierta, en silencio y abandonada. Probó una vez más la llave en la cerradura de la puerta de acero más pequeña pero continuó sin poder abrirla. La puerta conducía seguramente a alguna instalación técnica, como la sala de máquinas de los ascensores o a la sala de suministro eléctrico.

Recorrió una vez más el sistema hermético de pasillos, andando con sigilo y cuidado sobre las suelas de goma, como de costumbre. Se detuvo a escuchar en el pasillo más largo, y otra vez creyó percibir pasos en algún lugar cercano. El rumor cesó al instante, quizá solo había sido un eco.

Volvió a sacar la llave, abrió una puerta y entró en una de las redacciones. No era mucho mayor que una celda del calabozo de la comisaría, con las paredes de hormigón, desnudas y blancas al igual que el techo, y el suelo gris claro. El mobiliario lo formaban tres mesas de trabajo de color blanco que ocupaban casi toda la superficie del suelo, y en el marco de la ventana había un interfono cromado. En las mesas, papeles, dibujos, reglas y rotuladores, todo muy ordenado.

El comisario Jensen se detuvo ante una de ellas y observó una imagen en color dividida en cuatro viñetas que por lo visto era parte de un cómic. Al lado de la ilustración había una hoja mecanografiada con el título «Guion original del departamento de autores».

El primer dibujo representaba una escena en un restaurante. Una mujer rubia con unos pechos descomunales y un vestido de lentejuelas con un escote pronunciadísimo se sentaba frente a un hombre que llevaba un antifaz azul y vestía un traje de malla con un ancho cinturón de cuero. En medio del pecho lucía la marca de una calavera. En la mesa había una botella de champán y dos copas, y al fondo se veía una orquesta de baile y gente con esmoquin o traje de noche. En la siguiente viñeta solo aparecía el hombre del curioso traje; una

aureola flotaba sobre su cabeza y tenía la mano derecha metida en algo que parecía un hornillo portátil. La siguiente viñeta mostraba de nuevo el restaurante; ahora el hombre del traje de malla parecía flotar en el aire por encima de la mesa mientras la mujer rubia lo miraba alhelada. En la última imagen, el hombre del traje de malla seguía flotando y al fondo se veían estrellas. De un anillo de su meñique derecho crecía una poderosa mano provista de un largo mango. En la mano sostenía una naranja.

En las ilustraciones había espacios pintados con una capa de tinta blanca, a veces en el borde superior, a veces en bocadillos situados entre los dientes relucientes de las figuras. Ocupaban esos espacios textos de fácil lectura escritos con rotulador, todavía por terminar.

La misma noche la Pantera Azul y la rica Beatrice se encuentran en el restaurante más elegante de Nueva York...

—Creo... Resulta tan extraño... Creo que... te quiero.

—¿Cómo? ¡Me ha parecido que la luna se movía!

La Pantera Azul camina con sigilo y carga su anillo de la fuerza...

—Discúlpame, pero tengo que dejarte un momento. ¡Algo le pasa a la luna!

Y una vez más la Pantera Azul abandona a su amada para salvar el universo de una hecatombe segura. Son esos endiablados krismopomps...

Reconoció las figuras de uno de los cómics que había examinado la noche anterior.

Encima del escritorio había un mensaje fotocopiado pegado en la pared. Leyó:

Nuestra tirada ha aumentado un 26 % durante el último trimestre. La publicación suple una necesidad vital y tiene un gran cometido por delante. Hemos conquistado la cabeza de puente. ¡Ahora seguimos combatiendo para alcanzar la victoria final!

El redactor jefe

El comisario Jensen echó un último vistazo a las viñetas, apagó la luz y cerró la puerta.

Descendió ocho plantas y se encontró en la redacción de una de las grandes revistas. Ahora oía con nitidez y a intervalos regulares los leves pasos de la persona que lo seguía. Dio entonces por zanjado el asunto y no necesitó preocuparse más al respecto.

Abrió un par de puertas y fue a dar con unas celdas de hormigón exactamente iguales a las que había visto en la planta treinta. Sobre las mesas había fotos de miembros de la realeza, ídolos, niños, perros y gatos, además de artículos que al parecer se estaban traduciendo o editando de algún modo. Algunos habían sido corregidos con lápiz rojo.

Leyó varios de ellos y reparó en que casi todo lo que había sido tachado eran tímidos apuntes críticos y juicios de valor de algún tipo. Los artículos hablaban de artistas famosos extranjeros.

El despacho del jefe de redacción era más grande que los demás. Una alfombra de color beige claro cubría el suelo y los muebles de acero estaban revestidos de escay blanco. Además del aparato de megafonía, en la mesa había dos teléfonos blancos, un cartapacio de color gris oscuro y una fotografía con un marco de acero. Al parecer, la foto representaba al jefe en persona, un hombre delgado de mediana edad con aspecto disgustado, mirada perruna y bigote bien cuidado.

El comisario Jensen se sentó tras el escritorio. Su carraspeo hizo eco en el despacho, que parecía frío y abandonado, y más grande de lo que era. Allí no había libros ni revistas, pero de la pared blanca de enfrente colgaba, enmarcada, una gran lámina en color. La foto había sido hecha de noche y mostraba la fachada iluminada del rascacielos del consorcio.

Abrió unos cajones pero no encontró nada de interés. En uno de ellos había un sobre marrón cerrado con el sobrescrito «Privado». Contenía unas fotos en color y una nota impresa con el texto: «Oferta exclusiva a precio reducido del servicio internacional de fotos de la Editorial, reservada para los cargos directivos». Las fotos mostraban mujeres desnudas con grandes pechos rosados y los pubis rasurados.

El comisario Jensen cerró el sobre con sumo cuidado y lo devolvió a su sitio. No existía ninguna prohibición legal contra ese tipo de fotografías, pero por algún motivo, después de una época de un notable aumento años atrás, los productos pornográficos habían desaparecido casi por completo del mercado. La caída de la demanda estaba relacionada, en algunas zonas, con el rápido decrecimiento de la natalidad.

Levantó la carpeta y encontró una circular interna de la dirección de la empresa. Decía:

El reportaje sobre la boda en el palacio real entre la princesa y el jefe de los sindicatos es censurable. Apenas se menciona a personas muy relevantes y cercanas a la Editorial. El comentario acerca de que el hermano del novio fue un republicano acérrimo en su juventud es directamente indignante, igual que la observación «humorística» sobre la posibilidad de que el jefe de los sindicatos pueda llegar a ser rey. Además, como profesional discrepo del torpe diseño estilístico del reportaje. Es evidente que la carta al director del número 8 no debería haberse publicado. La afirmación de que se reduce la frecuencia de suicidios en nuestro país puede llevar al preocupante malentendido de que con anterioridad se cometieran demasiados suicidios en la sociedad del Consenso. ¿Es necesario que insista en que el tiraje no crece según las previsiones de la dirección?

Según una anotación marginal, se habían mandado copias de aquella carta a

todos los jefes.

Cuando el comisario Jensen volvió a salir al pasillo le pareció oír un leve crujido al otro lado de una de las puertas cerradas.

Sacó la llave, abrió la puerta y entró. La sala estaba a oscuras, pero a la tenue luz del alumbrado de la fachada vio a un hombre hundido en su sillón de trabajo. Cerró la puerta a su espalda y giró el interruptor de la luz. Era una sala corriente con las paredes de hormigón y los marcos de las ventanas cromados. La atmósfera era densa y asfixiante, olía a aguardiente, a humo de tabaco y a vómitos.

El hombre del sillón parecía rozar los cincuenta. Era corpulento y algo obeso y llevaba chaqueta, camisa blanca, corbata, zapatos y calcetines. Había extendido los pantalones sobre la mesa en un intento, al parecer, de limpiarlos, y sus calzoncillos colgaban de un radiador. Descansaba el mentón contra el pecho y tenía la cara roja. En la mesa había un vaso de plástico y una botella de aguardiente casi vacía y tenía una papelería de metal colocada entre los pies.

El hombre se echó hacia atrás ante el blanco resplandor de la luz y lo miró con los ojos azules inyectados en sangre.

—El periodismo ha muerto —dijo—. Yo estoy muerto. Todo ha muerto.

Buscó a tientas la botella de la mesa.

—Aquí estoy, en este maldito comedor social. Dirigido y pisoteado por iletrados y analfabetos. ¡Yo! Año tras año.

Cogió esta vez sí la botella y se bebió las últimas gotas.

—El mayor comedor social del mundo —continuó—. Trescientas cincuenta mil raciones a la semana. Sopa de mentiras, con garantía de insipidez. Año tras año.

Le temblaba todo el cuerpo y tuvo que valerse de ambas manos para poder llevarse el vaso a los labios.

—Pero ahora se acabó —dijo.

Cogió una carta de la mesa y la agitó.

—Lea esto —pidió—. Mire el final.

El comisario Jensen cogió la carta. Era un mensaje del redactor jefe:

Tu reportaje de la boda en palacio es insensato, está mal escrito y lleno de errores. La publicación de la carta al director sobre suicidios en el número 8 es un lapsus escandaloso. Me he visto obligado a informar del asunto a la dirección.

—Lo había leído todo antes de que entrara a máquinas, por supuesto. Incluida la maldita carta al director. Pero no se lo reprocho. Ese desdichado tiene que salvar su propio pellejo.

El hombre miró a Jensen con un interés renovado.

—¿Quién es usted? ¿Algún director nuevo? Lo pasarás bien, muchacho. Aquí los puestos de redactor jefe los ocupan peones trajeados traídos de cualquier estercolero del campo. Y, claro, también viejos putones ante los cuales he tenido la oportunidad de hacer el ridículo.

Jensen sacó la tarjeta azul. El hombre del sillón ni siquiera se fijó en ella. Dijo:

—He sido periodista durante treinta años. He sido testigo de todo el derrumbe espiritual. La muerte por asfixia intelectual. El garrote más lento del mundo. Primero quise hacer algo. Un error. Todavía sigo queriendo hacer algo, muy poco. Otro error. Sé escribir. Error. Por eso me odian. Por ahora no tienen más remedio que resignarse con gente como yo. Hasta que alguien invente una máquina que pueda escribir su puta basura. Me detestan porque no soy una máquina infalible con palancas y botones que escriba sus asquerosas patrañas, seis páginas por hora, sin errores. Hurra, hurra, hurra.

Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas muy pequeñas.

—Y este pobre diablo que solo está aquí colgado como un espagueti cocido — se quejó.

Hizo un vago gesto señalándose los genitales, se hundió aún más en el asiento y murmuró:

—En cuanto tenga secos los pantalones trataré de irme a casa.

El hombre se quedó un rato en silencio. Respiraba de forma desigual y sofocada. Luego dejó caer su brazo derecho y dijo:

—¡Muy apreciado público! La función ha llegado a su fin y el héroe será ahorcado, porque la humanidad es siempre la misma y no da ni regala nada a cambio. ¿Sabe usted quién escribió eso?

—No —dijo el comisario Jensen.

Apagó la luz y salió de la habitación.

Se montó en el paternóster de la décima planta y descendió hasta el almacén de papel.

El alumbrado de noche, unos cuantos globos azules que proyectaban una luz tenue e incierta, estaba encendido.

Permaneció inmóvil y sintió la presión del gigantesco edificio que se erguía encima de él. Las máquinas y rotativas habían parado y en medio del silencio parecía aumentar el peso aplastante del rascacielos. No volvió a oír el ruido de la persona que le seguía, fuera quien fuese.

Volvió a subir hasta la planta baja. El vestíbulo estaba desierto y esperó. Pasaron tres minutos hasta que el hombre del traje gris apareció por una puerta lateral y se dirigió a la conserjería.

—Hay un hombre bebido en el despacho dos mil ciento cuarenta y tres —dijo

el comisario Jensen.

—Ya nos hemos hecho cargo de él —repuso el del traje gris con monotonía.

El comisario Jensen abrió la puerta con su propia llave y salió al aire frío de la noche.

Eran casi las diez cuando regresó a la comisaría del distrito dieciséis. El despacho no le deparó nada interesante y bajó al local de arrestos, donde dos mujeres jóvenes acababan de ser obligadas a entrar por la puerta que daba al patio. Esperó mientras dejaban en el mostrador sus documentos de identidad, zapatos, ropas de abrigo y bolsos. Una de ellas insultó al agente de guardia y le escupió en la cara. El policía que había practicado la detención bostezaba mientras le retorció la muñeca y echaba una mirada cansada al reloj. La otra detenida permanecía inmóvil, cabizbaja y con los brazos caídos. Lloraba y balbuceaba todo el tiempo entre sollozos. Las mismas palabras de siempre, «no, no» y «no quiero».

Un par de mujeres policías, con botas de goma e impermeables de color verde claro, se llevaron a las detenidas y poco después se oyeron llantos y gemidos procedentes del local de registros. El personal femenino era más eficaz y más perseverante que el masculino.

El comisario Jensen se dirigió al mostrador y leyó la lista de los detenidos que habían llegado durante las últimas horas. En la editorial no se había practicado ninguna detención y desde allí no se había hecho denuncia alguna.

Antes de volver a casa no comió nada. No estaba especialmente hambriento y ya no sentía contracciones en el diafragma. Pero a pesar del calor y el confort que le ofrecía el coche, temblaba de frío y le costaba mantener las manos en el volante.

Se desvistió enseguida y se metió en la cama. Después de permanecer una hora tumbado, se levantó y cogió la botella. El temblor cesó al cabo de un rato pero aún tenía frío cuando se quedó dormido.

Habían pasado tres días. Aún quedaban cuatro.

La mañana era fría y el cielo estaba despejado. Una fina capa de nieve recién caída cubría los espacios verdes entre los bloques y había placas de hielo en el asfalto de la autopista.

El comisario Jensen se había levantado temprano y a pesar de los atascos y el hielo de la carretera llegó con tiempo de sobra a su despacho. Tenía la garganta seca y persistía en su paladar un sabor mohoso y rancio pese a haber hecho gárgaras y haberse cepillado los dientes. Pidió que le trajeran una botella de agua mineral de la cantina y empezó a leer los papeles de la mesa. Faltaba el informe técnico del laboratorio y los demás no parecían tener interés. El agente de correos no daba con nada. Jensen leyó con atención su lacónico resumen, se frotó las sienes con las puntas de los dedos y marcó el número de la oficina central de correos. No pasó mucho tiempo antes de que el agente cogiera el teléfono.

—Jensen al habla.

—Sí, comisario.

—¿Qué está haciendo?

—Interrogo al personal. Va a llevar su tiempo.

—Sea preciso.

—Dos días más. Acaso tres.

—¿Cree que puede conducirnos a algo?

—No especialmente. Son muchas las cartas con direcciones escritas a base de recortes de prensa. Ya he visto más de un centenar. La mayoría no son ni siquiera anónimas. Cosas que hace la gente.

—¿Por qué?

—Un tipo de broma, supongo. El único empleado que recuerda esa carta en particular es el cartero que la llevó.

—¿Tiene copia de la carta?

—No, comisario. Pero tengo un sobre igual y la dirección.

—Lo sé. Evite los comentarios superfluos.

—Sí, comisario.

—Deje lo que esté haciendo y diríjase al laboratorio técnicocriminal, haga una copia del texto y entérese de qué periódico o periódicos están recortadas las letras. ¿Entendido?

—Entendido.

El comisario Jensen colgó el teléfono. Al otro lado de la ventana el personal de la limpieza trajinaba recogedores y cubos de hojalata.

Cruzó las manos y esperó.

Al cabo de tres horas y veinte minutos de espera sonó el teléfono.

—Hemos identificado el papel —dijo el técnico del laboratorio.

—¿Y?

—Es un papel con gramaje de calidad CB-3. Lo fabrica una de las papeleras pertenecientes al grupo.

Se hizo un momento de silencio. Luego el técnico añadió:

—No es tan raro. Poseen prácticamente toda la producción papelera.

—Vaya al grano —ordenó el comisario Jensen.

—La fábrica en cuestión está hacia el norte, a solo cuarenta kilómetros de la ciudad. Tenemos a un hombre allí. He hablado con él hace cinco minutos.

—¿Y?

—Este tipo de papel se lleva fabricando desde hace casi un año. La mayor parte está destinado a la exportación, pero algunas partidas pequeñas han ido a parar directamente a una de las imprentas que controla el consorcio. Allí han distribuido el papel en dos cortes distintos. Por lo que entiendo solo interesa el de mayor formato. Ahora mismo es todo lo que hemos podido conseguir. El resto es cosa suya. Le he enviado un mensajero con todos los nombres y direcciones. Debería tenerlos ahí en diez minutos.

Jensen no respondió.

—Eso es todo —dijo el técnico.

El hombre pareció vacilar. Después de un breve e indeciso silencio añadió:

—¿Comisario?

—Sí.

—Lo de ayer... Me refiero a la denuncia por mala conducta. ¿Sigue en pie?

—Por supuesto —dijo el comisario Jensen.

Diez minutos más tarde llegó un asistente de la policía con la información por escrito.

Cuando Jensen acabó de leerla se levantó y miró el gran mapa de carreteras. Luego se puso el abrigo y bajó en busca de su coche.

Mientras el comisario Jensen esperaba a que volviera el encargado de la imprenta, observó la actividad que había al otro lado a través de las paredes acristaladas de la oficina, donde el personal, cubierto con trajes protectores de color gris, se movía de un lado a otro tras largos mostradores. Al fondo se oía el estruendo de las linotipias y las imprentas.

Pruebas de imprenta, todavía frescas, colgaban de ganchos de acero a lo largo de una de las paredes de la oficina. Los textos, impresos en negrita de gran tamaño, encomiaban las publicaciones de la editorial. Uno de ellos anunciaba la salida, esa semana, de una revista con un póster a toda página que exhibía a tamaño natural a una estrella de televisión de dieciséis años. El anexo venía en una «espectacular impresión a todo color y de singular belleza». Urgía al público a comprarla antes de que se agotara la tirada.

—Nos encargamos de parte de la publicidad de la editorial —dijo el encargado de la imprenta—. Aquello son anuncios de revistas. Cosas elegantes, aunque caras. Uno de esos cuesta cinco veces lo que usted o yo ganamos al año.

El comisario Jensen no dijo nada.

—Pero, claro, eso no tiene importancia para quien es propietario de todo, tanto de las revistas como de los diarios, de las imprentas y del papel que ellos imprimen —explicó el encargado.

—Todo muy elegante, sin lugar a dudas —dijo el impresor.

El hombre se dio media vuelta y se llevó una pastilla a la boca.

—Tiene usted toda la razón —dijo—. Hicimos dos encargos con ese papel. Hace alrededor de un año. De una elegancia igualmente extraordinaria. Ediciones limitadas. Solo unos miles de ejemplares de cada uno. Una era papel de carta para el jefe, y la otra, una especie de diploma.

—¿Para la editorial?

—Sí, claro. Tiene que haber ejemplares de pruebas por aquí. Puede echarles un vistazo.

Buscó entre sus carpetas.

—Ah, aquí están. Mire.

El papel para las cartas del jefe era de un formato bastante pequeño y su elegante diseño, con un discreto membrete gris en la esquina superior derecha, parecía destinado a dar testimonio de un gusto sencillo y sobrio. El comisario Jensen vio enseguida que el papel era bastante más pequeño que el de la carta anónima, pero no obstante lo midió. Luego sacó el informe del laboratorio y comparó las medidas. Los números no cuadraban.

La otra prueba correspondía a un folleto casi cuadrado. Las dos primeras páginas estaban en blanco, en la tercera figuraba un texto impreso en recargados caracteres góticos dorados. Decía así:

POR LOS AÑOS DEDICADOS AL SERVICIO DE LA CULTURA Y EL CONSENSO LE EXPRESAMOS NUESTRO PROFUNDO Y RECONOCIDO AGRADECIMIENTO.

—Elegante, ¿verdad?

—¿Para qué se diseñó?

—No lo sé. Es una especie de diploma. Alguien lo firmará. Después lo repartirán. Debe ser para eso.

El comisario Jensen cogió la regla y midió la portada del folleto. Sacó la nota del bolsillo y comparó las medidas. Cuadraban.

—¿Tiene este tipo de papel en el almacén?

—No, se trata de un papel especial. Muy caro, por cierto. Y lo que sobró después de imprimirlo debió de ser destruido hace ya mucho tiempo.

—Me llevo este conmigo.

—Es el único ejemplar que tenemos en el archivo —dijo el encargado.

—Ya —respondió el comisario Jensen.

El encargado de la imprenta era un hombre de unos sesenta años con el rostro aborregado y la mirada melancólica. Olía a aguardiente, tinta y pastillas para la garganta. No dijo nada más, ni siquiera adiós.

El comisario Jensen enrolló el diploma y se fue.

El despacho del jefe de personal estaba en la novena planta. El hombre tras el escritorio era un tipo obeso y achaparrado, con cara de sapo, y no tenía una sonrisa tan ensayada como la del responsable de publicaciones. Solo parecía sesgada, distorsionada y artera. Dijo:

—¿Muertes? Sí, claro, hemos tenido algún que otro salto.

—¿Salto?

—Sí, suicidios. Al fin y al cabo... ocurre en todas partes.

La observación era correcta. A lo largo del año anterior incluso dos peatones habían muerto en el centro de la ciudad por la caída de algún suicida. Algunos más habían resultado heridos. Era uno de los inconvenientes de los edificios altos.

—¿Y aparte de eso?

—Han muerto algunas personas en el edificio durante los últimos años, siempre por causas naturales o por accidentes. Haré que la secretaria le mande una lista.

—Gracias.

El jefe de personal estaba haciendo un auténtico esfuerzo. Consiguió suavizar un poco la sonrisa y preguntó:

—¿Le puedo ayudar en algo más?

—Sí —dijo el comisario extendiendo el diploma—. ¿Qué es esto?

El hombre pareció un poco sorprendido.

—Unas palabras, o quizá debería decir una carta de despedida destinada a quienes terminan aquí su trabajo. Su producción es muy cara, pero la idea es otorgar a nuestros antiguos empleados un hermoso recuerdo. En esos casos ningún coste es demasiado grande. Eso es lo que argumenta la dirección de la empresa, en este y en muchos otros asuntos.

—¿Se lo dan a todos los que se van?

El hombre negó con la cabeza.

—No, no, por supuesto que no. Eso sería muy costoso. Se trata de un honor que en realidad solo se concede a las personas que ocupan un puesto de

dirección o a colaboradores de la máxima confianza. En cualquier caso y circunstancia todos sus destinatarios tienen que haber desempeñado su cometido y haberse comportado como dignos embajadores de la empresa.

—¿Cuántos han concedido?

—Solo unos pocos. Este modelo en concreto es bastante nuevo. Hace apenas medio año que lo usamos.

—¿Dónde guardan los diplomas?

—Los tiene mi secretaria.

—¿Están al alcance de cualquiera?

El jefe de personal pulsó un botón del interfono. Una mujer joven entró en el despacho.

—¿El documento PR-8 está al alcance de cualquiera?

La mujer lo miró asustada.

—No, en absoluto. Están en el armario de acero. Lo cierro cada vez que salgo de la oficina.

El hombre le hizo señas para que se retirara y dijo:

—La muchacha es meticulosa y de confianza. Si no, no estaría aquí.

—Necesito una lista de las personas que han recibido este tipo de diploma.

—Por supuesto. Se la podemos facilitar.

Se quedaron un buen rato en silencio mientras esperaban a que llegara la lista. Al fin, el comisario Jensen preguntó:

—¿Cuáles son sus principales cometidos?

—Contratar al personal de redacción y administración, controlar que todo lo que se hace redunde en beneficio del personal y...

Hizo una breve pausa y desplegó una amplia sonrisa con su boca de sapo, tan dura y fría que parecía auténtica.

—Y alejar de la editorial a los que abusan de nuestra confianza, encargarme de quienes descuidan su trabajo.

A los pocos segundos añadió:

—Pero claro, eso solo ocurre en casos muy extremos y se lleva a cabo de la forma más humana posible, como todo lo demás en esta empresa.

Volvió a hacerse silencio en el despacho. El comisario Jensen escuchaba inmóvil el latido del rascacielos.

La secretaria entró con dos ejemplares de la lista. En ella figuraban doce nombres.

El jefe de personal la fue leyendo.

—Dos de estas personas fallecieron después de jubilarse —dijo—. Y una vive en el extranjero, lo sé con certeza.

Sacó su estilográfica del bolsillo de la pechera y dibujó tres pulcras señales

delante de los tres nombres. Luego le pasó la hoja de papel al visitante.

El comisario Jensen le echó un vistazo. Después de los nombres figuraban el año de nacimiento de cada uno y algunos datos escuetos como «jubilación anticipada» o «baja voluntaria». Dobló la lista con cuidado y se la metió al bolsillo.

Antes de irse, intercambiaron unas palabras más:

—¿Puedo preguntarle qué es lo que mueve su interés por este detalle en concreto?

—Una investigación oficial de la que no estoy autorizado a hablar.

—¿Ha ido a parar a manos indebidas alguna de nuestras cartas de despedida?

—No lo creo.

Había ya dos hombres en el ascensor que tomó el comisario Jensen. Eran bastante jóvenes y fumaban mientras charlaban sobre el tiempo. Hablaban de un modo nervioso y entrecortado, usando lo que parecía una serie de palabras en clave. No resultaba fácil de entender para un extraño.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta dieciocho entró el director del consorcio. Saludó abstraído y se colocó de cara a la pared. Los dos periodistas apagaron sus pitillos y se quitaron el sombrero.

—Mira que si nevara —dijo en voz baja uno de ellos.

—Me dan tanta pena las florecillas —repuso el jefe con una voz honda y sugerente.

Lo dijo sin ni siquiera mirar al hombre que había hablado. Permaneció inmóvil de cara a la pared de aluminio. Nadie dijo una palabra más mientras bajaban.

El comisario Jensen pidió usar un teléfono del vestíbulo y llamó al laboratorio.

—¿Y bien?

—Tenía usted razón. Hay restos de polvo de oro. En el pegamento, bajo las letras. Es extraño que no lo viéramos.

—¿De verdad se lo parece?

—Averigüe la dirección de esta persona. Es urgente.

El jefe de los agentes de paisano se puso firme y salió.

El comisario Jensen examinó la lista que tenía sobre la mesa, delante de él. Abrió uno de los cajones, sacó la regla y tachó tres nombres con líneas nítidas y rectas. Luego numeró los demás del uno al nueve, miró el reloj e hizo una pequeña anotación en el papel con letra pequeña: «Jueves, 16:25 h».

Cogió una libreta de notas sin usar, la abrió por la primera página y escribió: «Número 1, anterior encargado de distribución, 48 años, casado, jubilación anticipada por enfermedad».

Dos minutos después volvió el jefe de los agentes de paisano con la dirección. Jensen la anotó, cerró la libreta, se la metió en el bolsillo y se levantó.

—Consiga datos sobre los demás —dijo—. Necesito que estén listos para cuando vuelva.

Atravesó el núcleo de edificios comerciales y administrativos de la ciudad, pasó el edificio de los sindicatos y siguió en dirección oeste. El tráfico circulaba con fluidez por la ancha y recta autopista que atravesaba polígonos industriales y amplias barriadas dormitorio de miles de bloques de viviendas alineados como columnas idénticas entre sí.

A la luz clara del sol de la tarde vio con nitidez la capa grisácea de los gases contaminantes. Tendría de unos quince metros de grosor y cubría la ciudad como un banco de niebla tóxico.

Una par de horas antes se había bebido dos tazas de té y había comido cuatro panecillos. Ahora sentía un dolor fuerte y persistente en la parte derecha del diafragma, como si una taladradora le hubiese perforado a cámara lenta los tejidos blandos. A pesar del dolor, seguía teniendo hambre.

Diez kilómetros más adelante los bloques de viviendas parecían más viejos y deteriorados. Se erguían como pilares entre una vegetación descuidada y enmarañada. Las frágiles placas de hormigón, irregulares y erosionadas, se habían desprendido de buena parte de las fachadas, y muchas ventanas estaban rotas. Desde que las autoridades habían conseguido atajar la escasez de

viviendas diez años antes mediante la construcción en serie de un tipo de bloques con idénticos apartamentos estándar, muchos barrios antiguos se habían despoblado. En la mayoría de estos barrios apenas estaba ocupada la tercera parte de las viviendas. Las demás estaban vacías y se deterioraban tanto como la práctica totalidad de los bloques. Esas viviendas ya no eran rentables y nadie se ocupaba de repararlas o mantenerlas. Además, estaban mal construidas y se deterioraban con rapidez. Muchas tiendas y comercios habían caído en bancarrota y habían sido clausurados o, simplemente, abandonados por sus propietarios. Tampoco circulaba por aquellas barriadas ningún tipo de medio de transporte, municipal o estatal, ya que se estimaba que todo el mundo debía tener su propio coche.

Entre la maraña de matorrales que rodeaba los bloques había montones de coches desguazados e indestructibles envases de plástico. El Ministerio de Asuntos Sociales contaba con que las viviendas fueran quedando poco a poco abandonadas hasta desplomarse, y convertir entonces esas zonas, de forma automática y sin ningún gasto extra, en vertederos.

El comisario abandonó la autopista, cruzó un puente y se encontró en una isla, alargada y poblada de árboles de hoja caduca, con piscinas, pistas de tenis, senderos de equitación y villas blancas a lo largo de las orillas. Al cabo de pocos minutos aminoró la velocidad, giró a la izquierda, cruzó un par de altas verjas forjadas, condujo hasta una casa y se detuvo enfrente.

Era una casa grande y cara, de aspecto lujoso, con las fachadas acristaladas bien pulidas. Al lado de la entrada había tres coches, uno de ellos un último modelo de matrícula extranjera, grande y de color plateado.

El comisario Jensen subió la escalinata y cuando cruzó las células fotoeléctricas se oyó el sonido de una campana desde el interior de la casa. Una mujer joven, vestida de negro y con una cofia almidonada, abrió la puerta al instante. Le pidió que esperase y desapareció dentro de la casa. El decorado del vestíbulo y lo que pudo ver de la casa era moderno e impersonal. Tenía la misma elegancia sobria que las plantas que ocupaba la dirección de la editorial.

En el vestíbulo había un joven de unos diecinueve años. Estaba sentado con las piernas estiradas en uno de los sillones de patas de acero y miraba al frente con fijeza y apáticamente.

La persona a quien había ido a ver el comisario Jensen era un hombre bronceado y de ojos azules, con cuello de toro, incipiente corpulencia y una altiva expresión en el rostro. Llevaba pantalones deportivos, sandalias y un batín corto y elegante de una tela parecida a la lana.

—¿De qué se trata? —preguntó en tono tajante—. Le advierto que no dispongo de mucho tiempo.

Jensen dio un paso adelante en el vestíbulo y le mostró su placa.

—Jensen —dijo—, comisario del distrito dieciséis. Estoy al cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo.

El porte y la expresión del hombre cambiaron. Movi6 inquieto los pies y pareció hundirse. Su mirada se volvió esquiva y temerosa.

—Por el amor de Dios —murmuró—, aquí no. Aquí, delante de... No, venga a mi... o a la biblioteca... Sí, mejor la biblioteca.

Hizo un gesto vago, como si buscara algo para distraer la atención y dijo:

—Este es mi hijo.

El joven del sillón les lanzó una mirada de sumo aburrimiento.

—¿No vas a salir a probar tu coche nuevo? —preguntó el hombre del batín.

—¿Para qué?

—Bueno, las chicas y eso...

—¡Bah! —exclamó el joven.

Su rostro volvió a eclipsarse.

—No entiendo a la juventud de hoy —dijo el hombre con una sonrisa de pesadumbre.

El comisario Jensen no respondió al comentario y la sonrisa del hombre desapareció.

En la biblioteca, un luminoso salón con armarios y varios tresillos, no había ningún libro. Había revistas en las mesas.

El hombre del batín cerró las puertas con cuidado y lanzó una mirada suplicante al comisario, cuyo rostro era frío y circunspecto. Luego dio un respingo y se dirigió a una de las vitrinas, sacó un vaso, lo llenó de aguardiente casi hasta el borde y lo vació de un solo trago. Luego volvió a llenarlo, miró de nuevo al comisario Jensen y masculló:

—Bien, qué más da ahora. Supongo que no puedo ofrecerle... no, claro... perdón... Es el shock, ¿comprende?

El hombre se derrumbó en una de las sillas. Jensen siguió de pie. Sacó la libreta de notas. Al otro le brillaba el rostro de sudor. Se lo secaba una y otra vez con un pañuelo doblado.

—Dios mío, lo sabía. Lo he sabido todo este tiempo. Que esos condenados iban a clavarme una puñalada tan pronto como se hubiesen celebrado las elecciones. Pero voy a defenderme —dijo furioso—. Me lo van a quitar todo, lógicamente. Pero yo sé cosas, sé muchas cosas, cosas que ellos no...

Jensen lo miró fijamente.

—Hay de todo —dijo el hombre—, como números que les resultaría complicado explicar. ¿Sabe usted cuánto pagan de impuestos? ¿Sabe cuál es el sueldo de sus expertos fiscales? ¿Sabe quién contrata en realidad a esos expertos

fiscales?

Se tiró nervioso de los escasos pelos que tenía y dijo apenado:

—En fin, disculpe... Lógicamente no quería... Mi situación ya no puede ser peor, pero...

De repente, su voz se volvió apremiante:

—Por cierto, ¿el interrogatorio debe tener lugar aquí, en mi casa? Imagino que usted ya lo sabe todo. ¿Tiene que quedarse ahí de pie? ¿Por qué no se sienta?

El comisario Jensen se quedó donde estaba. No dijo nada aún. El hombre apuró el vaso y lo apartó de un golpe. Le temblaban las manos.

—Y bien, empiece —dijo resignado—. Acabemos cuanto antes y salgamos de aquí.

Se levantó y volvió a la vitrina, y toqueteó torpemente el vaso y el tapón de la botella.

El comisario Jensen abrió su libreta de notas y sacó el lápiz.

—¿Cuándo dejó de trabajar? —preguntó.

—En otoño, el 10 de septiembre. Jamás olvidaré ese día. Ni las semanas precedentes, porque fueron terribles, tan terribles como es hoy en día.

—¿Se jubiló de forma anticipada?

—Por supuesto. Me obligaron a hacerlo. Con la mejor voluntad, claro. Me consiguieron hasta la baja médica. Pensaron en todo. Trastornos cardíacos, dijeron, no suena nada mal. Pero evidentemente estaba completamente sano.

—¿Y a cuánto asciende su pensión?

—Obtuve la paga íntegra y la recibo desde entonces. Por Dios, para ellos es calderilla comparado con lo que tienen que pagar a sus expertos fiscales. Además, podrían dejar de pagar en cuanto quisieran: les firmé los papeles.

—¿Qué papeles?

—El finiquito, lo llamaron. La confesión, usted la habrá leído. Y la cesión de esta casa y de mi patrimonio. Dijeron que solo querían tenerlos pro forma, que no harían uso de ellos a menos que no fuera necesario. Nunca me hice ilusiones y pensé que no iba a ser necesario tan pronto. Durante mucho tiempo intenté convencerme de que no me denunciarían, que en realidad no se atreverían a exponerse al escándalo de un juicio público y a todas las habladurías. Al fin y al cabo me tenían bien pillado. Esta casa —dijo haciendo un gesto expansivo— compensaba sus pérdidas, aunque pareciera una suma muy elevada.

—¿Cómo de elevada?

—Cerca de un millón. Dígame, ¿es necesario hacerme pasar por la tortura de repetir todo esto una vez más? De palabra... y aquí... en mi casa.

—¿Todo al contado?

—No, apenas la mitad. Y repartido a lo largo de muchos años. El resto...

—¿Sí?

—El resto era en especies, sobre todo materiales de construcción, transporte, mano de obra, papel, sobres. Ese diablo lo tenía todo controlado, incluidos clips, gomitas y pegamento.

—¿Quién?

—El que se hizo cargo de la investigación, su perro favorito, el responsable de publicaciones. A los otros no los vi ni una sola vez. No querían ensuciarse las manos con un asunto así. Además, nadie debía enterarse de nada. Podía ocasionar un daño irreparable al consorcio. Al fin y al cabo, faltaba poco para las elecciones. Supuse que simplemente iban a esperar hasta que se hubieran celebrado.

Se secaba el rostro una y otra vez con el pañuelo que ya estaba gris y empapado.

—¿Qué... qué piensa hacer conmigo?

—Cuando se fue, ¿le dieron algún tipo de diploma o carta de despedida?

El hombre del batín se removió.

—Sí —dijo con desgana.

—Haga el favor de enseñármelo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo.

El hombre se levantó tambaleándose, trató de recuperar la compostura y salió del salón. Al cabo de un minuto volvió con el diploma. Estaba cubierto por una placa de cristal y enmarcado con unos anchos bordes dorados. El texto estaba firmado por el jefe y el editor del consorcio.

—Había una página más, una hoja añadida sin imprimir. ¿Qué ha hecho con ella?

El hombre miró desconcertado a Jensen.

—No sé. Supongo que la tiré. Creo que la recorté antes de llevar a enmarcar el diploma.

—¿No lo recuerda con seguridad?

—No, pero debí de tirarla. Recuerdo que la recorté.

—¿Con tijeras?

—Sí, de eso estoy seguro.

Miró el diploma y lo zarandó.

—Menuda estafa —murmuró—. Cuánta hipocresía, menuda maldita estafa.

—Sí —reconoció el comisario Jensen.

Cerró la libreta, se la metió en el bolsillo y se levantó.

—Adiós —le dijo.

El hombre le miró desconcertado.

—¿Cuándo... cuándo va usted a volver?

—No lo sé —respondió el comisario Jensen.

El joven del vestíbulo seguía sentado en la misma posición, pero ahora estudiaba el horóscopo de una revista con un leve atisbo de interés.

Era ya de noche cuando el comisario regresó en coche. Los bloques de viviendas de las desoladas barriadas aparecían como un cortejo fúnebre de fantasmas entre la maraña de matorrales.

No se molestó en acercarse al despacho sino que se dirigió directamente hacia casa. Se detuvo en una cafetería de carretera. Pese a ser consciente de las consecuencias, se comió tres bocadillos que acompañó con dos tazas de café solo.

Se había acabado el cuarto día.

El comisario Jensen no había acabado de vestirse cuando sonó el teléfono. Eran las siete menos cinco de la mañana y se estaba afeitando ante el espejo del baño. Un cólico le había hecho pasar una mala noche; ahora el dolor había remitido pero aún sentía el diafragma dolorido y afectado.

Sabía que la llamada tenía que ver con el trabajo porque nunca utilizaba el teléfono para llamadas privadas ni tampoco permitía que nadie lo hiciera.

—Jensen —dijo el jefe superior de policía—, ¿qué demonios está haciendo?

—Aún tenemos tres días a nuestra disposición.

—No me refería a eso precisamente.

—Acabo de empezar con los interrogatorios.

—No me refería a su ritmo de trabajo.

No hubo ninguna respuesta. El jefe superior de policía tosió broncamente.

—Por suerte, para usted y para mí, el asunto ya está resuelto.

—¿Resuelto?

—Sí, ellos mismos han dado con el culpable.

—¿Quiénes?

—El propio personal del consorcio. Como suponíamos desde el principio fue una broma de mal gusto. Un empleado, el redactor de uno de los periódicos. Al parecer, un joven bastante bohemio con muchas ideas disparatadas, pero un buen muchacho en el fondo. Parece que sospechaban de él desde hacía tiempo pero no se habían molestado en comentarlo.

—Comprendo.

—Imagino que no querían crear sospechas infundadas.

—Comprendo.

—En cualquier caso, el asunto ha quedado resuelto. No presentarán ninguna denuncia contra él. Aceptan las pérdidas y lo dan por bueno. Lo único que debe hacer es tomarle declaración. Luego puede cerrar el caso.

—Comprendo.

—Tengo el nombre y la dirección del hombre aquí, ¿toma nota?

El comisario Jensen escribió los datos en el reverso de una tarjeta blanca.

—Lo mejor para todas las partes es que se persone allí cuanto antes para zanjar el asunto.

—Sí.

—Dé carpetazo y archive el caso como procede, por si quieren revisar la investigación.

—Comprendo.

—¿Jensen?

—Sí.

—No tiene motivos para sentirse abatido. Es normal que las cosas hayan salido así. Era lógico que la propia gente del consorcio contara con mayores posibilidades de resolver el caso rápidamente. Su conocimiento del personal y de las circunstancias internas suponían una gran ventaja.

El comisario Jensen no dijo nada. El jefe superior de policía respiraba de forma audible y desigual.

—Otra cosa más —añadió.

—Sí.

—Le dije desde el principio que debía centrarse únicamente en investigar la carta de amenaza, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Esto también significa que no necesita ni debe tomar en consideración otros asuntos que hayan podido surgir durante la investigación. En cuanto haya verificado y resuelto la confesión de ese joven bromista, aparque el asunto. Puede olvidarse de todo tranquilamente. ¿Entendido?

—Entendido.

—Como ya le he dicho, creo que es lo mejor para todos... especialmente para usted y para mí.

—Comprendo.

—Bien, pues. Adiós.

El comisario Jensen volvió al cuarto de baño y acabó de afeitarse. Luego se vistió, tomó una taza de agua caliente con miel y leyó el diario de la mañana sin ninguna prisa.

Pese a que el tráfico era menos denso que de costumbre condujo por la autopista a velocidad moderada y cuando aparcó fuera de la comisaría eran ya las nueve y media.

Se sentó un rato al escritorio sin preocuparse de los informes o de la lista de direcciones recién escrita. Luego llamó al jefe de los agentes de paisano, le dio la tarjeta blanca y dijo:

—Busque información sobre esta persona. Todo lo que pueda conseguir. Es urgente.

Se quedó un buen rato junto a la ventana observando al personal de la limpieza que aún no había acabado con la desinfección. En ese momento, dos policías de uniforme verde entraron con el primer borracho perdido del día. Al cabo de un rato el agente que había estado haciendo indagaciones en la oficina de correos llamó por teléfono.

—¿Dónde está usted?

—En el archivo central de prensa.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—No por ahora. ¿Sigo adelante?

—Sí —dijo el comisario Jensen.

El jefe de los agentes de paisano regresó media hora más tarde.

—¿Y bien?

—Veintiséis años. Hijo de un conocido hombre de negocios. De familia acomodada. Trabaja de vez en cuando para una revista, como periodista. Culto. Soltero. Cuenta con la protección de sus jefes, al parecer gracias a contactos familiares. Carácter...

El agente frunció el ceño y se acercó al papel como si le resultara difícil descifrar su propia caligrafía.

—Inestable, espontáneo, atractivo, humorista. Le gustan las bromas pesadas. Nervioso, no muy fiable, poca resistencia. Detenido por embriaguez siete veces, dos estancias en una clínica de desintoxicación. Parece un buen elemento —dijo el jefe de los agentes de paisano.

—Es suficiente —dijo el comisario Jensen.

A las doce y media pidió que le trajeran el almuerzo de la cantina: dos huevos cocidos, una taza de té y tres panecillos.

Cuando terminó de comer se levantó, cogió el sombrero y el abrigo, bajó a por el coche y condujo hacia el sur.

Encontró la dirección indicada en la segunda planta de un edificio de viviendas de alquiler, pero nadie respondió al timbre. Escuchó y creyó percibir un vago sonido musical procedente del interior del apartamento. Al cabo de un minuto giró el pomo. La puerta estaba abierta y entró.

Era un apartamento estándar, con recibidor, cocina y dos habitaciones. Las paredes de la primera habitación estaban desnudas y las ventanas no tenían cortinas. En medio del suelo había una silla y a su lado, una botella vacía de coñac. Sentado en la silla había un hombre desnudo tocando la guitarra.

Ladeó la cabeza y miró de reojo al visitante, pero sin dejar de tocar la guitarra ni decir nada.

El comisario Jensen siguió adelante hasta la habitación contigua. Tampoco tenía muebles, alfombras o cortinas, pero en el suelo había unas cuantas botellas

y un montón de ropa. Sobre un colchón, en uno de los rincones, una mujer dormía envuelta en sábanas y mantas con la cabeza debajo de la almohada. Tenía un brazo descansando sobre el suelo, donde había cigarrillos, una bolsa de escay y un cenicero a su alcance.

El aire era denso y estaba viciado: olía a aguardiente, a tabaco y a cuerpos desnudos. El comisario Jensen abrió la ventana.

La mujer sacó la cabeza de debajo de la almohada y clavó desconcertada su mirada en él.

—¿Quién diablos es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

—Es el detective que hemos estado esperando todo el día, cariño —gritó desde la otra habitación el hombre de la guitarra—. El gran detective ha venido a descubrirnos.

—Vete al infierno —dijo la mujer y hundió de nuevo la cabeza en la almohada.

Jensen se dirigió hacia el colchón.

—Muéstreme su carnet de identidad —ordenó.

—Váyase al infierno usted también —respondió sofocada y amodorrada.

El comisario se agachó, abrió el bolso y después de hurgar un momento encontró el carnet. Echó un vistazo a los datos personales. Tenía diecinueve años. En la esquina superior derecha figuraban dos marcas rojas que saltaban a la vista a pesar de que alguien había intentado borrarlas. Representaban dos detenciones por embriaguez. Una más supondría el traslado inmediato a una clínica de desintoxicación.

El comisario Jensen se dispuso a salir del apartamento. Se detuvo en la puerta y se dirigió al guitarrista.

—Vuelvo dentro de cinco minutos. Quiero que para entonces esté vestido.

Bajó al coche y llamó a un vehículo de emergencia. Llegó a los tres minutos y el comisario hizo que dos agentes subieran con él al apartamento. El guitarrista se había puesto la camisa y los pantalones, y fumaba sentado en el marco de la ventana. La mujer seguía durmiendo.

Uno de los agentes sacó un alcoholímetro, levantó la cabeza de la chica y le introdujo la boquilla entre los labios.

—Sople —dijo.

Los cristales de la pipeta de goma adquirieron un color verde.

—Vístase —ordenó el agente.

La mujer se despertó de repente. Saltó del colchón y se tapó los pechos con la sábana, con las manos torpes y temblorosas.

—No —dijo—. No pueden hacerlo. Yo no he hecho nada. Vivo aquí. No pueden. No, no, por Dios, no.

—Vístase —repitió el agente de la prueba de alcoholemia mientras le acercaba el montón de ropa con el pie.

—No, no quiero —gritó y desparramó la ropa por el suelo.

—Envuélvala con la manta —dijo el comisario Jensen—. Y dese prisa.

Ella lo miró fijamente, salvaje, muda y aterrorizada. Tenía el lado derecho de la cara rojo y con marcas de la almohada, y el pelo, corto y negro, revuelto y enmarañado.

El comisario Jensen fue hacia la otra habitación. El hombre seguía sentado en el marco de la ventana. La mujer lloraba a gritos, histérica, y parecía oponer resistencia, pero no aguantó mucho. En menos de dos minutos los agentes la redujeron y se la llevaron. Jensen miró el reloj.

—¿Era realmente necesario? —dijo el hombre de la ventana.

Tenía un tono de voz educado aunque inseguro, y le temblaban las manos.

—Así que fue usted quien envió la carta —afirmó el comisario Jensen.

—Sí, lo reconozco. ¡Ya lo confesé, coño!

—¿Cuándo la envió?

—El domingo.

—¿A qué hora?

—Por la noche. No recuerdo la hora.

—¿Antes o después de las nueve?

—Después, creo. Ya le he dicho que no recuerdo la hora.

—¿Dónde escribió la carta?

—En casa.

—¿Aquí?

—No, en casa de mis padres.

—¿Qué tipo de papel usó?

—Un papel corriente, blanco.

Se iba sintiendo más seguro y miraba con frialdad a Jensen.

—¿Papel para máquina de escribir?

—No, uno más denso. Una hoja de una especie de diploma.

—¿Dónde consiguió ese papel?

—En la editorial, había por todas partes. A la gente que se va o es despedida suelen darle un diploma así. ¿Quiere que se lo describa?

—No es necesario. ¿Dónde lo encontró?

—Ya le he dicho que en la editorial.

—Sea más preciso.

—Estaba por todas partes. Alguien lo habría utilizado como borrador o algo parecido.

—¿Lo encontró en alguna mesa?

—Supongo.

Pareció que reflexionaba.

—Quizá en algún estante.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, hace ya varios meses. Aunque no me crea, no lo recuerdo exactamente. No, no me acuerdo, pero en cualquier caso no fue este año.

—¿Y se lo llevó?

—Sí.

—¿Para gastar una broma?

—No, para usarlo más adelante, en alguna bigardía.

—¿Bigardía?

—Sí, una travesura. Es una palabra antigua.

—¿Qué clase de travesura?

—Ah, un diploma así se puede utilizar para muchas cosas, como firmarlo con un nombre falso, o pegar la foto de una mujer desnuda y mandárselo a algún idiota.

—¿Cuándo tuvo la idea de la carta?

—El domingo. No tenía nada que hacer. Y entonces caí en la cuenta de que podía chingar un poco a los de arriba. Fue solo una broma. No creí que se lo fueran a tomar tan en serio.

Hablaba cada vez con más seguridad y lucidez. Entonces añadió, en un tono plañidero:

—No podía imaginarme que fuera a armarse tanto lío. No lo tuve en cuenta.

—¿Qué clase de pegamento usó?

—Uno que tenía. Pegamento normal y corriente.

El comisario Jensen asintió.

—Muéstreme su carnet de identidad.

El hombre sacó enseguida su carnet. Tenía seis marcas rojas, todas marcadas con una cruz azul.

—No le servirá de nada arrestarme por embriaguez, me quedan tres más.

Jensen le devolvió el carnet.

—A ella no le quedaba ninguna —dijo el hombre señalando con un gesto a la otra habitación—. Además, hasta cierto punto la culpa fue suya, comisario. Llevábamos esperándolo desde ayer noche y ¿qué podíamos hacer mientras tanto? No puedo estarle sin hacer nada. Pobre chica.

—¿Es su prometida?

—Sí, puede decirse que sí.

—¿Vive aquí con usted?

—Sí, la mayor parte del tiempo. Está bien, es una buena persona, aunque muy

pesada. Un poco chapada a la antigua. Caliente como un chaparrón de verano, ya sabe a qué me refiero, comisario.

Jensen asintió.

—Por cierto, si mi tío... si los de arriba no hubieran sido tan amables de retirar la denuncia, ¿qué condena me habría caído?

—Lo habrían decidido los tribunales —dijo Jensen.

El comisario cerró su libreta de notas.

El hombre sacó un pitillo y lo encendió. Se había bajado del marco de la ventana y permaneció tranquilamente recostado en la pared.

—Hay que joderse, las cosas que hace uno —dijo—. Suerte que he nacido con buena estrella.

Jensen se metió la libreta en el bolsillo y echó una ojeada a la puerta.

—Arrancó la hoja antes de pegar las letras, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿La arrancó?

—Sí.

—¿No la cortó con unas tijeras?

El hombre se llevó la mano al nacimiento de la nariz con un movimiento rápido. Se pasó los dedos a lo largo de las cejas y frunció el ceño. Después miró a Jensen.

—La verdad es que no estoy muy seguro —reconoció al fin.

—Trate de recordar.

Pausa.

—No, no me acuerdo.

—¿Dónde echó la carta?

—Aquí, en la ciudad.

—Sea más preciso.

—En un buzón cualquiera.

—Dígame exactamente dónde estaba el buzón.

—La verdad es que no lo sé.

—¿No sabe dónde echó la carta?

—Sí, ya se lo he dicho, en algún sitio de la ciudad. Pero no recuerdo exactamente dónde estaba el buzón.

—¿No?

—No, es absurdo pretender que me acuerde. La ciudad está llena de buzones, ¿o no?

Jensen no respondió.

—¿O no? —repitió el hombre indignado.

—Sí, es cierto.

—Pues eso.

—¿Recuerda al menos desde qué barrio la mandó?

Jensen miraba inexpresivo a través de la ventana. El otro intentó llamar su atención. Al ver que no lo conseguía movió la cabeza a un lado y dijo:

—No, no lo recuerdo. ¿Qué importancia tiene?

—¿Dónde viven sus padres?

—En el este.

—Quizá echó la carta cerca de casa de sus padres.

—Ya le he dicho que no lo sé. ¿Qué importancia tiene?

—¿No es verdad que la echó aquí, por el sur?

—Sí, seguro, maldita sea. No, espere. No me acuerdo.

—¿Dónde echó la carta?

—¡Ya le he dicho que no sé dónde coño la eché! —dijo histérico.

Se calló, respiró hondo. Hizo una breve pausa y continuó:

—Estuve recorriendo toda la ciudad con el coche aquella tarde.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Y no sabe dónde echó la carta?

—No. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírselo?

Empezó a moverse hacia delante y hacia atrás por la habitación, con pasos inquietos y rápidos.

—Entonces ¿no se acuerda?

—No.

—¿No sabe dónde echó la carta?

—¡No! —gritó fuera de control.

—Vístase y acompáñeme —ordenó el comisario Jensen.

—¿Adónde?

—A la comisaría del distrito dieciséis.

—¿No basta con que mañana me persone yo mismo y firme los papeles? Tengo... cosas que hacer esta tarde.

—No.

—¿Y si me niego?

—No tiene derecho a negarse. Está detenido.

—¿Detenido? ¿A qué se refiere, estúpido pies planos? Han retirado la denuncia, ¿o no? ¿Detenido? ¿Por qué?

—Por haber dado falso testimonio.

En el coche no pronunciaron una sola palabra. El arrestado iba en el asiento trasero y Jensen podía verlo por el espejo retrovisor casi sin necesidad de mover la vista. El hombre parecía nervioso. Abría y cerraba los ojos incesantemente

tras las gafas y se mordía las uñas cuando creía que no lo veía nadie.

Jensen condujo hasta el interior del patio y aparcó junto a la entrada de arrestos. Se llevó al detenido pasando de largo el mostrador de control, prosiguió a lo largo de un pasillo de calabozos donde los borrachos lloraban o permanecían sentados, irremediablemente hundidos, tras relucientes barrotes de acero, y abrió una puerta. La dependencia estaba bien iluminada por dentro. El techo, los tabiques y el suelo eran blancos, y en el centro de la sala había un taburete con asiento blanco de baquelita.

El hombre miró a su alrededor, desconfiado y perplejo, y se sentó en el taburete. El comisario Jensen salió y cerró con llave por fuera.

Ya en su despacho cogió el teléfono, marcó tres números y dijo:

—Mande a un interrogador a la celda de aislamiento. Hay que revocar una confesión falsa. Es urgente.

Luego se sacó una tarjeta blanca del bolsillo de la solapa, la puso encima de la mesa y dibujó una diminuta estrella de cinco puntas en la esquina superior izquierda. Fue rellenando lenta y cuidadosamente todo el ancho de la tarjeta con estrellas como aquella. El siguiente renglón lo rellenó con estrellas de seis puntas, idénticas y minúsculas. Cuando acabó de rellenar el último renglón contó todas las estrellas. Había dibujado un total de 1.242 estrellas, 633 de cinco puntas y 609 de seis puntas.

Tenía ardor de estómago, así que se bebió un vaso de bicarbonato. Desde el patio llegaban voces y ruidos que indicaban una riña violenta, pero no se molestó en mirar por la ventana.

Cuatro horas y veinticinco minutos después sonó el teléfono.

—Ya está resuelto —dijo el interrogador—. No fue él, pero lo tenía muy interiorizado.

—¿Y la declaración?

—Lista y firmada.

—¿Motivo?

—Dinero, creo. Pero sigue negándose a reconocerlo.

—Suéltelo.

—¿Hay que dictar auto de procesamiento?

—No.

—¿Quiere que le saque quién le dio el dinero?

—No.

—Ahora mismo sería fácil.

—No —dijo el comisario Jensen—, no es necesario.

Colgó el teléfono, hizo pedazos la tarjeta con las estrellitas y los tiró a la papelera. Luego cogió la lista con los nueve nombres numerados, abrió su libreta

por una página nueva y escribió: «Número 2, periodista, 42 años, separado, rescisión de contrato a petición propia».

El comisario Jensen se fue a casa y se acostó sin comer ni beber nada. Estaba muy cansado y su ardor de estómago había remitido, pero le costó coger el sueño.

Era el quinto día, y había sido una pérdida de tiempo absoluta.

- No era el hombre que buscamos —dijo el comisario Jensen.
- No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿No se había declarado culpable?
- Su confesión era una invención.
- ¿Y lo reconoció?
- Sí, después.
- O sea, ¿me está diciendo que el hombre admitió algo que no había hecho?
- ¿Y está usted seguro?
- Sí.
- ¿Ha podido aclarar el motivo por el que lo hizo?
- No.
- ¿No es importante ese detalle para el curso de la investigación?
- No necesariamente.
- No, quizá sea mejor así —dijo el jefe superior de policía.
- Sonó como si hablara consigo mismo.
- ¿Jensen?
- Sí.
- No envidio su situación actual. Por lo que sé, todavía se requiere que el culpable sea detenido. Le quedan apenas un par de días. ¿Podrá conseguirlo?
- No lo sé.
- Si no consigue detener a quienquiera que sea el culpable antes del lunes, no podré responder de las consecuencias. Ni siquiera soy capaz de imaginármelas. Supongo que no es necesario que se lo diga.
- No.
- Un fracaso también podría traerme problemas a mí.
- Comprendo.
- Después de este inesperado giro de los acontecimientos, es más necesario que nunca que la investigación se lleve con la discreción más absoluta.
- Comprendo.
- Confío en su buen juicio. Suerte.
- El jefe superior de policía había llamado exactamente a la misma hora que la

mañana anterior, pero esta vez, cuando descolgó el teléfono, el comisario estaba preparado. Solo había dormido un par de horas durante la noche, pero se sentía en forma y bastante descansado. Sin embargo, el agua con miel no había podido quitarle el hambre, y las contracciones en el diafragma no parecía que fueran a remitir.

—Tengo que comer pronto un plato caliente. Mañana o, a lo sumo, pasado mañana.

Se dijo eso mientras bajaba las escaleras. Era muy raro que hablara solo.

Una llovizna a última hora de la noche había fundido la capa de nieve. La temperatura estaba ahora algún grado sobre cero, las nubes se habían disipado y la luz del sol era blanca y fría.

En la comisaría del distrito dieciséis aún no habían acabado las rutinas de las primeras horas de la mañana. Junto a la entrada del local de arrestos estaba el furgón de color gris que debía transportar a borrachos reincidentes por tercera vez a clínicas y campos de trabajo, y el personal estaba sacando a los amodorrados detenidos de sus calabozos. Los policías del turno de noche estaban cansados, pálidos y ojerosos. Los detenidos formaban una cola larga y silenciosa ante las puertas a la espera de pasar el control y recibir la inyección de despedida.

El comisario Jensen se detuvo junto a la mesa del médico.

—¿Qué tal la noche? —preguntó.

—Como de costumbre, es decir, algo peor que la anterior.

Jensen asintió.

—Hemos tenido un caso de muerte súbita, una mujer.

—Vaya.

—Nos lo advirtió antes de que ocurriera. Dijo que había bebido para decidirse a contar algo y que la policía la había interrumpido. Aun así no pude detenerla.

—¿Cómo lo hizo?

—Se lanzó contra la pared de la celda y se rompió la cabeza. Es difícil conseguirlo pero al parecer se puede.

El médico miró a Jensen. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y el leve olor a aguardiente que se advertía no provenía del hombre a quien acababan de ponerle la inyección.

—Se requiere decisión y fuerza de voluntad —explicó el médico—. Y arrancar primero la almohadilla de aislamiento.

La mayor parte de los que acababan de ser puestos en libertad permanecían con las manos en los bolsillos, cabizbajos y apáticos. En sus rostros ya no había miedo ni desesperación, solo vacío.

El comisario Jensen subió a su despacho, sacó una de sus tarjetas e hizo dos

anotaciones.

«Mejorar aislamiento de las paredes.

»Nuevo médico».

El despacho tampoco le ofrecía esta vez nada interesante y lo abandonó casi al instante.

Eran las ocho y veinte.

El suburbio estaba a unos veinte kilómetros al sur y pertenecía a la categoría que los expertos del Ministerio de Asuntos Sociales solían denominar «zonas de autosaneamiento».

Se había construido durante la gran escasez de viviendas y estaba formado por treinta bloques dispuestos simétricamente alrededor de una parada de autobuses y de un centro comercial, por así llamarlo. En la actualidad, la línea de autobús había sido cancelada y casi todos los comercios estaban cerrados a cal y canto. La amplia plaza de baldosas de piedra se utilizaba como desguace de coches y en los bloques apenas una quinta parte de las viviendas estaba ocupada.

El comisario Jensen encontró a duras penas la dirección que buscaba, aparcó y salió del coche. Era un edificio de catorce plantas. La fachada tenía manchas negras de humedad allí donde no se había desmoronado. El adoquinado que había delante de la entrada estaba sembrado de vidrios rotos y la vegetación de maleza y matorrales se adentraba en los fundamentos de hormigón. Poco a poco las raíces acabarían reventando los cimientos.

El ascensor no funcionaba y tuvo que subir a pie hasta la novena planta. En las escaleras hacía frío, estaban sucias e insuficientemente iluminadas. Algunas puertas estaban abiertas y dejaban ver las habitaciones abandonadas, sucias y atravesadas por corrientes de aire, con grietas que recorrían techos y paredes. Se deducía que algunos apartamentos aún seguían habitados por el olor a fritura y por el sonido de las voces de los programas matinales de televisión. Paredes y dobles suelos parecían carecer de efecto insonorizador.

El comisario Jensen empezó a respirar con dificultad a partir de la quinta planta y cuando llegó arriba el corazón le latía con fuerza y le dolía el lado derecho del diafragma. Al cabo de unos minutos su respiración se volvió más regular. Sacó la placa y golpeó la puerta.

Enseguida abrió un hombre. Dijo:

—¿Policía? Yo no bebo, no he bebido desde hace años.

—Jensen, comisario del distrito dieciséis. Estoy al cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo.

—¿Y?

—Solo unas preguntas.

El hombre se encogió de hombros. Vestía bien, tenía el rostro afilado y la mirada resignada.

—Pase —contestó.

Era un apartamento estándar más, al igual que el mobiliario. Había un estante con una decena de libros y sobre la mesa una taza de café, mantequilla, pan, queso y un periódico.

—Tenga la bondad de sentarse.

Jensen echó un vistazo al apartamento. En lo esencial le recordaba al suyo. Se sentó y sacó el lápiz y la libreta de notas.

—¿Cuándo dejó usted su empleo?

—En diciembre del año pasado, poco antes de Navidades.

—¿Lo dejó voluntariamente?

—Sí.

—¿Llevaba mucho tiempo trabajando para el consorcio?

—Sí.

—¿Por qué se fue?

El hombre tomó un sorbo de café. Luego miró al techo.

—Es una larga historia. Ni siquiera creo que pueda interesarle.

—¿Por qué fue?

—Está bien, no tengo nada que esconder, pero resulta un poco complicado explicar cómo sucedió todo.

—Inténtelo.

—Para empezar, afirmar que renuncié a mi empleo es faltar a la verdad.

—Explíquese.

—Me llevaría unos cuantos días y ni aun así podría usted entenderlo. Solo le puedo ofrecer un resumen superficial del curso de los acontecimientos.

Hizo una breve pausa.

—Pero primero quiero saber por qué. ¿Soy sospechoso de algo?

—Sí.

—Y no me va a decir de qué, por supuesto.

—No.

El hombre se levantó y se dirigió a la ventana.

—Llegué aquí cuando la zona acababa de ser construida —dijo—. No hace tanto tiempo. Poco después me contrataron en el consorcio, casi por accidente.

—¿Accidente?

—Antes trabajaba para otra publicación, seguramente no la recordará. La dirigían el partido socialista y los sindicatos, y era el último semanario de gran

tirada que quedaba en el país fuera de la órbita de poder del consorcio. Tenía ciertas ambiciones, culturales al menos, aunque ya entonces el clima en ese frente empezó a deteriorarse.

—¿Ambiciones culturales?

—Sí, abogaba por el arte y la poesía, imprimía relatos literarios, etcétera. No soy ningún especialista en esas cosas; era reportero y me ocupaba de asuntos políticos y sociales.

—¿Era usted socialista?

—Era un radical. De hecho pertenecí al ala más izquierdista del partido socialista, aunque ni yo mismo lo entiendo.

—¿Y?

—La revista, como negocio, no era una idea brillante. No generaba beneficio alguno pero tampoco acarreaba pérdidas. Había una cantidad relativamente importante de gente que la leía y necesitaba. Suponía el único contrapeso real a la prensa del consorcio y lo combatía y criticaba, a veces de forma activa y otras por su mera existencia.

—¿Cómo?

—Con debates, artículos de fondo, críticas abiertas. Tratando con dignidad los temas más variados. Los del consorcio la odiaban, lógicamente, y reaccionaron a su manera.

—¿Cómo?

—Editando aún más cómics y revistas, cada vez más inocuos, alimentando la tendencia general del público.

—¿Qué tendencia?

—La de preferir ver fotos e ilustraciones a tener que leer y, en caso de que alguien leyera algo, la de preferir chorradas que no dicen absolutamente nada a verse movido a pensar y esforzarse por tomar partido. Por desgracia, así estaban las cosas ya entonces.

Seguía junto a la ventana de espaldas a su visitante.

—El fenómeno se llamaba pereza intelectual y era una enfermedad pasajera relacionada con la era de la televisión, eso decían.

Por encima del edificio se oyó el estruendo de un avión que se dirigía a un aeropuerto a unas cuantas decenas de kilómetros al sur. Grandes grupos de gente eran transportados a diario desde allí para disfrutar de unas semanas de vacaciones en algunos lugares del extranjero elegidos según condiciones convenidas. Era una actividad organizada hasta el límite de lo posible. Jensen había participado alguna vez en uno de esos viajes y no tenía ninguna intención de repetir la experiencia.

—Por aquel entonces todavía eran muchos los que creían que los crecientes

niveles de impotencia y frigidez se debían a los residuos radiactivos. ¿Se acuerda?

—Sí.

—En fin, el consorcio no podía hacerse con nuestros lectores. No es que fueran muchos, pero era un grupo consolidado, gente que necesitaba el periódico. Para ellos significaba el último balón de oxígeno. Fue por eso por lo que el consorcio siempre nos había aborrecido. Creíamos que no podrían acabar con nosotros.

Se dio media vuelta y miró a Jensen.

—Tendré que resumírselo mucho. Ya le he dicho que no puedo explicárselo en solo unos minutos.

—Siga. ¿Qué ocurrió?

El hombre esbozó una tímida sonrisa, volvió al sofá y se sentó.

—¿Qué ocurrió? Lo peor que podía ocurrir. Nos compraron, así de fácil. De forma limpia y elegante, nuestro personal, nuestra ideología, hasta la última migaja. Por dinero. O dicho de otro modo: el partido y los sindicatos nos vendieron al enemigo.

—¿Y eso?

—Tampoco resulta fácil de explicar. Estábamos en una encrucijada. El acuerdo de paz empezaba a tomar cuerpo. Hace ya mucho tiempo. ¿Sabe lo que pienso?

—No.

—Que fue precisamente en esa época cuando el socialismo había superado una larga crisis en otros países y había conseguido consolidar a los individuos, como individuos me refiero; los había hecho más libres, más seguros, más fuertes espiritualmente, les había enseñado el valor del trabajo y su significado, había puesto en acción su personalidad, les había incitado a hacerse responsables... Nosotros representábamos todo lo material, así que aquel hubiera sido el momento de implementar la práctica de los demás. Pero ocurrió algo totalmente distinto. Las cosas fueron por otros derroteros. ¿Le cuesta seguirme?

—No, ni mucho menos.

—Estábamos tan deslumbrados por nuestra propia excelencia, tan llenos de fe ciega en los llamados resultados prácticos de la política, que el socialismo se volvió superfluo, algo que por cierto habían vaticinado años antes los teóricos reaccionarios. Dicho de otro modo, consideramos que habíamos logrado conciliar el marxismo con la plutocracia. Y fue entonces cuando empezaron a modificar el programa del partido. Suprimieron de un plumazo los pasajes que pudieran suponer una amenaza para la paz social. Paso a paso fueron relegando todos los principios fundamentales. Y al mismo tiempo, al amparo de esa

cháchara generalizada, aparecieron los moralistas reaccionarios. ¿Comprende adónde quiero ir a parar?

—Por ahora, no.

—Lo que pretendían era acercar posiciones en todos los planos de la política. No es que fuera una mala idea, pero los métodos que se empleaban para llevarla a cabo consistían en silenciar sin apenas excepción las contradicciones y las dificultades. Negaban la existencia de problemas. Los ocultaban con continuas mejoras materiales o los cubrían con el velo de una verborrea inocua que bombeaban a través de la radio, la prensa y la televisión. La expresión clave era entonces como ahora «entretenimiento inofensivo». Lógicamente, la idea era que las infecciones encapsuladas se cauterizaran a sí mismas con el tiempo. Pero no fue así. El individuo se sintió físicamente protegido pero espiritualmente se declaró incapacitado; la política y la sociedad se convirtieron en algo difuso e incomprensible, todo era aceptable pero aburrido. La reacción del individuo fue de desconcierto y poco a poco de indiferencia. Y en el fondo había un pánico indeterminado. Pánico. No sé a qué. ¿Lo sabe usted?

Jensen lo miró inexpresivo.

—Quizá simplemente a vivir, como siempre. Lo absurdo era que a primera vista todo iba mucho mejor. En la hoja de ruta solo había tres máculas: el alcoholismo, la tasa de suicidios y la curva de natalidad. No se consideraba correcto hablar de ello y sigue siendo así.

Se quedó en silencio. El comisario Jensen no dijo nada.

—Una de las ideas que impregnaban el Consenso en su totalidad, aunque nunca se dijo ni se puso por escrito con claridad, fue que todo debía ser rentable. Y lo inaudito es que fuera justo esa doctrina la razón fundamental por la cual los sindicatos y el partido nos vendieron a quienes por entonces considerábamos enemigos declarados. Así que el motivo fue simplemente el dinero, no la voluntad de librarse de nuestra franqueza y radicalismo. La ventaja que suponía no la descubrieron hasta más tarde.

—¿Y eso le volvió un hombre resentido?

El interrogado pareció no entender la pregunta.

—Eso no fue lo más doloroso y humillante. Lo peor fue que todo se hizo sin nuestro conocimiento, muy por encima de nuestras cabezas. Nosotros creíamos haber desempeñado cierto papel, que lo que decíamos y representábamos, y al grupo que representábamos, significaba algo, al menos lo suficiente para ser considerados dignos de saber lo que iban a hacer con nosotros. Pero no fue el caso. Todo lo decidieron personalmente el jefe del consorcio y el líder de los sindicatos, dos hombres de negocios en torno a una mesa de reuniones. Luego fueron informados el primer ministro y el partido, que dispuso una parte de los

detalles prácticos. A aquellos de nosotros que eran conocidos públicamente y tenían puestos de dirección los relegaron a las sinecuras de la administración; y los demás fuimos considerados parte del trato. Bueno, los más insignificantes fueron lógicamente despedidos. Yo pertenecía a una categoría media. Eso fue lo que pasó, aquella vez. Lo mismo pudo haber ocurrido en la Edad Media. Porque eso es lo que ha pasado a lo largo de todos los tiempos. A nosotros, a los que trabajábamos allí, todo eso nos enseñó que no significábamos nada y que no éramos capaces de hacer nada. Eso fue lo peor. Fue un crimen. El asesinato de una idea.

—¿Y eso le volvió un hombre resentido?

—Más bien resignado.

—¿Desarrolló usted un sentimiento de odio hacia su nuevo lugar de trabajo, ante el consorcio y sus directivos?

—No, en absoluto. Si piensa eso es que no me ha entendido. Ellos solo actuaron de modo absolutamente lógico desde el punto de vista de sus intereses. ¿Por qué iban a renunciar a una cómoda victoria? Imagine que el general Miaja hubiese llamado a Franco durante la batalla de Madrid y le hubiese dicho: «¿Le interesa comprar mis aviones? Es que gastan demasiado combustible». ¿Le dice algo el símil?

—No.

—No es muy adecuado, es cierto. En fin, le voy a dar en todo caso una respuesta inequívoca a su pregunta: no, no desarrollé ningún odio hacia la editorial, ni entonces ni después. Allí me trataron bien.

—Pero ¿lo despidieron?

—Con humanidad, *nota bene*. Además fui yo quien provocó el despido.

—¿Cómo?

—Abusé conscientemente de su confianza, por así decirlo.

—¿En qué sentido?

—En otoño me mandaron al extranjero a reunir material para una serie de artículos. Iba a narrar la vida de un hombre, su viaje hacia el éxito y la riqueza. Se trataba de una estrella de la televisión internacionalmente famosa, uno de esos con los que ceban continuamente a la gente. De eso me ocupé todos aquellos años, de escribir hermosas biografías amañadas de personas conocidas. Pero aquella fue la primera vez que me enviaron a otro país para hacerla.

Desplegó su tímida sonrisa y tamborileó con los dedos sobre el canto de la mesa.

—Dio la casualidad que aquel hombre, aquella celebridad, había nacido en un país socialista. De hecho, en uno de los más cuidadosamente ignorados. No creo que nuestro Gobierno haya reconocido ni siquiera su existencia.

Miró al comisario Jensen con un aire pícaro e inquisitivo.

—¿Sabe usted lo que hice? Aproveché la ocasión para hacer un análisis detallado y esencialmente positivo del estándar político y cultural de ese país, comparado con el nuestro. Los artículos, lógicamente, no se publicaron. Tampoco esperaba que fuera así.

Hizo una breve pausa y frunció el ceño.

—Lo curioso es que aún no sé por qué lo hice.

—¿Por despecho?

—Es posible. Pero aun así no he hablado con nadie de esto durante muchos años. Tampoco sé por qué lo hago ahora. Ni siquiera he pensado en ello. Perdí la motivación después de un par de semanas en la editorial, y entonces me dediqué a escribir lo que ellos querían, página tras página. Al principio, por lo visto, se preocuparon por mí más de lo necesario. Luego entendieron que era inofensivo y que podía ser un pequeño eslabón con cierta utilidad en su gran engranaje. Incluso al principio me hablaron de destinarme a la sección especial. Quizá no sepa usted de qué se trata.

—He oído nombrarla.

—También la llaman la sección treinta y uno. La consideran una de las más importantes. No sé por qué. Apenas se oye hablar de ella y lo que allí se hace está rodeado de un secretismo absoluto. Se ocupan al parecer de algún tipo de planificación; en el argot del ramo les llaman *los muñecos*. Alguna vez se habló de mi traslado a esa sección, pero luego entendieron que para lo único que yo servía era para fabular sobre historias hermosas e inocentes de gente famosa. Y tenían toda la razón.

Pasó distraídamente sus dedos por la taza de café.

—Y entonces, de repente, hice aquello. Por Dios, qué asombrados se quedaron.

El comisario Jensen asintió.

—Mire, tuve el pálpito de que no volvería a escribir nada más, y de pronto no soporté la idea de que lo último que iba a escribir fuera una historia amañada, rosa y lacrimógena, el retrato fabulado de un cerdo que gana millones por parecer asqueroso y no saber cantar, y que recorre el mundo armando escándalos en burdeles de homosexuales.

—¿Fue lo último que escribió?

—Sí, he dejado de hacerlo. Sabía que ya había escrito todo lo que iba a escribir y que nunca podría volver a hacerlo. Lo supe de repente. Dentro de poco conseguiré algún trabajo distinto, el que sea. Quizá no resulte fácil, porque nosotros, los periodistas, no sabemos hacer nada. Pero sin duda lo conseguiré; hoy en día nadie necesita saber hacer nada.

—¿De qué vive usted?

—La editorial me trató de forma muy generosa. Me dijeron que sabían que estaba acabado, me dieron el sueldo de cuatro meses y me despidieron sin más.

—¿E incluso le dieron un diploma?

El hombre miró sorprendido a Jensen.

—Sí, bastante ridículo. ¿Cómo lo sabe?

—¿Dónde lo tiene?

—No lo tengo. Me gustaría poder contar que lo rompí en mil pedazos y lo arrojé desde la planta treinta, pero en realidad lo tiré a una papelería, algo más prosaico, antes de salir de allí.

—¿Arrugado?

—De lo contrario me hubiera resultado difícil meterlo en la papelería. Creo recordar que era bastante grande. ¿Por qué lo pregunta?

El comisario Jensen le hizo cuatro preguntas más:

—¿Es esta su residencia fija?

—Como le he dicho antes, he vivido aquí desde que se construyeron los bloques y pienso quedarme mientras tenga luz y agua. En cierto modo se vive mejor que antes. Uno no tiene vecinos y no le molesta el ruido.

—¿Por qué la llaman la sección treinta y uno?

—Porque las oficinas están en la planta treinta y uno.

—¿Existe esa planta?

—Sí, en el ático, entre la redacción de cómics y el tejado de la terraza. Los ascensores no llegan tan arriba.

—¿Ha estado usted allí?

—No, nunca. La mayoría de los empleados no sabe ni que existe.

Antes de despedirse el hombre agregó:

—Lamento haber hablado de un modo tan confuso. Debe de haberle parecido todo ingenuo y confuso, porque he tenido que simplificarlo y sintetizarlo. Pero usted insistió... —Y finalmente—: Por cierto, ¿sigo siendo sospechoso de algo?

Jensen estaba ya bajando las escaleras y no respondió.

El hombre no se movió de la puerta. No parecía inquieto, solo apático y bastante cansado.

Se quedó sentado unos minutos en el coche y echó una ojeada a sus notas. Luego pasó página y escribió: «Número 3, exredactora jefe, 48 años, soltera, relevada de su cargo a petición propia y con pensión completa».

El número 3 era una mujer.

El sol lucía radiante e implacable. Era sábado y el reloj marcaba las doce menos un minuto. Le quedaban treinta y seis horas exactas. El comisario Jensen giró la llave de contacto y se puso en marcha.

Apagó la radio de onda corta y, aunque tenía que pasar por el centro de la ciudad, no se molestó en hacer un alto en el despacho de la comisaría.

Se detuvo, en cambio, ante un autoservicio y contempló durante un buen rato los nombres de los tres platos del día. La comida la decretaba una sección especial del Ministerio de Salud Pública. La cocinaba de forma centralizada un gran sindicato de la industria alimentaria y se servían los mismos platos en todos los comedores. Pasó tanto tiempo ante la pizarra electrónica del menú que los que le seguían en la cola empezaron a ponerse nerviosos.

Luego pulsó uno de los botones, le sirvieron la comida en una bandeja y se abrió paso hacia una de las mesas.

Se sentó tranquilamente y miró el almuerzo: leche, zumo de zanahoria, fritura de carne picada, unas hojas de repollo y dos patatas demasiado cocidas.

Tenía mucha hambre pero no se atrevía a confiar en el funcionamiento de su estómago. Al poco rato se llevó un trozo de carne picada a la boca, lo masticó despacio, bebió zumo de zanahoria, se levantó y se fue.

La calle a la que se dirigía estaba en el barrio del este, bastante cerca del centro, una zona residencial que desde siempre había sido habitada por la clase alta. El edificio era de reciente construcción y no había sido diseñado según el patrón estándar. Era propiedad del consorcio y albergaba, además de viviendas y locales de conferencias, un gran estudio con terraza y claraboyas.

La mujer que abrió la puerta era obesa y de baja estatura. Su pelo rubio parecía artísticamente recogido y la tez de su rostro era lisa y sonrosada como una lámina de colores. Vestía un albornoz medio rosado y medio azul celeste de

un género muy ligero y fino. Calzaba unas zapatillas de tacón alto, con filigranas doradas y unas curiosas borlas multicolores en las puntas.

El comisario Jensen creyó recordar con exactitud haber visto ese atuendo en la foto desplegable de alguna de las ciento cuarenta y cuatro publicaciones.

—Oh, un caballero —dijo la mujer riéndose tontamente.

—Jensen, comisario del distrito dieciséis. Estoy al cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo —dijo de forma rutinaria y mostró su placa.

Mientras hablaba miró por encima de la mujer el interior del apartamento.

El salón era grande y ventilado y la decoración parecía cara. Contra un fondo de plantas en espaldera se agrupaba un conjunto de muebles bajos de madera clara. Todo el apartamento recordaba al dormitorio extravagantemente desmesurado de una joven estadounidense de padres millonarios, trasladado directamente desde una feria de muebles.

En el sofá se sentaba otra mujer, morena y mucho más joven. En una de las mesas había una botella de jerez, una copa y un gato de raza exótica.

La mujer del albornoz parecía flotar en el salón.

—Dios, qué interesante, un detective —dijo.

Jensen la siguió.

—Sí, querida, un auténtico detective, de una sección especial, distrito o como quiera que ahora lo llamen. Como en una de nuestras revistas ilustradas.

Ella se volvió y gorjeó:

—Tome asiento, querido. Por favor, póngase tan cómodo como pueda en mi nuevo nido. ¿Quizá desea tomar el comisario una copa de jerez?

Jensen rechazó con la cabeza y se sentó.

—Por cierto, olvidaba que no estoy sola. Esta es una de mis queridas colegas, una de las que se hizo cargo de la nave cuando yo me quedé en tierra.

La mujer morena lanzó a Jensen una mirada breve y desapasionada. Luego sonrió afable y sumisa a la mujer del albornoz. La anfitriona se hundió en el sofá, ladeó la cabeza y pestañeó como una jovencita. De repente, en un tono frío y profesional, dijo:

—¿En qué puedo ayudarle?

Jensen sacó libreta y lápiz.

—¿Cuándo dejó usted su empleo?

—A finales de año. Y por favor, no diga empleo. El periodismo es una vocación, lo mismo que ser médico o cura. No hay que olvidar un solo momento que los lectores son nuestros prójimos, casi nuestros pacientes. Se vive tan intensamente siguiendo el ritmo de la prensa... Todo por los lectores, hay que entregarse de lleno.

La mujer más joven se miraba los zapatos y se mordía el labio inferior. Le temblaban las comisuras de los labios, como si tratara de contener un grito o una sonrisa.

—¿Por qué se fue?

—Dejé la editorial porque creí haber coronado mi carrera profesional. Había alcanzado mi meta. Dirigí la revista a lo largo de veinte años, con un éxito tras otro. No exagero si le digo que la creé con mis propias manos. Cuando me hice cargo de ella no era nada, nada en absoluto. En muy poco tiempo la convertí en la revista femenina más importante del país, y no tardó mucho en convertirse en la más importante de todas las publicaciones, posición en la que se mantiene.

Miró a la mujer morena y continuó con insidia:

—¿Y cómo lo logré? Trabajando, con un sacrificio absoluto. Había que vivir para la revista, pensar en imágenes y titulares, con todos los sentidos en alerta ante las demandas del lector, para...

Meditó un instante.

—Para satisfacer sus necesidades legítimas de engalanar la rutina diaria con sueños hermosos, ideales y poesía.

Bebió un sorbo de su copa de jerez y añadió con frialdad:

—Para conseguir eso hay que tener lo que llamamos *feeling*. También hay que transmitir ese *feeling* a los colaboradores. No son muchos los que tienen ese talento natural. A veces hay que ser implacable por dentro para poder darlo todo por fuera.

Entornó los ojos. Su voz se hizo más suave.

—Y todo por un solo objetivo: la revista y los lectores.

—Eso son dos objetivos —dijo el comisario Jensen.

La mujer morena lo miró esquiva y asustada. La anfitriona ni se inmutó.

—¿Sabe usted cómo llegué a ser redactora jefe?

—No.

Volvió a cambiar de tono, y se puso nostálgica.

—Fue casi como un cuento de hadas. Lo veo todo ante mí como una novela de formación hecha realidad. Ocurrió así...

Volvió a cambiar el tono de voz y la expresión del rostro.

—Yo soy de origen humilde, no me avergüenzo —explicó en tono agresivo, con las comisuras de los labios entornadas y dándose ínfulas.

—Vaya.

Tras una mirada rápida e inquisitiva al visitante, añadió como si nada:

—El jefe del consorcio es un genio. Ni más ni menos que un genio. Un gran hombre, más grande que Demócrato.

—¿Demócrato?

Volvió a gorjear y meneó la cabeza.

—¡Ah, los nombres y yo! Me habré confundido, por supuesto. No es fácil con todo lo que una tiene en la cabeza.

Jensen asintió.

—El jefe me llevó de un puesto irrelevante a la dirección de la revista. Fue de una audacia absoluta, una locura. Imagine, una simple jovencita, jefa de una gran redacción. Pero yo era la sangre nueva y fresca que precisaba la revista. En tres meses había dotado de estilo la redacción y había barrido a los incompetentes; en medio año convertí la revista en la lectura favorita de las mujeres. Y así ha sido desde entonces.

Cambió el tono de voz y se dirigió a la mujer morena:

—No olvides nunca que el horóscopo gigante de ocho páginas, los fotogramas en cinemascopio y las series biográficas dedicadas a las madres de grandes hombres fueron ideas mías. Aún hoy vivís en buena medida de ello. Y del suplemento en color dedicado a los animales domésticos.

Hizo un leve gesto de desprecio con los dedos, haciendo centellear sus anillos, y luego dijo amablemente:

—Pero no lo digo para que me elogien o halaguen. Ya obtuve mi premio: los centenares de miles de cartas cordiales de lectoras agradecidas.

La mujer se quedó callada un momento, todavía con la mano en alto y la cabeza ladeada, como si dirigiera la vista al horizonte.

—No me pregunten cómo se consigue algo así —dijo con timidez—. Se trata de algo que simplemente se sabe, del mismo modo que toda mujer sabe que quiere experimentar, al menos una vez en su vida, una mirada intensa y ardiente, desbordante de deseo...

La mujer morena emitió un ahogado gorjeo.

La del albornoz dio un respingo y le clavó los ojos con aversión manifiesta.

—Pero claro, eran otros tiempos —dijo con dureza y aplomo—, cuando las mujeres aún teníamos agallas.

El rostro se le vino abajo y se le formó una red de arrugas alrededor de los ojos y la boca. Mordió, irritada, la uña larga, afilada y brillante del pulgar de su mano derecha.

—¿No le dieron un diploma cuando acabó?

—Por supuesto —dijo—. ¡Oh, fue tan gentil por su parte!

Recuperó la sonrisa adolescente y le empezaron a brillar los ojos.

—¿Quiere verlo?

—Sí.

Se levantó con garbo y se alejó flotando. La mujer morena miró aterrada a Jensen.

La anfitriona volvió con el documento pegado al pecho.

—¿Puede creer que lo firmaron las personalidades más relevantes? ¡Incluso una princesa de sangre real!

Desplegó el diploma. La página en blanco de la izquierda estaba llena de firmas.

—Creo que este fue el máspreciado de los centenares de regalos que me hicieron. De todas partes, ¿quiere verlos?

—No es necesario —dijo Jensen.

La mujer sonrió tímida y desconcertada.

—Pero ¿por qué ha venido usted, un comisario de policía, a preguntarme por todo esto?

—No estoy autorizado para hablarle del asunto —dijo el comisario Jensen.

El rostro de la mujer pasó por una serie gestos fugaces. Finalmente abrió las manos en un gesto de desvalida feminidad y dijo sumisa:

—Bien, entonces tendré que resignarme...

La mujer de pelo moreno salió con él. Apenas se había puesto en marcha el ascensor cuando la chica se echó a sollozar y dijo:

—No crea una palabra de lo que dice. Es terrible, horrible, un monstruo. De ella se cuentan las historias más repugnantes.

—Vaya.

—Es una arpía malvada y entrometida. Aunque consiguieron echarla del consorcio, sigue manejando todos los hilos. Ahora me obliga a ser su espía. Tengo que venir aquí todos los miércoles y sábados, y presentarle un informe completo. Quiere enterarse de todo.

—¿Por qué hace lo que le dice?

—Dios mío, ¿por qué? Porque podría destruirme en menos de diez minutos, como quien aplasta un piojo. No dudaría ni un segundo. Y me humilla constantemente. ¡Ay, Dios!

El comisario Jensen no dijo nada. Cuando llegaron a la planta baja se quitó el sombrero y abrió la puerta. La mujer le dedicó una tímida mirada y salió, casi corriendo, a la calle.

El tráfico había disminuido notablemente. Era sábado. Eran las cuatro menos cinco de la tarde. Le dolía el lado derecho del diafragma.

El comisario Jensen apagó el motor del coche pero se quedó sentado con la libreta de notas abierta sobre el volante. Acababa de escribir: «Número 4, directora artística, soltera, 20 años, despido voluntario».

La número 4 también era una mujer.

El edificio estaba en la acera de enfrente. No era muy nuevo pero estaba bien conservado. Dio con la puerta indicada en la planta baja y tocó el timbre. No abrió nadie. Volvió a llamar al timbre unas cuantas veces y luego golpeó la puerta con fuerza durante un largo rato. Al final comprobó el pomo. La puerta estaba cerrada. Dentro no se oía ningún ruido. Esperó un par de minutos. Mientras esperaba empezó a sonar el teléfono del apartamento. Volvió al coche, hojeó la libreta, pasó cinco páginas en blanco y escribió: «Número 5, periodista, soltero, 52 años, período de empleo finalizado según contrato».

Esta vez tuvo suerte con la dirección, la calle estaba en el mismo barrio y solo tuvo que recorrer cinco manzanas.

El edificio se parecía al que había visitado diez minutos antes, un bloque alargado de cinco plantas de color amarillo, situado en ángulo oblicuo a la calle. Todo el barrio estaba constituido por edificios del mismo estilo.

En el entrepaño de la puerta había un letrero con letras recortadas de un periódico, pegadas con celo. Algunas estaban rotas o se habían desprendido, lo que hacía ilegible el nombre. El timbre funcionaba, pero la puerta tardó un par de minutos en abrirse, a pesar de que había oído a alguien moverse dentro del apartamento.

El hombre parecía más viejo de lo esperado. Además tenía un aspecto visiblemente desaliñado, con el pelo largo, enmarañado, y una barba cana descuidada. Vestía una mugrienta camisa de color amarillento, pantalones caídos y unos desgastados zapatos negros. El comisario Jensen enarcó las cejas. Era muy inusual que la gente fuese mal vestida en la actualidad.

—Jensen, comisario del distrito dieciséis, estoy a cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo.

No se molestó en enseñar la placa.

—¿Puede identificarse? —preguntó enseguida el hombre.

Jensen le mostró la placa esmaltada.

—Pase —dijo el hombre.

Su conducta daba a entender una seguridad al límite de la arrogancia.

El desorden en el apartamento era notable. El suelo estaba repleto de papeles, periódicos, libros, naranjas podridas, bolsas llenas de basura, ropa sucia y cacharros sin fregar. El mobiliario lo componían unas sillas de rejilla, dos sillones desvencijados, una mesa coja y un sofá cama destartado. La mitad de la mesa estaba despejada, al parecer para dejar sitio a una máquina de escribir y un mazo de hojas manuscritas. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo blanquecino. El aire estaba viciado. Además olía a aguardiente. El hombre barrió la otra mitad de la mesa con un periódico doblado. Un farrago indeterminado de papeles, enseres y desperdicios cayó al suelo.

—Siéntese aquí —lo invitó mientras le acercaba una silla.

—Está usted borracho —dijo el comisario Jensen.

—Borracho no, un poco embriagado. La embriaguez me acompaña casi siempre, pero nunca me emborracho. La diferencia es considerable.

El comisario Jensen se sentó. El hombre de la barba permaneció a un lado, a espaldas del comisario.

—Es usted un buen observador, porque si no, no se habría dado cuenta —dijo—. La mayoría de la gente ni lo nota.

—¿Cuándo dejó usted su empleo?

—Hace dos meses. ¿Por qué lo pregunta?

Jensen puso la libreta en la mesa y hojeó algunas páginas. Cuando llegó al número 3, el hombre dijo asomándose a su espalda:

—Ya veo que estoy en buena compañía.

Jensen siguió pasando páginas.

—Me sorprende que venga de ver a esa bruja con la razón intacta —dijo el hombre al tiempo que rodeaba la mesa—. ¿Estuvo usted en su casa? Yo nunca me hubiera atrevido.

—¿La conoce?

—Sí, claro. Yo trabajaba ya en la revista cuando ella llegó, cuando la hicieron jefa de redacción. Y sobreviví casi un año.

—¿Sobrevivió?

—Entonces era más joven y fuerte, claro.

Se sentó en el sofá cama, metió la mano derecha en un revoltijo de ropa sucia y sacó la botella.

—Puesto que ya se ha dado usted cuenta no tiene mayor importancia —explicó—. Además ya le he dicho que no llego a emborracharme. Solo a coger

un poco el punto.

Jensen lo miró incómodo.

El hombre bebió un par de tragos, apartó la botella y dijo:

—¿Qué anda buscando?

—Ciertas informaciones.

—¿Sobre qué?

Jensen no respondió.

—Si quiere saber algo de esa bruja, ha venido al lugar indicado. Muy pocos la conocen mejor que yo. Podría escribir su biografía.

El hombre guardó silencio pero no pareció esperar respuesta alguna. Miró a su visitante con los ojos entornados y luego hacia la ventana casi opaca por la suciedad. A pesar del alcohol, su mirada era despierta y curiosa.

—¿Sabe usted cómo llegó a ser la encargada de la mayor revista del país?

Jensen no dijo nada.

—Por accidente —explicó el hombre meditabundo—. Muy pocos lo saben. Y sin embargo, es uno de los momentos cumbres de la historia de la prensa.

Volvió a hacerse el silencio en la habitación. Jensen miraba a aquel hombre con indiferencia mientras le daba vueltas al lápiz entre los dedos.

—¿Sabe usted a qué se dedicaba antes de ser redactora jefe?

Río con malicia.

—Era limpiadora. ¿Y sabe dónde limpiaba?

Jensen dibujó una estrellita de cinco puntas en una página en blanco de la libreta.

—En el lugar más sagrado. En la planta de la dirección del consorcio. Ignoro cómo pudo llegar hasta allí, pero seguro que no fue por casualidad.

Se agachó y cogió la botella.

—Podía conseguir cualquier cosa. Era una mujer atractiva, sumamente atractiva, ¿entiende? Eso pensaba uno hasta que pasaba cinco minutos con ella.

Bebió un trago.

—En aquel tiempo, las tareas de limpieza empezaban tras el horario de oficina. Las limpiadoras llegaban a las seis. Todas excepto ella. Ella llegaba una hora antes, cuando el jefe aún seguía en su despacho. Él solía mandar a casa a sus secretarías a las cinco en punto para ocuparse entonces de algo que no quería que nadie más viese. Ignoro qué.

»Claro que bien puedo imaginármelo —concluyó mirando hacia la ventana.

La habitación estaba ahora más oscura. Jensen miró el reloj. Eran las seis y cuarto.

—A las cinco y cuarto abría la puerta del despacho del jefe, se disculpaba y la volvía a cerrar. Cuando él salía para ir al servicio o a cualquier otra parte,

siempre la veía desaparecer por alguna esquina o rincón del pasillo.

El comisario Jensen abrió la boca para decir algo pero se arrepintió enseguida.

—Tenía un culo precioso, eso es cierto. La recuerdo muy bien. Llevaba un guardapolvo azul celeste, zuecos blancos y un pañuelo en la cabeza, y siempre iba sin medias. Seguramente se había hecho eco de ciertas habladurías. Recuerdo que se decía que el jefe no podía resistirse ante la vista de un par de corvas.

El hombre se levantó, dio unos pasos afanosos y encendió la luz.

—No tuvo que pasar mucho tiempo para que el jefe empezara a acosarla. Era célebre por su vigor al respecto. Se contaba de él que se encaprichaba enseguida, cosa absurda, sin duda. ¿Pero sabe qué pasó?

La bombilla del techo estaba cubierta por una capa grasienta de polvo y difundía una luz tenue y errabunda.

—Ella nunca respondía cuando él hablaba, solo murmuraba tímidamente palabras incomprensibles, lo miraba con ojos de cervatillo acorralado y seguía haciendo lo mismo de siempre.

Jensen dibujó otra estrella, de seis puntas.

—Aquella mujer se convirtió para él en una obsesión. Hizo todo lo imaginable por ella. Trató de averiguar su dirección. No pudo. Dios sabe dónde se metía. Dicen que mandó a gente para seguirla, pero ella lograba despistarlos. Luego empezó a llegar un cuarto de hora tarde. Él seguía allí. Llegaba cada vez más tarde y casi siempre él seguía en su despacho simulando estar ocupado con cualquier cosa. Y entonces, por fin...

Se quedó en silencio. Jensen esperó medio minuto. Luego levantó la vista y miró inexpresivo al hombre en el sofá cama.

—Se volvió completamente loco, ¿sabe? Una tarde ella no llegó hasta las ocho y media, cuando las demás limpiadoras ya habían acabado su trabajo y se habían marchado. La luz del despacho estaba apagada, pero sabía que él estaba dentro porque había visto sus prendas de abrigo. Entonces empezó a recorrer el pasillo arriba y abajo, haciendo sonar los zuecos, y luego cogió su maldito cubo, entró en el despacho y cerró la puerta.

Se reía solo, con una risa ahogada.

—¡Menudo asombro! —continuó—. El jefe estaba tras la puerta en camiseta de rejilla, se abalanzó sobre ella dando un alarido, le arrancó la ropa, volcó el cubo, la lanzó al suelo y se la tiró. Ella se revolvía y gritaba y...

El hombre se detuvo y miró al comisario con cara de triunfo.

—¿Y qué cree que pasó?

Jensen miraba fijamente al suelo. Era imposible saber si escuchaba.

—Bueno, pues que justo entonces entra el guardián de noche con el llavero a la altura del estómago y los alumbró con la linterna. Cuando ve de quién se trata

se lleva un susto de muerte, cierra la puerta de un portazo y empieza a correr, y el jefe corre tras él. El guardián entra en un ascensor y el jefe le da alcance antes de que se cierren las puertas. Cree que el guardián va a pulsar la alarma, pero el pobre solo está terriblemente asustado porque cree que va a perder su empleo. Lógicamente, ella lo tenía todo calculado: se sabía al dedillo la ronda que solía hacer el guardián y cronometró el momento en que llegaría a su planta.

El hombre reprimió la risa regodeándose satisfecho entre las ropas revueltas del sofá cama.

—Imagínese al jefe del consorcio en el ascensor, solo con una camiseta encima, junto a un guardián aterrorizado, de uniforme, con gorra, linterna, porra y un gran llavero a la altura del estómago. Bajan hasta el almacén de papel antes de que uno de los dos caiga en la cuenta de apretar el botón de parada y vuelven de nuevo arriba. Y cuando llegan, el guardián de noche ha dejado de ser guardián y se ha convertido en el jefe de seguridad de todo el edificio sin haber abierto la boca durante todo el trayecto.

El narrador se quedó en silencio. El brillo de sus ojos parecía haberse apagado. Continuó resignado:

—El anterior jefe de seguridad fue despedido por haber contratado a personal tan mediocre.

»En fin, luego siguieron negociaciones en las que ella debió jugar sus cartas a la perfección, porque una semana más tarde nos comunicaron por medio de una circular interna que nuestro redactor jefe había sido relevado; un cuarto de hora más tarde entraba ella en la redacción como un torbellino y ardía Troya.

El hombre pareció acordarse de repente de la botella y bebió con cuidado un pequeño trago.

—La revista era muy buena pero se vendía mal, ¿sabe? Aunque eran todo princesas y recetas de repostería, superaba a los lectores, eso decían, y se habló de cerrarla. Pero...

Miró inquisitivo al comisario como para establecer contacto, pero Jensen no le devolvió la mirada.

—Aquello fue una auténtica noche de los cristales rotos. La mayor parte del personal fue desterrado y sustituido por idiotas de campeonato. Tuvimos una secretaria de redacción que en realidad era peluquera y que nunca había visto un punto y coma. Cuando la casualidad quiso que viera uno en su máquina de escribir, se acercó a mí para preguntarme lo que era, pero no me atrevía a responder nada por miedo a que me despidieran. Recuerdo que le contesté que se trataba de bobadas de intelectuales.

El hombre rechinaba una y otra vez sus mandíbulas desdentadas.

—Esa arpía odiaba todo lo que pareciese intelectual y, según ella, intelectual

era sencillamente todo aquel que sabía escribir unas cuantas frases coherentes en un papel. La única razón por la cual sobreviví fue porque yo «no me parecía a los demás». Y además medía cada una de las palabras que decía. Recuerdo a un reportero recién empleado que, para caer bien, fue tan estúpido de ir contando un chisme acerca de uno de los jefes. Era una historia auténtica, por cierto, y, además, endiabladamente divertido. La cosa es que uno de los empleados de la sección de ideas y proyectos subió al despacho del redactor cultural de uno de los grandes periódicos y dijo que August Strindberg era un gran escritor y que su obra *La señorita Julia* sería un gran éxito publicada por entregas en una serie ilustrada, si se la adaptaba y se suprimían todos los aspectos de diferencias de clase y demás zarandajas incomprensibles. El redactor cultural lo meditó un poco y luego preguntó: «¿Cómo dijiste que se llama el escritor?». Y el empleado contestó: «August Strindberg, ya sabes». Y entonces el redactor cultural repuso: «Ah, sí, claro. Dile que se pase mañana a las doce por el Grand para almorzar y discutir el precio». El reportero le fue a ella con la historia, y esta, tras lanzarle una mirada glacial le preguntó: «¿Qué tiene eso de divertido?». Dos horas más tarde tuvo que recoger sus bártulos y despedirse.

El hombre empezó de nuevo a reírse solo. El comisario Jensen levantó la mirada y lo contempló inexpresivo.

—Pero ahora viene lo bueno. Con su estupidez excepcional consiguió duplicar la tirada en medio año. La revista se llenó de fotos de perros y niños, de gatos y plantas, horóscopos y frenología, sobre cómo predecir el futuro en los posos de café y cómo regar geranios; no había una triste coma bien puesta pero la gente la compraba. Lo poco que se podía llamar texto era tan increíblemente obvio e ingenuo que podría compararse con lo que se escribe hoy. Hay que joderse, no se podía escribir *locomotora* sin explicar que se trataba de una máquina con ruedas que se desplazaba sobre vías y que arrastraba vagones. Y para el jefe del consorcio aquello fue el gran éxito decisivo. Todos se hacían eco de su excepcional audacia y visión de futuro, y de que su maniobra había revolucionado el campo del periodismo e incluso removido las bases de la edición de prensa moderna.

Volvió a dar un trago a la botella.

—Fue perfecto. El único que le aguó la fiesta fue el guardián de noche. Estaba muy orgulloso de su nuevo puesto y no podía dejar de hablar de cómo lo obtuvo. Pero no duró mucho. Medio año después quedó atrapado en el ascensor paternóster. Este se quedó detenido entre dos plantas y volvió a ponerse en marcha cuando el guardián salía a rastras. Lo partió más o menos por la mitad. Y con lo inmensamente estúpido que era, nadie dudó de que el accidente pudiera haberse debido a un descuido suyo.

Le dio un ataque de tos largo y sonoro y se llevó la mano a la boca. Cuando se calmó continuó:

—La muy arpía siguió fastidiándonos año tras año. Se volvió cada vez más refinada, aunque costara de creer. Sus pretensiones fueron aumentando y la revista se llenó cada vez más de fotos de una moda imposible. Se dice que la sobornaban los fabricantes. Finalmente consiguieron deshacerse de ella, pero no les salió barato. Parece que el jefe del consorcio tuvo que soltar un cuarto de millón de coronas al contado para que aceptara la jubilación anticipada con pensión completa.

—¿Por qué se fue usted? —quiso saber el comisario Jensen.

—¿Qué importancia tiene?

—¿Por qué se fue?

La botella estaba vacía. El hombre se revolvió y dijo iracundo:

—Me echaron. Sin más. Sin un céntimo de compensación después de todos esos años.

—¿Por qué motivo?

—Quisieron deshacerse de mí. Supongo que mi aspecto no era muy recomendable. No era un digno embajador de la empresa. De todos modos, estoy acabado, no puedo escribir una sola línea, ni siquiera basura. Nos pasa a todos.

—¿Ese fue el motivo principal?

—No.

—¿Cuál fue el motivo principal de su despido?

—Bebía en el despacho.

—¿Y tuvo que irse de inmediato?

—Sí. Aunque, oficialmente no fui despedido, por supuesto. Mi contrato estaba estipulado de tal modo que concedía a la dirección el derecho de ponerme de patitas en la calle en cuanto quisieran.

—¿Y usted no protestó?

—No.

—¿Por qué?

—No merecía la pena. Contrataron a un jefe de personal que había sido líder del sindicato de periodistas en el pasado, y que aún hoy lo sigue siendo. Conoce todos los subterfugios legales, nadie del montón tiene posibilidad alguna. En caso de reclamar hay que hacerlo ante él en persona, y es él mismo quien decide. Una jugada muy astuta, pero pasa igual con todo. Sus peritos fiscales ocupan al mismo tiempo cargos en el Ministerio de Hacienda y la crítica que dirigen a sus revistas, una cada cinco años, la escriben ellos mismos en sus propios diarios. Es así con todo.

—¿Está usted resentido?

—No creo. Aquello ya pasó. ¿Quién está resentido hoy en día?

—¿Le dieron una especie de diploma cuando acabó?

—Seguramente. Las cosas hay que hacerlas como es debido. El jefe de personal es un experto en eso. Te sonrío y te invita a un puro con una mano mientras te estrangula con la otra. Por cierto, parece un sapo.

El hombre empezaba a perder el hilo.

—¿Le dieron el diploma o no?

—Creo que sí.

—¿Lo conserva aún?

—No lo sé.

—Enséñemelo.

—Ni quiero ni puedo.

—¿Lo tiene aquí, en su apartamento?

—No lo sé. Y aunque así fuera no sería capaz de encontrarlo. ¿Usted sería capaz de encontrar algo aquí?

El comisario Jensen echó un vistazo alrededor. Luego cerró la libreta y se levantó.

—Adiós —dijo.

—Todavía no me ha dicho por qué ha venido a verme.

Jensen no respondió. Cogió su sombrero y abandonó la habitación. El hombre siguió sentado entre la ropa sucia. Parecía perturbado y cansado, y tenía la mirada turbia.

El comisario Jensen puso la radio en marcha, llamó a una patrulla de emergencia y abandonó el edificio.

—Sí —dijo—, abuso de alcohol doméstico. Llévelo a la comisaría del distrito dieciséis. Es urgente.

Al otro lado de la calle había una cabina telefónica. Entró y llamó al jefe de los agentes de paisano.

—Que registren el domicilio. Y que se den prisa. Ya saben lo que deben buscar.

—Sí, comisario.

—Luego vuelva a comisaría y espere. Arréstenlo hasta nueva orden.

—¿Con qué cargo?

—El que sea.

—Entendido.

El comisario Jensen volvió al coche. Cuando había recorrido cincuenta metros se cruzó con el furgón policial.

Un reflejo de luz se filtraba a través de la rejilla del correo. El comisario Jensen sacó la libreta y releyó lo que había escrito: «Número, 4, directora artística, 20 años, soltera, despido voluntario». Luego se guardó la libreta, sacó la placa y llamó al timbre.

—¿Quién es?

—Policía.

—¡Tonterías! Le he dicho mil veces que es inútil. No quiero.

—Abra.

—Jamás. ¡No quiero!

—Abra.

—¡Váyase! Déjeme en paz, por Dios. Dígale que no quiero.

Jensen dio dos fuertes golpes en la puerta.

—Abra. Policía.

La puerta se abrió y Jensen se encontró frente a una mirada escéptica.

—No —dijo ella—. Esto ya pasa de castaño oscuro, ¡maldita sea!

Jensen dio un paso adelante hacia el umbral de la puerta y le enseñó su placa.

—Jensen —anunció—, comisario del distrito dieciséis. Estoy a cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo.

Ella clavó los ojos en la placa esmaltada y retrocedió hacia el interior del apartamento.

Era una mujer muy joven, de pelo moreno, profundos ojos grises y sólido mentón. Vestía una camisa de cuadros, pantalones caquis y botas de goma. Tenía las piernas largas y la cintura manifiestamente delgada, aunque parecía de caderas anchas. Al moverse se notaba que no llevaba prenda alguna bajo la camisa. Tenía el pelo corto y saltaba a la vista que no usaba maquillaje. Le recordó de algún modo a esas mujeres de las fotografías de antaño.

No era fácil descifrar la expresión de su mirada. Parecía contener ira, miedo, desesperación y determinación a partes iguales.

Llevaba los pantalones manchados de pintura y en la mano sujetaba una brocha. En medio del suelo había unos periódicos extendidos y encima de ellos

una mecedora que, al parecer, estaba pintando.

Jensen echó un vistazo al apartamento. El resto de los muebles también parecían haber sido hallados en algún vertedero por alguien que luego los había pintado de alegres colores.

—Así que decía usted la verdad —dijo ella—. Me ha echado encima incluso a la policía. Lo que faltaba. Pero quiero dejar clara una cosa desde el principio: usted no me da miedo. Enciérreme si es capaz de encontrar un motivo. Tengo una botella de vino en la cocina, quizá con eso sea suficiente. No me importa. Cualquier cosa es mejor que seguir así.

El comisario Jensen sacó su libreta de notas.

—¿Cuándo dejó usted su empleo? —preguntó.

—Hace catorce días. Dejé de presentarme por allí, sin más. ¿Es ilegal?

—¿Cuánto tiempo estuvo empleada en el consorcio?

—Dos semanas. ¿Tiene más preguntas absurdas con las que atormentarme? Ya le he dicho que es inútil.

—¿Por qué se fue?

—Dios mío, ¿a usted qué le parece? Porque no aguantaba que me atosigaran a cada minuto y que me acosaran a cada paso.

—¿Era usted directora artística?

—¡Qué va! Era ayudante en una sección de diseño, la chica de las pegatinas, como se dice. Ni siquiera había tenido tiempo de aprender bien el trabajo cuando empezó este espectáculo.

—¿A qué se dedica un director artístico?

—Ni idea. Creo que a dibujar letras y páginas de revistas extranjeras.

—Exactamente, ¿por qué dejó su empleo?

—Por Dios santo, ¿también da órdenes a la policía? ¿Es que no puede tener piedad de mí? Dígale a quien le envía que seguramente hay clínicas donde estará mejor que en mi cama.

—¿Por qué se fue?

—Me fui de allí porque no aguantaba más. ¿Puede intentar comprenderlo? Se fijó en mí a los dos días de empezar. Un fotógrafo que yo conocía me convenció para posar como modelo para una foto de alguna revista de medicina o algo así. Y entonces él vio la foto. Me llevó a un pequeño restaurante lejos del mundanal ruido. Luego le dejé venir aquí, como una idiota. La noche siguiente me llamó —él a mí, quiero decir— y me preguntó si tenía una botella de vino en casa. Le mandé a freír espárragos. Y ya no paró.

La chica estaba con los pies plantados, las piernas separadas, mirándole fijamente.

—¿Qué quiere usted saber, por el amor de Dios? ¿Que se sentó ahí, en el

suelo, diciendo majaderías durante tres horas y sujetándome del pie? ¿Y que casi le da algo cuando por fin me escabullí y me fui a la cama?

—Me está dando una gran cantidad información innecesaria.

Tiró la brocha a un lado de la mecedora y unas motas de pintura roja le salpicaron las botas.

—Sí, sí, claro —dijo nerviosa—. Me habría acostado con él en algún momento. ¿Por qué no? Hay que tener algún interés en la vida. Yo tenía sueño, por supuesto, pero no podía saber que se iba a volver loco solo porque me quité la ropa. No comprende el calvario que he pasado estas semanas, un día sí y otro también. Estaba decidido a poseerme, satisfacer mis instintos naturales más básicos. Iba a mandarme por todo el mundo. Yo tenía que ayudarle a encontrar algo que había perdido. Iba a hacerme jefa de Dios sabe qué. ¡Jefa, yo! No, querida, no es preciso saber nada. ¿No estás interesada? No importa, cariño.

—Le repito que me está dando una gran cantidad de información innecesaria.

Ella contuvo el aliento y le miró con el ceño fruncido.

—¿No viene usted... no le ha mandado él?

—No. ¿Le dieron un diploma cuando se fue?

—Sí, pero...

—Enséñemelo.

Lo miró totalmente confundida. Se dirigió a una cómoda azul junto a una de las paredes, abrió un cajón y sacó el diploma.

—No es que esté muy presentable —dijo insegura.

Jensen lo desplegó. Alguien había salpicado el texto dorado con grandes signos rojos de admiración. En la página adjunta había frases obscenas, también garabateadas con lápiz rojo.

—No es lo que suele hacer la gente, pero me sentí muy indignada. Era para morir de risa. No había estado allí más de catorce días y todo lo que había hecho había sido dejar que me sujetaran del pie durante tres horas, quedarme desnuda y ponerme el pijama.

El comisario Jensen se guardó la libreta en el bolsillo.

—Adiós —dijo.

Cuando atravesó el umbral del recibidor sintió un dolor en el lado derecho del diafragma. Fue repentino y virulento. La vista se le nubló, dio un paso indeciso y tuvo que apoyar el hombro en el marco de la puerta.

Ella se acercó enseguida.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Está usted enfermo? Venga y siéntese un momento. Yo le ayudo.

Él siguió en pie y sintió el cuerpo de la mujer que se acercaba al suyo para sostenerlo. Se dio cuenta de que era agradable y cálida.

—Espere —dijo—, voy a por un poco de agua.

Corrió a la cocina y volvió al instante.

—Tenga, beba. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿No quiere descansar un rato? Discúlpeme por haberme comportado así; compéndalo, me confundí del todo. Uno de los mandamases de la editorial, no diré cuál, ha estado acosándome continuamente...

Jensen se incorporó. Le seguía doliendo pero ya había empezado a acostumbrarse.

—Perdone —se disculpó ella—. Pero no entendí lo que usted quería. Por cierto, no lo sé todavía. Ah, todo me sale mal. A veces temo que sea por mi culpa, por ser diferente. Quiero interesarme por algo, hacer algo por mí misma, decidir por mi cuenta. Ya era diferente en la escuela y nadie entendía mis preguntas. Yo solo quería mostrar interés. Soy distinta, no soy como otras mujeres, lo noto constantemente. Es cierto, y también mi aspecto es distinto, incluso huelo diferente. O yo estoy loca o lo está el mundo, y no sé qué es peor.

El dolor empezó a remitir lentamente.

—Debería vigilar su lengua —dijo el comisario Jensen.

Cogió el sombrero y se dirigió al coche.

El comisario Jensen se comunicó con el turno de guardia de la comisaría del distrito dieciséis mientras se dirigía al centro de la ciudad. Aún no había regresado el personal encargado del registro domiciliario. El jefe superior de policía había preguntado por él unas cuantas veces a lo largo del día.

Cuando llegó al centro eran ya las once pasadas, el tráfico era muy escaso y solo había un puñado de transeúntes en las aceras. El dolor de diafragma había disminuido y se había convertido en la molestia habitual. Tenía la boca seca y, como siempre tras un ataque, tenía mucha sed. Se detuvo en una de las cafeterías que todavía permanecían abiertas, se sentó al lado del mostrador acristalado y pidió una botella de agua mineral. El local tenía cromados relucientes y paredes acristaladas. Estaba vacío, excepto por seis adolescentes que se sentaban alrededor de una mesa con la mirada apática y sin nada que decirse. El camarero bostezaba mientras leía una de las ciento cuarenta y cuatro publicaciones, un cómic. Tres pantallas de televisión emitían en diferido un inocente programa de variedades con efectos sonoros de risas enlatadas mal sincronizadas.

Bebió despacio el agua mineral, a pequeños tragos, y sintió los estremecimientos y las burbujeantes reacciones en cadena que activaba el líquido en su estómago vacío. Al cabo de un rato se levantó y se dirigió al retrete. Allí, tumbado de espaldas, encontró a un hombre bien vestido, de mediana edad, con una de las manos metida en la taza. Apestaba a alcohol y había vomitado sobre la chaqueta y la camisa. Estaba con los ojos abiertos pero tenía la mirada fija y vacua.

Jensen volvió al mostrador.

—Hay un hombre borracho en el urinario —dijo.

El camarero se encogió de hombros y prosiguió paseando la vista por las ilustraciones en color.

Jensen le enseñó su placa. El camarero apartó el cómic de golpe y se dirigió al teléfono de la policía. Todos los establecimientos públicos tenían línea directa con el turno de guardia de la comisaría más próxima.

Los agentes que recogieron al beodo parecían soñolientos y exhaustos.

Mientras se lo llevaban, la cabeza del arrestado golpeó varias veces el suelo de imitación de mármol. Eran de otro distrito, seguramente del once, y no reconocieron al comisario Jensen.

El reloj marcaba las doce menos cinco cuando el camarero lanzó una mirada tímida al cliente y empezó a cerrar. Jensen se dirigió al coche y llamó al turno de guardia de la comisaría. La patrulla que había llevado a cabo el registro domiciliario acababa de regresar.

—Sí, lo encontramos —dijo el jefe de los agentes de paisano.

—¿Intacto?

—Sí, al menos estaban las dos hojas. Aunque había una salchicha aplastada entre las dos páginas.

Jensen se quedó en silencio un instante.

—Llevó su tiempo —dijo el jefe de los agentes de paisano—, no fue nada fácil. Menudo basurero, miles de papeles.

—Encárguese de que el propietario del apartamento sea puesto en libertad de modo reglamentario mañana por la mañana.

—Entendido.

—Una cosa más.

—Sí, comisario.

—Hace unos años murió el jefe de seguridad del edificio de la editorial en un ascensor.

—Sí.

—Investigue las circunstancias. Averigüe también todo lo que pueda del hombre, en especial sus circunstancias familiares. Es urgente.

—Entendido. ¿Comisario?

—Sí.

—Parece que el jefe superior de la policía lo anda buscando.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—No que yo sepa.

—Buenas noches.

Colgó y apartó el teléfono. El reloj de algún sitio cercano marcó las doce con campanadas secas y aceradas.

Había pasado el sexto día. Quedaban exactamente veinticuatro horas de plazo.

El comisario Jensen hizo el camino de vuelta a casa conduciendo despacio. Se sentía físicamente muy cansado pero sabía que le iba a resultar muy difícil conciliar el sueño. Además contaba con muy pocas horas.

No se cruzó con ningún vehículo a lo largo del túnel revocado con cal y bien iluminado, y más al sur, el gran polígono industrial se extendía envuelto en silencio y abandono. Las cisternas de aluminio y los tejados plastificados de las fábricas reverberaban a la luz de la luna.

Un furgón de policía lo adelantó en el puente y poco después una ambulancia. Ambos vehículos pasaron a toda velocidad y con las sirenas ululando.

A medio camino de la autopista tuvo que detenerse ante un cordón policial. El agente con la linterna lo reconoció; cuando Jensen bajó la ventanilla el hombre se puso firme y dijo:

—Accidente de tráfico. Un fallecido. Los restos del coche bloquean la vía. Vamos a despejarla dentro de unos minutos.

Jensen asintió. Se quedó dentro del vehículo con la ventanilla abierta y dejó que el aire congelado de la noche entrara en el coche. Mientras esperaba, pensó en los accidentes de tráfico, que disminuían año tras año aunque el número de víctimas seguía aumentando. Los expertos del Ministerio de Comunicaciones habían resuelto ese misterio estadístico hacía ya bastante tiempo. La reducción en términos de colisiones y daños materiales podía explicarse en cierta medida por la mejora de las carreteras y la mayor vigilancia de tráfico. Pero lo más importante era el factor psicológico: la gente se había vuelto más dependiente del coche, lo trataba con más cuidado y reaccionaba más o menos de forma inconsciente ante la idea de perderlo. La curva ascendente de muertes se debía a que la mayoría de los accidentes con resultado de muerte debían ser clasificados como suicidios. También en este caso se consideraba que el factor psicológico desempeñaba un papel decisivo: la gente vivía con y para sus coches, y también querían morir con ellos. Era la conclusión de una encuesta que había sido realizada años atrás. La encuesta fue declarada confidencial pero los altos cargos de la policía habían tenido acceso a esa información.

Al cabo de ocho minutos la calzada quedó despejada. El comisario subió la ventanilla y reanudó la marcha. El asfalto estaba cubierto de un fino velo de escarcha, y más adelante, en el lugar del accidente, las huellas de las ruedas se distinguían claramente a la luz de los faros. No mostraban ningún signo de deslizamiento o frenada, sino que conducían directamente hacia un pilar de hormigón al borde de la carretera. El seguro no iba a abonar con toda probabilidad ninguna póliza. Quedaba, como siempre, la posibilidad de que el conductor se hubiera sentido cansado y se hubiese dormido casualmente al volante.

El comisario Jensen se sintió vagamente insatisfecho, como si se le escapara algo. Cuando intentó analizar el fenómeno sintió que se le contraía el estómago por culpa del hambre. Aparcó el coche delante del séptimo bloque de la tercera fila, se dirigió a la máquina automática y apretó el botón de un envase de papilla sintética.

Una vez arriba, en su apartamento, colgó la ropa de abrigo y la chaqueta y encendió la luz. Luego bajó las persianas, fue a la cocina, echó exactamente tres decilitros de agua en una cacerola y disolvió la papilla en polvo. Cuando estuvo caliente la vertió en una taza de té. La puso en la mesilla de noche, se sentó en la cama y se quitó los zapatos. El reloj marcaba las dos y cuarto y el silencio reinaba en la casa. Seguía sintiendo que se le escapaba algo.

Fue a buscar la libreta en la chaqueta, encendió la lamparilla y apagó la luz del techo. Mientras se bebía la papilla a sorbos leyó lenta y sistemáticamente sus anotaciones. La papilla era espesa y tenía un sabor mohoso, insulso.

Al acabar la lectura levantó la vista y contempló las fotos enmarcadas de la escuela de policía. En una de las fotos aparecía él, el segundo por la derecha de la fila de atrás. Estaba con los brazos cruzados en el pecho y esbozaba una sonrisa incierta. Parecía que le acababa de decir algo al compañero de al lado cuando el fotógrafo hizo la foto.

Pasado un rato se levantó y se dirigió al vestíbulo. Abrió la puerta del armario y sacó una de las botellas que tenía colocadas en un estante al fondo, tras las gorras de uniforme. Luego cogió un vaso de la cocina, lo llenó casi hasta el borde de aguardiente y lo colocó junto a la taza de papilla.

Desplegó la lista con los nueve nombres y la puso sobre la mesa, frente a él. Se sentó y la miró tranquilamente.

El reloj de pared de la cocina marcaba el tiempo con cortas señales.

El comisario Jensen abrió la libreta por una nueva página y escribió: «Número 6, relaciones públicas, 38 años de edad, separado, cambio de actividad».

Cuando escribió la dirección movió la cabeza imperceptiblemente.

Luego puso el despertador, apagó la luz y se quitó la ropa. Se puso el pijama y

se quedó sentado en la cama con la manta sobre las piernas. Le pareció que la papilla le hinchaba el estómago y sintió que algo le presionaba el corazón desde abajo.

Cogió el vaso y se lo bebió en dos tragos. El aguardiente de sesenta y tres grados le abrasó la lengua y le recorrió la garganta como una columna de fuego.

Se tumbó de espaldas con los ojos abiertos en la oscuridad y esperó a dormirse.

El comisario Jensen no concilió el sueño. Entre las tres y las cinco y veinte estuvo sumido en un sopor que no le permitió pensar con claridad ni tampoco desconectar su actividad mental. Sentía náuseas y estaba empapado de sudor cuando sonó el despertador. Cuarenta minutos después estaba en el asiento en su coche.

El lugar que debía visitar estaba a unos doscientos kilómetros al norte y calculó que, al ser domingo, tardaría tres horas en llegar.

La ciudad estaba en silencio y desierta, con las plazas de aparcamiento desocupadas, pero los semáforos funcionaban como de costumbre y durante la travesía del centro tuvo que detenerse diez veces ante los discos en rojo.

La autopista era recta y fácilmente transitable pero el paisaje a ambos lados no tenía ningún interés. De vez en cuando, a lo lejos, se veían siluetas de suburbios recortadas contra el cielo. Una vegetación seca y desolada de árboles informes y matas bajas se extendía entre la autopista y el horizonte.

A las ocho se detuvo en una estación de servicio para repostar. También se tomó un té templado e hizo dos llamadas telefónicas.

El jefe de los agentes de paisano parecía cansado y afónico, y era evidente que acababa de despertarse.

—El suceso ocurrió hace diecinueve años —dijo—. El hombre quedó atrapado en el ascensor y murió aplastado.

—¿Aún tenemos el expediente?

—Solamente se procedió a un registro rutinario en el atestado. Al parecer el caso estaba bastante claro. Se consideró que había sido simplemente un accidente: una interrupción momentánea de suministro eléctrico había provocado que el ascensor quedase detenido durante dos minutos y luego volviera a ponerse en marcha. Además, por lo que parece, el hombre era un inútil integral.

—¿Y los que le sobrevivieron?

—No tenía familia. Vivía en un albergue.

—¿Dejó algo?

—Sí. De hecho una suma relativamente importante de dinero.

—¿Quién la heredó?

—Ningún pariente se registró dentro del plazo prescrito. Al final el dinero fue a parar a un fondo estatal.

—¿Algo más?

—Nada que parezca importante. Era un hombre retraído, vivía solo y no tenía amigos.

—Adiós.

El agente que había investigado los archivos de prensa también estaba en casa.

—Jensen al aparato.

—Sí, comisario.

—¿Algún resultado?

—¿No ha recibido mi informe?

—No.

—Lo pasé ayer por la mañana.

—Infórmeme ahora de viva voz.

—Por supuesto —dijo—. Espere un momento, a ver si me acuerdo.

—Bien.

—Las letras de la carta provienen del mismo periódico pero no todas están recortadas el mismo día. Están sacadas de los números del viernes y el sábado de la semana pasada. El tipo de letra se llama bodoni.

Jensen sacó la libreta y anotó los datos en la cara interior de la cubierta.

—¿Algo más?

El agente guardó silencio un instante. Luego añadió:

—Sí, una cosa más. La combinación exacta entre las letras y el texto de la última página no figuraba en todos los ejemplares del periódico. Solo figuraba en la llamada tirada A.

—Lo que significa...

—Que las letras solo figuraban en los periódicos que se imprimieron al final, los que van destinados a los vendedores y suscriptores de la ciudad.

—Queda liberado de la investigación —le informó el comisario Jensen—. Vuelva a su servicio ordinario. Adiós.

Colgó el teléfono, se dirigió al coche y prosiguió el viaje.

A las nueve cruzó una localidad desierta compuesta por un millar de casas adosadas exactamente iguales, agrupadas en rectángulo alrededor de una fábrica. De las chimeneas de la fábrica salían polvorientas columnas de humo amarillento. A centenares de metros en el aire la nube de gases se aplanaba y volvía a caer lentamente sobre la localidad.

Llegó a su destino un cuarto de hora más tarde.

Había calculado correctamente el tiempo. El alto en la estación de servicio le

había llevado unos cinco minutos.

La casa era una cabaña modernizada con paredes acristaladas y el tejado de plástico acanalado. Estaba en una pendiente a tres kilómetros al este de la autopista y aparecía rodeada de árboles. Al pie de la pendiente se veía un lago de agua turbia. El aire apestaba a los humos de la fábrica.

Sobre el suelo de hormigón, delante de la casa, había un hombre obeso en albornoz y zapatillas. Parecía perezoso y abúlico y miró sin entusiasmo al visitante. El comisario Jensen le mostró su placa.

—Jensen, comisario del distrito dieciséis. Estoy a cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo.

—¿Qué quiere usted?

—Hacerle unas preguntas.

—Entre —dijo.

Las dos habitaciones albergaban unas cuantas alfombras, ceniceros y muebles de acero que daban la impresión de haber sido transportados allí desde el edificio de la editorial.

Jensen sacó libreta y lápiz.

—¿Cuándo dejó usted su empleo?

El otro reprimió un bostezo y miró a su alrededor, como queriendo evitar algo.

—Hace tres meses —dijo al fin.

—¿Por qué se fue?

El hombre miró a Jensen. Se adivinaba una calculada reflexión en sus profundos ojos grises. Parecía sopesar si responder o no. Al cabo de un buen rato hizo un gesto vago y dijo:

—Si lo que busca es el diploma, no lo tengo aquí.

Jensen no dijo nada.

—Lo tengo... en el piso de mi mujer, en la ciudad.

—¿Por qué se fue?

El hombre arrugó la frente como si intentase concentrarse. Luego respondió:

—Escuche, está usted equivocado, independientemente de lo que haya oído o imaginado. No puedo ayudarle en nada.

—¿Por qué dejó usted su empleo?

Se hizo el silencio durante unos segundos. El pobre hombre se frotó la punta de la nariz.

—En realidad no he dejado mi empleo. Si bien expiró mi contrato con la editorial, todavía estoy ligado al consorcio.

—¿De qué se ocupa?

Jensen echó un vistazo a la destartada habitación. El otro le siguió la mirada. Al cabo de un nuevo silencio, más prolongado que el anterior, el hombre dijo:

—Escuche, ¿qué sentido tiene esto? Ni siquiera sé nada que le pueda ser útil. Le juro que el diploma está en la ciudad.

—¿Por qué iba yo a querer ver su diploma?

—No lo sé. Me parece raro que haya hecho doscientos kilómetros para una cosa así.

El hombre meneó la cabeza.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo tardó en llegar aquí?

Lo preguntó con un asomo de interés, pero Jensen no respondió y el hombre volvió a su tono anterior.

—Mi récord actualmente es de una hora y cincuenta y ocho minutos — confesó con resignación.

—¿Tiene teléfono aquí?

—No, no hay ninguno.

—¿Es usted el propietario de esta cabaña?

—No.

—¿Quién es el propietario?

—El consorcio. Me la han prestado. Voy a descansar aquí antes de que me asignen nuevas tareas.

—¿Qué tareas?

Las respuestas habían sido cada vez más vacilantes. Ahora parecían haber cesado del todo.

—¿Se encuentra bien aquí?

El hombre miró suplicante a Jensen.

—Escuche, ya le he dicho que usted ha tomado el rábano por las hojas. No tengo nada que decirle que le pueda ser útil. Todas esas historias no tienen ni pies ni cabeza, créame.

—¿Qué historias?

—Ah, las que haya oído.

Jensen lo miró incómodo. El silencio era total. El tufo de la fábrica era palpable tanto dentro como fuera de la cabaña.

—¿Cuál era su cargo dentro del consorcio?

—Bueno, un poco de todo. Primero fui periodista deportivo. Luego, redactor jefe de un par de publicaciones. Después estuve en publicidad. Viajaba mucho, casi siempre haciendo reportajes deportivos por todo el mundo. Luego estuve de corresponsal en el extranjero y después... hice viajes de estudios.

—¿Qué estudiaba usted?

—Un poco de todo, relaciones públicas y ese tipo de cosas.

—¿A qué se dedica exactamente un relaciones públicas?

—No es nada fácil de explicar.

—¿Así que ha viajado usted mucho?

—He estado casi en todas partes.

—¿Sabe muchos idiomas?

—No, los idiomas no son precisamente mi fuerte.

El comisario Jensen permaneció un rato en silencio. No apartó los ojos del hombre del albornoz. Al cabo dijo:

—¿Suelen publicar a menudo los periódicos reportajes deportivos?

—No.

El semblante del hombre se volvió cada vez más sombrío.

—A nadie le interesa el deporte hoy en día, si no es por televisión.

—¿Y aun así usted viajó por todo el mundo haciendo reportajes deportivos?

—Nunca he sabido escribir sobre otra cosa. Lo intenté, pero no pude.

—¿Por qué le despidieron?

—Les salía muy caro, imagino. —El hombre pensó unos segundos—. Al fin y al cabo son muy tacaños —añadió mirando tristemente los muebles de acero.

—¿En qué distrito postal nos hallamos?

El hombre miró perplejo a Jensen. Luego hizo un gesto hacia la ventana. Por encima del bosque, a la otra orilla del lago, se veía la nube de humo amarillo de la fábrica.

—El mismo que allí. En todo caso, el cartero viene de allá.

—¿Recogen el correo todos los días?

—No, solo el domingo.

Lo único que se oía era la respiración del hombre y el rumor remoto de los vehículos de la autopista.

—¿Tiene que seguir torturándome? Ya le he dicho que no tiene ningún sentido.

—¿Sabe usted por qué he venido aquí?

—Ni idea.

El hombre del albornoz se removió inquieto. Parecía que el silencio le ponía nervioso.

—Solamente soy un hombre normal que ha tenido mala suerte —explicó.

—¿Mala suerte?

—Sí, mala suerte. Todos dicen lo contrario, que he tenido suerte. Pero ya puede verlo usted mismo, criando polillas aquí, solo. ¿Qué suerte es esta?

—¿Qué quiere usted hacer?

—Nada. No quiero ser una molestia para nadie.

El silencio fue prolongado y opresivo. Miró suplicante a Jensen en un par de ocasiones pero ambas veces apartó enseguida la vista.

—Váyase, por favor —dijo calmado—. Le juro que el diploma está en la

ciudad. En el piso de mi mujer.

—No parece muy feliz aquí.

—Yo no he dicho eso.

—¿Se sentía a disgusto en su lugar de trabajo?

—No, no, nada de eso. ¿Por qué iba a sentirme así? Tenía todo lo que quería.

Pareció hundirse en infructuosas cavilaciones. Al fin añadió:

—Lo malinterpreta todo. Ha oído todas esas historias y se ha hecho una idea, no sé cuál. Además no es como la gente dice. Simple y llanamente no es verdad. No todo, claro.

—Entonces ¿no es cierto lo que se cuenta de usted?

—De acuerdo, maldita sea. Claro que al jefe le entró pánico y saltó por la borda. Pero no fue culpa mía.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Durante la regata de vela, lo sabe tan bien como yo. En realidad no tuvo nada de extraño. Me llevó con él porque creyó que yo era bueno en vela. Y él quería ganar. Y cuando arreció el viento racheado y me encaramé a la borda para compensar, él creyó que íbamos a volcar, soltó un alarido y saltó al agua. Y yo no tuve más remedio que seguir navegando.

Miró compungido a Jensen.

—Solo con haber mantenido el pico cerrado no habría sucedido nada. Pero pensé que era un episodio divertido. Y luego me sentí muy mal cuando comprendí que los trabajos que me ofrecían, muy golosos, eran para mantenerme apartado del consorcio. Y entonces tampoco pude quedarme callado, pero lo...

Dio un respingo y se frotó la nariz.

—No haga caso de esas historias. Son solo habladurías. Mi esposa salió ganando con ello y era libre de hacer lo que quisiera, ¿no? De todos modos, ahora estamos separados. No me quejo, no se crea.

Una breve pausa y añadió:

—No, no me quejo.

—Muéstreme el telegrama.

El hombre del albornoz miró aterrorizado a Jensen.

—¿Qué telegrama? Yo no he...

—No mienta.

El hombre se levantó de repente y se dirigió a la ventana. Cerró los puños y los golpeó entre sí.

—No —dijo—. Usted no va a engañarme. No digo nada más.

—Muéstreme el telegrama.

El hombre se dio la vuelta. Aún tenía los puños cerrados.

—No puedo. No hay ningún telegrama.

—¿Lo ha roto?

—No me acuerdo.

—¿Qué decía?

—No me acuerdo.

—¿Quién lo firmaba?

—No me acuerdo.

—¿Por qué dejó su empleo?

—No me acuerdo.

—¿Dónde vive su exesposa?

—No me acuerdo.

—¿Dónde estaba usted a esta misma hora la semana pasada?

—No me acuerdo.

—¿Estaba aquí?

—No me acuerdo.

El hombre del albornoz seguía de espaldas a la ventana con los puños cerrados. Tenía el rostro sudoroso y la mirada aterrorizada e insolente como la de un niño. Jensen lo miraba inexpresivo. Al cabo de un minuto se guardó la libreta en el bolsillo, cogió el sombrero y se dirigió a la puerta. Antes de salir dijo:

—¿Qué es la sección treinta y uno?

—No me acuerdo.

Eran las once y cuarto cuando llegó a la zona edificada en torno a la fábrica. Se detuvo junto a la comisaría de policía y llamó al jefe de los agentes de paisano.

—Sí, están separados. Averigüe su dirección. Vaya allí y busque el diploma. Si no está intacto, tráigamelo.

—Entendido.

—Es urgente. Le espero aquí.

—Entendido.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Recibió un telegrama ayer o esta mañana. Mande a alguien y que consiga una copia.

—Entendido.

El local de guardia era amplio y lúgubre, con las paredes de ladrillo amarillo y cortinas de plástico en las ventanas. Al fondo había un mostrador y detrás, una hilera de celdas con puertas de relucientes rejas. Algunas de ellas ya estaban ocupadas. Junto al mostrador, un agente de policía con un uniforme de color verde hojeaba una carpeta.

El comisario Jensen se sentó junto a la ventana y miró hacia la plaza, que

estaba desierta y callada. El humo amarillo parecía filtrar todo el calor de los rayos del sol, y la luz era escasa y mortecina. El hedor de la fábrica era insufrible.

—¿Huele siempre así?

—Es peor los días laborables —dijo el agente.

Jensen asintió.

—Uno se acostumbra. El gas no parece peligroso para la salud, pero mi teoría es que deprime a la gente. Muchos se suicidan.

—Vaya.

El teléfono sonó al cabo de cincuenta minutos.

—La mujer ha sido muy amable —dijo el jefe de los agentes de paisano—. Me lo ha mostrado enseguida.

—¿Y?

—Estaba intacto, con la hoja adjunta.

—¿Había algún indicio de que pudiera haber sido modificado o reemplazado?

—Las firmas no eran recientes, en cualquier caso. La tinta no era fresca.

—¿No entró en el apartamento?

—No, ella me trajo el papel. Fue muy amable, como ya le he dicho. Casi parecía que me estuviera esperando. Una mujer muy joven y elegante, por cierto.

—¿Y el telegrama?

—He mandado a un hombre a la oficina de telégrafos.

—Dígale que regrese.

—¿No necesita una copia?

—No.

El comisario Jensen hizo una breve pausa. Luego dijo:

—No parece que tenga nada que ver con el caso.

—¿Comisario?

—Sí.

—Hay un pequeño detalle que me desconcierta. Uno de mis hombres estaba apostado fuera de la casa donde vive ella.

—Vaya. ¿Algo más?

—El jefe superior de policía ha preguntado por usted.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—No.

El tráfico de la autopista era ahora más denso y en muchos sitios se veían coches aparcados junto a las cunetas. La mayor parte de sus propietarios se entretenía lustrando la pintura mientras otros sacaban los asientos y se sentaban alrededor de mesas desplegadas junto a los coches. Encima de las mesas había televisores portátiles y cestos con comida en envases de plástico que se vendían

en máquinas automáticas. A la entrada de la ciudad las colas se hicieron más enojosas, y cuando el comisario Jensen llegó al centro ya eran las cinco menos diez de la tarde.

La ciudad seguía vacía de gente. El fútbol estaba en pleno auge y los que no se entretenían con sus coches se quedaban metidos en casa. En esos días los partidos de fútbol se programaban únicamente para ser retransmitidos. Se jugaban sin público en gigantescos estudios de televisión. Los equipos estaban formados por jugadores profesionales, muchos de ellos extranjeros, pero pese a su gran calidad, parecía que el interés por el fútbol estaba disminuyendo. El comisario Jensen apenas los veía, aunque tenía la televisión puesta siempre que estaba en casa. Supuso que muchos harían lo mismo.

Durante la última hora había sentido una creciente debilidad, e incluso en algún momento se le había nublado la vista como si estuviera a punto de desmayarse. Sabía que era por el hambre y se detuvo junto a un autoservicio donde pidió una taza de agua caliente, una bolsita de caldo en polvo y una porción de queso.

Mientras esperaba a que se diluyera el polvo sacó la libreta y escribió: «Número 7, periodista, soltero, 58 años de edad, despido voluntario».

Aunque se tomó el caldo ardiendo eran ya las cinco y media cuando volvió al coche, mientras se dirigía hacia el oeste empezó a oscurecer.

Faltaban seis horas para la medianoche.

La calle era estrecha, estaba bordeada de alamedas y escasamente alumbrada. A ambos lados había chalets adosados de una o dos plantas. La zona no estaba lejos del centro. Había sido edificada cuarenta años atrás y la habitaban principalmente funcionarios, lo que sin duda la había salvado de convertirse en otra barriada más de edificios estándar propios del programa que liquidó la escasez de viviendas.

El comisario Jensen aparcó el coche, cruzó la calle y llamó al timbre de la puerta. No se veían luces en las ventanas y nadie respondió a las señales del timbre.

Volvió al coche, se sentó al volante y examinó la lista y la libreta de notas. Luego se guardó los papeles, volvió a mirar su reloj, apagó la luz del coche y esperó.

Al cabo de unos quince minutos apareció por la acera un hombre de baja estatura con boina y abrigo de tonos grises. Abrió la puerta de la casa y entró. Jensen esperó hasta ver luz tras las persianas. Luego volvió a cruzar la calle y llamó.

El hombre abrió de inmediato. Vestía de modo sencillo y correcto, tenía un aspecto que correspondía a su edad y el rostro enjuto, y su mirada tras las gafas parecía amable y curiosa.

Jensen le mostró su placa.

—Jensen —dijo—, comisario del distrito dieciséis. Estoy a cargo de una investigación que tiene que ver con su anterior empleo y lugar de trabajo.

—Pase, por favor —dijo el hombre y se hizo a un lado.

La habitación era bastante grande. Estanterías con libros, periódicos y revistas ocupaban dos de sus paredes. Al lado de la ventana había un escritorio con un teléfono y una máquina de escribir, y en el centro de la habitación había una mesa baja y tres sillones. La iluminación provenía de un flexo del escritorio y de un gran globo que colgaba del centro del techo.

En el preciso instante en que el comisario Jensen entró en la habitación, cambió su forma de proceder. Sus movimientos rutinarios fueron otros, también

su mirada. Daba la impresión de estar a punto de hacer algo que había hecho en múltiples ocasiones.

—Haga el favor de tomar asiento.

Jensen se sentó y sacó lápiz y libreta.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Necesito cierta información.

—Estoy a su disposición, por supuesto. Responderé a todo lo que pueda.

—¿Cuándo dejó usted su empleo?

—A finales de octubre del año pasado.

—¿Trabajó mucho tiempo en el consorcio?

—Eso es relativo. Quince años y cuatro meses para ser exactos.

—¿Por qué se fue?

—Digamos que albergaba el deseo de recuperar mi vida privada. Dejé la empresa de forma voluntaria, entregando mi renuncia según el procedimiento habitual.

El hombre tenía una actitud reservada, la voz apagada y melódica.

—¿Puedo ofrecerle algo, comisario? ¿Un té?

Jensen negó despacio con la cabeza.

—¿En qué trabaja ahora?

—Soy solvente económicamente y no necesito trabajar para ganarme la vida.

—¿A qué dedica su tiempo?

—La mayor parte a la lectura.

Jensen echó un vistazo a la habitación. Estaba extraordinariamente organizada. A pesar de la cantidad de libros, revistas y papeles todo parecía dispuesto y ordenado hasta extremos que rozaban la pedantería.

—¿Le dieron un diploma o quizá una carta de despedida cuando dejó su empleo?

—Sí, es correcto.

—¿Lo conserva aún?

—Supongo que sí. ¿Quiere verlo?

Jensen no respondió. Permaneció inmóvil durante un minuto, sin mirar al hombre. Luego dijo:

—¿Confiesa haber enviado una carta anónima amenazando a la dirección del consorcio?

—¿Cuándo se supone que fue eso?

—Hace una semana, casi a esta misma hora.

El hombre se subió un poco los pantalones y cruzó las piernas. Tenía el codo izquierdo apoyado en el brazo del sillón y se pasaba despacio el dedo meñique a lo largo del labio inferior.

—No —dijo con calma—. No lo confieso.

El comisario Jensen abrió la boca para decir algo pero pareció cambiar de idea. Miró en cambio su reloj de pulsera. Eran las 19:11 h.

—Supongo que no soy el primero con quien habla del caso. ¿A cuánta gente ha... interrogado con anterioridad?

Su voz adquirió un tono más vivo.

—A una decena —dijo el comisario Jensen.

—¿Todas de la editorial?

—Sí.

—Ay, la cantidad de anécdotas y viejos episodios escabrosos que habrá tenido usted que escuchar. Calumnias. Verdades a medias, quejas, insinuaciones. Y una versión falsa de lo ocurrido.

Jensen no dijo nada.

—Por lo que he oído el consorcio es un hervidero —dijo el hombre—. Aunque quizá ocurra lo mismo en la mayoría de sitios —añadió pensativo.

—¿Qué puesto ocupó usted durante su estancia en el consorcio?

—Me contrataron como periodista cultural. Ocupé el mismo puesto, como usted lo llama, todo el tiempo que estuve allí.

—¿Conoce usted la organización y el funcionamiento de la editorial?

—En cierta medida. ¿Se refiere a algo en concreto?

—¿Conoce la llamada sección treinta y uno?

—Sí.

—¿Sabe a qué se dedica?

—Debería saberlo. Pertencí a la sección treinta y uno durante quince años y cuatro meses.

Después de un minuto de silencio Jensen dijo como por inercia:

—¿Confiesa haber enviado una carta anónima amenazando a la dirección del consorcio?

El hombre ignoró la pregunta.

—La sección treinta y uno, o la sección especial como también la llaman, es la más importante de toda la editorial.

—Eso es lo que he oído. ¿A qué se dedica?

—A nada —dijo el hombre—. A nada en absoluto.

—Explíquese.

El hombre se levantó y fue a coger papel y lápiz de su escritorio, minuciosamente pulcro. Se sentó, colocó el papel a la altura exacta del canto de la mesa y dejó el lápiz en paralelo al ancho superior de la hoja. Luego miró inquisitivo al comisario.

—Está bien —dijo—, voy a contárselo.

Jensen miró el reloj. Eran las 19:29 h. El plazo se había reducido a cuatro horas y media.

—¿Tiene usted prisa, comisario?

—Sí. Dese prisa.

—Intentaré ser breve. ¿Me ha preguntado a qué se dedicaba la sección especial, verdad?

—Sí.

—Ya le he dado una respuesta exhaustiva: a nada. Cuanto más desarrolle la respuesta menos exhaustiva será. Por desgracia. ¿Me comprende?

—No.

—No, claro. Esperemos que lo haga. En caso contrario corremos el riesgo de quedarnos en un punto muerto.

El hombre se quedó callado durante medio minuto. En el transcurso de ese tiempo su actitud registró ciertos cambios. Cuando volvió a hablar parecía en cierto modo débil e inseguro pero también más interesado que antes.

—Quizá lo más fácil sea que le hable de mí mismo. Crecí en un hogar de intelectuales y tuve una formación humanista. Mi padre fue profesor universitario, y yo mismo pasé cinco años en la facultad. En aquel entonces aquella era una facultad de Humanidades, y no solo por el nombre. Entiende a qué me refiero, ¿verdad?

—No.

—No puedo contárselo todo. Nos llevaría demasiado tiempo. Es posible que haya olvidado usted el significado de los términos que empleo, pero tiene que haberlos oído alguna vez. Por lo tanto también debería comprender poco a poco su significado y hacerse una idea general.

Jensen apartó el lápiz y escuchó.

—Como le dije antes fui cronista cultural desde el principio, en parte porque nunca creí que pudiera ser escritor. Simplemente no valía para ello, a pesar de que la escritura fuera una necesidad vital para mí. Fue casi mi única pasión.

Pausa. Una llovizna repicaba en la ventana.

—Trabajé muchos años como redactor cultural en una publicación privada. En sus columnas no solo se difundía información sobre arte, música y literatura, sino que también había espacio para el debate. Para mí, como para otros muchos, esto último era lo más importante. Cubría un amplio registro, abordaba prácticamente todos los fenómenos sociales. Mantenía a menudo puntos de vista muy críticos aunque no todas las contribuciones estuviesen especialmente bien pensadas.

Jensen se removió en su asiento.

—Alto —exclamó el hombre levantando la mano derecha—. Creo que sé lo

que va a decirme. Sí, es cierto que inquietaba a la gente, y no era raro que la dejase consternada, decepcionada, irritada o temerosa. Nunca halagó a nadie, ya fueran instituciones, ideas o individuos particulares. Nosotros, algunos otros y yo, considerábamos que eso era lo correcto.

Jensen efectuó un movimiento y controló la hora: las 19:45 h.

—Se asegura —dijo el hombre pensativo— que en cierta ocasión la crítica y los ataques virulentos hundieron a alguien hasta el punto de llevarlo hasta el suicidio.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos. Aún se oía el ruido de la lluvia.

—A algunos de nosotros nos llamaban radicales, pero todos lo éramos, lógicamente, al margen de que nuestras publicaciones fueran privadas o socialistas. Sin embargo, en lo que a mí se refería, no me di cuenta hasta mucho tiempo después. La política no era lo que más me interesaba en aquel momento. Además, desconfiaba de nuestros políticos. Sus méritos me parecían a menudo insuficientes, tanto por su nivel humano como por su formación.

El comisario Jensen tamborileó levemente los dedos contra el canto de la mesa.

—Lo sé, quiere que vaya al grano —dijo el hombre resignado—. De acuerdo. Otro de los fenómenos que me producía una desconfianza visceral y sistemática eran las revistas semanales. A mi entender, no habían causado más que perjuicios durante mucho tiempo. Cumplían, lógicamente, su propósito, fuera el que fuese, y tenían derecho a existir, pero no había ninguna razón para que debieran hacerlo en paz. Dedicué mucho tiempo a desenmascarar su llamada ideología, a disecarla y hacerla trizas. Lo hice en toda una serie de artículos, y en un polémico libro.

Esbozó una leve sonrisa.

—Aquella publicación me hizo muy popular entre quienes amparaban ese tipo de revistas. Recuerdo que me llamaban el enemigo número uno de la prensa semanal. De eso hace ya mucho tiempo.

El hombre se detuvo y esbozó unos croquis geométricos en el papel. Los trazos eran finos y pulcros. Parecía tener una mano muy firme.

—Bien, pleguémonos a las exigencias del tiempo y hagamos breve y sencilla una historia larga e intrincada. La estructura social empezó a cambiar, primero lentamente y luego a ritmo vertiginoso. El Estado de bienestar y el Consenso empezaron a citarse cada vez con mayor frecuencia hasta el punto que ambos fenómenos estaban indisolublemente unidos y dependían el uno del otro en todos los aspectos. Al principio no hubo ningún motivo de alarma: se resolvió el problema de la vivienda, disminuyó la criminalidad, empezaron a superarse los

problemas juveniles. Al mismo tiempo sobrevino la tan esperada reacción moral, tan puntual como la Edad de Hielo. Nada especial, nada del otro mundo, como ya he dicho. Solo algunos de nosotros abrigaban algunas sospechas. Supongo que usted sabe tan bien como yo lo que vino después.

Jensen no respondió. Una nueva y extraña impresión empezó a apoderarse de él. Era una sensación de aislamiento, de reclusión, como si él y el hombre de las gafas se hallasen dentro de un globo de plástico o en la vitrina de algún museo.

—Lo más preocupante para nosotros era, naturalmente, el hecho de que toda actividad periodística empezara a congregarse bajo el mismo paraguas, que editorial tras editorial, periódico tras periódico, fuesen vendidos al mismo consorcio, siempre con la rentabilidad económica como principio rector. Todo iba sobre ruedas, hasta el punto que todo aquel que criticaba algo se veía forzado a sentirse como el famoso perro que ladra a la luna. Incluso aquellos que se las daban de clarividentes empezaron a considerar mezquino plantear un debate en torno a cuestiones sobre las cuales solo existía en realidad una opinión. Yo siempre pensé de forma diferente al respecto, tal vez debido a mi vena rebelde o monomaniaca. Un puñado de trabajadores de la cultura, esa era la expresión que se empleaba entonces, reaccionó de la misma manera.

En la habitación se hizo un silencio total. Habían cesado los ruidos del exterior.

—Lógicamente, la publicación para la que yo trabajaba también fue absorbida por el consorcio. No recuerdo en qué momento exacto. Se sucedía una serie, infinita al parecer, de fusiones y ventas solapadas de las cuales apenas se escribía o se hablaba. Antes de aquello, mi sección ya había ido menguando progresivamente. Al final fue eliminada completamente por innecesaria. En la práctica, eso supuso quedarme sin un modo de ganarme la vida, al igual que un buen número de colegas de otras publicaciones y algunos periodistas independientes. Por algún motivo los más testarudos y combativos fueron los que no pudieron disponer de nuevos empleos. No comprendí por qué hasta mucho tiempo después. Disculpe, tengo que ir a por algo de beber. ¿Quiere usted tomar algo?

Jensen hizo un gesto negativo con la cabeza. El hombre se levantó y desapareció por una puerta que presumiblemente llevaba a la cocina. Volvió con un vaso de agua mineral, bebió unos tragos y lo dejó a un lado.

—Además, nunca hubieran hecho de mí un periodista deportivo o un comentarista de televisión —murmuró.

Levantó el vaso unos centímetros para comprobar, al parecer, que no hubiese dejado ninguna marca en el tablero de la mesa.

—Pasó un mes, y el futuro no se mostraba especialmente prometedor en la

práctica. Fue entonces cuando la gran editorial me invitó, para la mayor de mis sorpresas, para hablar de un posible empleo.

Hizo otra pausa. Jensen controló la hora: las 20:05 h. Dudó un momento y preguntó:

—¿Confiesa haber enviado una carta anónima amenazando a la dirección del consorcio?

—No, no, aún no —dijo irritado.

Bebió.

—Acudí a la cita lleno de escepticismo y me puse frente a la directiva de entonces, que en realidad era la misma que la de hoy. Fueron muy complacientes, y las propuestas que me hicieron me pillaron totalmente por sorpresa. Aún recuerdo sus frases.

El hombre se echó a reír de repente.

—No por mi buena memoria, sino porque las anoté. Dijeron que el libre debate no podía morir, ni dejar que quienes lo ejercían se hundieran en la inactividad. Que aunque la sociedad fuese camino de la perfección, siempre habría fenómenos que podían ser discutibles. Que el debate libre, aunque fuera superfluo, formaba parte de las condiciones básicas del estado ideal. Que la cultura existente, en cualquiera de sus manifestaciones, debía ser atendida y preservada para la posteridad. Finalmente dijeron que el consorcio, una vez que había asumido la responsabilidad de la mayor parte de las publicaciones vitales del país, también estaba dispuesto a hacerse cargo del debate y la cultura. Que planeaban editar la revista cultural número uno del país, la más completa e independiente, con la ayuda de las figuras más brillantes e inteligentes del sector.

El hombre parecía cada vez más entusiasmado con el tema. Intentó captar la mirada de Jensen y mantener su atención.

—Me trataron de modo muy correcto. Hicieron algunas alusiones respetuosas a mis puntos de vista, frecuentemente declarados, sobre las revistas semanales, me estrecharon la mano como si no hubiera sido más que una partida de pimpón y dijeron que esperaban que pudiera dejar atrás todos mis prejuicios. Al final me hicieron una oferta concreta.

Se quedó en silencio un momento, sumido al parecer en sus propios pensamientos.

—Censura —dijo—. En nuestro país no hay ninguna censura oficial, ¿verdad? Jensen sacudió la cabeza.

—Aun así me imagino que aquí la censura es más implacable y consecuente de lo que pueda ser en un Estado policial. ¿Por qué? Lógicamente porque se practica de forma particular, fuera de todo control y según métodos jurídicamente impecables. Porque no el derecho a la censura, tome nota, sino la

posibilidad práctica de ejercerla recae sobre gente, ya sean funcionarios o empresarios particulares, convencida del acierto de sus decisiones y del beneficio que suponen para todos. Y porque la mayoría de la población también cree en esa absurda doctrina y, en consecuencia, actúan como censores si es necesario.

Lanzó una mirada a Jensen, para comprobar la atención de su público.

—Todo está censurado: la comida que comemos, la prensa que leemos, los programas de televisión que vemos y las emisoras de radio que escuchamos. Incluso los partidos de fútbol están censurados; se camuflan las situaciones en que resultan lesionados los jugadores y en las que se cometen graves faltas contra el reglamento. Todo por el bien de todos. La dirección que tomaban las cosas empezó a verse muy temprano.

Dibujó más figuras geométricas en el papel.

—Ya hacía tiempo que quienes nos dedicábamos al debate de temas culturales habíamos reparado en esas tendencias, aunque al principio aparecieran en contextos que en realidad no nos concernían. El más palpable de esos síntomas se dio en el aparato de justicia. Empezó con la aplicación, cada vez más frecuente y rigurosa, de la ley de secretos oficiales; los militares consiguieron convencer a jueces y políticos de que todas las minucias imaginables eran esenciales para la seguridad de la nación. Después nos percatamos de que incluso se celebraban otras causas, cada vez con mayor frecuencia, a puerta cerrada, un proceder que siempre he considerado dudoso y despreciable aunque se diese el caso de que el acusado fuera un perverso sexual. Al final casi todas las causas, aun las más anodinas, pasaron a celebrarse parcial o totalmente fuera del alcance del ciudadano. El motivo fue siempre el mismo: amparar al individuo contra los datos indignantes, excitantes y atemorizantes que de alguna manera pudieran alterar su tranquilidad de ánimo. Al mismo tiempo se hizo evidente —aún recuerdo la sorpresa que me produjo la primera vez— que diversos funcionarios, cargos más o menos altos de la administración central y municipal, tenían la posibilidad de aplicar la ley de secretos oficiales en casos e investigaciones relacionadas con el funcionamiento de sus propios órganos administrativos. Las más absurdas naderías, dictámenes sobre vertidos de basura y asuntos por el estilo, eran declarados confidenciales sin que nadie reaccionara. Y en los ámbitos controlados por el capital privado, sobre todo la edición de prensa, la censura se ejercía de forma todavía más implacable. A menudo no por mala voluntad o por malicia sino en pro de lo que llamaban responsabilidad ética.

Se bebió el resto del agua mineral.

—De los valores éticos de las personas que estaban en posesión de ese poder

deberíamos hablar, lógicamente, en voz muy baja.

Jensen consultó el reloj. Las 20:17 h.

—En el momento en que los sindicatos y la patronal se pusieron totalmente de acuerdo se creó una concentración de poder sin precedentes. La oposición organizada se desvaneció.

Jensen asintió.

—No había nada a que oponerse. Se solucionaban todos los problemas, incluida la escasez de viviendas y el problema del aparcamiento. Prosperaba el estándar material de la población y nacían menos criaturas fuera del matrimonio, disminuía la criminalidad. Los únicos que presumiblemente podían oponerse o criticar la combinación fantasma que había producido ese milagro económico y moral eran un puñado de sospechosos polemistas profesionales como yo. ¿A costa de qué había sobrevenido la abundancia? ¿Por qué nacían menos niños fuera del matrimonio? ¿Por qué disminuía la delincuencia? Etcétera.

—Al grano —dijo el comisario Jensen.

—Sí, claro, al grano —respondió el hombre—. La oferta concreta que me hicieron era especialmente atractiva. Como le he dicho, el consorcio planeaba editar esa formidable revista. La iban a redactar y dirigir las figuras culturales más explosivas y dinámicas del país. Recuerdo que utilizaron exactamente esas palabras. Consideraron que yo pertenecía a esa categoría, y no puedo negar que me sentí halagado. Me mostraron la lista de colaboradores de la redacción. Quedé estupefacto, puesto que de las personas reunidas, unas veinticinco constituían lo que entonces hubiera llamado la élite cultural e intelectual del país. Íbamos a contar con todos los recursos imaginables a nuestra disposición. ¿Cree usted que me sorprendió?

Jensen lo miró con indiferencia.

—Lógicamente había ciertas condiciones. La revista debía ser rentable, o al menos no producir pérdidas. Ese era uno de los principios fundamentales. El otro era que todos debían ser protegidos contra el mal. En fin, para ser rentable había que planificar la revista al detalle, debíamos encontrar su forma y diseño definitivos. Para ello, antes había que realizar unos sondeos de mercado. Podíamos contar con producir una larga serie, bien elaborada, de números de prueba. Nada podía dejarse al azar. En cuanto al contenido y a los temas escogidos teníamos carta blanca, tanto durante el período de prueba como más adelante, cuando la revista saliera al mercado.

Esbozó una sonrisa adusta.

—También dijeron que una de las reglas fundamentales del consorcio consistía en rodear del más absoluto secreto el diseño y la preparación de nuevas publicaciones. De lo contrario, alguien, sabe Dios quién, podría robarnos la idea.

También mencionaron, a modo de ejemplo, los años que habían tardado en dar con la forma definitiva de ciertos productos, y nombraron algunos títulos malísimos de la producción regular de la editorial, todo para demostrar que merecía la pena proceder con calma y con la máxima discreción para conseguir óptimos resultados. Al final me pusieron delante un contrato redactado. Era asombrosamente ventajoso. Yo iba a decidir, dentro de unos límites razonables, mi propio sueldo. Acordaríamos una tarifa por cada artículo que yo escribiera, que sería debidamente contabilizado. Si la suma de esos honorarios no cubría la cantidad acordada de antemano, esta se me retribuiría en todo caso. Cierto es que podría surgir un desequilibrio: yo podía estar de vez en cuando en deuda con la editorial o viceversa, pero de mí dependía recuperar el equilibrio. En caso de déficit debía producir más material, en caso de superávit podía aprovechar la tesitura y descansar. Por lo demás, el contrato solo incluía ciertas cláusulas rutinarias: podía ser despedido en caso de evidente desatención o sabotaje intencionado del consorcio, no podía dejar mi empleo sin haber saldado eventuales deudas con la empresa y algunas cosas más por el estilo.

El hombre toqueteaba el lápiz sin moverlo del sitio.

—Lo firmé. El acuerdo me otorgaba unos ingresos más altos que los que nunca había tenido antes. Luego se vio que todos los demás habían firmado contratos en los mismos términos. Una semana después empecé a trabajar en la sección especial.

Jensen hizo el amago de decir algo, pero se detuvo.

—Ese fue el nombre oficial: la sección especial. Lo de sección treinta y uno vino después. Nos emplazaron en lo más alto del edificio, en la planta treinta y uno. Eran locales, unos altillos, que originariamente habían sido concebidos para algún tipo de almacenaje; casi nadie conocía su existencia. Los ascensores no subían hasta allí, el único acceso era una escalera metálica de caracol. Tampoco había ventanas, pero sí un par de claraboyas en el techo. Había dos razones para que estuviéramos allí, decían. Una, para que contáramos con absoluta tranquilidad para trabajar; y la otra, porque sería más fácil mantener el proyecto en secreto durante el período de planificación. Teníamos otro horario laboral, una jornada bastante más corta que la del resto del personal del consorcio. Todo parecía plausible entonces. ¿Le sorprende?

Jensen no respondió.

—Empezamos pues a trabajar, primero con discrepancias bastante grandes; imagínese un par de docenas de individualistas, voluntades en liza, sin ningún denominador común. Hacía las veces de jefe un iletrado total que después llegó a ocupar un cargo muy prominente dentro del consorcio. Puedo enriquecer su anecdotario contándole que llegó a ocupar altos puestos en el periodismo porque

él, al igual que el jefe y el editor del consorcio, era disléxico. Sin embargo, fue muy discreto. El primer número de prueba no entró en máquinas antes de ocho meses, debido en gran medida a que la producción técnica había sido extrañamente lenta. Fue un buen número, audaz, y recibido, para nuestra absoluta sorpresa, de forma muy positiva por la dirección de la editorial. Pese a que muchos artículos eran críticos con casi todo, incluidas las revistas semanales, se abstuvieron de comentar el contenido. Se nos exhortó solo a afinar cierta cantidad de detalles prácticos y, sobre todo, a aumentar el ritmo de producción. No sería viable una publicación regular hasta que pudiéramos garantizar un nuevo número cada dos semanas. También esto pareció plausible.

Miró afablemente a Jensen.

—Tuvieron que pasar dos años antes de que consiguiéramos realizar, con nuestros propios recursos, dos números al mes, habida cuenta de la cada vez más torpe maquetación e impresión. La revista se imprimía todo el tiempo. Recibíamos diez ejemplares de prueba de cada número que se encarpataban para su uso archivístico; la exigente discreción no nos permitía sacar ningún ejemplar fuera de la redacción. Así pues, llegados a ese punto, la dirección pareció contenta, casi encantada, y nos dijeron que lo único que necesitaban era que diéramos a la revista una nueva composición, un formato moderno, que la hiciera capaz de defenderse ante la dura competencia del mercado. Y lo crea o no, no fue antes de este cambio en el diseño, llevado a cabo por extraños grupos de expertos durante el transcurso de ocho meses, que...

—¿Que qué? —dijo el comisario Jensen.

—Que por fin empezamos a comprender el alcance real de lo que estábamos haciendo. Cuando empezamos a oponernos, nos tranquilizaron imprimiendo mayores tiradas de prueba, alrededor de quinientos ejemplares, que irían a parar a toda la prensa diaria y a instancias importantes. Poco a poco nos dimos cuenta de que todo era una enorme mentira, pero tardamos lo nuestro. Fue al constatar que la prensa no mencionaba jamás el nombre de la revista y menos aún su contenido, cuando comprendimos la dura realidad: las copias nunca se distribuían, solo se utilizaban como modelo, o más bien como ejemplo, del qué y el cómo no escribir. Seguimos recibiendo como de costumbre nuestros diez ejemplares. Desde entonces...

—¿Sí?

—Desde entonces esa macabra historia sigue adelante básicamente del mismo modo. Día a día, mes a mes, año tras año, la élite cultural de este país, la última en su especie, ha pasado el tiempo en esos locales fantasmagóricos escribiendo, cada vez con menos entusiasmo, una revista que a fin de cuentas sigue siendo la única del país digna de ese nombre. ¡Y que nunca se publica! A lo largo de todo

este tiempo han utilizado centenares de pretextos para justificar por qué debía ser así: el formato definitivo era inaceptable, el ritmo de producción demasiado lento, la capacidad de las prensas no era suficiente. Y suma y sigue. El contenido fue lo único a lo que nunca pusieron reparos.

Golpeó con el dedo corazón de la mano derecha el canto de la mesa.

—Y ese contenido podría haber cambiado muchas cosas. Podría haber despertado la conciencia de la gente antes de que fuera demasiado tarde; incluso podría haber salvado a muchos. Estoy convencido de ello.

El hombre alzó la mano de repente, como si quisiera interrumpir una réplica que no había tenido lugar.

—Ya sé, va a preguntarme usted por qué no nos fuimos. La respuesta es bien sencilla: no podíamos.

—Explíquese.

—Con mucho gusto. Nuestros contratos estaban redactados de tal forma que habíamos establecido una deuda abismal con el consorcio. Tras el primer año ya le debía al consorcio más de la mitad de lo que había ganado. A los cinco años mi deuda se había quintuplicado, y al cabo de quince era astronómica, al menos para alguien en unas circunstancias económicas normales. Era lo que podríamos llamar una deuda técnica. Recibíamos comunicaciones rutinarias sobre su progresivo aumento. Pero nadie nos exigía pago alguno. No hasta que alguno de nosotros quiso abandonar la redacción.

—Pero usted dejó su empleo voluntariamente.

—Sí, gracias a una excepcional casualidad. Heredé una fortuna, de modo totalmente inesperado. Pese a que se trataba de una suma considerable, la mitad se fue en saldar la deuda que había contraído con la editorial, una deuda que con diversas artimañas fue aumentando hasta el mismo momento en que firmé el cheque. Pero me libré de ellos. Lo habría hecho aunque me hubiera costado toda la herencia. Una vez olida la libertad me habría dado lo mismo robar que atracar un banco para obtener el dinero.

El hombre estalló repentinamente en una carcajada.

—Robar y atracar no son disciplinas con muchos adeptos hoy en día, ¿verdad?

—Confiesa haber...

El hombre le interrumpió enseguida.

—¿Comprende la importancia de lo que le he contado? Se trata de un asesinato, un crimen intelectual mucho más detestable y repugnante que uno físico. El asesinato de innumerables ideas, el asesinato de la opinión pública, de la libertad de expresión. El asesinato en primer grado, premeditado, de todo un sector de la cultura. Y con la finalidad más mezquina: infundir en la gente una paz emocional que les incline a tragarse toda la basura con que les ceban.

¿Comprende? Extender la indiferencia sin oposición, inyectarles a la fuerza el veneno después de asegurarse de que no hay ningún médico ni antídoto.

Lo dijo de forma rápida y atropellada y prosiguió inmediatamente sin recuperar el aliento:

—Usted contestará, lógicamente, que a nosotros nos iba muy bien allí, a excepción de los nueve que se volvieron locos, que murieron o se suicidaron. Por no hablar de las grandes sumas que le costó al consorcio aparentar la edición de una revista que nunca se publicó. ¡Bah!, qué más les da a ellos el dinero, con sus peritos fiscales trabajando al mismo tiempo en la dirección general de impuestos...

Se detuvo y pareció que se calmaba.

—Disculpe que me haya enredado en todo este discurso. Sí, por supuesto, lo confieso. Además, usted sabía desde el principio que lo iba a hacer. Pero quise aclarar primero algunas cosas y también llevar a cabo algo así como un experimento personal. Quise saber cuánto tiempo podía aguantar sin confesarlo.

El hombre volvió a sonreír y añadió de paso:

—Carezco de talento para no decir la verdad.

—Concrete el motivo de su delito.

—Cuando por fin me libré del consorcio quise llamar la atención sobre lo que estaba ocurriendo. Pero pronto me di cuenta de que era inútil esperar que lo que fuera a escribir se publicara en cualquier parte. Al final pensé que quizá aún era posible la existencia de algún tipo de reacción ante sucesos de carácter brutal y sensacional. Por eso envié la carta. Lógicamente me equivoqué. Aquel día obtuve permiso para visitar a uno de mis viejos colegas en el hospital mental que queda enfrente del edificio del consorcio. Estuve viendo el acordonamiento policial de la zona, la llegada de los bomberos y la evacuación del edificio. Pero no se publicó ni se dijo una sola palabra al respecto, ni mucho menos ningún tipo de observación.

—¿Está usted dispuesto a repetir su confesión en presencia de testigos y firmar una declaración?

—Por supuesto —contestó absorto—. Además, no le será muy difícil encontrar en esta casa todas las pruebas técnicas que pueda necesitar.

Jensen asintió. El hombre se levantó y se dirigió a una de las estanterías.

—Yo mismo quiero entregarle alguna prueba técnica. Este es un número de la revista que no existe. El último que hicimos antes de que yo me fuera.

La revista tenía un aspecto muy sobrio. Jensen empezó a hojearla.

—Aunque los años acabaran con nosotros, no éramos tan inofensivos como para que se atrevieran a dejarnos libres —dijo el hombre—. Abordábamos todas las cuestiones. Nada era tabú.

El contenido de la revista era asombroso. Jensen se quedó impávido. Se detuvo en una doble página que parecía tratar de los aspectos físicos de la decreciente natalidad y la depauperada sexualidad. Dos fotos de gran tamaño con mujeres desnudas flanqueaban el texto. Saltaba a la vista que querían representar dos estilos distintos. Una le recordó las fotos que había encontrado en un sobre cerrado en el escritorio del redactor jefe: un cuerpo fino y delgado, bien alimentado, de caderas estrechas y con el pelo del pubis rasurado o inexistente. En la otra se veía a la número 4, la mujer en cuyo apartamento el comisario se había recostado en el marco de la puerta y había bebido un vaso de agua veinticuatro horas antes. Aparecía de cuerpo entero, con los brazos en los costados y los pies un poco separados. Tenía los pezones oscuros y grandes, las caderas anchas y el vientre turgente. De entre las ingles asomaba una exuberante capa de pelo negro que se extendía por la parte inferior del abdomen. A pesar de ello se podían ver sus genitales, que parecían abrirse paso entre el vértice de los muslos.

—Esa es una foto reciente —comentó el hombre—. No nos conformábamos con menos, pero fue difícil conseguirla. Parece que es un tipo de imagen aún más raro que antes.

Jensen siguió hojeando. Cerró la revista y miró la hora. Las 21:06 h.

—Recoja sus enseres personales y acompañeme —dijo.

El hombrecillo de las gafas asintió.

Concluyeron la entrevista en el coche.

—Tengo que confesarle otra cosa.

—¿Qué?

—Van a recibir una carta exactamente igual mañana a la misma hora. Acababa de echarla al buzón cuando usted llegó.

—¿Por qué?

—No me rindo tan fácilmente. Pero esta vez no van a inmutarse.

—¿Qué sabe usted de explosivos?

—Menos de lo que el jefe de la editorial sabe de Hegel.

—¿Y eso qué significa?

—Eso significa que no sé nada en absoluto. Ni siquiera he hecho el servicio militar. Ya era pacifista entonces. Si tuviera todo un arsenal a mi disposición no sabría fabricar nada que explotase. ¿Me cree?

—Sí.

A medio camino de la comisaría Jensen dijo:

—¿Se le pasó alguna vez por la cabeza la idea de hacer explotar de verdad el edificio?

El arrestado no respondió hasta que el coche atravesó el portón de la

comisaría.

—Sí. Tal vez habría hecho explotar el edificio de haber sido capaz de construir una bomba y asegurarme de que nadie resultara herido. Pero visto lo visto, tuve que conformarme, por así decirlo, con una bomba simbólica.

Cuando el coche se detuvo murmuró para sus adentros:

—Ahora, al menos, se lo he contado a alguien. A un policía.

Se dirigió a su acompañante y preguntó:

—¿Será un juicio público?

—No lo sé —dijo el comisario Jensen.

Apagó la grabadora bajo el salpicadero, salió, rodeó el coche y abrió la puerta del otro lado. Acompañó al detenido a la sala de registros, subió a su despacho y llamó al jefe de los agentes de paisano.

—¿Ha tomado nota de la dirección?

—Sí.

—Coja a dos investigadores y salga para allá. Reúna todas las pruebas técnicas que pueda encontrar. Es urgente.

—Entendido.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Mande a un interrogador a la celda de aislamiento. Se trata de una confesión.

—Entendido.

Luego miró la hora. Eran las 21:35 h. Faltaban dos horas y veinticinco minutos para la medianoche.

—Jensen, ¿dónde se mete usted?

—He resuelto el caso.

—Hace dos días que intento localizarlo. El asunto ha dado un nuevo giro. Jensen no dijo nada.

—Por cierto, ¿a qué se refiere con que ha resuelto el caso?

—El culpable ha sido detenido.

—¿Y la persona en cuestión ha confesado?

—Sí.

—¿Tiene pruebas irrefutables?

—Sí.

—¿Relacionadas con el delito?

—Sí.

El jefe superior de policía pareció reflexionar.

—Jensen, el jefe del consorcio debe ser informado ahora.

—Sí.

—Tendrá que encargarse usted. Seguramente debería llevarle la noticia en persona.

—Entendido.

—Quizá haya sido mejor que no lo localizara a usted antes.

—No lo entiendo.

—Ayer la dirección del consorcio se puso en contacto conmigo. Por medio del ministro. Creían oportuno suspender la investigación. Estaban incluso dispuestos a retirar la denuncia.

—¿Por qué?

—Mi impresión es que consideraban que la investigación había entrado en punto muerto. Además, estaban molestos con sus métodos. Creían que iba a tontas, por no decir a ciegas, y que solo ocasionaba molestias a gente inocente y, por lo visto, bastante importante.

—Comprendo.

—Fue muy lamentable. Pero como yo no albergaba, para ser francos, muchas

esperanzas en que usted fuera a resolver el caso en el plazo prescrito, acepté su sugerencia. El ministro me preguntó directamente si creía que usted tenía alguna posibilidad. Me vi obligado a decir que no. Pero ahora...

—¿Sí?

—Ahora, si no me he equivocado, la situación ha cambiado.

—Sí. Otra cosa.

—¿De qué se trata?

—El culpable, al parecer, ha escrito otra carta, igual a la anterior. Debería llegar mañana.

—¿Está seguro?

—Es probable.

—Vaya, si no fuera así, estaríamos ante un caso único: haber detenido al culpable dieciséis horas antes de haber cometido el delito.

Jensen no dijo nada.

—Lo más importante ahora es que informe usted al jefe del consorcio. Tiene que hablar con él esta misma noche. Por su propio bien.

—Entendido.

—¿Jensen?

—Sí.

—Ha hecho usted un buen trabajo. Adiós.

El comisario Jensen no dejó descansar el auricular más de diez segundos. Enseguida volvió a llevárselo al oído. Mientras marcaba los números oyó unos alaridos histéricos e interminables que llegaban desde las dependencias del patio.

Tardó cinco minutos en localizar al jefe del consorcio en una de sus fincas, y cinco minutos más hasta que pudo contactar con la casa de campo. La persona con la que hablaba pertenecía obviamente al servicio.

—Es un asunto importante.

—El señor no puede ser molestado.

—Es urgente.

—No puedo hacer nada. El señor ha sufrido un accidente y está en cama.

—¿Hay teléfono en el dormitorio?

—Por supuesto.

—Pásame con el dormitorio.

—Lo siento pero no puedo. El señor ha sufrido un accidente...

—Ya lo he entendido. Déjeme hablar con alguien de la familia.

—La señora ha salido.

—¿Cuándo va a volver?

—No lo sé.

Jensen colgó el teléfono y miró la hora. Eran las 22:15 h.

El queso y el caldo se hicieron sentir en forma de ardor de estómago y después de haberse quitado la ropa de abrigo fue hasta el baño y se tomó un vaso de bicarbonato.

La casa de campo quedaba a treinta kilómetros hacia el este, junto al mar, en un paraje natural relativamente virgen. Jensen condujo a toda prisa, con la sirena puesta, y recorrió el trayecto en menos de veinticinco minutos.

Se detuvo a una distancia prudente de la casa y esperó. Cuando el agente de la patrulla de paisano salió de la oscuridad, bajó la ventanilla.

—Me han dicho que ha ocurrido un accidente.

—¡Bah!, un accidente. Parece que está en la cama, pero no he visto a ningún médico. Y ya hace unas horas de lo ocurrido.

—Sea más preciso.

—Bueno, debió de ser a las... en todo caso estaba oscureciendo.

—¿Vio usted lo que pasó?

—Sí, lo vi todo. Estaba en una buena posición. Ellos no me veían, pero yo podía ver la terraza de la casa y el interior del salón de la planta baja, además de la escalera que conduce a su dormitorio. Y la puerta de arriba.

—¿Qué sucedió?

—Tienen invitados, con niños pequeños. Por lo visto han venido a pasar el fin de semana.

Se quedó callado.

—¿Y?

—Niños muy pequeños, deben de ser extranjeros —dijo meditabundo el agente—. Pues bien, los niños estaban jugando en la terraza mientras él estaba sentado con algunos de los invitados en el salón, bebiendo algo. Alcohol, creo, pero solo en cantidades moderadas, por lo que pude ver.

—Vaya al grano.

—Bien, entonces ha aparecido un tejón en la terraza.

—¿Y?

—El tejón se había perdido. Y entonces los niños han empezado a gritar y el tejón no encontraba la salida. Hay una especie de balastrada alrededor de la terraza y el animal iba de un lado para otro. Los niños gritaban cada vez más.

—¿Y?

—No había nadie del servicio cerca. Y él era el único hombre. Además de mí, claro. Entonces se ha levantado y ha salido a la terraza y se ha quedado mirando al tejón que corría de un lado a otro. Los niños gritaban como posesos. Primero ha dudado, pero luego ha ido hacia el tejón y le ha lanzado un puntapié para ahuyentarlo. El tejón ha sacudido la cabeza como si fuera a morderle el pie. Al final, ha encontrado la salida y se ha ido corriendo.

—¿Y el jefe?

—Bueno, ha entrado en casa pero no se ha sentado; ha subido despacio las escaleras. Luego he visto que abría la puerta de su habitación, pero se ha desplomado del todo antes de traspasar el umbral. Parecía que se quejaba y ha llamado a su esposa. Ella ha ido corriendo hasta allí y lo ha acompañado a la cama. Han cerrado la puerta, pero creo que ella lo ha ayudado a quitarse la ropa, ¿sabe? La mujer ha entrado y salido unas cuantas veces con varias cosas: tazas, quizá un termómetro, no lo vi muy bien.

—¿Le ha mordido el animal?

—Mordido, no creo. Más bien asustado, diría yo. Es raro...

—¿Raro?

—Un tejón en esta época del año, quiero decir. Los tejones suelen hibernar. Recuerdo haberlo visto en esos programas de naturaleza que daban antes por televisión.

—Evite los comentarios superfluos.

—Sí, comisario.

—Puede volver a su servicio ordinario.

—Sí, comisario.

El agente toqueteaba sus prismáticos.

—Ha sido una misión muy alternativa, si me permite decírselo.

—Evite los comentarios superfluos. Una cosa más.

—Sí, comisario.

—Su técnica informativa deja mucho que desear.

—Sí, comisario.

Jensen se dirigió a la casa y una joven criada lo dejó pasar. Un reloj dio las once en alguna parte. Jensen se quedó esperando con el sombrero en la mano. Pasados cinco minutos acudió la esposa del jefe del consorcio.

—¿A estas horas de la noche? —dijo altanera—. Además mi esposo se ha librado por poco de un grave accidente y está en cama.

—Es un asunto importante. Y urgente.

La mujer se dirigió a la planta de arriba. Volvió a los dos minutos y dijo:

—Coja aquel teléfono para poder hablar con él. Pero sea breve.

Jensen levantó el auricular.

El jefe del consorcio parecía exhausto, pero su voz era firme y melódica.

—Vaya, ¿así que está detenido?

—Lo hemos arrestado.

—¿Dónde está?

—Pasará tres días en una celda de la comisaría del distrito dieciséis.

—Excelente. Es evidente que ese pobre hombre es un enfermo mental.

Jensen no dijo nada.

—¿Ha salido a la luz algo más durante la investigación?

—Nada de interés.

—Excelente. Le deseo buenas noches.

—Una cosa más.

—Sea breve. Ha llegado tarde y he tenido un día agotador.

—Parece ser que, antes de ser detenido, ha enviado otra carta anónima.

—Vaya. ¿Sabe lo que contiene?

—Según él, exactamente las mismas palabras que la anterior.

Se hizo un silencio tan largo que Jensen empezó a pensar que la conversación había terminado. Cuando por fin el jefe del consorcio dijo algo, el tono de su voz era otro.

—¿Así que amenaza con hacer explotar otra bomba?

—Eso parece.

—¿Puede haber tenido la ocasión o la posibilidad de introducir y ocultar una carga explosiva en el edificio?

—No parece probable.

—Pero no es del todo imposible.

—Obviamente no. Sin embargo hay que considerarlo extremadamente improbable.

El tono de voz del jefe del consorcio se había vuelto reflexivo. Tras treinta segundos de pausa, puso fin a la conversación diciendo:

—Es obvio que este hombre es un enfermo mental. Y todo esto resulta muy desagradable. Pero si hay que tomar medidas, podemos esperar hasta mañana, ¿no es así? Le deseo buenas noches.

Jensen condujo despacio a la vuelta; aún le quedaban cinco kilómetros para llegar a la ciudad cuando dieron las doce. Al poco rato le adelantó un coche negro y grande. Le recordó el automóvil del jefe del consorcio, pero no podía estar seguro.

Eran las dos de la madrugada cuando llegó a casa.

Se sentía cansado y hambriento, y no tenía esa sensación de relativo bienestar que solía experimentar cuando daba por zanjada una investigación.

Se desnudó a oscuras, fue a la cocina y se sirvió casi quince centilitros de aguardiente. Se lo bebió de un trago, de pie y desnudo ante el fregadero, enjuagó el vaso y fue a acostarse.

Se quedó dormido de inmediato. Su última impresión consciente fue una sensación de aislamiento e insatisfacción.

El comisario Jensen se despertó de golpe en el instante mismo en que abrió los ojos. Algo lo había desvelado pero no sabía qué. No creía que hubiera sido un fenómeno externo, una llamada telefónica o un grito. Más bien un pensamiento, nítido y claro como un rayo de luz, que le había recorrido el sueño pero que se difuminó nada más abrir los ojos.

Se quedó en la cama, tumbado de espaldas, mirando al techo. Se levantó un cuarto de hora después y se dirigió a la cocina. El reloj marcaba las siete menos cinco. Era lunes.

Sacó una botella de agua mineral del frigorífico, se sirvió y se quedó de pie junto a la ventana con el vaso en la mano. Abajo el panorama era gris, sombrío y desolado. Se bebió el agua, fue al baño y llenó la bañera, se quitó el pijama y se metió en ella. Allí se quedó hasta que el agua empezó a entibiarse; entonces salió, se duchó, se frotó la piel y se vistió.

Se comió tres panecillos con miel disuelta en agua caliente sin ocuparse de leer el periódico matutino. No le sentaron bien, seguía teniendo hambre y sintiendo un ardor descontrolado.

Pese a mantener una velocidad lenta por la autopista estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo junto al puente y tuvo que frenar en seco. Los coches de detrás hicieron sonar sus reproches al unísono.

Llegó a su despacho a las ocho y media en punto. Dos minutos después sonó el teléfono.

—¿Habló usted con el jefe del consorcio?

—Sí, por teléfono. Se sentía indispuerto. Estaba en cama.

—¿Qué le pasaba? ¿Estaba enfermo?

—Un tejón le dio un buen susto.

El jefe superior de policía guardó silencio durante unos segundos y Jensen se quedó escuchando, como de costumbre, su respiración irregular.

—En fin, en cualquier caso no ha podido ser tan grave. A primera hora de esta mañana el jefe del consorcio y el editor han tomado un avión al extranjero, a un congreso.

—¿Y?

—No le he llamado por eso, sino para decirle que sus problemas han acabado por esta vez. ¿Supongo que tendrá el expediente en regla?

Jensen hojeó entre los papeles de la mesa.

—Sí —dijo.

—El fiscal del Estado ha dado un trato prioritario al caso. Su gente va a recoger al detenido dentro de diez minutos para ponerlo en prisión preventiva. Convendría que mande todos los informes y declaraciones que tengan relación con el caso.

—Entendido.

—Tan pronto como el hombre quede bajo la responsabilidad de la fiscalía puede cerrar el caso y archivarlo. Después usted y yo podremos olvidarnos tranquilamente de todo.

—Entendido.

—De acuerdo, Jensen. Adiós.

Los hombres de la fiscalía se personaron a la hora prevista. El comisario Jensen estaba junto a la ventana viendo cómo conducían al detenido al coche. El hombre de la boina y del abrigo de tonos grises se movía con soltura, mirando con curiosidad el patio de cemento. Allí lo único que había eran mangueras, cubos y un par de agentes de la limpieza embozados en impermeables de color amarillo.

Los dos agentes de la fiscalía parecían tomarse su misión muy en serio. No habían puesto esposas al detenido ni le llevaban del brazo, pero le flanqueaban el paso cada cual por su lado. Jensen observó que uno de ellos llevaba la mano metida en el bolsillo del chaquetón todo el tiempo. Probablemente era nuevo en el servicio.

Jensen permaneció junto a la ventana un buen rato después de que el coche se pusiera en marcha. Luego se sentó al escritorio, sacó la libreta y repasó sus anotaciones. Interrumpió la lectura en varias ocasiones, o volvió a las páginas precedentes que había leído poco antes.

Cuando el reloj de pared dio la hora con once breves campanadas dejó a un lado la libreta y se quedó mirándola unos diez minutos. Luego metió la libreta en un sobre marrón y lo cerró. Escribió un número en el dorso del sobre y lo metió en el último cajón del escritorio.

El comisario Jensen se levantó y bajó a la cantina. A su paso respondió de modo automático a los saludos del personal.

Pidió el menú del día, le llenaron la bandeja y se la llevó a la mesa de la esquina que siempre estaba reservada a su nombre. El almuerzo constaba de tres filetes de carne picada, dos cebollas fritas, cinco patatas recocidas y una hoja de

lechuga marchita, todo ello rebozado en una salsa de harina espesa y pringosa. Además, medio litro de leche pasteurizada, cuatro rebanadas de pan, una porción de mantequilla vegetal vitaminada, un pedazo de queso fundido, una taza de café y una pasta pegajosa con almíbar y guarnición de mermelada.

Comía con mucha calma, sistemáticamente, y en cierta medida parecía ausente, como si el trámite no fuera con él.

Cuando acabó con toda la comida se llevó un palillo a la boca y escarbó con esmero durante largo tiempo. Luego se quedó sentado, impávido, con la espalda recta y las manos entrelazadas descansando en el canto de la mesa. No parecía ver nada en especial y los que pasaban por su mesa no podían llamar su atención.

Se levantó al cabo de media hora, subió a su despacho y se sentó al escritorio. Hojeó entre las notas de rutina relativas a los últimos casos de suicidio y alcoholismo y extrajo un informe del montón. Trató de leerlo pero no le resultó nada sencillo.

Sudaba a chorros y la actividad mental empezaba a indisciplinarse, rebasando barreras de un modo poco frecuente.

El almuerzo había sido demasiado para su arruinado metabolismo.

Apartó el informe, se levantó, cruzó el pasillo y entró en el baño.

Cerró la puerta, se llevó a la boca los dedos índice y corazón de la mano derecha y vomitó. El contenido del estómago le supo agrio y raro y al cabo de un rato no le resultó tan fácil devolver.

Se arrodilló delante de la taza del retrete, asiéndose a ella y pensando, mientras vomitaba, que alguien podría abrir la puerta y dispararle por la espalda. Si el autor del disparo tenía un buen revólver le reventaría la nuca y se quedaría de bruces sobre la taza del retrete, y así lo encontrarían.

Al cesar las convulsiones su pensamiento empezó a discurrir por los senderos acostumbrados.

Después de limpiarse se mojó la nuca y las muñecas con agua fría. Luego se peinó, se sacudió la chaqueta y regresó a su despacho.

El comisario Jensen acababa de sentarse cuando sonó el teléfono. Levantó el auricular y lanzó la mirada de costumbre al reloj. Las 13:08 h.

—¿Jensen?

—Sí.

—Acaban de recibir la carta, justo como usted previó.

—¿Y?

—El responsable de publicaciones acaba de ponerse en contacto conmigo. Parecía inseguro y nervioso.

—¿Por qué?

—Como ya le dije antes, tanto el jefe del consorcio como el editor se encuentran hoy en el extranjero. El responsable de publicaciones carga con toda la responsabilidad y no parece que haya recibido ninguna instrucción al respecto.

—¿Al respecto de qué?

—De las medidas que tiene que tomar. Por lo visto no ha sido advertido previamente de la llegada de la carta. Por así decirlo, le ha caído como una bomba. Creí entender que ni siquiera sabía que el culpable había sido detenido.

—Entiendo.

—No dejaba de preguntarme si era cien por cien seguro que no había ninguna carga explosiva en el edificio. Yo le he respondido que el riesgo en todo caso parecía ser mínimo. Pero garantizar algo al cien por cien, sea lo que sea, ¿puede usted hacerlo?

—No.

—En todo caso, quiere que mandemos allí a algunos hombres ante cualquier eventualidad. Y no podemos negarnos.

—Comprendo.

El jefe superior de policía carraspeó.

—¿Jensen?

—Sí.

—No hay ningún motivo para que deba usted hacer acto de presencia personalmente. En primer lugar ha tenido usted una semana muy cargada, y

además el asunto es casi rutinario esta vez. Por otro lado...

Hizo una breve pausa.

—Por otro lado el editor jefe no parecía muy contento con la idea de volver a encontrarse con usted. Dejemos los motivos aparte.

—Sí.

—Mande al mismo personal de la primera vez. Su hombre más inmediato está al tanto del caso. Deje que dirija él la misión.

—Entendido.

—Si lo desea puede supervisar la operación por radio. Eso ya es cosa suya.

—Entendido.

—No se trata obviamente de una desautorización hacia usted, Jensen, espero que lo comprenda. Pero no hay ningún motivo para no mostrar cierta flexibilidad cuando la ocasión lo requiere.

—Comprendo.

Jensen activó el sistema de alarma mientras daba instrucciones al jefe de los agentes de paisano.

—Actúe con discreción. Evite todo revuelo.

—Sí, comisario.

Colgó el auricular y oyó el toque de alarma en la planta baja.

Noventa segundos más tarde salieron los coches del patio. El reloj marcaba las 13:12 h.

Permaneció sentado un minuto más tratando de concentrarse en sus ideas. Luego se levantó y dio unos pocos pasos hasta la central de radio. El agente que estaba en la mesa de control se levantó y se puso firme. El comisario Jensen ocupó su sitio.

—¿Dónde están?

—A dos manzanas del edificio de los sindicatos.

—Apague las sirenas cuando pasen por la plaza.

—Entendido.

La voz de Jensen era tranquila y monótona. No miraba el reloj. El horario se cumplía a rajatabla. El jefe de los agentes de paisano debería presentarse en el edificio a las 13:26 h.

—Acabamos de pasar la plaza. Veo el edificio.

—Ningún personal de uniforme dentro o en las inmediaciones del edificio.

—Entendido.

—Aposte una patrulla a trescientos metros del edificio, la mitad del personal en cada uno de los accesos.

—Entendido.

—Aumente la distancia entre los coches.

—Hecho.

—Siga el dispositivo de la semana pasada.

—Entendido.

—Vuelva a ponerse en contacto conmigo en cuanto haya examinado la situación. Permanezco a la espera.

Jensen guardó silencio y clavó la mirada en el panel de instrumentos.

El edificio era uno de los más altos del país y por su emplazamiento podía divisarse desde todos los puntos de la ciudad. Siempre se lo veía por encima de todo lo demás y parecía constituir, desde cualquier dirección que se llegara a la ciudad, la meta de toda vía de acceso. Su base era cuadrangular y tenía treinta y una plantas de altura. En cada fachada había cuatrocientas cincuenta ventanas y un reloj blanco con manecillas rojas. Estaban recubiertas de placas acristaladas, de color azul oscuro en la base del edificio pero con matices más claros cuanto más ganaban en altura. Visto a través de la ventanilla, al jefe de los agentes de paisano le pareció que el edificio surgía de la tierra como una inmensa columna y se adentraba en el cielo despejado de primavera. El edificio se agrandaba hasta ocupar todo su campo de visión.

—Ya he llegado. Corto y cierro.

—Corto y cierro.

El comisario Jensen miró la hora. Las 13:27 h.

El operador de radio cerró el conmutador.

Jensen no se movió ni apartó la vista de la esfera del reloj. El segundero se tragaba el tiempo a espasmos rápidos y pequeños.

La habitación estaba en absoluto silencio. El rostro de Jensen se veía tenso y concentrado, las pupilas se le habían contraído y alrededor de sus ojos apareció una red de finas arrugas. El operador miraba inquisitivo a su jefe.

13:34... 13:35... 13:36... 13:37...

La radio emitió señales. Jensen no se movió.

—¿Comisario?

—Sí.

—Acabo de ver la carta, hecha sin duda por la misma persona. El mismo tipo de letras y todo. Solo se diferencia el papel.

—Prosiga.

—El hombre con quien he hablado, el responsable de publicaciones, está muy nervioso. Muerto de miedo, al parecer, por lo que pueda ocurrir mientras los jefes están fuera.

—¿Y?

—Van a desalojar todo el complejo, justo como la vez pasada. Cuatro mil cien personas. El desalojo ya ha comenzado.

—¿Dónde está usted?

—Fuera del edificio, junto a la entrada principal. La gente sale en tropel.

—¿Y los bomberos?

—Alertados. Un coche. Es suficiente por el momento. Perdone... Ahora tengo que organizar el acordonamiento. Vuelvo enseguida.

Oyó al jefe de los agentes de paisano impartir órdenes a alguien. Luego guardó silencio.

Las 13:46 h. El comisario Jensen seguía sentado en la misma posición. La expresión de su rostro era inmutable.

El operador de radio se encogió de hombros y ahogó un bostezo.

Las 13:52 h. Volvió a sonar la radio.

—¿Comisario?

—Sí.

—Ya casi está. Esta vez ha ido todo más rápido. Los que salen ahora deben ser los últimos.

—¿Cuál es la situación?

—Todo en orden. El acordonamiento es eficaz al cien por cien. Le hemos echado la culpa al suministro de calefacción. El coche de bomberos ya está aquí. Todo va bien.

El jefe de los agentes de paisano parecía tranquilo y seguro. Su tono de voz era distendido, casi apacible.

—Por Dios, cuánta gente. Como un hormiguero. Ya están todos fuera.

Los ojos de Jensen seguían el segundero, vuelta tras vuelta. Las 13:55 h.

El operador de radio bostezó.

—Suerte que no llueve —dijo el jefe de los agentes de paisano.

—Evite coment...

El comisario Jensen dio un respingo y se levantó a medias.

—¿Ha abandonado el edificio todo el personal? Responda brevemente.

—Sí, a excepción de una pequeña sección especial. Parece que está bien protegida y además resulta complicado evacuarla en tan escaso...

Las pautas encajaban a la perfección. El comisario Jensen lo vio todo muy claro, como a la luz de un fogonazo. Se sentó mientras el otro seguía hablando.

—¿Dónde está usted?

—Junto a la salida.

—¡Entre en el vestíbulo, es urgente!

El resplandor del fogonazo no se apagaba. El comisario Jensen supo lo que había pensado, en una fracción de un segundo, en el momento mismo en que despertó.

—Sí, comisario...

—Rápido, el teléfono, en el mostrador de la conserjería. Marque el número de la sección treinta y uno. Hay una lista de teléfonos delante de usted.

Silencio. Las 13:56 h.

—El teléfono... no funciona, tengo el número...

—¿Los ascensores?

—Todo el sistema eléctrico está desconectado. Teléfonos y todo...

—Y por las escaleras, ¿cuánto tiempo?

—No lo sé. Diez minutos...

—¿Tiene a gente dentro del edificio?

—Dos hombres, pero no más arriba de la cuarta planta.

—¡Que vuelvan! No me responda. No le queda tiempo.

Las 13:57 h.

—Ya bajan.

—¿Dónde está el coche de los bomberos?

—Delante de la entrada. Mis hombres ya están aquí.

—Haga que el coche de los bomberos doble la esquina del edificio anexo.

—Hecho.

Las 13:58 h.

—Pónganse a salvo. Tras el anexo. Rápido.

Hondos y sonoros jadeos.

—¿Está desalojado el edificio?

—Sí... excepto esos... los de la planta treinta y uno...

—Lo sé. Péguese a la pared, en ángulo muerto ante objetos que caigan. Abra la boca. Relájese. Cuidado con la lengua. Corto y cierro.

Las 13:59 h.

Jensen abrió el conmutador.

—Alerta máxima —dijo al operador de radio—. No olvide el servicio de helicópteros. Es urgente.

El comisario Jensen se levantó y se dirigió a su despacho.

Se sentó al escritorio y esperó. Se quedó completamente inmóvil y se preguntó si iba a oír el estallido desde allí.

EL TRAMPOLÍN DE ACERO

A MAJ

Jensen recibió la carta con el correo de la mañana.

Se había levantado temprano y había hecho la maleta, y ya estaba en el vestíbulo, con el abrigo y el sombrero puestos, cuando oyó el ruido del buzón. Se agachó y recogió el sobre. Al incorporarse, sintió un fuerte dolor en la parte derecha del diafragma, como si un taladro de acero le perforara a grandes revoluciones las entrañas. Estaba tan habituado al dolor que apenas le dio importancia.

Se metió la carta en el bolsillo sin mirarla, cogió la maleta, bajó a buscar el coche y condujo hasta el trabajo.

A las nueve menos un minuto, entró por la puerta del patio de la comisaría del distrito dieciséis y aparcó dentro del rectángulo pintado de amarillo en el que rezaba el texto COMISARIO. Salió del coche, sacó la maleta del portaequipajes y echó un vistazo al patio asfaltado. Junto a la entrada del edificio donde estaban los calabozos y la sala de arrestos, había una ambulancia de la Cruz Roja con las puertas traseras abiertas, y dos jóvenes de aspecto apático estaban metiendo una camilla en ella sin ningún tipo de miramiento. Unos metros más allá, un agente de uniforme verde blandía una manguera y trataba de limpiar un charco de sangre en el asfalto. La mujer tendida en la camilla era joven y rubia, y llevaba una venda ensangrentada alrededor de la garganta. Jensen le echó una mirada fugaz y se dirigió al agente que estaba limpiando.

—¿Muerta?

El policía cortó el chorro de agua e hizo ademán de cuadrarse.

—Sí, comisario.

Jensen no dijo nada, giró sobre sus talones y entró en el retén de guardia, saludó al agente tras el mostrador y siguió escalera arriba.

Su despacho de la primera planta estaba sin ventilar y olía a cerrado, y el radiador de la calefacción que había bajo el marco desconchado de la ventana emitía diversos rumores y murmullos. La comisaría estaba ubicada en uno de los edificios más viejos de un barrio en el que predominaban en exclusiva el acero, el vidrio y el hormigón armado. Los calabozos habían sido ampliados y

reconstruidos años atrás, pero el resto del edificio permanecía sin renovar, y pronto derribarían todo el complejo para abrir paso a un cinturón de circunvalación. La comisaría quedaría clausurada tan pronto como estuviera construido el nuevo centro de desintoxicación, cosa que a Jensen le preocupaba bien poco.

El comisario colgó su ropa de abrigo, abrió la ventana a medias y se sentó ante el escritorio. Luego se puso a leer con suma atención el informe del turno de noche, hizo un par de correcciones con bolígrafo y estampó su firma en el margen. Solo entonces se llevó la mano al bolsillo, extrajo el sobre y se quedó mirándolo.

Jensen era un hombre de complexión regular y de aspecto común y corriente, de cabellos grises recortados y semblante inexpresivo. Ya había cumplido los cincuenta, y había prestado servicio en la comisaría del distrito dieciséis durante veintinueve años.

Seguía mirando el sobre cuando la puerta se abrió de pronto y entró el médico de la comisaría.

—Debería llamar a la puerta antes de entrar en un despacho... —le recriminó Jensen.

—Perdón. Creí que hoy no vendría por aquí.

Jensen miró la hora.

—Mi suplente entra en servicio a las diez en punto. ¿Qué tal la noche?

—Nada fuera de lo habitual. Tuvimos un caso de muerte repentina esta mañana. Una mujer. Aún no hemos redactado el informe.

Jensen asintió.

—Aunque no murió en la celda —añadió el médico—, sino en el patio. Se rajó el cuello en cuanto la soltaron. Utilizó un pedazo de espejo que llevaba en el bolso.

—Negligencia —dijo Jensen.

—Es difícil quitárselo todo a un detenido.

—Ah, ¿sí?

—Además, ya no estaba ebria y le habíamos puesto la inyección. Al parecer, los agentes que la registraron consideraron que el espejo no era de cristal. Por lo visto, los espejos de cristal de bolsillo están prohibidos...

—No están prohibidos —replicó el comisario—, simplemente ya no se fabrican.

El médico de la comisaría era un hombre relativamente joven, corpulento y pelirrojo, con el pelo cortado a cepillo y de rasgos angulosos. Conocía su oficio, y era el mejor doctor que había tenido la comisaría durante los últimos diez años. Jensen tenía buena opinión de él.

—Empiezo a dudar del método... —dijo el médico meneando la cabeza.

—¿Qué método?

—Eso de mezclar esa porquería con alcohol. El método de desintoxicación. Es cierto que los casos de intoxicación etílica no han aumentado en el transcurso de los dos últimos años, pero...

Jensen se lo quedó mirando. Su expresión permanecía inalterable.

—Pero ¿qué?

—Pues que, por otro lado, ha aumentado el número de suicidios. Las depresiones son más graves.

—Las estadísticas dicen lo contrario.

—Usted conoce tan bien como yo el valor de esos datos oficiales. Solo tiene que echar un vistazo a sus informes de carácter confidencial acerca de accidentes y muertes repentinas. Como la de la mujer de esta mañana. No podemos seguir ignorándolo y hacer como si no pasara nada.

Se llevó las manos a los bolsillos de su bata blanca y miró a través de la ventana.

—¿Ha oído la última? Lo de que piensan mezclar analgésico en polvo y flúor en el agua potable. Desde el punto de vista médico, es una locura.

—Usted debería aprender a morderse la lengua.

—Tal vez —se limitó a contestar el doctor.

Los dos se quedaron callados, y Jensen volvió a mirar el sobre que había recibido con el correo de la mañana. Era un sobre blanco con su nombre y la dirección escritos a máquina. Dentro había una cartulina blanca, impresa, y una pegatina de color azul cobalto que representaba una especie de tendido sobre una profunda quebrada y llevaba un lacónico texto: «JA». Jensen abrió el cajón del medio, sacó una regla de madera y midió los lados de la cartulina. El médico, que había estado siguiendo sus movimientos con atención, preguntó:

—¿Por qué la mide?

—No lo sé —contestó Jensen.

Devolvió la regla a su sitio y cerró el cajón.

—Una verdadera antigualla —observó el doctor—. De madera y con canto de acero...

—Sí —dijo Jensen—. La he conservado veintinueve años. La tengo desde que llegué aquí. Ya no las fabrican.

La cartulina medía catorce centímetros de largo por diez de ancho. En la cara delantera había una dirección impresa, y en el dorso un rectángulo marcado en el que tenía que fijarse la pegatina. En la parte superior, llevaba un texto que decía:

¿Cree usted en la política del Consenso? ¿Está dispuesto a participar activamente en la lucha contra

los enemigos externos e internos del Estado? Pegue la pegatina en el lugar indicado. No olvide su firma. ¡Atención, no debe franquear la cartulina!

Bajo el rectángulo, había una línea puntuada para escribir el nombre. Jensen le dio la vuelta a la cartulina y leyó la dirección.

Oficina Central de Estadística del Ministerio del Interior.

—Una encuesta demoscópica —dijo el médico encogiéndose de hombros—. Parece que la han recibido todos, excepto yo.

El comisario no dijo nada.

—O tal vez alguna declaración de lealtad... Se acercan las elecciones.

—¿Las elecciones? —preguntó Jensen.

—Sí, dentro de un mes. Un maldito lujo innecesario, en cualquier caso. Derroche de dinero público.

El comisario volvió a abrir el cajón de su escritorio y sacó un sello de caucho con el texto: PROPIEDAD DE LA JEFATURA DE POLICÍA. Lo palpó con las yemas de los dedos. Estaba seco, así que se levantó y salió del despacho, se dirigió a los servicios y empapó el sello bajo el grifo del lavabo.

Cuando regresó a su despacho, se sentó al escritorio, mojó la pegatina en el tampón del sello y la fijó con meticuloso cuidado dentro del rectángulo señalado. Luego depositó la cartulina en la bandeja metálica de correspondencia saliente, devolvió el sello a su sitio y cerró el cajón. El médico había estado observándolo con una tímida sonrisa en los labios.

—Sus herramientas son auténticas piezas de museo...

Luego echó una rápida mirada al reloj de pared y a la maleta junto a la puerta, y añadió:

—Así que, dentro de un par de horas, estará usted en el avión.

—¿Voy a morir? —preguntó el comisario.

—Es posible.

—Por supuesto, alguna probabilidad le queda —añadió el doctor—. Si no fuera así, ni yo ni nadie mínimamente responsable le hubiera recomendado este viaje. La gente de allí conoce bien su oficio.

Jensen asintió.

—En todo caso, debería haber hecho algo con esa dolencia años atrás. ¿Le duele mucho?

—Sí.

—¿También ahora?

—Sí.

—Sea como sea, antes tampoco había muchos tratamientos. El método operativo se encuentra aún en fase experimental. Aquí, en nuestro país, ni siquiera se ha considerado. Y lo suyo es grave...

Jensen asintió.

—Pero lo dicho, aún le quedan algunas posibilidades.

—¿Muchas?

—Es imposible cuantificarlo. Tal vez un diez por ciento, acaso solo un cinco. Probablemente menos.

Jensen se limitó a asentir.

—Imagine que, en un intervalo de cinco segundos, toda la sangre de su cuerpo se dispara y colapsa su hígado. El hígado es la gran factoría, ¿sabe? ¿Se puede trasplantar? No lo sé.

—Pues lo sabremos dentro de unos días...

—Sí —contestó el médico, que se quedó mirando a Jensen con gesto pensativo—. ¿Quiere un calmante?

—No.

—Es un viaje largo.

—Lo sé.

—¿Tiene billete de ida y vuelta?

—No.

—Vaya, qué alentador —dijo el médico con acritud, al tiempo que se sumía en

un mutismo inquietante.

Jensen rompió el silencio:

—¿En qué está pensando?

—En algo que he querido preguntarle desde hace mucho tiempo.

—¿De qué se trata?

—Se cuenta de usted que nunca ha fracasado con ningún caso. ¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto —contestó el comisario Jensen.

En ese momento, sonó el teléfono.

—Distrito dieciséis. Comisario al habla.

—¿Jensen?

Hacía cuatro años que Jensen no oía la voz del jefe superior de policía. Y llevaba aún más tiempo sin verlo, por supuesto. ¿Le llamaba para decirle adiós?

—Sí, dígame.

—Excelente. Va a recibir una orden por escrito en pocos minutos. Debe cumplirse con la mayor premura.

—Entendido.

—Muy bien, Jensen.

El comisario miró el reloj eléctrico de pared.

—Mi baja médica empieza dentro de dieciocho minutos... —dijo.

—Ah, ¿está usted enfermo?

—Sí.

—Lo lamento, Jensen. Tendrá que dar instrucciones a su suplente.

—Claro.

—El asunto es sumamente importante. Órdenes de... de arriba.

—Entendido.

El jefe superior de policía hizo una pausa. Pareció dudar y, finalmente, se limitó a decir:

—Que tenga suerte, Jensen.

—Gracias.

Cuando el comisario colgó el auricular, pensó que el jefe superior de policía se había mostrado nervioso y agobiado. Tal vez siempre era así.

—En menos de cinco segundos —dijo el médico—, toda la sangre del cuerpo. Jensen asintió.

—¿Adónde van a trasladarlo cuando quede clausurada la comisaría? —preguntó.

—Sospecho que al nuevo centro de desintoxicación. ¿Y a usted...? —El doctor se interrumpió de pronto, dándose cuenta de que la pregunta era impropia—. Disculpe...

—No se preocupe.

—¿Ha visto el nuevo centro de desintoxicación? —dijo el doctor, cambiando de tema.

Jensen negó con la cabeza.

—Es un coloso. Parece un presidio sobredimensionado. Es el mayor edificio que nunca he visto...

En ese momento, llamaron a la puerta. Un agente de uniforme verde entró, se puso firmes y le entregó una carpeta roja. Jensen firmó el acuse de recibo, y el agente salió del despacho.

—Roja —dijo el médico—. Ahora todo se ha vuelto confidencial. —Ladeó la cabeza para leer el título en clave del expediente—. ¿Trampolín de acero? ¿Qué significa?

—No lo sé —contestó el comisario—. Trampolín de acero... Es la primera vez que lo oigo.

Rompió el sello lacado y extrajo la orden. Solo ocupaba una holandesa escrita a máquina.

—¿Qué es eso?

—Una lista de arrestos.

—¿En serio? —exclamó el médico—. ¡Pero si en este país no se cometen delitos!

Jensen empezó a leer el texto detenidamente.

—Ni se cometen delitos, ni nacen criaturas. Todos piensan igual. Nadie está contento ni nadie es desgraciado. A excepción de los suicidas, claro. —El médico se detuvo y esbozó una sonrisa triste y fugaz—. Tiene usted razón —añadió—, debería aprender a morderme la lengua.

—Es usted muy impulsivo.

—Sí. ¿Es interesante su lista de arrestos?

—Según cómo se mire —contestó el comisario—. Usted figura en ella.

—Eso está bien —replicó el médico—. Hay teóricos que defienden que lo más importante ante una complicada intervención quirúrgica es que el paciente bromeé y se muestre de buen humor. Indica ganas de vivir. Ahora tengo que irme. Y usted también, si no quiere perder el vuelo. Suerte.

—Gracias —contestó el comisario.

En cuanto la puerta se cerró detrás del médico, descolgó el teléfono, marcó tres números y dijo:

—Jensen al aparato. El médico va camino del retén de guardia. Arréstenlo y métenlo en una celda de seguridad.

—¿Al médico?

—Sí. Es urgente.

Cortó la comunicación y marcó enseguida otro número de tres cifras.

—Jensen al habla. Diga al jefe de la patrulla de paisano que suba a mi despacho. Y llame a un taxi.

El reloj de pared marcaba las diez menos un minuto cuando el jefe de la patrulla de paisano entró en el despacho.

—A partir de las diez causo baja médica —dijo Jensen—. Como ya sabe, usted deberá hacerse cargo de la comisaría hasta nueva orden.

—Gracias, comisario.

—No tiene por qué darme las gracias. Como bien sabe, nunca le he tenido en alta estima, y no obtiene el cargo por recomendación mía.

El hombre abrió la boca como para decir algo, pero pareció cambiar de opinión.

—Aquí tiene una lista de cuarenta y tres personas que viven o trabajan en este distrito, deben ser detenidas, registradas y emplazadas en celdas de seguridad inmediatamente. Los agentes de la fiscalía del Estado pasarán a recogerlas a lo largo del día.

—¿Comisario?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Qué han hecho esas personas?

—No lo sé.

Jensen consultó la hora.

—Además, es usted el comisario a partir de este preciso instante. Tiene el coche en su aparcamiento. Las llaves están en la bandeja de los lápices.

Se levantó y descolgó su abrigo y su sombrero. El jefe de patrulla, todavía junto al escritorio, empezó a leer la lista y dijo:

—Pero si todos son...

Se interrumpió.

—Sí —dijo Jensen—. Todos son médicos. Adiós.

Cogió la maleta y salió del despacho.

El aeropuerto quedaba hacia el sur, bastante alejado de la ciudad. El desplazamiento en coche desde la comisaría suponía media hora como mucho. En otro tiempo habría tardado más, pero el centro urbano se había convertido con los años en un mero lugar de tránsito, una aparente maraña de puentes y autopistas. La práctica totalidad de la ciudad vieja había sido derruida para abrir más espacio al tráfico motorizado, y esa disposición urbanística había resultado en un centro que en la actualidad se asemejaba a una serie de columnatas de cristal, acero y hormigón armado. Los complejos de aparcamientos, edificios de oficinas, grandes almacenes, salas de cine, estaciones de servicio y relumbrantes autoservicios de comida rápida en las plantas bajas quedaban ahora delimitados y comprimidos por los cinturones de circunvalación. Muchos años antes, cuando el plan fue aprobado, se alzaron voces críticas que insinuaban que ese trazado haría inhabitable la ciudad para las personas. Los expertos refutaron la crítica. Su argumentación se basaba en que una ciudad moderna no debía planificarse para peatones o vehículos que no fueran motorizados. Ya hacía tiempo que había quedado demostrado que, al igual que en otros muchos temas, ambas partes llevaban razón. Era algo en total consonancia con la esencia misma de la política del Consenso.

El taxi atravesó rápidamente el centro urbano, entró en el túnel que empezaba junto al Ministerio del Interior y salió a la superficie ocho kilómetros más al sur. Pasó un puente y se acercó a los barrios de la periferia.

El aire de aquel día de primeros de otoño era frío, y el cielo estaba despejado. Había placas de hielo sobre la calzada de la autopista, y la grisácea nube tóxica flotaba como una campana gigantesca sobre las personas, los coches, las carreteras y los suburbios. Los expertos del Ministerio de Sanidad calculaban que la capa actual de aire contaminado tenía un grosor de entre cincuenta o sesenta metros. Unos pocos años antes, se consideraba que la nube tóxica tenía unos quince metros de grosor y un diámetro de unos doce kilómetros. Las últimas mediciones, realizadas a pie de tierra, mostraban que la amplitud de su área se había más que duplicado. Esas mediciones se llevaban a cabo de forma

rutinaria, y no se tomaban decisiones al respecto. Los informes habían sido clasificados como confidenciales porque se temía que su contenido pudiera alarmar a ciertos sectores de la población, pero con anterioridad habían circulado entre los altos mandos de la policía. Jensen los había leído y los había devuelto sin comentario alguno.

El tráfico era intenso, aunque fluía rápido. A ambos lados de la carretera, una hilera interminable de carteles recordaba la inminencia de las elecciones parlamentarias. La mayoría mostraba la imagen de un hombre de cabellos ralos, barbilla prominente y mirada perdida de ojos azules, junto a una solitaria y enorme letra, una S de color rojo claro. Aquel hombre era el candidato a la presidencia del Gobierno, una persona que representaba mejor que nadie la identidad indisoluble de los conceptos de bienestar, seguridad y consenso. Se había convertido en miembro de la familia real gracias a su matrimonio, y con anterioridad había sido jefe de los sindicatos. En la actualidad, era ministro del Interior. Antes del Gobierno de coalición, había sido miembro del Partido Socialdemócrata.

El taxi frenó ante un policía de tráfico que le indicó que se detuviera. Se hallaban al comienzo de un largo puente, donde varios agentes de uniforme verde trataban de lidiar con un atasco. El taxista bajó el cristal, sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa y se sonó la nariz. Miró indiferente la mancha oscura del pañuelo, carraspeó y escupió a través de la ventanilla.

—Otra manifestación más —dijo—. Nos dejarán pasar enseguida.

Medio minuto después, el policía de tráfico les indicó que siguieran adelante. El taxista metió una marcha y el vehículo siguió su carrera.

—Serán imbéciles —añadió poco después—. Fíjese, ocupan todo un carril.

Llegaron a la cabeza de la manifestación, en medio del puente. No había muchos manifestantes, y Jensen calculó su número y composición mecánicamente. Entre dos mil quinientos y tres mil participantes, casi repartidos de forma equitativa por sexos, y muchos niños, por asombroso que pudiera parecer en un país de permanente natalidad decreciente. La mayoría eran tan pequeños que aún iban en carrito o a hombros de sus padres. Los manifestantes portaban pancartas y banderolas, y Jensen fue leyendo sus textos a medida que la manifestación desfilaba ante él. Algunos se entendían bien. Se quejaban de la contaminación del aire y del despilfarro que suponían los envases de usar y tirar, pero también del régimen político. «Morir de consenso» era una consigna que se repetía a menudo. Aun así, la mayor parte de los lemas le resultaban incomprensibles. Hablaban de solidaridad con razas y pueblos extraños, de países que él nunca había oído nombrar antes, y usaban combinaciones de letras, abreviaturas probablemente, que no entendía. Algunos participantes llevaban

imágenes de personajes con chocantes nombres extranjeros, sin duda jefes de Estado o líderes políticos. La intención parecía invariable: ensalzar a unos y condenar a otros. También llevaban carteles con leyendas de todo tipo, consignas y eslóganes caducos y obsoletos, como «lucha de clases», «proletariado», «capitalismo», «imperialismo», «masas trabajadoras» y «revolución mundial». Banderas rojas encabezaban y cerraban la manifestación.

La gente de los coches que desfilaban por la calzada apenas prestaba atención a los manifestantes; como mucho echaban alguna ojeada distraída a las banderas y pancartas. Los espectadores parecían sencillamente indiferentes. Descontentos y un tanto inquietos, daban cierta impresión de desarraigo, aunque esa actitud no tenía nada que ver con la manifestación. Jensen lo sabía por experiencia.

Los manifestantes marchaban en filas de cuatro. La policía les facilitaba la marcha de forma tranquila y sistemática, y se ocupaba de que el tráfico fluyera lo mejor posible. Ningún alboroto, todo parecía inofensivo.

La manifestación pasó de largo, y el taxista incrementó la velocidad.

—¿Qué clase de gente es esa? ¿Algún tipo de socialistas? —preguntó sin mostrar mucho interés.

—No lo sé.

El hombre miró su reloj de pulsera.

—En todo caso, obstaculizan el tráfico. En el puente hemos perdido tres o cuatro minutos por lo menos. ¿No podría la policía llevárselos lejos de las calles?

Jensen no dijo nada. Tampoco sabía qué responder a la pregunta del taxista.

Había habido muchas manifestaciones como esta durante los últimos cuatro años. Aún eran relativamente insignificantes en términos de afluencia, pero se producían cada vez con mayor frecuencia, y el número de participantes parecía ir en aumento. Las marchas seguían en general el mismo recorrido. Partían de algún punto del cinturón urbano, y luego se dirigían hacia el centro, bien a una embajada extranjera o a la sede central de los partidos de la coalición, donde se disolvían por sí solas después de que los manifestantes se hubieran pasado media hora coreando consignas a grito pelado. No existía ninguna legislación que prohibiera las manifestaciones y, en teoría, era la policía quien decidía los aspectos relativos a su celebración. En principio lo hacía considerando cada caso, pero en la práctica la realidad era otra. El Ministerio del Interior había dado sencillamente órdenes de detener y disolver las manifestaciones, y examinar y confiscar pancartas y carteles en la medida que sus textos se considerasen escandalosos, inquietantes o difamatorios. La intención abiertamente declarada era proteger a la ciudadanía de acciones que podían tener una influencia dañina o difundir una atmósfera de inseguridad.

Sin embargo, el efecto de las intervenciones policiales no fue el esperado. Los intentos de disolver las manifestaciones provocaron altercados, desconcierto y serios atascos de tráfico, y eso a pesar de que nunca se trataba de acciones masivas, sino bastante reducidas, de unos centenares de personas como mucho. Al cabo de un tiempo, a la policía se le ordenó hacer uso de otros métodos, aunque nadie había precisado las medidas que debían tomar. Los agentes hacían lo que buenamente podían. En ocasiones, se limitaban a detener la manifestación y a someter a la prueba de alcoholemia a todos y cada uno de sus participantes. A causa del continuo aumento del alcoholismo, el Gobierno había decretado años atrás una ley que criminalizaba el abuso de la bebida, tanto en los lugares públicos como en los hogares. Estar bajo los efectos del alcohol era, por tanto, un acto punible en todo caso y circunstancia, lo que había incrementado la carga de trabajo de la policía hasta extremos insoportables. La citada legislación, además, no consiguió detener las borracheras, y pronto quedó demostrado que tampoco servía para abortar manifestaciones porque sus participantes nunca lo hacían bajo los efectos del alcohol. Jensen pensaba que ese curioso dato era el único rasgo sustancial que diferenciaba a los manifestantes del resto de la población.

Hacia ya dos años que se había pasado a combatir el alcoholismo subiendo los precios de los productos que se usaban para su elaboración, al tiempo que se ordenaba a la policía dejar a los manifestantes en paz. El Gobierno había decidido que eran inofensivos, de modo que los agentes debían limitarse a proteger ciertas embajadas y a controlar el tráfico a lo largo del recorrido. Desde entonces, las manifestaciones trascurrían en orden, aunque cada vez se sucedían con mayor frecuencia y eran más las personas que se sumaban a ellas. Aun así, la prensa, la radio y la televisión nunca dijeron una sola palabra al respecto. No obstante, corrían rumores acerca de cierto nerviosismo en medios gubernamentales. El número de votantes había descendido de modo alarmante en las últimas elecciones, y nadie entendía los motivos. Solo se comentaban y publicaban datos en términos generales e imprecisos. Los partidos de la coalición nunca habían orquestado una campaña electoral tan intensa como la de este año. Habían empezado a principios de verano, y ahora avanzaban hacia su culminación.

Jensen no tenía una idea clara del objetivo que perseguían las manifestaciones, pero creía saber algo acerca de cuándo y cómo habían empezado.

De pronto, le sorprendió un repentino dolor que parecía roer de forma cruel y despiadada la parte derecha de su diafragma. Se le nubló la vista, se encogió hacia delante y apretó los dientes para no gemir como un perro apaleado.

El taxista lo miró de reojo con cierto recelo, pero no dijo nada.

Le pareció que pasaba mucho tiempo antes de que el dolor remitiera y empezara a convertirse en la vieja molestia de siempre. En realidad, solo duró un par de minutos. Respiró brevemente y jadeó, se esforzó en tomar aire y logró atajar un ataque de tos.

Cuando volvió a levantar la vista, pasaban precisamente por el barrio donde vivía. El taxi se desplazaba a gran velocidad a lo largo de la autopista.

—Llegaremos dentro de media hora —comentó el taxista.

El barrio donde vivía el comisario Jensen se componía de treinta y seis bloques de viviendas de ocho plantas dispuestos en cuatro series paralelas. Entre las filas de bloques, había aparcamientos y pequeños jardines con columpios y casetas de juegos, de plástico transparente, para los pocos niños del barrio. Era una zona en buen estado.

Algo más al sur, empezaban las barriadas de viviendas más fantasmales y deterioradas. Habían pasado varios años desde que las autoridades consiguieran solucionar la escasez de viviendas mediante la construcción en serie de bloques parecidos al que él mismo habitaba, las llamadas ciudades-dormitorio de apartamentos exactamente iguales. Ya entonces, los viejos edificios —que paradójicamente quedaban muy lejos del centro— empezaron a despoblarse. Fueron abandonados por comerciantes, propietarios, autoridades e inquilinos, en el orden citado. Lógicamente, la decreciente natalidad y la consiguiente reducción de la población tuvieron su parte en ello. Desprovistos de comunicaciones y de cualquier forma de mantenimiento, esos barrios se fueron degradando muy pronto, y al final el suministro de agua y electricidad acabó cortándose también. La mayor parte de esos edificios había sido levantada para que unas pocas empresas privadas sacaran provecho de la escasez de viviendas. Los bloques habían sido mal contruidos, y muchos de ellos ya se habían desmoronado y derrumbado como túmulos prehistóricos en medio de una vegetación enmarañada. Por lo visto, los expertos del Ministerio de Asuntos Sociales habían lanzado la apuesta de que los inquilinos irían abandonando poco a poco los edificios, que finalmente caerían derrumbados por su propio peso. Se trataba de las llamadas «zonas de autosaneamiento», que parecían condenadas a convertirse en una especie de vertedero natural. La apuesta se demostró acertada, excepto en un punto. En los edificios que aún permanecían en pie, el cinco por ciento de los apartamentos estaban habitados por individuos que la sociedad del Consenso y el bienestar, por una razón u otra, no había conseguido integrar. Se habían producido algunas muertes debido a los frecuentes desprendimientos, pero, según la ley, tanto propietarios como autoridades quedaban exentos de responsabilidad en tales casos. Ya se había advertido del peligro de habitar edificios abandonados, y eso era suficiente.

Jensen miró por la ventanilla. A la derecha de la autopista, se extendía una de esas «zonas de autosaneamiento». Aproximadamente una tercera parte de los edificios aún seguía en pie, y, bajo la fría luz del otoño, sus siluetas se recortaban como columnas hollinadas en el azul del cielo. A lo lejos, distinguió a unos niños jugando entre la chatarra de los coches abandonados, los montones de envases de usar y tirar, y los indestructibles recipientes de plástico.

Su mirada era tranquila e inexpresiva.

El taxi se detuvo un cuarto de hora más tarde junto al edificio de la terminal del aeropuerto. El comisario pagó la carrera y salió del coche.

Aún sentía mucho dolor.

La habitación tenía dos ventanas con cortinas finas de color azul celeste. Las paredes eran de un azul mucho más oscuro, y el techo blanco. La cama, también blanca, era de madera y su diseño parecía muy ingenioso.

Jensen permanecía tendido de espaldas, relajado y con los brazos extendidos a lo largo de los costados. Si movía cinco centímetros la mano derecha, podía tocar el timbre. En ese caso, no pasarían más de quince segundos antes de que se abriera la puerta y apareciese la enfermera. Aquella tarde, sin embargo, aún no había tocado el timbre. En lo único que pensaba era en la fecha del día. No estaba seguro de saberla. Tal vez fuera 1 de noviembre, aunque también podía ser el segundo o el tercer día del mes. Sabía que había estado cerca de sesenta días en esa habitación, pero no tenía una idea exacta de cuánto tiempo había pasado, y eso lo exasperaba.

También sabía que estaba vivo, aunque eso no le sorprendía. Lo único que le sorprendía era no sentirse sorprendido.

Junto a la ventana más apartada, había una silla de rejilla. Durante las dos últimas semanas se había sentado en esa silla dos veces al día, media hora por la mañana y media hora por la tarde. Ahora era el turno de tarde, y tenía muchas ganas de sentarse una vez más en la silla junto a la ventana. Años atrás, se había encontrado en una situación muy parecida...

De pronto, se abrió la puerta. El hombre que entró, un tipo enjuto y muy bronceado, vestía un traje gris claro. Tenía los ojos de color marrón oscuro, el pelo moreno y rizado, peinado hacia atrás, y lucía un bigote negro perfectamente recortado. Saludó a Jensen con un gesto de asentimiento, y empezó a hojear la voluminosa historia clínica de su paciente, que colgaba al pie de la cama. Mientras leía, sacó de su bolsillo un paquete de tabaco y cogió distraídamente un cigarrillo emboquillado de color amarillo. Estuvo dándole vueltas antes de llevárselo distraídamente a los labios, y por fin sacó una caja de cerillas y lo encendió. Luego arrojó la cerilla apagada al suelo y se dirigió en un par de zancadas a la cabecera de la cama, se inclinó sobre Jensen y le examinó los ojos.

A Jensen le pareció que, desde que tenía memoria, había visto ese rostro en

incontables ocasiones. A breves intervalos, pero siempre el mismo rostro. Sus ojos marrones parecían mudar de expresión con suma facilidad, y su mirada podía ser preocupada, tranquilizadora, curiosa o resignada, inquisitiva o afligida. El olor, en cambio, era siempre el mismo: brillantina y tabaco. Jensen tenía la impresión de haber visto a ese hombre en otro lugar. Llevaba mascarilla y un gorro de goma de color naranja calado del todo encima de sus cabellos rizados, pero era el mismo hombre, el mismo rostro. En aquella ocasión, el entorno había estado bañado de una penetrante luz blanquiazul, y el tipo vestía una prenda que parecía el delantal de un carnicero. Sabía con seguridad que le había estrechado la mano hacía mucho tiempo y le había dicho algo incomprensible con un acento gutural; algo que probablemente significaba buenos días o bienvenido. Aunque quizá solo le había dicho su nombre.

Hoy parecía contento. Sonrió y gesticuló animoso, tiró la ceniza al suelo, se dio media vuelta y salió de la habitación con pasos apresurados.

La enfermera apareció poco después. También ella estaba bronceada y tenía el pelo rizado, pero sus ojos eran grises. Calzaba unas zapatillas azules de tela y vestía una bata blanca de manga corta, abotonada por la espalda. Sus piernas eran fuertes y bien torneadas, y lo mismo podía decirse de sus brazos. Al igual que el médico, se movía ágil y ligera, y tenía manos de ángel. Jensen sabía que era asombrosamente fuerte. Ahora sonreía siempre, aunque tuviera que ocuparse de bacinillas y orinales, pero la había visto muchas veces seria y circunspecta, con los labios apretados y el ceño fruncido.

No fumaba ni usaba ningún producto de cosmética, y a veces olía a jabón. Hoy solo percibió un tenue aroma ácido que, obviamente, provenía de ella. Aquella mujer le recordaba a alguien.

Después de sacar las sábanas y doblar el pijama, la enfermera empezó a lavarlo con una esponja. Mientras permanecía inclinada sobre sus piernas, Jensen se quedó observando el contorno de su espalda y la curva de sus caderas, y se preguntó qué llevaría bajo aquella bata blanca abotonada por la espalda.

No recordaba la última vez que había pensado en algo parecido.

La enfermera tenía los labios grandes y gruesos, y el vello de sus piernas era ligeramente oscuro. Al sonreír, uno podía ver que sus dientes no eran perfectos, aunque sí muy blancos.

Esas dos personas, el médico y la enfermera, fueron su único contacto directo con el mundo exterior durante mucho tiempo. No entendía lo que decían, aunque tampoco hablaban mucho. Una mañana, el médico le trajo un periódico, pero no contenía ninguna foto y el texto estaba escrito en un idioma indescifrable para él.

La enfermera tenía unas manos fuertes y bronceadas, y no llevaba ningún anillo. En una ocasión, se rascó la entrepierna cuando creyó que él estaba

durmiendo.

Cuando se sentaba en la silla junto a la ventana, Jensen se quedaba observando el jardín, con senderos enlosados y pequeños árboles de flores rosas o blancas. Algunos pacientes, hombres y mujeres con una bata idéntica a la que él mismo llevaba, paseaban por los senderos o se sentaban a jugar alrededor de pequeñas mesas de piedra, probablemente al ajedrez. El jardín no era muy grande, y un poco más allá había una carretera por la que solían pasar trolebuses amarillos envueltos en un leve ruido tintineante. En una ocasión, incluso vio un camello.

Al otro lado de la carretera había una fábrica. Miles de personas, la mayoría mujeres de edad variable, atravesaban la verja de entrada todas las mañanas. Muchas llevaban niños pequeños con ellas, y los dejaban en una casa baja de ladrillos amarillos que estaba en el mismo recinto. Algunos niños se resistían y lloraban cuando las madres se separaban de ellos, aunque pocos minutos más tarde el comisario podía verlos corriendo por el patio de la casa amarilla, jugando y armando alboroto. Las mujeres que cuidaban a los niños vestían unas túnicas de algodón abotonadas por delante. Todas parecían estar embarazadas, y Jensen dedujo que se trataba sencillamente de trabajadoras que se habían quedado encinta, y que pasaban de forma automática a prestar sus servicios en la guardería.

Las mujeres que trabajaban en la fábrica siempre reían y cuchicheaban, tanto por la mañana, cuando llegaban, como por la tarde, cuando volvían a sus casas. A veces incluso cantaban.

Jensen ya no sentía dolor, pero caminaba mal y se cansaba enseguida. Dormía casi veinte horas al día.

Una mañana, el médico volvió a aparecer con un periódico en la mano. Le señaló un titular, y habló deprisa y excitado. Cuando se dio cuenta de que Jensen no entendía nada, se encogió de hombros y salió de la habitación.

La enfermera tenía veinticinco años. Él se apoyaba en su brazo cuando paseaban por el parque. Era un brazo fuerte y firme. Parecía tranquila, en paz y armonía. Aunque estaba convencido de que la había visto llorar una vez.

Jensen estaba junto a la ventana de finas cortinas azul celeste y miraba más allá de los jardines de la clínica, hacia la carretera y la fábrica. Días atrás, había vuelto a ver un camello.

Vestía su propio traje. Le habían quitado las vendas y los puntos de sutura, y se movía relativamente sin dificultad. Lo más molesto era ir al retrete.

Alguien llamó a la puerta, y él se dio la vuelta para ver quién era. El médico y la enfermera nunca solían llamar, y tampoco lo hacían la limpiadora o el hombre que reparaba continuamente los inodoros.

Nadie entró en la habitación, a pesar de que volvieron a llamar. Jensen se acercó a la puerta y la abrió. Fuera había un hombre bajo, con gafas y de cabellos grises, que vestía un traje azul oscuro y sombrero de fieltro. En la mano llevaba una cartera negra. Al ver a Jensen, se quitó el sombrero enseguida y dijo:

—¿Comisario Jensen?

—Sí.

Era la primera palabra que pronunciaba desde que salió del aeropuerto tres meses antes. Le pareció que su propia voz le sonaba ronca y extraña.

—Le traigo un mensaje. ¿Puedo pasar?

Aquel hombre hablaba su idioma correctamente, aunque con un leve acento.

Jensen dio un paso al lado.

—Tenga la bondad.

Le costaba trabajo hablar, era una sensación casi repugnante.

El hombre dejó el sombrero en la mesita y abrió la cartera. Sacó una tira roja de télex y se la dio a Jensen. El texto era conciso: «Vuelva enseguida a casa».

Jensen miró al hombre del sombrero con curiosidad.

—¿Quién ha enviado esto?

—No lo sé... —El hombre dudó un instante y añadió—: El mensaje llegó por canales diplomáticos.

—¿Quién es usted?

—Pertenezco a un departamento de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores. Nunca he visitado su país, pero he estudiado su lengua en la universidad.

Jensen no dijo nada. Se limitó a esperar a que el hombre continuara.

—No sabíamos nada de su estado de salud, ni siquiera si había sobrevivido a la operación. Me enviaron aquí para entregarle el mensaje.

Jensen siguió sin decir nada.

—Su médico dice que ya está usted bien, y que puede abandonar el hospital pasado mañana. Solo tiene que pasar unas últimas pruebas...

El hombre volvió a dudar, y luego añadió:

—Le felicito por su recuperación.

—Gracias.

—El doctor me ha dicho que, al principio, no había casi ninguna esperanza de curación... —mientras hablaba, abrió la cartera y sacó un sobre—. Me he permitido la licencia de reservarle pasaje en un avión para pasado mañana. Su vuelo es a las nueve. Aquí tiene los billetes.

Jensen cogió el sobre y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Contenía el mensaje algo más que esas cuatro palabras?

Otra duda.

—Ciertas instrucciones generales tan solo, cómo y dónde podíamos dar con usted, por ejemplo.

—¿Sabe usted quién envió el mensaje?

—Sí.

—¿Quién?

—No estoy autorizado para...

—¿Por qué no?

—Una exigencia de la misma persona que envió el mensaje. No es, por tanto, idea nuestra.

—¿No?

—No, pero he recibido el encargo de remitir su respuesta a la persona en cuestión. ¿Tomará usted ese vuelo?

—Sí —contestó Jensen.

—Excelente —dijo el hombre, que cogió el sombrero y se dirigió a la puerta.

—Un momento...

El tipo ya había entreabierto la puerta, pero al oír al comisario se quedó allí de pie, completamente inmóvil, como detenido en medio de un movimiento.

—¿Ha estado usted en contacto con nuestra embajada? —preguntó Jensen.

El hombre pareció dudar, y finalmente contestó:

—Su embajada está... desatendida.

—¿Desatendida?

—Sí, no hay nadie en ella.

—¿Por qué?

—No lo sé. Adiós.

6

La enfermera acompañó a Jensen al aeropuerto. Llevaba sandalias de cordones y un vestido de algodón, de color rojo y con tirantes, y Jensen se dio cuenta de que no llevaba las axilas depiladas. Conducía rápida y hábilmente, a pesar de lo accidentado de la carretera y de que el coche era un viejo trasto destartado. Jensen iba en el asiento trasero, y se fijó en que el sudor resbalaba por el cuello y los omoplatos de la joven. Por el camino, a lo lejos, vio tractores y cosechadoras en los campos sembrados. Pasaron por una aldea de casas bajas de arcilla. La calle principal estaba llena de niños y animales domésticos, y la enfermera se veía obligada a tocar el claxon constantemente para espantar a gallinas, cabras y cerdos. Los niños se reían de ella a carcajadas. Ella les sacaba la lengua y ellos reían aún más.

Al llegar al edificio del aeropuerto, la joven bajo del coche y se despidió de él. Se puso de puntillas, y lo besó en la mejilla.

Cuando cambió el ruido de los motores y el avión empezó a descender, Jensen miró su reloj. Llegaban con dos horas de adelanto sobre el horario previsto. Se encendieron las luces de aterrizaje, y el avión atravesó una capa de nubes, planeó sobre prados cubiertos de niebla y aterrizó en una pista reluciente de lluvia. El comisario solo miró por la ventanilla cuando el ruido de los motores cesó por completo.

Aún no estaba en su país. Sin embargo, supo enseguida dónde había aterrizado. En un país vecino. Entendía el idioma y hasta lo podía hablar pasablemente. Según el billete y el horario del vuelo, no deberían haber hecho ninguna escala. Se quedó en su asiento.

Poco después, un funcionario civil entró en el avión y dijo:

—El avión no va a continuar. Se ruega a todos los pasajeros que desembarquen.

Repitió el aviso en varios idiomas, a pesar de que solo había dos pasajeros más en el avión, aparte de Jensen.

Fuera llovía y el viento era frío. El vestíbulo de llegadas estaba lleno de humo y rebosante de gente que bebía cerveza y hablaba al mismo tiempo.

La mujer del mostrador de información lo miró sorprendida y dijo:

—Lo lamento, señor. No hay ningún avión programado hasta allí. Todos los vuelos están cancelados hasta nuevo aviso.

—¿Cancelados?

—Sí. Están cortadas las comunicaciones.

—¿Dónde puedo telefonar?

—Aquí mismo. Pero no le servirá de nada. Las líneas telefónicas también están cortadas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nadie lo sabe con certeza.

En ese instante, se oyó su nombre por los altavoces. La mujer prestó atención, y volvió a mirar su billete.

—¿Se llama usted Jensen?

—Sí.

—Acompañeme.

Lo condujo a un ascensor y subieron una planta más.

—Vaya a la sala de recepción número cuatro —dijo la mujer—, le están esperando.

Jensen avanzó por el pasillo enmoquetado hasta llegar ante la puerta número cuatro. Llamó con los nudillos.

—Adelante —contestó una voz.

En la sala había tres hombres. Dos de ellos estaban sentados en cómodos sillones. Parecían algo tensos, y estaban pálidos. Jensen no conocía a ninguno de los dos. El tercero estaba junto a la ventana, de espaldas a la puerta, y el comisario lo reconoció cuando se dio media vuelta. Era el hombre de los carteles electorales. El hombre que creía representar mejor que nadie la indisoluble identidad de los conceptos de bienestar, seguridad y consenso. Había sido ministro del Interior con anterioridad, y ahora debía de ser el jefe del Gobierno. Su Excelencia.

—¿Es usted Jensen? —dijo con voz estridente y un tanto temblorosa.

—Sí.

—Haga el favor de tomar asiento. Siéntese.

El comisario Jensen se sentó.

—He oído hablar de usted, Jensen —dijo Su Excelencia—. Años atrás me ocasionó algunas molestias.

Era obvio que se esforzaba en mantener un tono de voz neutro, como si quisiera sonar lo más coloquial posible.

—¿Quiere una cerveza? —le preguntó sin más preámbulos.

—No, gracias.

—¡En este país hacen una cerveza excelente!

Se sentó frente a Jensen. Sus manos temblaron ligeramente al servirse la cerveza, y a punto estuvo de volcar el vaso.

—Sin duda conocerá a los señores que me acompañan...

Jensen dijo que nunca los había visto. No sabía quiénes eran, ni siquiera cuando el ministro dijo sus nombres y se los presentó. Ambos eran miembros del Gobierno.

—Alguien dijo una vez que la distancia que separa al pueblo de las autoridades es demasiado grande... —masculló Su Excelencia para sus adentros.

Jensen entendió perfectamente qué quería decir con eso. El médico pelirrojo al que había ordenado detener antes de su baja forzosa le había preguntado una vez: «¿Puede imaginarse algo más abstracto, ajeno y lejano que Dios y los ministerios?».

Y estaba en lo cierto. El Gobierno del Consenso no desarrollaba ningún culto a la personalidad, ese fue uno de sus principios fundamentales. El rasero y la uniformidad que perseguía no admitía ninguna posición de poder personal que no fuera la derivada de la propiedad del capital consolidado al margen del control del sector público. Las instituciones públicas siempre podían acudir al regente. Sin embargo, en los últimos tiempos, durante las dos últimas campañas electorales, el Gobierno se había tomado muchas molestias a la hora de lanzar un nombre y un rostro nuevos, probablemente para que el vínculo entre la población y la clase tecnocrática que ostentaba el poder formal no fuese tan «abstracto, ajeno y lejano».

—Señor presidente...

Su Excelencia interrumpió enseguida a Jensen.

—No soy el presidente del Gobierno. Las elecciones... tuvieron que aplazarse.

—¿Por qué?

Su Excelencia se levantó de golpe. Hizo un gesto brusco, contempló un instante sus temblorosas manos y se las metió en los bolsillos de la chaqueta.

—Las circunstancias reinantes fueron tales que se consideró que lo más adecuado era aplazar las elecciones —dijo fríamente.

Uno de los otros decidió intervenir, carraspeó y preguntó:

—Comisario Jensen...

—Sí.

—¿Ha dado usted testimonio de lealtad?

—Sí.

—¡He dicho hasta la saciedad que no existe ninguna conexión! —exclamó irritado Su Excelencia.

Todos se quedaron callados, y la sala quedó en silencio. Fuera rugían los motores de los aviones. Jensen miró a los hombres de uno en uno y, tratando de mantener la calma, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Por sorprendente que pueda parecerle, no lo sabemos. No sabemos lo que ha ocurrido, y sobre todo no sabemos cómo ha ocurrido. No existe ninguna relación lógica entre los detalles que conocemos.

—¿Qué detalles son esos?

—Jensen, habrá que empezar por el principio.

—Sí. ¿Por qué estamos aquí?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿Cómo ha llegado aquí?

—Del mismo modo que usted, en avión. Desde el extranjero. Veníamos de regreso de una... visita de Estado. Y no pudimos proseguir. Todas las comunicaciones están interrumpidas.

—¿Por qué están interrumpidas las comunicaciones?

—No lo sabemos. Nadie lo sabe.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Tres días.

—¿Han intentado entrar en el país?

Su Excelencia no respondió.

—Ustedes me han llamado aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Jensen, vayamos por partes. Para empezar, ¿está usted dispuesto a asumir la

misión?

—¿Qué misión?

—Indagar lo que ha ocurrido. Puesto que no sabemos dónde nos hallamos, no le puedo dar órdenes más precisas.

—Yo sé perfectamente dónde estamos.

—No me malinterprete. Me refiero al aspecto jurídico. Como usted probablemente ya sabrá, no hemos reconocido al Gobierno de este país por razones prácticas de economía. Para nosotros, solo existe como concepto geográfico. Aunque no tenemos ningún derecho extraterritorial.

—¿Por qué estamos aquí, entonces?

De pronto, Su Excelencia empezó a hacer aspavientos con los brazos y su voz se deshizo en un grito agudo y descontrolado:

—¡¿Y adónde diantres quiere que vaya?! Yo le pido un favor, le pido hacer un favor al país y usted...

Dejó la frase inacabada. El miembro del gabinete que aún no se había expresado hizo un ostentoso gesto de negación con la cabeza y dijo:

—Policía tenía que ser. ¿No fue lo que os dije?

Aquel hombre era bastante joven y tenía un porte altivo y arrogante. Jensen recordó que había oído su nombre en varias ocasiones, y sabía que era un hombre que pertenecía al futuro más prometedor del régimen. Había ocupado diversos cargos en el Gobierno, y en general se consideraba que antes o después llegaría a la presidencia. En la actualidad, estaba a cargo del Ministerio de Educación. Antes de ocupar ese cargo había sido el responsable de información y comunicaciones, encargado de dirigir el delicado ejercicio de la censura en radio y televisión.

Jensen lo miró inexpresivo y dijo:

—Me gustaría señalar que no estoy de servicio, que nos encontramos en el extranjero a todos los efectos, y que hasta ahora no he recibido ninguna información concreta, aparte de la que me dieron en el mostrador de información del aeropuerto.

—Jensen, Jensen —susurró Su Excelencia en tono pesaroso y solícito—. Sabemos que es usted un oficial de policía extraordinariamente competente.

—¿De veras?

—Sí. Su modo de manejar ese lamentable asunto hace poco más de cuatro años hizo la cosa más lamentable si cabe, pero la investigación fue perfecta desde el punto de vista técnico...

—Si no fuera porque condujo a que murieran treinta y dos personas —dijo el comisario.

—No empiece ahora a remover el asunto.

El ministro de Educación intervino con la misma frialdad de antes:

—Señor Jensen, espero que sea consciente de que podemos destinarlo a patrullar las calles desde el momento mismo en que el país recupere la normalidad. También podemos expulsarlo del cuerpo a patadas si nos place. Ya nos ha dado bastantes problemas.

—¡Exacto! —exclamó Su Excelencia—. Al menos debería pensar en su familia.

—No tengo ninguna familia —replicó Jensen.

—Está bien, de acuerdo. ¿Qué es lo que quiere entonces? ¿Dinero?

—Datos.

—Ya le he dicho que no hay ningún dato. No sabemos qué ha ocurrido.

—Por qué se aplazaron las elecciones —preguntó Jensen.

Su Excelencia, nervioso, se encogió de hombros.

—Ya he dicho...

El ministro de Educación se levantó de golpe y dedicó a Su Excelencia una mirada que rayaba en el desprecio.

—Las elecciones se aplazaron porque surgieron graves altercados durante la fase final de la campaña —soltó sin más.

—¿Qué clase de altercados?

—Disturbios. Alborotos. Con la policía y el ejército de por medio.

—Alborotos... —dijo Jensen titubeante.

—Nada de lo que imagina. Lo que ocurrió fue que el pueblo se revolvió con justificada indignación contra los enemigos internos de la nación. Por desgracia, hizo uso de medios bastante violentos.

—¿Qué pasó después, al aplazarse la elecciones?

—Eso es lo que no sabemos con certeza. La mayor parte de los miembros del Gobierno salió del país en aquel momento.

—¿Con sus familias?

—Sí. Están a salvo.

—¿Y el regente?

—También está a salvo.

—¿Por qué están cerradas las fronteras?

—Por lo que sabemos, las fronteras no están cerradas...

—Pero todas las comunicaciones están cortadas.

—Sí. Al parecer, con la justificación de que una grave epidemia asola el país. Este y todos los demás países del extranjero han aceptado esa teoría.

—¿Hay pruebas concluyentes de que esa teoría sea cierta?

—Sí. Las autoridades solicitaron ayuda médica del extranjero antes de que se interrumpieron las comunicaciones.

—¿Y?

—Personal voluntario, médicos y enfermeros la mayor parte, viajó al país por propia iniciativa desde diversos lugares del extranjero. Poco después, se comunicó de forma oficial que la situación estaba bajo control y que no se precisaba más ayuda.

—¿Y luego?

—Todas las comunicaciones se interrumpieron inmediatamente tras ese parte oficial.

—¿Cuándo exactamente?

—Cinco días atrás.

—Para ser exacto, puedo decirle que no ha habido contactos oficiales en el transcurso de los últimos cinco días —matizó el ministro de Educación.

—¿Acaso ha habido contactos oficiosos?

—Bueno, hemos podido contactar con gente que ha salido del país... En mayores o menores grupos. Pero ninguno de ellos sabe nada de lo ocurrido.

—¿Y por qué dejaron el país, entonces?

—Por miedo e inseguridad. Pero...

—¿Sí?

—Hay quienes apoyan el supuesto de que una grave enfermedad epidémica hace estragos. Han muerto unas cuantas personas en hospitales del extranjero.

—¿De qué?

—Aún no se ha podido determinar la naturaleza de la enfermedad.

—¿Funciona el control de aduanas?

—La mayoría de nuestras aduanas, como usted sabe, están en la costa, y las de tierra, como también sabe, a menudo se extienden a lo largo de zonas prácticamente deshabitadas. Tras solicitarlo con insistencia, la policía de algunos de los países que rodean al nuestro han llevado a cabo misiones de reconocimiento de nuestros puestos fronterizos. Y puedo asegurarle que lo han hecho de muy mala gana. Todos temen la epidemia.

—¿Y?

—Los puestos fronterizos estaban abandonados.

—¿Qué ha pasado con las embajadas extranjeras?

—Varias fueron ya evacuadas durante los altercados. La policía y los militares no podían o no querían darles protección.

—Parece increíble.

—No por ello es menos cierto. Las demás legaciones cerraron cuando empezó a correr el rumor de la epidemia.

—¿Qué pasó con las expediciones de ayuda médica del extranjero?

—Aún no han vuelto. Ni tampoco sabemos nada.

—¿Funcionan las comunicaciones dentro del país?

—Al parecer, no. Tres aviones militares y uno de tráfico aéreo se han estrellado en territorio extranjero. Por causas desconocidas.

Jensen guardó silencio un instante. Luego preguntó:

—¿Son correctos esos datos?

—Sí. Por desgracia.

Nadie dijo nada. Jensen permanecía completamente inmóvil.

—Una cosa más... —dijo por fin el comisario.

—¿Qué?

—¿Pueden haber muerto todos?

—No. Se ha detectado una actividad importante, especialmente en la capital.

—¿Cómo saben eso?

El ministro de Educación lanzó una mirada fugaz a Su Excelencia, quien, resignado, se encogió de hombros.

—No puedo responder a esa pregunta sin revelar un secreto militar...

Jensen volvió a quedarse callado.

—... No obstante, voy a responder. Se trata de aviones de reconocimiento de una potencia aliada que, desde hace varios años, sobrevuelan nuestro país a gran altura. Esos aviones tienen un equipo de reconocimiento de alta precisión. Hemos recibido algunas de sus observaciones por vías extraoficiales...

—¿Y?

—Lo dicho, se ha detectado una actividad importante.

—¿Militar?

—No, en la capital. Hay indicios, en cambio, de una cierta actividad militar en provincias.

—¿Qué ocurre en la capital?

—No lo sabemos. Aunque sí sabemos que se está tramando algo.

—¿De forma organizada?

—Sí.

Jensen volvió al punto de partida.

—¿Por qué estamos aquí?

El político contestó con una sinceridad apabullante:

—Porque nadie quiere colaborar con nosotros.

—¿Y por qué no intentan entrar en el país?

—Porque no nos atrevemos.

Jensen se levantó y se dirigió hacia la ventana. Se quedó mirando la lluvia y, sin volverse, preguntó:

—¿Qué piensan hacer?

—Encargarle la misión de averiguar en la medida de lo posible lo sucedido.

—Ustedes no pueden encargarme nada aquí.

—No. Ya lo sabemos. Pero aun así lo hacemos. Tendrá que formarse una idea de la situación y volver aquí para informarnos.

—¿Cómo?

—Tenemos aquí... ciertos contactos. No necesitamos atenernos a formalismos, ya que este país no existe oficialmente para nosotros. Un helicóptero lo trasladará al punto que usted elija según su propio criterio. El helicóptero volverá a recogerlo en el lugar y fecha que les indique, y lo traerá aquí de regreso. Podrá estar fuera tres días a lo sumo o comunicarse por cualquier medio, en otro caso...

—¿Qué pasa en otro caso?

—En otro caso tendremos que tomar otras medidas.

—¿Qué tipo de medidas?

Oyó a su espalda el cuchicheo entre los políticos. No se volvió. Le bastaba con esperar la respuesta, que no llegó hasta unos minutos después.

—La potencia aliada que he citado tiene importantes intereses en nuestro país, tanto de carácter político como económico. Sin embargo, se halla fuertemente comprometida en otros lugares del mundo y no desea intervenir en vano, desde luego no en la actual situación de incertidumbre. Pero si se demuestra que elementos antisociales tratan de aprovechar la situación, podemos solicitar y obtener su apoyo militar. Eso espero, al menos, aunque sin duda será un apoyo limitado. Como le decía, esa potencia está muy comprometida en tareas de paz en otros lugares del mundo. Pero no le quepa duda de que nos ayudarán. Si hay un motivo político. Y siempre que los elementos antisociales no tengan tiempo de hacerse con el control de la administración, lo que por el momento está descartado.

—¿A qué se refiere usted con elementos antisociales?

La respuesta fue la más simple imaginable:

—A los comunistas.

Silencio. Un silencio que también se había adueñado de las pistas del pequeño aeropuerto. Lo único que se oía ahora era el repiqueteo de la lluvia.

—Y bien, Jensen. ¿Acepta el encargo?

—Sí.

—¿Ya? ¿A efectos inmediatos?

—Sí.

—Estupendo.

Jensen no dijo nada.

—¿Va usted armado?

—No.

—Tal vez necesite un arma.

—¿Por qué?

—Nunca se sabe. Nos ocuparemos de ese detalle.

Jensen seguía inmóvil.

—Una cosa más —dijo.

—¿Qué?

—Inmediatamente antes de mi baja médica, se me ordenó arrestar a cuarenta y tres médicos que trabajaban dentro de mi distrito, entre ellos al médico de mi propia comisaría. Supongo que se dieron órdenes similares en todos los distritos.

—De eso no sabemos nada —replicó rápidamente Su Excelencia—. Es un asunto estrictamente policial.

—¿Tuvieron esas detenciones alguna relación con la evolución posterior de los acontecimientos? —preguntó Jensen impasible.

—Nada en absoluto —respondió el ministro de Educación.

—Ya le he dicho que no hay ninguna relación de causalidad —añadió Su Excelencia.

Nuevo silencio. En esta ocasión, fue el ministro de Educación quien lo rompió.

—¿Dónde piensa aterrizar?

—En el aeropuerto.

—No deja volar la imaginación —dijo Su Excelencia en tono de reproche.

—No —contestó el comisario Jensen—. Eso es cierto.

El ministro de Educación era un hombre de cuarenta y tres años, jovial y de ojos azules, de mirada afilada y de rasgos un tanto afeminados. Era obvio que era él quien llevaba la batuta.

El viaje fue lento, a pesar de que el helicóptero era de propulsión a chorro. Hacía mal tiempo, con niebla y nubes bajas de evolución, y el suelo apenas se veía. Bruscas rachas de lluvia y aguanieve sacudían las ventanillas de plexiglás, y el piloto tuvo que elevar el aparato a capas de aire más calmo.

Jensen dejó de mirar al exterior. No había nada que ver, de modo que sacó la pesada pistola de su chaqueta y centró toda su atención en ella.

Era una Beretta 70, calibre 7,65. Un viejo trasto, pero la había escogido porque conocía su funcionamiento. También se había provisto de tres cargadores extra y de una funda de cuero marrón.

No había disparado un solo tiro desde que salió de la academia de policía. Al principio solía llevar su arma reglamentaria en la guantera del coche, pero en los últimos dos años no la había sacado ni una sola vez del armario de la comisaría. Fue un excelente tirador durante el período de formación en la academia. En una ocasión, incluso ganó una medalla en un campeonato.

Cogió la maleta, la abrió, metió la pistola en la funda y la guardó entre sus pertenencias. Luego bajó la tapa y cerró la maleta. El helicóptero había dejado de dar bandazos, y el motor ronroneaba de forma pareja y arrulladora. No había nada que ver, a excepción de las nubes y la espalda del chaquetón de cuero del piloto.

Ya no sentía dolor. La piel le tiraba un poco alrededor de la cicatriz que le había quedado de la operación y se sentía débil, pero no sentía ningún dolor. Aunque ahora tenía una curiosa sensación de vacío, como si algún pariente íntimo hubiera muerto. El dolor había sido durante muchos años su inseparable compañero, y ahora se había esfumado. Ese hecho no le deparaba ningún alivio ni satisfacción.

Se quedó dormido, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

El piloto lo despertó media hora más tarde.

—Por lo que veo, ya estamos llegando.

Fuera de las ventanillas de plexiglás no se veía nada que no fuera una densa niebla gris.

—La torre de control no responde —dijo el piloto—. El radar no funciona. La visibilidad es prácticamente nula y pronto va a oscurecer. ¿Debo intentar el aterrizaje?

—Sí.

—Va a ser muy... azaroso. Vamos a descender y ya veremos.

Jensen asintió. Sacó la cartera del interior de la chaqueta, buscó su placa esmaltada y se la metió en el bolsillo de la pechera.

El piloto lo miró de reojo.

En la superficie, algo empezaba a tomar cuerpo en medio de la niebla.

—Ay, ay, ay —masculló el piloto—. Estamos encima del edificio del aeropuerto. Hay que joderse, qué navegación. Tampoco hay luces de referencia.

El helicóptero se elevó enseguida, y quedaron de nuevo envueltos en la niebla.

El piloto tenía unos treinta años, un hombre bajo con el pelo encrespado y mirada abierta. Probablemente creía que Jensen iba a darle dinero por los servicios prestados.

—Vamos a intentarlo un poco más lejos.

Descendió con extremo cuidado. Un minuto después, vieron tierra de nuevo, hierba y franjas de hormigón. A la derecha, apareció un objeto rojiblanco y de luz parpadeante.

—Un camión cisterna atravesado en medio de la pista de aterrizaje —dijo el piloto—. Han bloqueado la pista.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para ver entre la niebla.

—Aquí —dijo finalmente—. Buen sitio.

Jensen se incorporó y se puso el abrigo. Cogió su sombrero.

El helicóptero tomó tierra, y el piloto abrió la puerta de la cabina para que su único pasajero descendiera. El comisario se puso en pie.

—¿Ve a lo lejos el faro de aterrizaje? Figura un número en él. Un cuatro negro. Lo tomaremos como punto de referencia.

Miró su reloj de pulsera.

—Dentro de tres días, estaré aquí a las nueve en punto de la mañana. Le esperaré dos minutos. Desde la nueve, hasta las nueve y dos minutos.

Jensen asintió, cogió la maleta y saltó del helicóptero.

—Adiós, camarada —lo saludó el piloto—. Suerte.

—Adiós.

El helicóptero se elevó en medio de un rugiente torbellino de aire y desapareció entre la niebla. El ruido del motor se fue apagando, hasta que un silencio absoluto rodeó al comisario.

No había nada que ver. Empezaba a oscurecer y la visibilidad era cada vez peor.

El comisario Jensen se puso el sombrero y se dirigió al edificio del aeropuerto.

Ya casi había oscurecido cuando Jensen llegó al edificio principal. Las grandes puertas de cristal estaban cerradas. No había ninguna luz encendida, y nada indicaba que hubiese algún ser vivo en las inmediaciones. En la plataforma de carga y descarga, había seis remolques de equipajes y un carro de combate camuflado entre ellos. Vacío. Estaba allí sin más. Su guarnición lo había abandonado sin siquiera cerrar la torreta. Se encaramó a lo alto y miró al interior. Todo parecía normal.

Había visto los restos calcinados de un avión siniestrado y varios autocares y camiones del ejército atravesados en medio de las pistas de aterrizaje.

Caminó rodeando el edificio, y llegó hasta una alambrada alta de acero. La siguió hasta la verja más próxima. Estaba cerrada, de modo que lanzó la maleta al otro lado y trepó por la verja. Cuando saltó al otro lado, la manga derecha del abrigo se enganchó en el alambre y se hizo un largo desgarrón. El comisario se quedó unos instantes allí, en medio de la oscuridad, palpando los daños. Difícilmente podrían repararse.

Luego retrocedió a lo largo de la cerca, hasta que alcanzó la fachada del edificio.

Parecía que el alumbrado no funcionaba. La oscuridad era total, y tuvo que andar a tientas a lo largo de la fachada. El aire era helado y lloviznaba. Se detuvo y trató de orientarse. No estaba especialmente familiarizado con el aeropuerto, pero tenía buena memoria. Por lo que creía recordar, se hallaba a menos de diez metros de la entrada principal, y allí había unas cabinas telefónicas y una parada de taxis. Se apartó de la fachada, cruzó la acera y se topó con un coche. Encontró la manilla y abrió la puerta delantera. Cuando alargó la mano hasta el asiento del conductor, tropezó con algo blando.

Jensen supo enseguida de qué se trataba, pero no se alarmó. Ni siquiera se sintió atemorizado o sorprendido. Dejó la maleta a un lado, y palpó tranquilamente con ambas manos. Efectivamente, había un muerto apoyado contra el volante.

Cerró la puerta, cogió la maleta y cruzó la acera en diagonal. Las cabinas de

teléfonos estaban exactamente donde recordaba. Entró en la primera y buscó una moneda en el bolsillo. Oyó la caída de la moneda en el automático, pero no le dio ninguna señal. El teléfono no funcionaba. Siguió hasta la siguiente cabina, pero el resultado fue el mismo.

Justo cuando entraba en la tercera cabina, oyó el ulular de una sirena. Provenía de algún lugar no muy alejado, y se acercaba a toda velocidad. Dos minutos después, el cono de luz de unos faros hendió la niebla y la llovizna. El coche frenó y se detuvo en la acera, con las ruedas delanteras y las luces dirigidas hacia el edificio del aeropuerto, a no menos de quince metros de las cabinas de teléfonos. La luz se reflejó en las cristaleras de la fachada y extendió un resplandor difuso. A través de los cristales empañados de la cabina, el comisario pudo ver que se trataba de una ambulancia de la Cruz Roja, con el disco de luz rotando en el techo. Los ocupantes del vehículo apagaron la sirena y el motor, pero dejaron encendidos los faros y el disco del techo, que siguió arrojando intermitentes rayos de luz en medio de la oscuridad. Dos personas en bata blanca salieron de la ambulancia.

Jensen cogió la maleta y empezó a mover la puerta batiente de la cabina, pero algo le hizo detenerse.

Las dos personas llevaban brazaletes azules, y una de ellas era una mujer. Nunca había visto a una mujer camillera. Jensen permaneció inmóvil, a la escucha.

—Seguro que han oído mal —dijo la mujer—. ¿Acaso puede aterrizar alguien en medio de este temporal?

—Probablemente no, pero será mejor que echemos un vistazo.

Se encaminaron cada cual hacia un lado, con sendas linternas en la mano. La mujer pasó junto a la cabina de teléfonos. Jensen seguía completamente inmóvil, y ella se movía con rapidez. Parecía bastante joven. El ruido de sus pasos se fue apagando, y por un instante todo quedó en silencio. Luego volvió a oír los mismos pasos.

—Oye —gritó la mujer.

—¿Sí, qué pasa?

—Acércate aquí con la linterna. Hay un muerto en este coche.

El hombre de la ambulancia pasó junto a la cabina de teléfonos. Jensen ya no podía verles, pero seguía oyendo sus voces con nitidez.

—Es un anciano —dijo el hombre compungido—. Mira que venir aquí a morir, dentro de su taxi, a las puertas de un aeropuerto cerrado al tráfico. ¡Aún lleva la gorra puesta!

—Es extraño que la gente no preste atención a lo que le ordenan —comentó la mujer.

—No podemos dejarlo aquí. Tendremos que llevarlo a la Clínica Central.

—De acuerdo. Agárralo por ahí.

—Pero ¿es que no vamos a coger la camilla?

—No es necesario. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Este hombre está enfermo...

—Pero ¡si está muerto!

—Sí, pero fíjate. Está totalmente azul. Sin duda ha sufrido un ataque cardíaco.

—Sea como sea, tenemos que llevarlo a la Clínica Central.

Llevaron al muerto hasta la ambulancia, abrieron las puertas traseras y acomodaron el cadáver. La mujer se secó la frente con la manga del abrigo y echó un vistazo alrededor.

—¿Tienes tratamiento esta noche? —preguntó.

—Sí, a las doce.

—Bien. Entonces nos da tiempo a echar un polvo.

—Perfecto. Por cierto, ¿cómo me dijiste que te llamabas?

—No te lo he dicho.

Subieron a la ambulancia cada cual por su puerta, arrancaron el motor y dieron marcha atrás en un amplio círculo para alumbrar el entorno más inmediato. Jensen pudo ver tres vehículos aparcados un poco más lejos.

Y uno de ellos era un coche patrulla del cuerpo de policía.

La ambulancia se alejó. El murmullo de la lluvia engulló rápidamente el ruido del motor, aunque pronto empezó a sonar el ulular de la sirena, que también se fue alejando.

Jensen esperó a que todo quedara de nuevo en silencio. Luego salió de la cabina y se dirigió con paso resuelto hacia el lugar donde había visto el coche patrulla. Conocía muy bien el modelo, y, si tenía gasolina, le resultaría fácil hacer un puente.

No fue necesario. El coche no estaba cerrado, y las llaves estaban puestas. Encendió la luz del habitáculo y no vio nada especial, nada fuera de lo normal. El depósito estaba casi lleno, y en la guantera había un paquete de cigarrillos medio lleno, una pistola y una linterna. Miró debajo del salpicadero para comprobar el número de identificación. Como había supuesto, el coche pertenecía al destacamento de policía estacionado en el aeropuerto.

El motor arrancó enseguida, puso las luces y salió hacia la autopista. Condujo a velocidad moderada. Al cabo de unos veinte minutos, fue alcanzado por una ambulancia con la sirena y la luz de emergencia encendidas. Jensen incrementó la velocidad cuando la ambulancia empezó a adelantarle, y pronto la dejó muy

atrás. Algo más tarde, se cruzó con varios autobuses de color gris y dos ambulancias más. Pasaron tan deprisa que no tuvo tiempo de distinguir más detalles.

La lluvia arreciaba y la visibilidad empeoraba cada vez más. En un momento dado, le pareció ver luces en las ventanas de un bloque de viviendas, en uno de los llamados barrios de autosaneamiento. Poco después, cuando apenas estaba a tres kilómetros de la zona donde él vivía, se topó con una barrera compuesta de camiones empotrados que bloqueaban la autopista.

En medio de la barrera, colgaba un gran letrero pintado a mano, que rezaba lo siguiente:

PELIGRO DE CONTAGIO
PUESTO DE SOCORRO 4 KM
SIGA POR LA CARRETERA 73

Bajo el texto, una flecha apuntaba hacia la derecha. Jensen se encontró tan de improviso con la barrera que a punto estuvo de estrellarse contra ella. El comisario vio los restos de un pequeño coche calcinado entre los camiones. Al parecer, otro conductor que, como él, se había topado con aquel muro improvisado, no había corrido la misma suerte.

Se alejó marcha atrás de la barrera abandonada, y tomó la salida de la carretera 73. Pasó más letreros que indicaban la ubicación del puesto de socorro, pero pronto tomó una estrecha vía secundaria que se apartaba de la carretera principal.

El comisario Jensen conocía bien la zona, y aun así le llevó un par de horas llegar a la parte trasera del edificio donde vivía. La lluvia era muy intensa, y apenas pudo comprobar la zona antes de bajar del vehículo. Aparcó en su plaza de costumbre, y cogió la pistola, la linterna y el diario del coche patrulla, que estaba donde debía estar, en el compartimento bajo el asiento del conductor. Sacó su maleta del portaequipajes, cerró el coche y entró en el edificio. La luz de la escalera y el ascensor no funcionaban, ni tampoco había luz en su apartamento.

El edificio permanecía en absoluto silencio.

Encendió la linterna y echó una ojeada a su alrededor. Todo parecía intacto.

Al pie de la puerta había cuatro mensajes que habían echado por el buzón. Dos de ellos estaban impresos, los otros dos eran fotocopias de mala calidad.

La linterna se declaró en huelga en el instante mismo en que se agachó para recoger los papeles. La sacudió varias veces, pero fue en vano. No tenía otra linterna ni nada con lo que alumbrarse.

Miró las agujas fosforescentes de su reloj de pulsera. Marcaban las doce y cinco de la noche. La segunda jornada de su misión empezaba en ese momento.

El apartamento estaba totalmente a oscuras. Se dirigió a tientas hasta la cama, y se quitó el sombrero, el abrigo, la chaqueta, la corbata y la camisa.

Estaba exhausto. Había estado en pie durante muchas horas.

El ambiente frío y húmedo del dormitorio le anunció que tampoco funcionaba la calefacción.

Se echó en la cama y se cubrió con una manta. Se tendió de costado y encogió las rodillas.

En la lejanía, oyó el ulular de sirenas, y Jensen se preguntó si la pareja de la ambulancia habría tenido tiempo de echar ese polvo.

Jensen se despertó en el instante mismo en que abrió los ojos. Una luz grisácea se colaba en el dormitorio, y lo primero que pensó fue que había destrozado su mejor abrigo y que quería lavarse. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño. De los grifos no salía agua, aunque la cisterna del retrete sí funcionó... Una sola vez.

Se acarició levemente la barbilla con las yemas de los dedos. El asunto no tenía mayor remedio, puesto que solo tenía la maquinilla eléctrica de afeitar.

Cuando regresó al dormitorio, cogió una muda y calcetines limpios y empezó a vestirse. Eligió una camisa blanca por estrenar. Se vistió deprisa, aunque con esmero, y se peinó ante el espejo.

Tenía frío y también hambre. Fue a la cocina, aunque sabía que la nevera estaría vacía. La había vaciado tres meses antes, y la había descongelado. En un estante del ropero, escondidas tras las gorras de uniforme, guardaba dos botellas de aguardiente, pero no tenía ningunas ganas de beber alcohol. Rebuscó en los armarios de la cocina, y encontró un tarro de miel en una de las alacenas. Era lo único comestible que tenía en casa. Y como lo único que tenía para beber eran las botellas de aguardiente del ropero, sacó una y se sirvió dos dedos en un vaso. Se bebió el aguardiente a sorbos, mientras se comía una tercera parte del tarro de miel.

Luego volvió al dormitorio y sacó los prismáticos de uno de los cajones de la cómoda. Se apostó junto a la ventana y empezó a escudriñar la zona. Ya no llovía, pero la niebla le impedía ver con claridad. Dirigió los prismáticos hacia el edificio de enfrente, ajustó el foco y recorrió con la mirada las series de ventanas. Todo parecía completamente normal, aunque no había luz en ningún apartamento. No tardó mucho en descubrir ciertos signos de actividad. Reparó en el movimiento de una cortina en una ventana de la séptima planta, y poco después vio un rostro. Era un rostro de mujer. Un instante después, vio también a un hombre tras el cristal de la ventana. Sus rostros parecían pálidos y extraños. Tal vez se debiera a la distancia o a la mala visibilidad. Ambos miraron hacia la calle durante unos segundos, y luego desaparecieron de nuevo tras la cortina. No pudo distinguir ningún otro movimiento en el apartamento, y Jensen tomó

medidas a ojo de la ventana y calculó la ubicación de la habitación en relación con la puerta de entrada. Escalera C, séptima planta, primera puerta a la izquierda.

Prosiguió el examen, y al cabo pudo observar otros detalles que indicaban que el edificio estaba habitado. Leves movimientos de los cortinajes, apenas perceptibles, reflejos en los cristales de las ventanas... Calculó que había gente en una tercera parte de los apartamentos.

Oyó el zumbido alejado de un motor, y dirigió los prismáticos hacia el punto del que provenía. Entonces vio pasar un autobús por la autopista. Venía del centro de la ciudad. Por lo que podía distinguir, no llevaba pasajeros, aunque la niebla sumía sus observaciones en la incertidumbre. Tras el autobús, aparecieron dos vehículos blancos envueltos en la niebla. Probablemente se trataba de ambulancias, con las sirenas y la luz de emergencia apagadas.

Jensen dejó los prismáticos en la ventana, se acercó a la cama y cogió el abrigo. Examinó el desgarrón. Era demasiado grande, de modo que dobló la prenda y la dejó encima del mueble del recibidor. Escogió otro abrigo del ropero, lo sacó y lo colgó en el pequeño vestíbulo. Luego recogió del suelo los comunicados y las fotocopias, y los puso sobre la mesilla de noche, al lado del diario del coche patrulla.

Se sentó en la cama y se puso a leer. Empezó por el diario. Lo fue hojeando hasta dar con el día en que él había salido del país, y luego comenzó a repararlo rápidamente, hoja a hoja. Al principio, no vio nada anómalo o que le llamara la atención. Los seis agentes que habían dispuesto del coche prestaron su servicio por parejas en tres turnos y habían firmado las anotaciones con el número de identificación de su placa. Esos números figurarían asimismo estampados en el lado izquierdo de sus uniformes reglamentarios, pues estaban obligados a llevarlos completamente a la vista. Aquella disposición, sin embargo, solo concernía a los agentes de uniforme, y no incluía a los cuadros de mando. Los seis agentes tenían los números 80, 315, 104, 405, 103 y 601. Como era habitual, las parejas estaban formadas por un agente de los más jóvenes —cuyo número de placa era más alto— y un veterano del cuerpo. En el diario no había más que tres tipos de anotaciones: intervenciones en casos de embriaguez, suicidio e intento de suicidio.

Jensen encontró la primera anotación alarmante en la página fechada el 30 de septiembre. El número 80, que había llevado el diario entre las cuatro de la tarde y la medianoche, había hecho la siguiente anotación:

«16:46 dest km 9 aut s man. 2 det dist 9. 19:05 ord rest regr est.».

A las 16:46 horas, el coche patrulla había sido destacado al kilómetro 9 de la autopista del sur para vigilar una manifestación. Dos personas fueron detenidas y

conducidas a la estación de policía del distrito nueve. El orden quedó restablecido a las 19:05, es decir, más de dos horas después de la alarma, y el coche patrulla pudo regresar a su estacionamiento.

El kilómetro 9 de la autopista sur quedaba muy cerca del centro de la ciudad. No dejaba de resultar sorprendente que un coche patrulla estacionado en el aeropuerto fuese destacado hasta allí.

Jensen empezó a examinar el diario con más atención y mayor interés. Dos anotaciones similares aparecieron en el curso de la siguiente semana, y a partir de ahí se repetían con mucha mayor frecuencia, al tiempo que iban desapareciendo las anotaciones relativas a casos de embriaguez. Era evidente que no les quedaba tiempo para encargarse de los beodos.

Los casos de suicidio, que al inicio del diario habían oscilado entre dos y tres a la semana, solo aparecían ahora de forma esporádica.

A medida que la labor de patrullaje adquiría un carácter de mayor gravedad, los agentes encargados iban descuidando las crípticas abreviaturas de la prosa de sus informes y se contentaban con hacer anotaciones breves, es decir, más o menos hablando claro y con todas las palabras. El diario empezaba a ser confuso y mucho menos preciso. Palabras como desórdenes, disturbios y altercados se repetían en cada una de sus páginas. Al parecer, habían sido destacados a diario al centro de la ciudad o a las zonas cercanas. En la página correspondiente al 2 de noviembre, había una sola anotación de cinco palabras:

«Graves incidentes. Tiroteo. Intervención militar».

La expresión «transporte sanitario», luego abreviada como «TRSNT», aparecía por vez primera tres semanas atrás. Eso significaba que el servicio regular de ambulancias estaba desbordado, y que se tuvo que recurrir al refuerzo de la policía para atender a los casos más graves. A partir de esa fecha, se registraban a diario numerosos transportes sanitarios por parte del coche patrulla.

Luego, la expresión «transporte sanitario» desaparecía de repente. Y empezaban a aparecer otras semejantes: Clínica Central, Hospital General, puestos de socorro... Una y otra vez. A partir del día 25 del mes, el agente 601 había sido el único en llevar el diario. Jensen examinó con atención las restantes páginas. El 25 de noviembre había sido lunes.

«Lunes: Clínica Central. Hospital General. Números 104 y 405 fuera de servicio».

«Martes: El número 80 muere en el coche. Lo llevé a la Clínica Central».

«Miércoles: Estado de excepción. Orden de permanecer en el aeropuerto».

«Jueves: Destacado a bloquear las pistas del aeropuerto».

«Viernes: La radio de policía no funciona. El distrito ochenta y uno sin personal».

«Sábado: Destacado al Hospital General, sección C. Bus».

Esa era la última anotación del diario. Databa de cinco días antes. Jensen repasó en sentido inverso las anotaciones, y relejó las correspondientes al último mes. Luego cerró el libro y lo dejó a un lado.

Las sirenas de las ambulancias volvieron a oírse en la distancia. Parecía que se acercaban, y el comisario se dirigió a la ventana, cogió los prismáticos y enfocó la autopista. La visibilidad seguía siendo pobre, porque volvía a llover con fuerza. Al cabo de unos segundos, surgió una ambulancia de entre la bruma. No iba excesivamente rápida, aunque llevaba las luces de emergencia encendidas. Cincuenta metros más atrás, apareció un autobús de color gris, seguramente el mismo que había visto antes. Lo seguía de cerca otra ambulancia.

A Jensen le pareció que el autobús iba lleno de gente. El convoy se desplazaba en dirección norte, hacia el centro de la ciudad.

Acto seguido, dirigió los prismáticos hacia la ventana del edificio vecino donde antes había visto a dos personas. Creyó observar un leve movimiento de cortinas, como si alguien las hubiera descorrido unos centímetros para poder mirar hacia la autopista.

Volvió a la mesilla de noche, cogió los cuatro comunicados y los colocó, según le pareció, por orden cronológico.

El primero llevaba el siguiente texto:

Se ha declarado una grave enfermedad contagiosa en la ciudad. Queda anulado, por tanto, el derecho de reunión. Queda terminantemente prohibida cualquier concentración de más de tres personas. Todos los ciudadanos que no trabajen en la administración del Estado deberán permanecer en sus casas. Escuelas y empresas privadas de más de tres empleados quedan automáticamente clausuradas. Hagan acopio de alimentos. No hay motivo para dejarse llevar por el pánico. Se ha pedido ayuda sanitaria y ya está en camino. Tomen todas las medidas de higiene posibles. Las comunicaciones de radio, televisión y teléfono funcionan con cobertura limitada. Eviten colapsar la red telefónica con llamadas innecesarias. Los primeros síntomas de la enfermedad contagiosa son los siguientes: debilidad, mareo, fuerte dolor de cabeza y manchas rojas en los ojos. En caso de contagio propio o de cualquier miembro de su familia, diríjense de inmediato al puesto de socorro más cercano. Se están instalando centros de atención sanitaria en todas las escuelas públicas. El más cercano está en la escuela pública del distrito de su residencia. Queda terminantemente prohibido salir de la ciudad. ¡AVISO! ¡El pánico solo puede contribuir a propagar el contagio!

El texto llevaba fecha de 15 de noviembre, y lo firmaba el Ministerio de Salud Pública.

El siguiente comunicado procedía de la misma autoridad, y había sido enviado una semana después, el 22 de noviembre. Su texto decía:

La actual epidemia ha sido controlada, aunque la situación continúa siendo crítica. Sigam cumpliendo las instrucciones anteriores. Algunos vehículos provistos con altavoces pasarán por su zona para informales de nuevos avisos. Los suministros de agua y electricidad solo podrán ser mantenidos con restricciones durante las próximas jornadas. Llenen sus depósitos y demás recipientes de agua potable. Ahorren electricidad. Se exhorta a las personas sanas con credencial de donante de sangre a que comparezcan en el puesto de socorro más próximo o directamente en el Hospital General, sección C. ¡AVISO! ¡Eviten toda forma de pánico!

Los dos comunicados restantes se diferenciaban en varios aspectos de los llamamientos procedentes del Ministerio de Salud Pública. El papel era de otro tipo y de diferente formato, y el texto no estaba impreso, sino fotocopiado. El tono, por lo demás, era también muy distinto. Ambos carecían de fecha, pero Jensen supuso, a la luz de las anotaciones del diario del coche patrulla, que el primero fue enviado el miércoles pasado, es decir, el 27 de noviembre. La redacción era concisa y un tanto brusca:

Queda proclamado el estado de excepción a partir de la medianoche. Se proclama asimismo el toque de queda, lo que significa la total prohibición de circular libremente para todos los ciudadanos, excepto en dos categorías: enfermos y donantes de sangre. En caso de enfermedad, diríjense al puesto de socorro más próximo o directamente a la Clínica Central de Desintoxicación, en el kilómetro 6 de la autopista 2. Si son donantes de sangre, diríjense al puesto de socorro más cercano o directamente al Hospital General. Instrucciones más detalladas en la recepción.

Se trataba, al parecer, de un bando local. La persona que lo firmaba se contentaba con citar su titulación: médico jefe de la zona.

Jensen oyó ruido de motores, se acercó a la ventana y cogió de nuevo los prismáticos. Un convoy de tres camiones del ejército se dirigía por la autopista en dirección norte. Parecían transportar carga pesada. Los remolques estaban cubiertos por lonas.

Miró el reloj. Las ocho menos un minuto. Volvió al dormitorio, y leyó el último aviso fotocopiado.

La epidemia permanece ahora bajo control. Sigue vigente el estado de excepción. A partir de este momento, se amplía el toque de queda a las veinticuatro horas del día. Enfermos y donantes de sangre deberán permanecer asimismo en sus casas, a la espera de nuevas órdenes. Las infracciones al toque de queda ponen en riesgo la salud pública, y se castigarán con severidad.

El documento carecía de fecha, igual que el anterior, y lo firmaba el médico jefe de zona.

Jensen abrió su maleta.

Colocó las dos pistolas sobre la cama, y se quedó mirándolas.

La pistola reglamentaria que había sacado del coche patrulla era la mejor, una Parabellum de 9 milímetros modificada. La Beretta, en cambio, era más ligera y abultaba menos.

Dejó ambas armas donde estaban, cogió un bolígrafo y un bloc de notas sin usar, se puso la ropa de abrigo y salió del apartamento. Bajó las escaleras, y tiró el abrigo roto al depósito de la basura.

El comisario Jensen cruzó con paso resuelto la zona de aparcamiento y el parque infantil, con sus iglús de plástico transparente. Aquel parque era del todo inútil, porque hacía ya tiempo que no había niños en la zona, ni siquiera en situación de normalidad.

El portal y la estrecha entrada del edificio de enfrente eran una copia exacta de su propio edificio. La luz no funcionaba, tampoco el ascensor. Empezó a subir por la estrecha y serpenteante escalera, y se detuvo a medio camino para recuperar el aliento. Escuchó con atención. Sabía que había gente en al menos alguno de los apartamentos, y que la construcción era tan defectuosa como la de su propio edificio, de modo que se oía todo perfectamente. Aun así, no fue capaz de percibir un solo sonido que indicara la presencia de vida humana.

Se detuvo cuando llegó al rellano de la séptima planta, echó una ojeada a su alrededor y llamó quedamente a una de las puertas. Ninguna respuesta.

Esperó un rato, y poco después volvió a llamar, esta vez más fuerte. Siguió sin oír nada.

Entonces golpeó la puerta con los puños y gritó:

—¡Policía, abran la puerta!

En esta ocasión, le pareció distinguir un ruido proveniente del interior del apartamento. Sonó como una risa ahogada. Acaso un hondo suspiro.

Jensen examinó la puerta. Probablemente podría abrirla. Al amparo de la vigente legislación antialcohólica, la policía tenía la potestad legal de allanar viviendas particulares sin una orden previa. En su llavero llevaba un montón de llaves maestras, con cuya ayuda podía abrir todas las cerraduras de viviendas y establecimientos más o menos estándar. La ley de marras estaba provista de toda una serie de cláusulas adicionales, excepciones y disposiciones especiales, todas formuladas de manera igualmente ambigua. También señalaba la prohibición de cambiar los cerrojos de las puertas de los apartamentos por cerraduras especiales. Siempre que se tratara, por supuesto, de casos normales. La distinción entre casos normales y casos especiales no se formulaba con claridad en ningún pasaje de la ley, pero existía una praxis bastante simple a la hora de

hacer un juicio de valor. Esta vez se trataba de una puerta normal en un distrito normal y, por tanto, probablemente podría abrirla. Aunque para hacerlo tenía que contar al menos con una sospecha de delito.

De pronto, empezaron a oírse ruidos dentro del apartamento. Objetos grandes y pesados eran arrastrados por el suelo, para ir a parar contra la puerta. Por lo visto, los inquilinos estaban levantando una barricada en la entrada.

Jensen se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras. Siguió oyendo, tres plantas más abajo, el ruido de los objetos, seguramente muebles, que se apilaban unos encima de otros.

La puerta se abría hacia dentro. Estaba convencido de que, en otras circunstancias, habría podido forzarla.

Fuera caía una llovizna fina y apaciguadora. La bruma persistía, y la neblina no parecía superar los sesenta metros de altura.

El comisario Jensen se detuvo un instante y miró a su alrededor. El coche patrulla estaba donde lo había dejado la noche anterior.

Aquel vehículo estaba destinado a uso policial, y construido en consecuencia. Carrocería a prueba de balas, ruedas antipinchazos... Podía cerrarse por dentro, estaba equipado con dos aparatos de radio —magnetófono incluido— y llevaba un motor especialmente potente. Jensen estaba familiarizado con el modelo. Se dirigió hacia el coche, abrió la puerta y tomó asiento tras el volante. Probó el magnetófono. Funcionaba, pero no había nada grabado. Comprobó el equipo de radio. También funcionaba, o al menos dejaba oír un tenue murmullo en la frecuencia de la policía. Eso era todo. Apagó el equipo de radio, arrancó el motor, se metió en la autopista y se dirigió en dirección norte hacia el centro de la ciudad.

Condujo sin prisas, a pesar de que no había más coches que el suyo en la autopista.

Unos veinte minutos más tarde, oyó el sonido de una bocina, y una ambulancia de color blanco apareció en su espejo retrovisor a unos cincuenta metros de distancia. Jensen no aumentó de velocidad, y la ambulancia lo alcanzó enseguida. El tipo que la conducía seguía tocando el claxon. Cuando se puso a su altura, vio a dos hombres vestidos de blanco en el asiento delantero. El que se sentaba al volante le indicó algo con gestos impacientes, pero Jensen prefirió ignorarlo. La ambulancia no realizó ningún adelantamiento. En vez de eso, empezaron a arrimarse para obligarlo a detenerse en el arcén. La maniobra no fue especialmente habilidosa, pero unos minutos más tarde Jensen se vio obligado a frenar para evitar una colisión. La ambulancia también frenó, y quedó atravesada delante del morro del coche patrulla. El comisario apagó el motor, aunque siguió sentado. En aquel momento, se dio cuenta de que no se trataba de

una ambulancia reglamentaria, sino de una furgoneta pintada de blanco, provista de cruces rojas pintadas de cualquier manera en todas sus puertas, laterales y traseras. Los dos hombres se apearon y se dirigieron hacia él.

Ambos lucían brazaletes azules, pero por lo demás vestían totalmente de blanco. Batas blancas, pantalones blancos, zuecos blancos...

Uno de ellos era alto, con el pelo bien cuidado y peinado hacia atrás, y con una perilla negra bien recortada. Sus ojos eran de un color azul grisáceo, y llevaba gafas de montura negra. La expresión de su rostro era arrogante, y su mirada un tanto circunspecta.

El otro era flaco y de baja estatura, de rostro afilado y pelo moreno, peinado con una raya en medio. Un mechón le caía por la frente. Sus labios eran gruesos, y parecían esbozar permanentemente una sonrisa tan usual como incierta. La mirada de sus ojos negros, perdida como estaba en algún punto del suelo o en los zuecos de su compañero, daba cierta impresión de ausencia.

El más alto trató de abrir la puerta del coche. No pudo. Volvió a hacer gestos impacientes con las manos, y empezó a decir algo.

Jensen le indicó el otro lado del coche, alargó la mano y apretó un botón. La ventanilla bajó apenas un centímetro. Los hombres de la ambulancia rodearon el coche.

—¿Está usted enfermo o sano? —le preguntó el más alto en tono autoritario.

—Sano.

—Tenemos que examinarlo con mayor detenimiento. Salga del coche.

Jensen no respondió. El hombre le dedicó una mirada severa.

—¿No ha oído lo que le he dicho?

—Sí.

—Salga del coche.

El hombre de la mirada perdida tiró de la manga de la bata de su colega, le señaló un punto difuso y le dijo algo. Su voz fue tan baja e imprecisa que Jensen no fue capaz de distinguir las palabras. El más alto lo escuchó con atención, y asintió con expresión preocupada.

—¿Por qué lleva usted un coche de la policía?

—Porque soy policía.

Jensen mostró su placa.

—Entonces está usted enfermo —sentenció el más alto de modo categórico.

—Vamos a encargarnos de usted —dijo el otro sin mirar al comisario—. Puede ser grave.

—Exacto, puede ser grave —repitió el más alto en tono concluyente.

—Estoy bien —contestó Jensen—. ¿Quién es usted?

—Soy médico.

—¿Puede demostrarlo?

Los dos hombres se movieron como si estuvieran sincronizados. Sacaron sus placas laminadas en plástico y las mostraron. Jensen se limitó a asentir. Las credenciales de identificación parecían auténticas.

—Está infringiendo el toque de queda —dijo el más alto—. Tenemos que hacernos cargo de usted.

—Tenemos que hacernos cargo de usted —repitió su compañero en voz baja.

—No lo creo —corrigió Jensen—. Soy oficial de policía.

—¿Qué grado ostenta?

—Soy comisario jefe.

—La policía carece de autoridad. Además, usted está enfermo.

—¿Y quién tiene la autoridad? —preguntó Jensen.

—Las autoridades sanitarias.

—¿Quién es su inmediato superior?

—El general médico.

—¿El general médico?

El hombre de sonrisa incierta y mirada esquiva volvió a susurrar algo ininteligible.

—Exacto —dijo el más alto—. No tenemos por qué responder a sus preguntas. Estamos en estado de excepción. Usted ha infringido las disposiciones vigentes y pone en riesgo la seguridad pública.

Jensen no dijo nada.

—Está gravemente enfermo y vamos a hacernos cargo de usted. No tema nada.

—No tema nada... —volvió a repetir el otro en voz baja.

El más bajito hurgó en el bolsillo de la bata y extrajo una jeringuilla. La toqueteó, y, como si estuviera ensimismado en sus pensamientos, preguntó:

—¿Cuál es su grupo sanguíneo?

—¿Cuál es su grupo sanguíneo! —repitió el más alto con más severidad que nunca.

—Tengo factor Rh negativo —contestó Jensen.

El hombre de la jeringuilla pareció resucitar por un instante.

—Excelente, excelente —dijo para sí mismo—. Ocúpate de que salga del coche.

—¡Salga del coche! —repitió el más alto.

Jensen guardó silencio.

—Tenemos prerrogativas excepcionales. Como usted comprenderá, nuestra obligación es frenar la epidemia. Haga lo que le decimos. Obedezca.

—¿Adónde piensan llevarme?

—Al Hospital General —contestó el más alto.
—Sección C —añadió su colega.
—Puedo ir solo.
—Salga, no tenemos tiempo que perder.
—Rh negativo... —farfulló el otro toqueteando la jeringuilla.
—¡Tenemos cosas más importantes que hacer! —exclamó el más alto.
—En ese caso, adiós —replicó Jensen.
Alargó la mano y volvió a accionar el botón.

La ventanilla se cerró de nuevo. El hombre de la jeringuilla reaccionó de inmediato y trató desesperadamente de abrir la puerta del coche, pero el colega de mirada severa le agarró el brazo en gesto tranquilizador. Los dos se dirigieron entonces hacia la improvisada ambulancia, y, antes de sentarse en el asiento del copiloto, el más bajito le lanzó una mirada de reprobación a Jensen por encima del hombro.

Ambos subieron al vehículo sin cerrar las puertas, y enseguida empezaron a hacer algo. Al poco rato, Jensen se dio cuenta de que el más alto sostenía un micrófono delante de él, y que sus labios se movían.

Giró a toda prisa un interruptor del salpicadero, y conectó el visor de frecuencias. En menos de quince segundos, había dado con la longitud de onda adecuada. Al parecer, antes incluso de que los hombres de la ambulancia consiguieran establecer contacto.

—Hospital General, adelante. Hospital General, adelante... Hay que joderse, no contestan... Sí, parece que ahora...

La radio emitió un leve crujido, y se oyó una voz lejana y chirriante. Era un hombre:

—Hospital General al habla. Adelante.
—El coche trescientos al habla.
—Bien. ¿Dónde estáis?
—En la autopista sur, junto a...

Violenta crepitación. Había perdido la conexión. Jensen ajustó el dial, y poco después volvió a distinguir las voces.

—¿Un coche patrulla de la policía?
—Sí.
—¿Y decís que es un comisario?
—Parece que sí.
—Traedlo aquí de inmediato.
—Es que se niega.
—¿Vais armados?
—Bueno, tenemos una pistola. Pero...

—Pero ¿qué?

—No sabemos cómo funciona.

—¿Es que sois imbéciles?

Se quedaron en silencio un breve instante, hasta que volvió a sonar la voz del hombre, esta vez más irritada aún:

—Está bien. Enviamos una patrulla. Mantenedlo ahí.

Jensen arrancó el motor, dio marcha atrás y luego esquivó la ambulancia.

—¡Se larga! —sonó una voz estupefacta en la radio.

Jensen ya los había sobrepasado, y pisó el acelerador. Por el espejo retrovisor, vio que la ambulancia se ponía en marcha.

—Se nos escapa.

—¿En qué dirección va?

—En dirección norte.

—Bueno, no hay problema. Seguidlo. Tendrá que detenerse a la entrada del túnel. De ahí no pasará.

Jensen pisó a fondo el acelerador, y la ambulancia desapareció enseguida en medio de la llovizna. Cogió la siguiente salida, giró a la derecha y dejó la autopista.

Un cuarto de hora más tarde, pudo oír un par de réplicas por la radio.

—El policía...

—¿Sí?

—Ha desaparecido.

La voz parecía más seria que antes, pero había perdido algo de rigor. Ahora era una mujer quien atendía la llamada.

—No tiene importancia —dijo despreocupada—. No podrá entrar dentro de la zona acordonada.

—Tenemos que volver ya.

—Hacedlo. Y no os preocupéis, todo está bajo control.

El comisario Jensen evitó circular por zonas de viviendas y vías rápidas. Atravesó extensos polígonos industriales y diversos descampados que los especuladores aún no habían conseguido explotar. Todas las fábricas y talleres parecían estar abandonados, y los únicos seres vivos con los que se cruzó eran pájaros. El camino que había elegido bordeaba la zona del vertedero municipal, y cuanto más se acercaba más abundaban los pájaros. Casi todos eran blancos y negros. Él no era ornitólogo, era policía, y sabía muy poco de pájaros, pero no era extraño que abundasen en ese lugar.

Los montones de basura, desperdigados a lo largo y ancho del vertedero, ardían como de costumbre, pese a la lluvia. El hedor de las pequeñas humaredas era nauseabundo. Cuando dejó atrás aquella zona, los pájaros desaparecieron.

Aunque la radio seguía conectada, no volvió a oír nada más. Era probable que las ambulancias se comunicaran con el hospital por distintas frecuencias.

Jensen atravesó una zona de bosque plagada de desperdicios y escasamente poblada de pinos y abetos. Buena parte de los árboles ya habían muerto, y los pocos que aún quedaban solo mostraban unas copas tocadas de verde mate y cubiertas de polvo. El camino era estrecho y accidentado, lleno de baches. Aquel sendero prácticamente ya no se utilizaba, y nadie se ocupaba de su mantenimiento. Redujo la velocidad y detuvo el coche cuando llegó a una pequeña colina que se alzaba ante él.

Sabía perfectamente dónde se encontraba. En el distrito veintiuno de policía, junto al límite del centro de la ciudad. Si era cierto que el centro urbano estaba acordonado, Jensen se encontraba en un punto crítico. El camino conducía, cuesta arriba, hacia la cima de la colina. Al otro lado, había una pequeña barriada estándar de seis bloques de viviendas en total, una parada de autobús, un supermercado y un par de quioscos. Los edificios se alineaban a la largo de una de las aceras de una calle ancha, y en la acera de enfrente se alzaba un terraplén por donde discurrían las vías del tren, que iban a parar al vertedero municipal. Se trataba, al parecer, de una calle que oficialmente carecía de salida, aunque en realidad conectaba con el camino en el que Jensen se encontraba

ahora. Todos los habitantes del barrio lo conocían. Y también debería saberlo cualquiera que pretendiese conocer los planes de ordenación urbana.

Jensen se apeó del coche y lo dejó cerrado. Luego se apartó del sendero y comenzó a caminar cuesta arriba. La cima de la colina estaba cubierta de maleza, arbustos y matorrales. Se agazapó tras los arbustos y echó un vistazo a la zona. Los seis bloques de viviendas parecían abandonados, y lo único que rompía el silencio era el suave repiqueteo de la llovizna. Las ventanas del supermercado estaban destrozadas, y en la parada había un autobús abandonado. No pudo distinguir ninguna señal de vida, ni en los bloques de viviendas ni a lo largo de la calle, cuyo trazado dominaba desde lo alto de la colina. Allí no había ningún cordón policial, y estaba convencido de que era prácticamente imposible acordonar todas las calles que desde aquel punto conducían al centro de la ciudad.

De pronto, cuando ya estaba a punto de volver sobre sus pasos y regresar al coche, le pareció percibir un movimiento dentro del supermercado. Se detuvo en seco y se quedó inmóvil, a la espera. Al cabo de unos pocos segundos, volvió a ver una tenue sombra en el interior, y poco después una persona salió del establecimiento a través de las lunas destrozadas del escaparate.

Se trataba de un niño, un chiquillo vestido con un anorak amarillo azafrán, pantalones largos azules y botas rojas de agua. Estaba demasiado lejos para precisar si se trataba de un niño o de una niña, pero vio que llevaba algo en la mano. De pronto, empezó a correr en zigzag hacia el bloque de viviendas más próximo al pie de la colina, en el lindero del parque.

Jensen descendió de prisa hacia el fondo sin ventanas del edificio, y llegó allí cuando el pequeño aún se encontraba entre el aparcamiento y el bloque de viviendas. Se asomó a la esquina, y vio que el niño caminaba ahora hacia él. El objeto que llevaba en la mano era una bolsa de plástico que contenía caramelos de diversos colores, y el pequeño, que caminaba con las puntas de los pies hacia dentro, iba tan ensimismado mirando los caramelos que estuvo a punto de tropezar con sus propias piernas en un par de ocasiones.

Parecía tener unos cuatro años, cinco como mucho, y se dirigió a la entrada de la última escalera, a unos metros escasos de la esquina. Era tan canijo que tuvo que apoyar todo el peso de su cuerpo para abrir el portal.

Jensen se movió de prisa a lo largo del muro y lo siguió. Al entrar, oyó claramente los pasos del niño en la escalera.

El comisario Jensen permaneció inmóvil unos segundos frente a la puerta del apartamento. No llegaba ningún ruido desde el interior, pero sabía que el niño de la bolsa de caramelos acababa de entrar allí apenas un minuto antes. También sabía que alguien había esperado al pequeño con la puerta entreabierta, y que había tirado rápidamente de él al interior del apartamento. Ese alguien le había soltado una reprimenda en voz baja. Su voz parecía ronca y tensa.

Jensen se había desplazado con cautela hasta la puerta y estaba seguro de que nadie lo había visto ni oído.

Llamó levemente con los nudillos de la mano derecha. Pasos cortos y rápidos repiquetearon en el piso del apartamento. Un segundo después, la ranura del buzón se abrió desde dentro. A través del resquicio de unos tres centímetros de ancho, Jensen vio un par de ojos azules completamente abiertos, a la sombra de unas pobladas pestañas largas y rubias. El chiquillo estaba de rodillas delante de la puerta, mirándolo a través de la ranura del buzón.

—Es un hombre —dijo con voz clara.

—Apártate de la puerta ahora mismo.

Era la voz de una mujer.

—Es un hombre —repitió el niño—. Está ahí fuera.

—Ven, ven aquí, por Dios —susurró la mujer desesperada.

Jensen volvió a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza. La ranura del buzón se cerró de golpe. Alguien había apartado al niño con brusquedad.

—Abran —dijo Jensen.

La mujer solo contestó después de un rato de silencio.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy policía. Abra la puerta.

De nuevo un largo silencio.

—¿Qué desea usted? —preguntó finalmente la voz.

—He visto al niño hurtar artículos del supermercado. Abra.

Jensen llamó una vez más a la puerta. No hubo respuesta.

—Si no me abre por las buenas, forzaré la puerta.

Oyó que los de dentro se movían y cambiaban de posición de forma tan rápida y silenciosa como podían.

Jensen sacó sus llaves. Se trataba de una cerradura corriente, y escogió sin dudarle una de sus ganzúas especiales, la introdujo en el ojo de la cerradura y la giró. Un ligero chasquido metálico le anunció que había conseguido abrirla. Le dio un leve empujón, y la puerta se movió hacia dentro con un tenue chirrido de bisagras. Las cortinas estaban corridas, pero dejaban pasar la suficiente luz para distinguir todos los detalles esenciales. El apartamento era exactamente igual al suyo, y estaba equipado con muebles casi idénticos a los suyos. La mujer estaba paralizada en medio del comedor, con el niño a su lado, y lo sujetaba con fuerza de la mano. El niño miraba a Jensen, aunque no parecía asustado en absoluto.

Jensen se quedó donde estaba, observando con atención el apartamento. A través del suave murmullo de la llovizna, percibió el sonido de una respiración contenida a su derecha.

—Usted, salga de ahí. Apártese de la puerta y póngase al lado de los demás.

La mirada de la mujer dejó traslucir su pánico y apretó con más fuerza la mano del niño. Jensen creyó que lo más conveniente era mostrar su placa.

—Salga de ahí y colóquese al lado de los demás —repitió—. Es una orden, y no la voy a repetir.

Casi al instante, se oyó un suspiro hondo y resignado, y un hombre que había estado pegado a la pared, tras la puerta de entrada, salió de su escondite y se puso al otro lado del niño. Miró a Jensen con suspicacia. Era un hombre de baja estatura. Iba descalzo, vestido con un pantalón arrugado, y llevaba la camisa desabrochada. En la mano sujetaba un martillo.

Jensen les mostró su placa.

—Mi nombre es Jensen —dijo—. Soy comisario de policía del distrito dieciséis. Estoy a cargo de una investigación, y quiero hablar con ustedes.

—Policía... —susurró el hombre incrédulo—. ¿Una investigación?

—Él no entiende lo que está pasando —se apresuró a decir la mujer con voz trémula—. Es muy pequeño. Solo tiene cuatro años. No entiende lo que está pasando.

—Suelte ese martillo —dijo Jensen.

El hombre se agachó y, sin dejar de mirar a Jensen, dejó el martillo en el suelo con mucha cautela, como deseando no producir ningún ruido innecesario. Su mirada expresaba más docilidad y miedo que convicción y odio.

—Ya sabe vestirse solo, y ha aprendido a abrir la puerta... —siguió diciendo la mujer—. Está acostumbrado a correr y a jugar por todo el apartamento. Se escapó de casa cuando nosotros estábamos en la cocina, sin que nos diera tiempo a impedirselo.

Se calló y miró a Jensen fijamente.

—Es tan pequeño... —añadió.

—¿Son ustedes sus padres?

—Sí.

—Los padres tienen la obligación de cuidar a sus hijos menores.

—Sí, pero...

—¿Por qué no fueron tras él?

El hombre miró a Jensen con gesto de sorpresa.

—No nos atrevimos...

Jensen cruzó el umbral y cerró la puerta a su espalda.

«Está solo —pensó el hombre—. Tendría que haber intentado acabar con él a martillazos».

El apartamento apestaba a orina, basura y excrementos, pero sus inquilinos no parecían notarlo.

—El aire que respiran aquí está viciado... —advirtió Jensen.

—No funciona nada —dijo la mujer—. No tenemos luz y los desagües no sirven de mucho sin agua. Tampoco nos atrevemos a abrir las ventanas.

Jensen sacó su bolígrafo y su bloc de notas.

—¿Por qué no se atreven?

—¿Y usted lo pregunta? —respondió el hombre—. ¿Acaso ignora lo que ha ocurrido?

Jensen no dijo nada.

—La epidemia. ¿Es que no ha oído hablar de ella?

—¿Le ha afectado a usted o a algún miembro de su familia?

—No.

—¿Conocen a alguien que haya tenido síntomas?

—Sí. A unos cuantos que vivían aquí, en el barrio. Pero no los conocíamos.

—¿Qué les ocurrió?

—Se los llevaron, supongo que al hospital. Aunque al parecer uno murió antes de que llegara la ambulancia. Era policía, por cierto.

—Es decir, que no se atreven a salir por miedo a contagiarse.

El hombre miró a Jensen con cierto asomo de duda, pero fue la mujer quien respondió:

—Claro, es lo que nos han dicho.

—¿Lo que les han dicho?

—No podemos salir —dijo ella—. Está prohibido.

—Pero no está prohibido abrir la puerta si alguien llama a ella.

—No —intervino el hombre—. Pero...

—Pero ¿qué? —lo interrumpió el comisario.

—No creí que usted fuera policía. Yo...

Se interrumpió y se quedó callado. Fue el niño quien habló entonces:

—¿Eres un policía?

—Sí, soy policía —contestó Jensen secamente.

—Hace varias semanas que no hemos visto a ningún policía —dijo la mujer—. No creíamos que quedara ninguno.

Jensen volvió a mirar al hombre.

—¿Dónde trabaja usted?

—En el servicio de limpieza pública, en el vertedero municipal. Hasta que empezó todo esto.

—¿Cómo empezó?

—Primero empezaron a correr un montón de rumores acerca de esa horrible enfermedad. Después llegó el aviso de que el riesgo de infección era demasiado grande para seguir trabajando... Solo se mantendrían los servicios mínimos. Pero... ¿por qué me pregunta todo eso?

—Porque lo ignoro por completo —contestó Jensen—. Acabo de llegar del extranjero.

—Ah —dijo el hombre, incrédulo.

—¿Cómo recibieron esos avisos?

—En una nota impresa que todos recibieron en su buzón. También lo dijeron por televisión. Entonces aún funcionaba... Fue el 15 del mes pasado.

—¿Qué pasó después?

—Yo pude seguir trabajando, como de costumbre. Las operaciones de limpieza entraban en los términos de excepción.

—¿Y cómo notaron la epidemia?

—Oímos rumores de que miles de personas estaban siendo ingresadas en los hospitales, de que la gente moría como moscas y de que se necesitaban donantes de sangre. Luego...

—¿Sí?

—Poco después del primer aviso, una semana más tarde más o menos, los empleados de la radio y la televisión se declararon en huelga, y a nosotros se nos dio la orden de abandonar el trabajo. Luego llegó otro papel. Decía que el riesgo de infección ya no era tan grande, pero se nos ordenaba hacer acopio de alimentos y agua, y se nos instaba a no salir de casa. La nota también señalaba que seguían siendo necesarias las donaciones de sangre.

—¿Se ofreció usted voluntario?

—¿Voluntario? ¿Para donar sangre? No. Oí que algunos lo hicieron, pero...

—Pero ¿qué?

—Nunca regresaron.

—¿Ha salido de casa desde entonces?

—Sí, claro. La prohibición de salir de casa no llegó hasta el miércoles de la semana pasada. Un día antes cortaron el suministro de agua. La electricidad la cortaron hace poco, el sábado.

—¿Cómo se les informó de ello?

—Mediante esos impresos que repartían.

—¿Quién los repartía?

—Soldados y asistentes sanitarios. También recorrieron calles y plazas en camiones provistos de grandes altavoces, proclamando la prohibición de salir, la urgencia de las donaciones de sangre y la orden de no obedecer a nadie más que a médicos y personal sanitario.

—¿Se mantuvo el servicio de autobuses?

—No, no, ni mucho menos. Los autobuses desaparecieron mucho antes, al mismo tiempo que los periódicos.

—¿Cuánta gente queda aquí, en el barrio?

—Ni idea. Unos pocos.

—¿Dónde cree que están los demás?

El hombre se lo quedó mirando.

—¿No lo sabe usted?

—No. ¿Dónde están?

—Ni idea. No lo sé.

—¿Cuándo se fueron?

—No se fueron —contestó la mujer—. Se los llevaron.

—¿Se los llevaron?

—Qué extraño que usted no lo sepa. Creíamos que había pasado lo mismo en toda la ciudad.

—¿Se los llevaron a todos de una vez?

—Primero a los niños. Fue la tarde anterior a la declaración del estado de excepción y toque de queda. Llegaron aquí en autobús. Lo vimos desde la ventana.

—¿Qué clase de autobús?

—Un autobús normal, rojo, de línea. Con cuatro personas dentro, dos hombres y dos mujeres. Fueron de puerta en puerta llevándose a todos los niños menores de doce años. Aquí no había muchos niños.

—¿No les abrió la puerta?

—Sí. Fue la última vez que abrimos a nadie. Una de esas mujeres llamó a nuestra puerta. Quería llevárselo.

El hombre señaló al niño con un gesto.

—Pero nos negamos. Entonces se enfadó y dijo que podía llevárselo por la

fuerza. Incluso lo intentó, pero yo la eché de casa.

—¿Por qué quería llevarse al niño?

—Dijo que era por su propio bien, y que nosotros no lo entenderíamos. Dijo que, de poder hacerlo, también nos llevaría a nosotros.

—¿Quién era esa mujer?

—No lo sabemos. Nunca la habíamos visto antes. Creo que una especie de enfermera. No lo dijo, pero llevaba puesto un uniforme, una especie de uniforme verde, como de quirófano.

—¿Adónde pensaban llevarse a los niños?

—Dijo que a un lugar donde estarían a salvo. Cuando le pregunté dónde estaba ese lugar, nos aseguró que no lo sabía. Por eso no permitimos que se lo llevara.

—¿Y los demás niños del barrio?

—Se llevaron a muchos. Vimos cómo los metían en el autobús y salían pitando.

—¿Cuántos?

—Tal vez veinticinco o treinta.

Jensen hizo un cálculo aproximado. Seguro que todos debían de pertenecer a barrios como este.

—Pobres padres... —dijo la mujer—. Malditos hijos de puta, ¿quién les ha dado derecho a llevarse a los niños?

—¿Y ustedes no saben quiénes eran las personas que se los llevaron?

—No.

—¿Llevaban brazaletes?

—No, nada de nada.

—¿Alguno de esos niños estaba enfermo?

—No, que yo sepa.

—Veamos, ¿qué pasó después?

—Al día siguiente, declararon el estado de excepción y el toque de queda. En el barrio ya no quedaban niños.

—Pero los mayores ¿siguieron en sus casas?

—Sí, aunque nadie salía a la calle. A la mañana siguiente, el jueves de la semana pasada, vinieron tres ambulancias y cuatro autocares con las sirenas puestas y todo eso.

—¿Qué tipo de autocares?

—Parecían militares. Con ellos iban varios médicos, o enfermeros. Llevaban batas blancas. Los acompañaba una docena de soldados de un regimiento de sanidad. Reconocí sus uniformes. Yo mismo serví en un regimiento de sanidad durante mi servicio militar.

—¿Ningún policía?

—No vimos a ninguno, aunque la verdad es que solo miramos un poco a través de las ventanas. Por cierto, usted ha preguntado por los brazaletes. Esos sí llevaban, brazaletes de color azul. Todos ellos. Una doctora o enfermera en bata blanca vociferaba por megáfono que todos los que estábamos sanos seríamos evacuados debido a la epidemia. Nos llevarían a algún lugar donde el riesgo de contagio no fuese tan alto. Dijo que no teníamos que llevar nada con nosotros, puesto que pronto estaríamos de vuelta en casa, y aseguró que el lugar al que nos conducirían estaba provisto de todo lo que íbamos a necesitar. Lo único que debíamos hacer era bajar las escaleras a toda prisa, y dejar abiertas las puertas de nuestros apartamentos para que pudieran fumigar con desinfectantes. Después seríamos vacunados. Dijo que eran órdenes de un general o algo por el estilo.

—¿El general médico?

—Exacto, el general médico. Fueron muchos los que bajaron voluntariamente y subieron a los autocares.

—¿Y ustedes?

—No... Decidimos no hacerlo. Tuvimos miedo cuando se llevaron a los niños de esa forma, así que decidimos quedarnos aquí.

—¿Pasó algo más?

El hombre miró desconcertado a su esposa.

—Fue horrible —dijo ella—. Cuando ya no salió más gente de sus casas por mucho que ellos lo ordenaran a voces, los médicos y los soldados empezaron a subir las escaleras y fueron puerta por puerta...

—¿Y?

—Yo salí al rellano —contestó el hombre inseguro—. Y..., sí, pude oír cómo derribaban puertas cerradas y sacaban a rastras a la gente que se había quedado. Nosotros dejamos abierta la puerta de entrada y nos encerramos en el armario. No nos encontraron.

—Tuve que taponar la boca todo el tiempo —dijo la mujer señalando al niño—. Creí que lo iba a asfixiar. Pero al cabo de media hora escasa volvimos a oír los ruidos de las sirenas y motores que se alejaban. Solo entonces nos atrevimos a salir de nuestro escondite.

—¿Y quién ha estado aquí desde entonces?

—Nadie excepto usted —contestó el hombre—. Aunque siguen pasando ambulancias de vez en cuando. Van buscando y llevándose con ellos a todo el que anda por la calle.

—No podemos salir a la calle —añadió la mujer apretando la mano del niño.

—¿Son ustedes los únicos que quedan en el edificio?

El hombre y la mujer cruzaron una mirada de duda.

—¿No han oído mi pregunta? —dijo Jensen.

—Sí, la hemos oído —respondió el hombre.

—¿Y?

—Creo que hay más gente. Fueron varios los que hicieron como nosotros. Se escondieron. No los hemos visto, pero los hemos oído.

—Aquí se oye todo... —añadió la mujer a modo de excusa.

Jensen miró fijamente al hombre.

—Una cosa más —dijo.

—¿Sí?

—¿Por qué no obedecieron la orden de evacuación cuando tantos otros lo hicieron? ¿Y por qué no permitieron que se llevaran al niño a un sitio más seguro?

El hombre cambió el pie de apoyo y miró nerviosamente a su alrededor.

—Responda a mis preguntas.

—Bueno, yo seguí trabajando mucho más tiempo que los demás, y...

—¿Y qué?

—Tenía... Tenía colegas que trabajaban en los trenes y camiones encargados de recoger la basura del Hospital General y de la Clínica Central de Desintoxicación. Contaban...

Se quedó callado.

—¿Qué contaban?

—Que todos los que entraban en ambos sitios se contagiaban y morían. Tanto los donantes de sangre como los demás.

—Pero ¿sus colegas nunca se contagiaron?

—No. Pero tampoco entraron nunca en esos edificios.

—Entonces ¿solo se trataba de rumores?

—Sí —dijo el hombre.

Jensen examinó su libreta de anotaciones. Unos segundos después, preguntó:

—¿Que ocurrió antes, antes de la epidemia?

El hombre y la mujer lo miraron desconcertados.

—Nada —contestó el hombre—. Yo me limitaba a trabajar.

—Pero se produjeron altercados. Se suspendieron las elecciones.

—Oí rumores de ello. Pero ni la tele ni los periódicos dijeron nada al respecto.

—¿No dijeron nada?

—Solo la suspensión provisional de las elecciones, porque había elementos antisociales que trataban de sabotearlas.

—¿Había elementos antisociales en su lugar de trabajo?

El hombre se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. La policía detuvo a algunos.

—¿Qué policía?

—No lo sé. Pero alguien dijo que se trataba de la policía secreta.

—No hay ninguna policía secreta.

—Ah, ¿no hay?

—Por supuesto que no. ¿Cuántos fueron arrestados?

—Solo unos cuantos. Otros se largaron voluntariamente.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Pertenece usted a algún partido político?

—No.

—¿Suele votar en las elecciones?

—Sí, claro. A favor de la política del Consenso.

La mujer se movió inquieta.

—Eso no es cierto... —dijo en voz baja.

El hombre la miró con pesar.

—Bueno, si tengo que ser sincero, no solemos votar en la actualidad. Pero no es ningún delito, ¿verdad?

—No, no lo es.

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Por qué tendría que votar, si no entiendo nada.

Jensen cerró su libreta de anotaciones.

—¿Así que usted no vio ninguno de esos disturbios en la vía pública?

—No. Solo oí rumores.

—¿Qué clase de rumores?

—Que mucha gente estaba cabreada con los socialistas, y que empezaron a hostigarlos.

—¿Cuándo fue eso?

—Durante las manifestaciones y actos por el estilo. Les dieron lo que se merecían.

Jensen se guardó el bolígrafo y la libreta.

—¿Saben ustedes quién rompió las lunas del escaparate del supermercado de abajo?

—Sí. Fueron los mismos que se llevaron a los niños. Asaltaron el supermercado y lo cogieron casi todo.

El niño dijo algo que Jensen no entendió. Su madre le susurró que se quedara callado.

—¿Qué ha dicho el pequeño? —preguntó Jensen.

—Pregunta si usted tiene un pang-pang —contestó la madre sonrojándose—. Se refiere a si lleva pistola.

—No, no llevo ninguna pistola.

Jensen miró la bolsa de caramelos en la mano del niño y dijo:

—Recuerda que deberás pagarla cuando vuelva la normalidad.

El hombre asintió.

—En otro caso, las consecuencias pueden ser desagradables.

Jensen se dirigió hacia la puerta. La mujer lo acompañó y le susurró al oído:

—¿Cuándo volverá la normalidad?

—No lo sé. Lo mejor es que no salgan de casa hasta nuevo aviso. Adiós.

Nadie dijo nada más, y el comisario Jensen salió y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas.

No había mucho que ver de camino a la comisaría del distrito dieciséis. Las calles de la ciudad estaban desiertas, y todo el centro urbano parecía abandonado a su suerte. Todas las tiendas permanecían cerradas a cal y canto, al igual que los comedores de relucientes cromados que, con anterioridad, a expensas de la contrata conseguida por los sindicatos de la alimentación con el Ministerio de Salud Pública, habían servido sus estandarizados menús, tan científicamente compuestos como escasamente atractivos. El nombre de esos establecimientos era lo único sugerente, lo único que invitaba a entrar en ellos: por lo general, se llamaban «Paraíso Culinario» e iban provistos de subtítulos como «El buen bocado», «El sueño del chef», «Come y disfruta», y así hasta el hartazgo. En sus escaparates, había imágenes de los distintos menús que ofrecían, reproducidos en plástico con cuidadoso esmero, y tanto allí como en el interior de sus locales había letreros distribuidos mancomunadamente por el ministerio y el consorcio que regentaba los comedores. Casi siempre con los mismos consejos: «Mastica bien y despacio, pero no ocupes tu mesa en vano. Otros ciudadanos esperan». Esos lacónicos mensajes expresaban en palabras los intereses de ambas partes. Jensen había tenido problemas de digestión durante su prolongado período de enfermedad, y solo había visitado esos establecimientos en contadas ocasiones. Sabía, no obstante, que los menús se preparaban en una cocina central y se distribuían en porciones. La producción había sido racionalizada un par de años atrás, hasta el punto de que solo se servía un menú diario en todos los comedores de la ciudad, una medida que había comportado un ahorro importante, es decir, un fuerte aumento de los beneficios del consorcio que fabricaba la comida. Pensando en la salud pública, los menús estaban diseñados por un grupo de expertos del ministerio. Un menú típico podía componerse de tres pedazos de carne picada en salsa espesa, dos cebollas fritas, cinco patatas cocidas, una hoja de lechuga, medio tomate, un vaso de leche pasteurizada y tres rebanadas de pan, además de una porción de mantequilla vitaminada, otra porción de queso fundido, un café en envase de plástico y una pasta. Al día siguiente, solía ser más de lo mismo, con la única excepción de que la carne era sustituida por pescado

cocido. Todo se servía en una sola bandeja de plástico envuelta en celofán. La práctica totalidad de las empresas privadas del ramo habían sido absorbidas poco a poco por el gran consorcio de la industria alimentaria.

Los especialistas que se dedicaban a temas relacionados con la cohesión social ya habían descubierto, años atrás, que el hecho de que centenares de miles de personas comieran exactamente la misma comida a la misma hora dotaba a la población de mayores sentimientos de protección y pertenencia colectiva. Los mandamases de esa producción benefactora no vivían en el país. Hacía mucho tiempo que residían en islas muy lejanas del sur. Las revistas semanales publicaban a intervalos regulares algunos reportajes acerca de ellos. En esa especie de documentales, uno podía verlos sentados en barcos de vela o posando junto a balaustradas de mármol, con palmeras y playas de fondo.

En las calles había coches aparcados de cualquier manera y en los cruces de las arterias principales, al igual que en el aeropuerto, había vehículos militares abandonados. Carros de combate y otros vehículos, acorazados en su mayoría. En algunas partes, se veían escaparates destrozados y señales de tiroteo en las paredes de los edificios, pero en ningún caso se trataba de grandes estragos ni daños graves. Jensen no vio a nadie, ni a vivos ni a muertos. Tampoco se cruzó con ambulancias ni otros vehículos, pero cuando pasó junto al Ayuntamiento distinguió una columna de camiones en marcha por el cinturón de ronda número 7. Los remolques iban muy cargados y cubiertos por toldos, y, a juzgar por la dirección que llevaba, el convoy se dirigía a la Clínica Central de Desintoxicación. El convoy no llevaba ninguna escolta.

Jensen llegó a la comisaría del distrito dieciséis un cuarto de hora más tarde. Al cruzar el portón del patio, vio su antiguo coche de servicio aparcado en su sitio, aunque no con el mismo esmero que él solía aparcarlo. Vio que las puertas no estaban cerradas y que las llaves estaban puestas en el contacto. El comisario hizo un leve gesto de negación con la cabeza. Siempre había considerado chapuceras e imprecisas las actuaciones del jefe de la sección de agentes de paisano. Los informes que presentaba solían estar llenos de imprecisiones, a menudo redactados de forma caótica, y abarrotados de detalles que no venían al caso. Nunca le habría recomendado para puestos de mando de mayor responsabilidad.

Las puertas de la comisaría también estaban abiertas. La sala de guardia, con su anacrónico mobiliario, permanecía abandonada a su suerte, y nada indicaba que el conjunto del edificio albergara a nadie, ni vivo ni muerto. Echó una ojeada a su alrededor, subió lentamente la escalera de caracol y se dirigió a su despacho. Colgó sus prendas de abrigo y se sentó, por vez primera en tres meses, tras su escritorio. Dirigió la mirada hacia el reloj eléctrico de pared, y vio que

estaba parado por primera vez en quince años.

El escritorio estaba irritablemente desordenado. Lápices y papeles esparcidos de cualquier forma, informes sin completar... Abrió los cajones, y vio que allí el desorden era aún mayor. Le llevó un cuarto de hora adecentar su mesa. Luego se dirigió al archivo y sacó el diario que el comisario de distrito en funciones debía llevar con escrupulosa meticulosidad, puso el mamotreto sobre la mesa, y empezó a examinarlo. Retrocedió hasta su último día de servicio, y leyó la última anotación que él mismo había hecho.

«Entregado el mando a las 10:00 h».

Algo más abajo, en la misma página, su suplente había escrito:

«He arrestado a treinta y nueve de los cuarenta y tres de la lista. Agentes de paisano, pertenecientes a algún cuerpo de seguridad, se los han llevado para interrogarlos. Parece que Jensen ha cometido algún lapsus, pero es que estaba enfermo».

La nota era un ejemplo típico de la incapacidad del hombre para expresarse como era debido. Jensen arrugó la nariz, no por la impertinente nota, sino más bien por las torpes e imprecisas formulaciones.

Siguió leyendo. Las anotaciones correspondientes a la siguiente semana solo especificaban el número de detenidos por embriaguez y la frecuencia de muertes repentinas, todas parecidas a esta:

«Cuarenta y ocho arrestados por motivo de embriaguez a lo largo de la tarde. Dos de ellos se quitaron la vida».

Después de que él mismo se diera cuenta de la desafortunada frase, tachó lo de «se quitaron la vida» y escribió «fallecieron repentinamente en los calabozos».

Al día siguiente:

«Sigo sin que llegue un nuevo médico. Un engorro».

Magnífica redacción. Jensen siguió revisando páginas y leyó el siguiente comentario, por supuesto absolutamente fuera de lugar:

«Hoy llegó el nuevo médico. Ha oído decir que Jensen está prácticamente muerto y que va a ser incinerado en el extranjero. El jefe de personal de Jefatura cree que resulta innecesario repatriar sus restos. Los muchachos han hecho una colecta para una bonita corona de imitación».

El sábado 21 de septiembre, empezaban las anotaciones que Jensen estaba buscando:

«Todos los efectivos enviados a proteger una manifestación contra paisanos indignados. Fue bien, a pesar del tenso ambiente».

Y una semana después:

«Nuevos altercados con motivo de manifestaciones. Mucho peor que la vez

pasada, pero conseguimos resolverlos por los pelos. Movilizados los efectivos de otros distritos. Irritante para el personal, ya que deben proteger a los manifestantes contra su propia voluntad y en contra de ciudadanos de a pie, gentes honradas y de orden».

El 3 de octubre, su sustituto escribía:

«Graves altercados políticos con motivo de una manifestación. Han sido destacados efectivos de provincias cercanas».

Y una semana después:

«Graves tumultos ante las sedes de los partidos y ante las embajadas de países amigos. Difícil para la policía. Son muchos los que actúan en contra de sus convicciones».

Y unos días más tarde:

«Por fin hemos recibido la orden de llevar armas y actuar con mano dura».

La anotación hecha el 21 de octubre estaba escrita con descuido y formulada de forma insatisfactoria:

«Las elecciones han sido aplazadas y ya no existe ningún orden. Los socialistas no se atreven a manifestarse frente a las embajadas de países amigos. Ahora son las gentes de orden quienes asedian las embajadas de los países hostiles. No podemos proteger esas legaciones, ni hay nadie en el cuerpo que quiera hacerlo. He oído decir que esas embajadas cierran y que su personal abandona el país».

Jensen siguió leyendo.

«Dos casos de embriaguez esta noche. No me queda tiempo para ellos».

«Larga lista de arrestos del Servicio de Seguridad. Ciento veinticinco nombres. Pude dar con ochenta y seis. Los demás se habrán escondido».

«Nueva lista de arrestos del Servicio de Seguridad. Traté de ponerme en contacto con el jefe de policía. Está en el extranjero. Lo mismo que varios miembros del Gobierno. Resulta difícil recibir órdenes como es debido».

Esas anotaciones habían sido escritas el 30 de octubre. Al día siguiente, aparecía el siguiente resumen:

«Esta mañana se ha producido la esperada intervención militar. Carros de combate, vehículos acorazados y toda la pesca. Me ha llegado la noticia de que los traidores a la patria planean un gran golpe el sábado, lo dicen los periódicos, la radio y la televisión. La moral del cuerpo está mejor que nunca. Todos arden en deseos de escarmentar a los socialistas de una vez por todas».

Y un añadido totalmente improcedente:

«¡Qué pena que el viejo J no haya presenciado esto! ¡Espero que lo disfrute desde el cielo!».

Jensen leyó aquellos heterodoxos asertos con el ceño fruncido. Estaba más

que decepcionado. Pasó rápido de página, y fue directamente al crítico sábado.

«Todo el rojerío prácticamente derrotado por nosotros y los militares. También nos han ayudado muchos civiles de orden. ¡Qué gran día!».

Dos días más tarde:

«¡Hoy se presentaron aquí tres putos socialistas pidiendo protección! Tuvieron lo que se merecían».

El 12 de noviembre, había un comentario que indicaba cierto grado de agotamiento.

«Todo parece haber vuelto a la normalidad. Los militares siguen en ello, pero nosotros podemos empezar a dedicarnos a los borrachos».

Al día siguiente, llega la primera señal de alarma.

«Se ha declarado una epidemia. Nuestros coches han sido equipados como vehículos sanitarios».

El 15 de noviembre llega la confirmación.

«Grave enfermedad contagiosa. Preocupación entre las autoridades sanitarias. Un 30 % de bajas en el distrito».

La semana que siguió aparecía sin anotaciones.

«Más del 50 % del personal está de baja médica, varios han fallecido. Todos los vehículos disponibles se dedican a transportar enfermos a la Clínica Central de Desintoxicación, y a conducir a donantes de sangre al Hospital General».

Tres días después:

«La enfermedad es terriblemente contagiosa. Yo mismo empiezo a sentirme mal. Escasez de personal pese a la ayuda militar».

Después, seguían tres anotaciones más. Estaban escritas con otra caligrafía y aparecían sin firmar.

«Lunes, 25 de noviembre. Ayer falleció el comisario en funciones. Fue incinerado sin demora».

«Miércoles, 27 de noviembre. Estado de excepción».

«Sábado, 30 de noviembre. Policías y militares disponibles bajo el mando de las autoridades sanitarias. Damos parte al general médico».

Era la última anotación del anuario, y databa de cuatro días atrás.

El comisario volvió a leer todo el texto de nuevo. Luego sacó su bolígrafo y escribió con todo esmero:

«Miércoles, 4 de diciembre. Retomo el mando a las 10:30 h. La comisaría está sin personal. J-n».

Cerró el diario y lo puso en su sitio.

Cuando volvió a sentarse ante su mesa, le pareció percibir un tenue ruido proveniente con toda seguridad de los calabozos.

El comisario Jensen descendió por la escalera de caracol, atravesó la desolada sala de guardia, abrió una puerta de acero y bajó a los sótanos. Los techos y el piso de los calabozos, de reciente construcción, estaban pintados de blanco, y las celdas provistas de relucientes barrotes de acero. A pesar del tiempo nublado y de la carencia de luz artificial, los calabozos no estaban tan oscuros como había esperado. Las celdas, en su gran mayoría, permanecían vacías y con las puertas abiertas. Pero dos de ellas estaban cerradas. Miró a través de los barrotes de la primera. Había una mujer en la litera, bajo la ventana enrejada de la celda. Estaba desnuda, y sus ropas desparramadas por el suelo de cemento. Yacía de espaldas. Le bastó una sola mirada para darse cuenta de que estaba muerta. Probablemente había muerto hacía ya unos cuantos días. Su piel era blanca como la cal, y sus ojos miraban al techo, desorbitados. Era bastante joven y de tipo ordinario, rubia y de piel tersa, con las axilas y órganos genitales depilados. Al margen de aquella anormal palidez, la muerte no había modificado su semblante de forma apreciable. El frío de los calabozos, desprovistos de calefacción, había contribuido sin duda a preservar sus restos mortales. Jensen prefirió no abrir la puerta para examinarla con mayor detenimiento, y prosiguió su marcha hacia la otra celda cerrada. Estaba al fondo de la galería, a la izquierda. Allí también había una persona tendida en la litera, aunque en esta ocasión se trataba de un hombre que, por lo demás, estaba vivo. Yacía de lado, con el rostro contra la pared, y estaba ovillado en una manta gris de la policía, como si fuera una larva. Parecía temblar de frío. La celda apestaba a orina y excrementos. Jensen no se movió. Se limitó a observarlo durante unos instantes sin decir nada. Luego sacó un llavero, abrió la puerta y entró en la celda. El hombre giró la cabeza y clavó la mirada en él. Tenía el rostro plagado de picaduras y los ojos purulentos, inyectados en sangre, una perilla entrecana y las mejillas chupadas.

—¿Cómo...? —susurró con voz ronca—. ¿Quién...?

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Jensen.

—Cuatro o cinco días, aproximadamente —contestó el hombre con un hilo de voz.

—¿Por qué fue arrestado?

—Por lo de siempre. Borrachera.

Jensen asintió.

—Es la tercera vez...

Tres infracciones consecutivas a la ley que regulaba el consumo de bebidas alcohólicas conllevaban de inmediato el ingreso en lo que ahora llamaban «clínicas de desintoxicación». No pasaba de ser una medida rutinaria.

—Pero, en esta ocasión, a la mañana siguiente no vino ningún furgón a recogerme. No vino nadie, en realidad. De no haber tenido la palangana llena de agua, me hubiera muerto de sed.

—¿Ha estado solo todo este tiempo?

—Los maderos..., perdón..., la policía detuvo a una chica al mismo tiempo que a mí. ¿Es usted policía?

—Sí.

—Pero no creo que ella estuviera ebria. En todo caso, no la detuvieron solo por eso. La vi durante unos segundos cuando nos practicaron el registro. Pero oír, la he oído, eso puedo asegurárselo. Aullaba, rugía y gritaba un montón de cosas raras. Sin embargo, deje de oírla hace un par de días.

Jensen asintió de nuevo. Miró al hombre y dijo:

—¿Puede caminar por su propio pie?

—Creo que sí, pero no he comido desde que llegué aquí. Solo tenía esa maldita agua de la palangana.

—Acompáñeme.

El arrestado apartó la manta y fue levantándose poco a poco. Las piernas le temblaban, de modo que el comisario lo tomó del brazo y lo condujo a la sala de guardia. El hombre estaba muy débil y parecía físicamente consumido, probablemente más por su avanzado estado de alcoholismo que por el forzoso ayuno al que se había visto obligado durante las últimas jornadas.

Jensen encontró un paquete de galletas, una bolsa de panecillos y tres botellas de refrescos en la cantina que había junto a la sala de guardia. Luego sacó los dos carnets de identidad que había en el cajón en el que solían guardarse los documentos de los arrestados durante la noche, y se llevó al hombre hasta su despacho. Allí examinó con detenimiento ambos carnets de identidad, mientras el hombre se llevaba unas galletas a la boca y se bebía uno de los refrescos.

La mujer era soltera y tenía veintiséis años de edad. Sus datos profesionales indicaban que había trabajado de especialista informática en el Ministerio de Comunicaciones. Nunca había sido arrestada por motivos de embriaguez. En su caso, la habían detenido por otra cosa: atentado contra la moral pública.

El hombre tenía cuarenta y siete años y había desempeñado oficios varios. Ya

había sido ingresado en tres ocasiones en una clínica de desintoxicación, y las tres marcas rojas de su carnet indicaban que estaba listo para una cuarta estancia. Dichas estancias se alargaban un mes en cada ingreso. Empezaban con un mes y seguían con dos, tres, cuatro y más aún. Si había una quinta detención con su respectivo ingreso, el interfecto era considerado caso aparte, lejos de todo cuidado, y se lo internaba por tiempo indefinido. Esa era la rutina.

Jensen observó el entusiasmo con que el hombre comía las galletas. Al acabar con el primer paquete, el arrestado se lo quedó mirando:

—¿No tendrá...? —pareció dudar.

—¿Sí?

—¿No tendrá usted algo de aguardiente?

En el almacén de las comisarías de policía solían amontonarse buenas cantidades de bebidas alcohólicas confiscadas a los detenidos. Los camiones del monopolio de vinos y bebidas espirituosas pasaban a recogerlas una vez al trimestre, para ponerlas de nuevo a la venta.

—No se puede beber aguardiente en estas dependencias, va contra el reglamento —contestó Jensen haciendo un gesto de rechazo.

—Ah, claro... Es que tengo tanto frío.

Jensen sacó la libreta de anotaciones.

—Voy a hacerle un par de preguntas —dijo.

—De acuerdo.

—Usted dijo que esa mujer no parecía borracha. ¿En qué basa esa observación?

—Bueno, ya le dije que solo la oí. Berreaba y gritaba. Creí que estaba enferma o loca.

—¿Oyó lo que decía?

—Sí, a veces. Gritaba que todo era rojo, que la celda estaba llena de niebla roja.

—¿Algo más?

—Decía obscenidades.

—¿Qué tipo de obscenidades?

—Todas las imaginables. Gritaba que no soportaba llevar ropa encima. Que ella era libre y no podía encerrar su cuerpo. Y otras cosas por el estilo. Luego se puso a llorar y a bramar como una fiera. Pero hace un par de días dejé de oírla. Tal vez la primera noche. No lo sé exactamente.

—¿En qué circunstancias fue usted detenido?

—De la manera más tonta y azarosa.

—¿Cómo?

—Había bebido. Había bebido durante varias semanas. Y justo cuando pasaba

por delante de la entrada de la comisaría, me caí y me quedé dormido. Bueno, por lo menos fue ahí donde me despertó el mald... el agente de uniforme que me arrestó.

—¿Aquí, en la puerta de la comisaría? ¿Quién le practicó el registro?

—El mismo agente que me despertó. Lo cierto es que no vi a ningún otro agente. Creí que el furgón pasaría a recogerme a la mañana siguiente para depositarme en dique seco, pero nunca vino nadie. Hasta ahora, hasta que usted apareció y me soltó.

—¿Cuándo vio por primera vez a esa mujer?

—La llevaba esposada el mismo policía que me detuvo.

—¿Por qué?

—No sabría decirle. Pero no creo que estuviera ebria.

—No, ya lo ha dicho.

—Creo que estaba loca. Gritaba y daba la bronca, al policía le dijo que la dejara en paz y que se ocupara de exterminar a la chusma.

—¿Qué chusma?

—No tengo ni idea. Luego se levantó el vestido y nos enseñó... Bueno, eso, el coño.

—¿Cómo reaccionó el policía entonces?

—Ah, muy bien. Con mucha calma. Dijo que tenía mucho que hacer, y que se encargaría de que me recogiesen a la mañana siguiente para llevarme a la clínica. Luego añadió que enviaría a un médico para examinar a la chica, pero no vino nadie. Al menos es lo que creo. Luego se fue. Dijo que tenía que ir al hospital, que pronto estaría de regreso. Pero no volvió. No vino nadie. Si yo no hubiera tenido agua en esa palangana... ¿Está seguro de que no tiene un poco de aguardiente?

Jensen no respondió.

—Hace tanto frío... —repitió el hombre—. Tengo frío.

—Le voy a dar comida fría y unas mantas. Una cosa más.

—¿Qué?

—¿Qué tal ha pasado usted estos últimos meses, antes de su detención?

—Bien.

—¿A qué se refiere con bien?

—A lo que le digo. Nunca lo he pasado tan bien como estos dos últimos meses.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, como usted comprenderá, un hombre como yo se dedica sobre todo a beber... Antes trabajaba en un taller mecánico. No tengo ningún techo donde cobijarme, y uno va por ahí, de sitio en sitio. Y siempre con miedo a la policía,

tratando de mantenerse apartado para no volver a ser detenido y aparcado en dique seco.

El hombre siguió farfullando para sus adentros durante un rato. Al cabo, dijo:

—... Y esta vez voy a pasarme cuatro meses.

—¿Por qué ha dicho que lo ha pasado tan bien en los últimos meses?

—Porque de repente nadie se ocupó de nosotros, los borrachos. La policía se pasaba nuestro caso por el arco del triunfo. Decían que tenían otras cosas que hacer. Se pasaban todo el día repartiendo palos a los que llevaban pancartas y todo eso. Había revuelo político. Y un montón de militares... También dispararon e hicieron lo suyo.

—Y las elecciones fueron aplazadas.

—¿Qué elecciones?

—Las elecciones parlamentarias. Las elecciones democráticas.

—Ah, eso. ¿A quién coño le importan esas cosas? Yo no voto nunca. La política es para unos cuantos que entienden de lo que se trata. Decidir y eso. Muy bien, pero luego...

—¿Sí?

—La gente dejó de ir al trabajo. Se había declarado una enfermedad contagiosa. Decían que las personas se morían.

—¿Tiene usted miedo a la enfermedad?

—Qué va, de una forma u otra, todos acabamos muriendo.

—¿Así que no sabe qué ocurrió?

—No, no tengo ni idea. Cada vez salía menos gente a la calle, incluso apagaron el alumbrado. Aunque claro, yo estaba borracho la mayor parte del tiempo. Hay que joderse, mira que ir a tropezar en la mismísima puerta de una comisaría.

—¿Sabe usted leer?

—Pues claro, eso se aprende en la escuela. Pero...

—¿Pero qué?

—La verdad es que nunca leo nada. Solo se escriben cosas que nada tienen que ver con uno. Galimatías.

Ambos se quedaron callados. Poco después, el hombre preguntó:

—¿Ha pasado ya la epidemia?

—No creo.

—Vaya.

—Usted ha permanecido aquí cinco días, según lo anotado en su ficha. A excepción de la mujer de la celda número ocho, ¿ha visto u oído algo o a alguien más durante estos cinco días?

El hombre titubeó.

—Ah, sí. Ayer.

—¿A quién vio?

—No vi a nadie. Pero oí el ruido de un coche en el patio. Oí el zumbido del motor. Parecía un jeep. Ya le dije que trabajé de mecánico..., es decir, antes de esto. Reconozco los coches por el ruido del motor. Creo que se trataba de un jeep.

—¿Qué más?

—Alguien salió del coche. Una persona. Lo deduje por los pasos. Pero no bajó a los calabozos. Me parece que él subió por las escaleras.

—¿Él? ¿Está seguro de que era un hombre?

—Eso me pareció.

—¿Y?

—Traté de gritar, pero fue como si me hubiera quedado sin voz. Al poco rato, oí cómo se marchaba.

—¿Nada más?

—No.

Jensen cerró la libreta y dejó el bolígrafo. Recogió los panecillos, las galletas restantes y las dos botellas de refrescos. Acompañó al hombre al local de arrestos, cogió mantas, un orinal y una jarra de agua, y metió al hombre en una celda limpia. La cerró.

—¿Está seguro de que no quiere darme un poco de aguardiente? —preguntó el hombre.

—Sí, estoy seguro. Me ocuparé de que lo lleven cuanto antes a una clínica de desintoxicación.

Jensen volvió a su despacho, se sentó a la mesa y releyó lentamente todo lo que había anotado. Al cabo de casi una hora, oyó el ruido de un motor, se levantó y se dirigió a la ventana.

Un jeep con capota de lona cruzó la entrada del patio. Aparcó tan pegado al muro que Jensen no pudo ver a la persona que bajaba del vehículo.

El comisario Jensen permaneció sentado tras su escritorio, a la escucha.

La persona que había salido del jeep no se preocupó de moverse con cautela o disimular sus diligencias. Sus pasos resonaron en la planta baja, en la sala de guardia, y seguidamente oyó cómo ascendían por la escalera de caracol. El visitante siguió por el pasillo y pasó de largo ante el despacho de Jensen. Por la forma en que caminaba y por su respiración, el tipo cargaba con un objeto pesado. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse. Por lo que Jensen pudo deducir, el interfecto había entrado en la centralita de radio.

Esperó un par de minutos. Entretanto, le pareció percibir vagos ruidos mecánicos.

Jensen se levantó, salió del despacho y dirigió sus pasos hacia la centralita de radio. Llamó con cuidado a la puerta antes de abrirla.

Un hombre estaba inclinado sobre un equipo de radio. A su lado, en el suelo, había dos acumuladores. Parecían baterías de coche. El hombre se volvió y se lo quedó mirando. Jensen lo reconoció de inmediato. Era el médico pelirrojo de la comisaría.

Vestía un mono de color caqui y botas de goma. Llevaba una metralleta terciada al hombro, con el cañón apuntando al suelo.

—Vaya... —exclamó moviéndose lentamente—. Jensen. Ya me preguntaba yo de dónde había salido el coche que hay aparcado en el patio. Ayer no estaba aquí. De modo que se ha recuperado.

—Sí. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Trataba de poner este aparato en funcionamiento —contestó el médico despreocupado—. ¿Y usted, qué hace?

—Trato de enterarme de lo ocurrido.

—No es tarea fácil.

El médico dudó unos instantes, meneó la cabeza y volvió a centrar su atención en el equipo de radio.

—Así que sobrevivió a la operación —repitió—. Es sorprendente. ¿Cuándo volvió?

Jensen miró el reloj.

—Hace una hora.

—¿Y ahora trata de enterarse de lo ocurrido?

—Sí. Y de lo que pueda ocurrir.

El médico volvió a menear la cabeza.

—No va a serle fácil —dijo—. ¿Cómo entró en el país?

—En helicóptero.

—¿Por encargo del Gobierno?

—Más o menos.

Jensen tomó la iniciativa:

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido?

—En parte.

—¿Cómo en parte?

—Algo atroz.

—Eso he podido deducirlo yo solo.

—Pero, por desgracia, algo completamente lógico. Es una historia larga. Muy larga.

—Soy todo oídos.

—Ahora no tengo tiempo. Además, usted sabrá tanto como yo si piensa un poco.

—He pasado tres meses fuera.

—Es cierto. Y han pasado muchas cosas durante todo ese tiempo. Pero lo realmente importante ocurrió antes de que usted viajase. Mucho antes.

El médico siguió centrado en sus cables y enchufes. Al cabo, miró al comisario y dijo:

—¿Sabe usted cómo funciona este trasto?

—No.

—Haré lo que buenamente pueda.

El equipo de radio empezó a crepitar. Una voz cristalizó entre el bullicio de interferencias:

—Coche veintisiete al habla. ¿Pueden oírnos?

—Sí, claro que les oímos. ¿Qué pasa?

Jensen reconoció tanto la voz como el tono indolente de la mujer que había hablado con los hombres de las batas blancas.

—Es del Hospital Central. Está hablando con los ocupantes de una de esas ambulancias —dijo Jensen.

—Debería haberles disparado —replicó el médico.

—No estaba armado, y además se identificaron debidamente.

—De todos modos, debería haberlos matado.

El médico bajó el volumen de la comunicación por radio y miró pensativo a Jensen.

—¿Qué ha averiguado hasta ahora? —preguntó finalmente.

—Muy poco.

—Tampoco yo lo sé todo. Llegué ayer. Me refiero aquí, a la ciudad. Hay muchas cosas que tampoco entiendo.

—¿Dónde estuvo antes?

—En el campo. En un bosque.

—¿Escondido?

—Sí.

—Pero usted fue arrestado, ¿no es cierto?

El médico le dedicó una larga mirada.

—No, no fui arrestado.

Jensen no dijo nada.

—Gracias a usted, de hecho —añadió el médico.

—Quiere decir que se dio a la fuga.

—Sí. Nunca llegué a bajar por esa escalera. Me quedé tras la puerta de su despacho y le oí llamar al puesto de guardia. Luego subí al tejado y pude alcanzar el edificio vecino. Hui.

—Entonces debería arrestarlo ahora.

El médico meneó la cabeza.

—Por lo que sé, la policía ya no existe. Solo queda usted. Y tampoco hay ningún Gobierno que le pueda dar órdenes. Ni a mí, por lo que me toca. Ya no hay nadie que nos pueda ordenar que nos comportemos como verdaderos imbéciles.

—No entiendo a qué se refiere.

El médico giró el interruptor en el panel de mandos.

—Bueno, por lo menos funciona —dijo—. Podemos necesitarlo en otra ocasión.

—Está usted hablando en clave —replicó Jensen.

—Sí, de algún modo sí. Y además no tengo tiempo. Cada diez minutos muere una persona. En vano. Y no muy lejos de aquí.

—¿La epidemia?

El médico asintió y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo y se volvió. Tenía los ojos rojos, estaba sin afeitarse y parecía muy cansado.

—¿Jensen?

—Sí.

—¿Mantiene algún contacto con... quien sea que le haya hecho el encargo?

—No.

—¿Le interesa la política?

—No.

—¿Pero sabe algo de política?

—No más que el común de los mortales.

—Eso está bien. Quiero que me ayude con una cosa.

—¿Con qué?

—Tengo una persona conmigo en el jeep, en el patio. Un hombre. Está en muy mal estado. Me gustaría que se hiciera cargo de él hasta que yo esté de vuelta. Acompáñeme.

Jensen asintió y le siguió hasta el jeep.

—Agárrelo de ahí —pidió el médico—. En la habitación de al lado de su despacho hay un sofá, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Entonces lo acomodaremos allí.

El hombre en cuestión parecía tener unos treinta años. Estaba envuelto en una manta y tumbado en el asiento trasero. Estaba pálido, y sus mejillas hundidas. Nada indicaba que estuviera consciente. Jensen se dio cuenta de lo poco que pesaba cuando lo llevaron escalera arriba. Lo tumbaron en el sofá, y el médico desplegó la manta. En ese momento Jensen vio que el hombre era inválido. Carecía de ambas piernas.

—¿No debería estar este hombre en el hospital?

—De allí viene —respondió el médico.

Jensen lo miró, inquisitivo.

—Por ahora está dormido, pero despertará pronto. Le he puesto una inyección. Podrá hablar con él cuando se espabile un poco. Seguro que tiene cosas que contarle. Aunque pueda parecerle extraño, su estado mental no está afectado. — El médico se encogió de hombros, y añadió secamente—: Y puede interrogarlo, si así lo desea.

—¿Quién es?

—Un buen amigo. Si aún tiene dolor, puede darle una de estas pastillas. Le adormecen y duerme una hora, pero el dolor desaparece. Es posible que deba tomarlas cada dos horas. Y ofrézcale algo de beber, si es que tiene. Si se va de aquí, deje las pastillas al alcance de su mano y déjele algo para leer.

—¿Pero y si viene alguien?

—Aquí no viene nadie. No queda gente en la ciudad. Al menos por ahora. ¿Piensa usted seguir con su investigación?

Jensen asintió.

—En ese caso, puedo ofrecerle una pista: «Trampolín de acero».

—Trampolín de acero...

—Sí. Averigüe de qué se trata. Puede preguntárselo a alguien. O tal vez averiguarlo en el Ministerio del Interior o en la policía secreta. O en la sede del partido.

—No hay ninguna policía secreta.

—No. Es cierto. Pero le aseguro que la había. Ahora tengo que irme.

El médico miró su reloj de pulsera.

—Estaré de vuelta hacia las siete de la tarde.

—Una cosa más —dijo Jensen.

—¿Sí?

—Hay una mujer muerta en una de las celdas. Debería examinarla.

—Veamos.

Bajaron a los calabozos. El hombre alcohólico se había quedado dormido en su litera y tiritaba bajo las mantas.

—¿Quién es ese desdichado? —preguntó el médico.

—Un beodo reincidente por tercera vez.

—¿Por qué no le da una botella del aguardiente consignado?

—Eso va en contra del reglamento.

—Ya no hay ningún reglamento, Jensen. Y ese hombre se está muriendo de frío.

Prosiguieron hasta la celda de la mujer muerta, abrieron la puerta de barrotes de acero y entraron. El médico le echó un vistazo, y pasó la yema de su dedo índice sobre la piel de su estómago.

—¿La epidemia? —preguntó Jensen.

—Sí. La enfermedad. Ha muerto a causa de ella. ¿Ve usted su piel, casi transparente? ¿Y los órganos genitales anormalmente inflamados? Seguro que tuvo tiempo de sorprenderse antes de morir.

—¿Cómo se llama la enfermedad?

—No lo sé... —El médico hizo una pausa y agregó—: Acaba de ser descubierta.

—¿Hay alguna cura?

—No. De haberle tomado una prueba poco antes de su muerte, la sangre hubiese parecido nata.

—¿No hay ninguna vacuna, un antídoto?

—No.

—¿Y no tiene miedo de contagiarse?

—No.

El médico miró al comisario.

—Esta enfermedad no es contagiosa, Jensen, no es contagiosa —dijo.

El hombre del sofá se removió inquieto y abrió los ojos. Habían pasado treinta y cinco minutos desde que el médico subió al jeep y salió del recinto de la comisaría. Jensen acercó su silla al sofá y atrapó la mirada sorprendida del hombre.

—Se encuentra en la comisaría del distrito dieciséis. Mi nombre es Jensen.

Hizo el ademán de llevarse la mano al bolsillo de la pechera para sacar su placa, pero detuvo el movimiento y dejó caer la mano.

—¿Quiere beber algo?

El inválido asintió y humedeció sus labios con la lengua.

—Sí, se lo agradezco.

Su voz era clara y jovial.

—Su amigo lo dejó aquí. Volverá un poco más tarde. ¿Siente dolor?

El hombre negó con la cabeza. Jensen destapó una de las botellas de refresco y llenó un vaso de plástico. El hombre lo aceptó y bebió. Sus manos temblaban.

—¿Ha estado siempre inválido?

—¿Qué? Ah, eso. No, no, qué va.

—¿Desde cuándo?

—Pues no lo sé con certeza. ¿Qué día es? Es decir, hoy.

—Miércoles, 4 de diciembre.

—Ah, vaya. Aquí hace bastante frío.

Jensen cogió una manta más y la extendió encima del hombre.

—¿Se siente mejor ahora?

—Sí, gracias. ¿Qué me había preguntado?

—¿Qué le ha ocurrido?

—Es una larga historia. Usted conoce tan bien como yo lo ocurrido.

—Lo cierto es que no.

El inválido le lanzó una mirada inquisitiva y dijo:

—¿Quién es usted?

Jensen le mostró su placa.

—Soy policía. Jensen, comisario del distrito dieciséis.

—Odio a la policía.

—¿Y eso?

—¿Y me lo pregunta usted? ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Nada. Ocuparme de usted hasta que vuelva su amigo.

El hombre del sofá no parecía salir de su asombro.

—El 4 de diciembre... —susurró—. Entonces ha pasado más de un mes.

—¿Desde qué?

—Desde el 2 de noviembre.

—¿Qué pasó el 2 de noviembre?

—¿No lo recuerda? ¿Tiene algún problema mental?

—No estaba en el país. Llegué ayer.

—No le creo. Está mintiéndome.

El hombre volvió la cabeza y se quedó con el rostro contra el respaldo del sofá.

—¿Por qué voy a mentirle? —preguntó Jensen.

El tipo no respondió y Jensen no repitió la pregunta.

La lluvia de fuera se había convertido en nieve. Grandes copos resbalaban por los cristales de las ventanas. Al cabo de un buen rato, el hombre del sofá dijo:

—Tiene usted razón. ¿Qué sentido tendría que me mintiera?

Silencio.

—¿Qué quiere saber?

—Trato de averiguar lo ocurrido en el país.

—Solo sé lo que me ha ocurrido personalmente a mí.

Se quedó callado unos instantes y luego añadió:

—Y a algunos que conozco.

Jensen esperó unos segundos, antes de decir:

—Al médico de esta comisaría, por ejemplo.

—Sí.

—¿Hace mucho que lo conoce?

—Sí, varios años. Cinco o seis por lo menos.

—¿Cómo se conocieron?

—Perteneíamos a la misma agrupación... O asociación, si así lo prefiere.

—¿Qué tipo de asociación?

—Una asociación sectorial, de tipo político.

—¿Una agrupación comunista?

—Más bien socialista. Al menos así la llamábamos.

El hombre volvió la cabeza para mirarlo.

—No está prohibido —dijo de pronto—. Los partidos políticos no están prohibidos.

—No.

—Tampoco está prohibido manifestarse.

—No, tampoco. ¿Ha dicho alguien lo contrario?

—No, pero... —Se interrumpió, y miró a Jensen a los ojos—. ¿Es cierto que usted no estuvo aquí el 2 de noviembre?

—Sí, así es. ¿A qué se dedicaba su grupo político?

—Discutíamos cuestiones varias.

—¿Y sacaron alguna conclusión?

—Sí. Que el orden político reinante era y es censurable, y que debía ser derribado.

—¿Y eso?

—Porque el denominado consenso nunca ha sido nada distinto a un fraude. Este se impuso porque el supuesto movimiento socialista estaba a punto de perder el favor de los asalariados y la clase obrera. Y en esa coyuntura, los socialdemócratas vendieron al conjunto de sus electores a la burguesía. Decidieron formar parte de la gran coalición... o Consenso, como más tarde se llamó, por un único motivo, por la voluntad de un puñado de personas de mantenerse aferradas al poder. Abandonaron el socialismo, modificaron sucesivamente el programa del partido y entregaron todo el país al imperialismo y al capitalismo.

—Pero usted no puede recordar todo eso —replicó Jensen en tono amable—. ¿Qué edad tiene?

—Treinta años. Pero he estudiado a fondo esas cuestiones durante mucho tiempo. El partido socialdemócrata y el movimiento sindical renunciaron a sus principales postulados ideológicos para impedir la transformación socialista del país. Los líderes de entonces habían detentado el poder durante tanto tiempo que no podían hacerse a la idea de perderlo. Además, habían descubierto que tanto el movimiento obrero como sus órganos de comunicación también podían administrarse según un esquema burgués y plutocrático, con la vista puesta en los beneficios económicos de unos pocos. La idea nuclear de la política de consenso era y sigue siendo que todo debe de ser rentable. Por eso se produjo esa mascarada de coalición, y su verdadero carácter se ocultó tras una hipócrita fachada de tópicos sobre el aumento del bienestar, el entendimiento mutuo y la seguridad. Todo mejoraba incesantemente.

—¿Y no cree que mejoró? —dijo Jensen.

—Sí, por un tiempo y en el aspecto material. El individuo se sintió físicamente protegido, pero su voluntad intelectual se vio poco a poco coartada. La política y la sociedad se convirtieron en algo abstracto, algo que no concernía al individuo. Y para engatusar a la gente con todo ello, se la machacaba con

pamplinas cuidadosamente censuradas, en prensa, radio y televisión. Hasta el punto de que casi todo el mundo quedó completamente encandilado, hasta que lo único que la gente supo es que tenía coche, piso y televisor y era infeliz. Que era más agradable suicidarse o matarse bebiendo que trabajar.

—¿Se sintió usted engatusado?

—He dicho casi todo el mundo. Había grupos de individuos políticamente conscientes que empezaron a crecer de nuevo, después de haber tocado fondo. Cada vez eran más los que entendían que el bienestar y la revolución pacífica que cacareaban los llamados teóricos de la política del Consenso no dejaban de ser un intento criminal para que la gente aceptara el total contrasentido en que se había convertido el resultado de un demencial experimento político y sociológico. No deja de resultar sorprendente que la gente no lo entendiera antes. Lo único que se necesitaba era mirar. Trabajar no servía de nada, y todo lo que no fuera aprender ciertas habilidades técnicas, tampoco. Incluso los aspectos más elementales de la vida, como comer, follar y tener hijos, parecían inútiles.

—Pero eso no lo ha descubierto usted —objetó Jensen.

—No, no lo he descubierto yo. Le hablo a partir de lo que otros han dicho o escrito. Pero lo entiendo y eso me basta.

—Si nos limitamos a cosas concretas —dijo Jensen—, además de discutir, ¿a qué se dedicaba su grupo político? ¿Organizaban manifestaciones?

—Sí.

—¿Y qué esperaban conseguir?

—Trabajábamos para que la gente tomara conciencia de su propia situación. Para aplastar la política de consenso. Una vez acabáramos con ella, podíamos dedicarnos a los enemigos esenciales.

—¿De qué enemigos me está hablando?

—De una parte de la socialdemocracia, que ha traicionado al movimiento obrero y se ha vendido al capitalismo, pero también del sistema capitalista en su totalidad.

—¿Y cómo les fue?

—No éramos muchos, aunque cada vez se nos unía más gente. Al principio, la policía era la única que se preocupaba de las manifestaciones. La gran masa de la población reaccionó con la indiferencia que cabía esperar a nuestras acciones. La gente estaba demasiado atolondrada, a merced de los esfuerzos desplegados a todo nivel y por todos los medios para ganar su indiferencia. Y, poco a poco, la policía fue dejándonos en paz, supuestamente por orden del Gobierno. Interpretamos esto último como muy...

Se quedó callado una vez más.

—¿Sí? ¿Cómo lo interpretaron?

—Bueno, lo consideramos positivo. Creímos que quienes manejaban los hilos del poder y querían evitar a toda costa que nuestras acciones llamaran la atención empezaban a sentir miedo. De hecho, consiguieron sus objetivos solo en parte, en la medida en que la inmensa mayoría de la población seguía sin prestarnos atención, y a pesar de que, como le he dicho, cada vez fuéramos más y organizáramos más manifestaciones, una tras otra. Lo único que parecía irritar a la gente eran las molestias que ocasionábamos, como los problemas de tráfico. Pero la policía empezó pronto a ayudarnos a solucionar el problema y dirigió las marchas de protesta de la mejor manera posible, sin ocasionar mayores molestias y permitiéndonos llevarlas a cabo. También percibimos ese gesto como un signo de miedo. Que la tarea del régimen consistía, como de costumbre, en no inquietar y despertar a la gente de su letargo, de su mundo soñado de abundancia material y de su bien encapsulada angustia.

—¿Solía cosechar algún éxito su organización en las elecciones?

—En cierto modo.

—¿Qué quiere decir?

—Que, aunque no obtuviéramos una cantidad considerable de votantes, cada vez era mayor el número de gente que se abstenía de ejercer su derecho al voto. El solo hecho de que aumentara la ignorancia política, al compás del tedio y el descontento soterrado, demostraba que teníamos razón. La mayor parte de los que votaron lo hicieron a favor del Consenso.

—¿Y eso?

—Por pura rutina. Ellos mismos o sus padres aprendieron a votar desde siempre por la socialdemocracia o por los partidos burgueses. Nosotros no contábamos con ningún recurso de campaña. Pero seguimos trabajando y gritando a oídos sordos hasta que...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que todo cambió de repente.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En septiembre.

—¿Qué es lo que cambió en septiembre?

—No lo sé a ciencia cierta. Tal vez la gente... La primera vez que noté algo, fue el 21 de septiembre.

—El 21 de septiembre...

—Voy a tratar de explicárselo...

Cerró los ojos e hizo una mueca de dolor.

—¿Siente dolor?

—Sí. Me duelen los muslos.

El hombre empezó a retorcerse de un modo convulsivo y a gemir de dolor.

Jensen tomó el tubo de pastillas que le había dado el médico, sacó una de las píldoras blancas y abrió otro refresco.

—Tómese esto —dijo.

Jensen mantuvo la palma de la mano derecha bajo la nuca de su paciente y le levantó la cabeza con cuidado para que pudiera tragarse la píldora.

De pronto, se acordó de la enfermera a la que había visto llorar cuando él estaba convaleciente.

El hombre se quedó dormido en menos de dos minutos, y el comisario siguió ahí, sentado e inmóvil, velándolo con gesto impasible.

Cuando el hombre volvió a despertar, habían pasado exactamente una hora y diez minutos. Abrió los ojos y miró confundido a Jensen. Necesitó unos segundos para saber dónde estaba.

—Ah, sí —dijo en un susurro—. Ya me acuerdo.

—¿Sigue sintiendo dolor?

—No. Ahora estoy mejor. Gracias.

Su voz apenas tenía fuerza, como si tuviera la garganta seca. Jensen vertió un poco de refresco en el vaso de plástico y volvió a sostener la cabeza del hombre en su mano, que vació el vaso de un largo trago.

—Estábamos hablando de su actividad política.

—Sí. Lo recuerdo.

—Usted me aclaró su postura.

—¿Comprende que teníamos razón?

—No, pero sigo interesado en oír la continuación.

—No hay ninguna continuación.

—¿Qué pasó en septiembre?

—Ah, eso...

El hombre permaneció unos instantes en silencio. Luego, sin apartar los ojos de Jensen, dijo:

—No le puedo explicar lo ocurrido, porque no lo entiendo.

—Pero sabe lo que le pasó a usted personalmente.

—Sé lo que nos pasó a varios de nosotros... —Volvió a interrumpirse—. Pero no puedo explicarlo —añadió.

—Limitémonos simplemente a los hechos —dijo Jensen—. A los hechos claros y sencillos.

—Hechos. No existe ningún hecho claro y sencillo.

—¿A qué se dedica usted, por ejemplo?

—Soy sociólogo. Trabajaba en un centro de investigación sobre el alcoholismo.

—¿Un trabajo complicado?

—Pues sí, muy complicado.

—¿Fatigoso?

—No, al menos no físicamente. Yo era uno de tantos dedicados a temas de estadística. Reuníamos los datos que nos llegaban de los establecimientos de vinos y licores, de la policía y de las clínicas de desintoxicación. En realidad, esa parte del trabajo era bastante sencilla.

—Pero ¿de gran responsabilidad?

—Qué va, apenas. Nuestras tablas estadísticas pasaban a instancias superiores, donde eran reelaboradas. Es decir, donde eran sometidas, instancia a instancia, a sucesivas cribas. Y cuando por fin se destinaban a quienes debían actuar en función de ellas, aparecían desvirtuadas hasta lo irreconocible. Más presentables si lo prefiere. Ni siquiera nosotros, los que habíamos elaborado las primeras tablas, teníamos la más mínima posibilidad de reconocerlas. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. No, no era un trabajo sencillo.

—¿Dónde radicaban las dificultades, las complicaciones?

—Se trataba de inconvenientes de orden ético.

—¿De orden ético?

—Sí. En primer lugar, el proceso de manipulación contradecía todos los principios básicos de la sociología entendida como ciencia. Los datos que nos llegaban estaban ya manipulados a menudo desde el principio. Y luego se seguían manipulando casi abierta y conscientemente. Ser consciente de todo aquello hacía el trabajo insoportable.

—¿Compartían sus colegas esa percepción?

—Unos pocos. La mayoría se limitaba a hacer su trabajo, como si fueran robots, sin pensar ni hacer preguntas. En otras palabras, observaban ante el trabajo la misma actitud que el resto de la población de nuestro país. —El hombre hizo una breve pausa antes de proseguir—. Aun así, lo realmente insoportable era el meollo mismo del trabajo.

El hombre miró a Jensen fijamente.

—Siendo usted policía, tendrá que habérselas visto en muchas ocasiones con las disposiciones legales sobre el alcohol y su aplicación.

Jensen asintió.

—Las disposiciones sobre conducción en estado de embriaguez, borrachera en la vía pública, abuso en el hogar y todo lo demás.

—Sí.

—Cada cual más demencial que la otra. Y numerosos suicidios, especialmente entre alcohólicos...

—He presenciado muchos casos de muerte repentina... —dijo Jensen.

El hombre se echó a reír.

—¿Lo ve? —dijo—. No necesito explicarlo.

—No —confirmó Jensen—. ¿Qué era lo que a usted le parecía tan insoportable?

—Lógicamente, la hipocresía, la falsedad, la cobardía. El beneficio desconsiderado a toda costa. ¿Sabe cuánto cuestan las bebidas alcohólicas en este país?

—Sí.

—Se cargan con impuestos del mil por cien. Se trata de una vieja idea burguesa, dictada a partes iguales por la necedad y la avaricia. Se presenta con la bandera de constituir un hito en la lucha contra el abuso de alcohol. Menos alcohólicos cuanto más caras se vendan las bebidas. Una tesis totalmente absurda, pero incluso los abstemios más celosos del llamado movimiento obrero se dejaron engañar y la creyeron. O más bien tal vez aparentaron creérsela. No importa tanto, ya que lo uno es tan malo como lo otro, chantaje o necedad van a menudo de la mano.

—Prosiga.

—¿Con qué? ¿Es que no entiende el meollo de la cuestión? Se sabe que la gente necesita tener aguardiente, unos para poder soportar la vida, y otros para atreverse a quitársela. Entonces se suben los precios de forma escandalosa y luego se remata la faena mediante la criminalización de su consumo, llamándolo abuso, y envenenando las bebidas con los llamados remedios de deshabituación, que a su vez ocasionan depresiones más graves que conducen a más suicidios.

—Usted debería morderse la lengua.

—¿Por qué? ¿Acaso quiere que me la arranque?

La réplica de Jensen había sido rutinaria, por pura costumbre. La respuesta le había deparado cierto asombro, y se rascó levemente la punta de la nariz.

—Tenemos la mayor frecuencia de suicidios de todo el mundo, y los mismos datos de alcoholismo que el más péfido de los estados dictatoriales. También tenemos las cifras más bajas de natalidad. El régimen considera preocupante esto último y además se avergüenza, por la parte que le toca, de su propia inoperancia al respecto. Por eso lo oculta y disimula.

—Veamos —dijo Jensen—. ¿Qué pasó realmente en septiembre?

—Un momento, permítame acabar el razonamiento. ¿Qué hacer luego? Pues bien, se castiga al particular por haberlo obligado a convertirse en alcohólico, como se castiga a la gente por haberla obligado a habitar mediocres viviendas. También se castiga a los trabajadores por no haberse preocupado de enseñarles que el trabajo en sí puede tener pleno sentido. Incluso inducen a la gente a envenenar el aire que están obligados a respirar. Todas las clases sociales deben soportar esas curiosas formas de castigo. Los únicos que pueden evitarlas son los

aprovechados que tienen recursos para vivir en el extranjero o comprar mansiones en el campo o en las islas del archipiélago. Todo ello está relacionado, todo brota de la misma raíz. ¿Comprende ahora el motivo de que yo encontrase mi trabajo del todo insoportable?

Jensen no respondió a la pregunta. Miró de reojo a aquel tipo y dijo:

—¿Eran ideas por el estilo las que ustedes lanzaban en sus manifestaciones?

—Entre otras tantas. Por cierto, «lanzar» no es la palabra adecuada. Nuestro mensaje no es nada nuevo. Más bien pretendíamos recordar a la gente un fenómeno que ya conocían a fondo, aunque se había hecho todo lo posible para que lo olvidaran.

—¿De qué fenómeno está hablando?

—De la lucha de clases. ¿Puede darme un poco más de refresco?

Jensen cogió el vaso y lo llenó de nuevo.

—Gracias. ¿Podría hacerle una pregunta?

—Diga.

—¿Bebe usted alcohol?

—Sí —respondió Jensen—. Al menos lo hacía hace algún tiempo.

—¿A diario?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo que usted toma pastillas. El dolor que padecía era insoportable.

—¿Era ese el verdadero motivo?

Jensen le dedicó una larga mirada. Al cabo, contestó con otra pregunta:

—¿Y si volvemos a lo que pasó en septiembre?

—No puedo explicarlo. Todo cambió. Y todos.

—¿De qué modo cambiaron ustedes?

—No, yo no lo hice. No fue esa mi sensación, a fin de cuentas. Fue el entorno lo que cambió. ¿No le parece extraño?

—Sí.

—Es que fue muy extraño.

—¿Cuándo se dio cuenta por vez primera?

—El tercer sábado de septiembre. El día 21.

—¿En qué sentido?

—Solíamos celebrar las manifestaciones los sábados.

—Lo sé.

—Era una cuestión práctica. La mayoría de la gente libraba los sábados. En otoño, forzamos la actividad en plena campaña electoral. Si bien es cierto que no esperábamos mayores éxitos. La maquinaria publicitaria del consenso había

pasado como una apisonadora durante la primavera y el verano. Contaban, como siempre, con todos los recursos imaginables. Nosotros no teníamos ninguno. Del resultado de las elecciones ni hablábamos, pero aun así creíamos saber...

Se estremeció de repente y permaneció atento, con la mirada en vilo.

—No se preocupe —dijo Jensen—. Solo se trata de un borrachín que lo está pasando un poco mal en su celda. ¿Qué creían saber?

—Que desde las altas instancias se lo estaban planteando. La participación del electorado había disminuido en todas y cada una de las consultas celebradas durante los últimos años. Se rumoreaba que el dato irritaba al Gobierno. En su engreimiento, no podían entender los motivos por los que la gente no votara masivamente a favor de su excelente sistema. Aquello afectaba sobre todo a los dirigentes de los sindicatos y del partido socialdemócrata. Los capitalistas a cargo de las riendas del país lo entendían mejor. En todo caso, ese fue el motivo de que llevaran a cabo una campaña tan larga como intensa.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Queríamos hacer todo lo que estuviera en nuestra mano para irritar más al Gobierno. Así que intensificamos las manifestaciones. Sin embargo, aquello no pareció surtir mayor efecto. La gente siguió tan indiferente como siempre. Hasta ese día, el 21 de septiembre.

—¿Salieron en manifestación ese día?

—Sí. Organizamos una marcha de protesta contra el imperialismo. Debía partir, como de costumbre, de las afueras, para luego marchar hacia el centro de la ciudad. La manifestación culminaría con un gran mitin. A grandes rasgos, el mismo programa de siempre.

Jensen asintió.

—Yo me dirigí a la concentración en taxi, en compañía de dos camaradas. Un tipógrafo y su esposa. Mis mejores amigos. Ambos eran de mi edad, y estaban afiliados a la misma agrupación que yo. Nos conocíamos desde hacía mucho, y trabajamos juntos muchas veces.

—¿Qué labores realizaban?

—Nos ocupábamos de las tareas prácticas de la agrupación. Editar octavillas y pintar carteles. Confeccionar pancartas y banderolas, y tantas otras cosas. Teníamos una fotocopidora, y distribuíamos circulares entre los afiliados. Bueno, en todo caso llevábamos mucho tiempo siendo amigos y trabajando codo con codo.

—¿Y esa pareja tenía hijos?

—No.

—¿Dónde trabajaba ella?

—En los archivos del Ministerio de Justicia. Luego se vería...

Se quedó callado.

—¿Sí?

—No, no era nada.

—¿Está usted casado?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Pura rutina —contestó Jensen—. Bien, volvamos a aquel sábado.

—Sí. ¿Por dónde iba? Ah, sí... En fin, nos dirigíamos al punto de concentración, pero por algún motivo nos habíamos retrasado. No recuerdo a qué se debió la demora. ¿Es importante?

—No.

—El caso es que, cuando llegamos, la manifestación ya estaba en marcha. Nos la encontramos en la autopista.

El hombre guardó silencio y miró a través de la ventana. Fuera seguía nevando, y grandes copos de nieve se pegaban a los cristales.

—Aquel sábado estaba despejado, aunque era un día de mucho viento. Recuerdo el viento tirando de las banderas, y las dificultades de los portaestandartes para sujetar las banderolas. Cuando la vimos desde la distancia, mis amigos y yo comentamos lo bello que resultaba todo aquello.

—¿Bello?

—Sí, cuando las rachas de viento hacían gualdrpear las banderas rojas, el esfuerzo de los camaradas para sujetar pancartas y banderolas contra viento y marea...

—¿Cuánta gente participó en la manifestación?

—Unas dos mil personas. No solíamos reunir mucha más gente. A menudo ni siquiera eso. También había muchos niños. Entre los nuestros, los que tenían hijos solían llevarlos a las manifestaciones.

—¿Y eso?

—Por motivos varios.

—¿Por ejemplo?

—Para que sus hijos, ya desde pequeños, tuvieran la posibilidad de una educación razonable. Para demostrar a quienes quisieran verlo que había padres que parecían divertirse en compañía de sus hijos. Y lógicamente, porque no había ningún sitio donde dejarlos. Las guarderías son un fenómeno casi desconocido en este país, y los socialistas raramente contratan a niñeras.

—Entiendo.

—Bien. Es decir, nos encontramos con la manifestación en la entrada de la autopista, y al acercarnos nos dimos cuenta de que algo raro estaba pasando.

—¿Qué?

—Había grupos de personas en las aceras abroncando a los manifestantes.

Unos nos lanzaban insultos a grito pelado, y otros arrojaban objetos, botellas y latas vacías. A un lado, vimos a algunos forcejeando con un agente uniformado de la policía.

—¿Y eso por qué?

—La policía trataba de contenerlos e impedir que se abalanzaran a la calzada y se liaran a palos con los manifestantes. Los agentes tenían órdenes de que la manifestación pudiera discurrir pacíficamente. Usted debe saberlo mejor que yo. ¿No es así?

Jensen asintió.

—Así es —contestó.

—Aun así, la mayoría de los que pasaban o se quedaban en las aceras parecían sin duda indiferentes, por mucho que se estuviera produciendo una especie de contramanifestación.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Dejamos el taxi y nos sumamos a la manifestación.

—¿Y?

—Durante todo el recorrido ocurrió lo mismo. Había mucha gente en las aceras insultándonos. Algunos nos lanzaban huevos y tomates. La esposa de mi camarada recibió un tomatazo en la frente. A ella le hizo gracia y se echó a reír. En algunas calles incluso nos tiraron piedras, y hubo algunos que trataron de echársenos encima y quitarnos las pancartas. La policía lo impidió. Durante todo el trayecto nos siguieron algunos coches, y sus ocupantes nos escupían e insultaban.

—¿Quiénes eran los atacantes?

—No tuve la impresión de que pertenecieran a una determinada categoría. La mayoría iba bien vestida, y había tantos adultos como jóvenes. Hombres y mujeres.

—¿Cómo reaccionaron ustedes ante eso?

—Fue la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que nos sentimos animados.

—¿Animados?

—Sí, en serio. Nuestro mayor problema consistía en que nadie solía hacernos caso, ni siquiera la policía. Esa fue la primera vez que se produjo cierta forma de contramanifestación o de reacción, a fin de cuentas. Sentimos que ya no hablábamos a oídos sordos.

—¿Hubo heridos?

—No creo. No pasó nada grave. Solo se utilizaron armas verbales, por así decirlo. Parecían contentarse con gritar, insultar y arrojar desechos nada peligrosos. Unos cuantos tomates y algunas latas de cerveza vacías apenas pueden herir a nadie.

—¿Qué pasó después?

—El mitin final fue el más movido y alborotado que había presenciado hasta ese momento. En ese punto, ya se habían congregado muchos opositores. Vociferaban y abucheaban, tratando de interrumpir a los oradores. Pero con nuestros altavoces y megáfonos conseguimos celebrar el mitin como era debido.

—¿Parecían organizados los adversarios?

—No. Justamente ese detalle también lo observamos con satisfacción. Los que intentaban boicotearnos nunca actuaron de forma organizada, y fue por eso, lógicamente, por lo que en parte no consiguieron provocar ningún altercado serio. Daban la impresión de que cada cual actuaba de forma espontánea y por su cuenta. Más tarde discutimos el asunto acaloradamente. Mi camarada señaló que también se trataba de personas de distinta edad. En otro caso, sería lógico pensar que se tratara de una acción organizada. Patrullas de agitadores que el Gobierno hubiera enviado para sacar un rédito electoral de todo aquello. Pero era obvio que no fue así.

—¿Y cómo acabó el mitin?

—Como de costumbre. Aprobamos una resolución, y luego recogimos los bártulos y cada cual se fue a su casa.

—¿Y en la siguiente manifestación ocurrió algo parecido?

—Espere un momento, no vaya tan deprisa. Después del mitin, sucedió algo muy curioso, algo que pareció del todo incomprensible. Trataré de contarle lo que recuerdo.

Jensen se lo quedó mirando, demostrándole que estaba dispuesto a escucharlo.

—Una vez disuelto el mitin, me fui de allí con mi camarada y su esposa. Pensamos seguir hasta los locales de la agrupación y rematar unos carteles que habíamos empezado a diseñar la tarde anterior. Mi camarada llevaba una bandera roja enrollada bajo el brazo.

El hombre del sofá guardó silencio y pareció ordenar las ideas. Jensen no dijo nada. Desde la celda, se oyó la tos ronca y ruidosa del borrachín.

—Los locales de la agrupación están en un sótano del barrio del este. Para llegar allí, hay que cruzar el canal en el transbordador, si es que no se va en coche. Como usted sabe, a los peatones les está prohibido el paso por el túnel y los puentes. El transbordador iba lleno de gente, pero nadie reparó en nosotros. Nos sentamos a una mesa y charlamos de lo ocurrido. Los tres compartíamos la opinión de que lo ocurrido había sido aleccionador. Cuando el transbordador atracó, continuamos a pie hasta los locales, que no están muy lejos del muelle. Pasamos por las calles de ese barrio acomodado, usted conoce la zona entre...

—Sé de qué barrio me habla —lo interrumpió el comisario.

—Bien, pues caminamos por la acera en silencio, sin decir nada. La calle

estaba desierta, a excepción de una pareja de viejos que se habían detenido en el portal de uno de los edificios. Supuse que vivían allí y que estaban entrando. El hombre parecía tener unos sesenta y cinco años, acaso setenta, y la mujer parecía más o menos de la misma edad. Ambos vestían muy elegantes, típicos burgueses de la vieja escuela. El hombre llevaba un sombrero de fieltro, gabán oscuro y zapatos caros; en la mano llevaba un paraguas con empuñadura de plata... Lógicamente, no habría reparado en ninguno de esos detalles de no ser por lo que ocurrió cuando llegamos a su altura.

El hombre del sofá guardó silencio y meneó la cabeza.

—Aún sigo sin entenderlo —susurró el hombre—. Fue totalmente disparatado...

—Al grano —dijo Jensen.

—Al pasar delante de ellos, el viejo dijo: «Maldita gentuza». Mi camarada, que estaba más cerca, o bien no acabó de entender o bien no dio crédito a lo que acababa de oír. Sea como fuere, se detuvo y le dijo muy cortés al viejo: «¿Disculpe?». Y el hombre se nos quedó mirando y dijo en voz alta: «Maldita gentuza. Cómo os atrevéis siquiera a poner un pie en este barrio». Ninguno de nosotros había visto a ese viejo con anterioridad, tampoco a la vieja, de modo que mi camarada se acercó y les dijo con toda cortesía: «Perdonen, pero ¿nos conocemos de algo?». Entonces el viejo le agarró la chaqueta y gritó: «¿Creéis que no os conocemos, putos socialistas?». Y de inmediato la vieja empezó a dar alaridos, sí, sí, la vieja, al tiempo que tiraba de la bandera que mi camarada llevaba bajo el brazo. Estaban histéricos. Aquella anciana consiguió hacerse con la bandera y la arrojó al suelo, escupió sobre ella y la pisoteó. Luego golpeó con su bolso y con todas sus fuerzas la cabeza de la esposa de mi camarada y bramó: «¡Putas comunistas! ¡Putas comunistas!». Estaban como idos, fuera de sus casillas. El viejo levantó el paraguas como si fuera un fusil con bayoneta y golpeó con la punta el pecho de mi camarada, varias veces y con fuerza. Mi camarada cayó de rodillas, y la vieja empezó a tirarle del pelo y a tratar de darle patadas. No dejaban de gritar, casi parecía que sacaban espuma por la boca.

El hombre del sofá miró fugazmente a Jensen y se llevó, nervioso, la mano a la barbilla.

—Yo me quedé totalmente anonadado. Eran dos ancianos, y no era cuestión de liarse a palos con ellos. Al final, la mujer de mi camarada apartó a empujones tanto al viejo como a la vieja y recogió la bandera. Luego nos fuimos de allí tan deprisa como pudimos. Lo último que oímos fueron los gritos del anciano.

—¿Qué gritaba?

—«¡No deberíais vivir!».

Los dos se quedaron callados. Un instante después, el inválido siguió con su

explicación:

—No entendí nada, y sigo sin entenderlo. Pero lo cierto es que, desde entonces, han sucedido muchas cosas incomprensibles. Al día siguiente, nos enteramos de quiénes eran esos viejos. Un director de banco jubilado y esposa. Reaccionario como pocos, se nos dijo, pero una persona elegante y cortés.

—¿Cuándo celebraron la siguiente manifestación?

—El sábado siguiente, una semana después. En aquella ocasión todo estuvo mucho más revuelto. Había asistido más gente, y se respiraba un ambiente mucho más enconado que la vez anterior. La policía había acudido con refuerzos. Algunos incluso se metieron entre los manifestantes con sus coches. Hubo varios heridos, entre ellos un niño que recibió una coxa de uno de los caballos de la policía. Aun así, llevamos a cabo la manifestación y conseguimos celebrar el mitin final. Y seguimos considerando positiva la evolución de los acontecimientos. Además, decidimos convocar manifestaciones con mayor frecuencia y entre semana, para despistar a los adversarios. La prensa y la televisión nos acosaron con ganas ante aquel cambio. Pero pronto dejaron de comentar lo que ocurría. Unos días después, ni siquiera se mencionaba nada en los informativos. Y la prensa no escribió una sola palabra. Solo publicaban o emitían las majaderías de siempre, sobre estrellas de la pantalla y personajes famosos. Y eso a pesar de que todo estaba a punto de venirse abajo.

—¿Venirse abajo?

—Sí. ¿Acaso no es eso lo que ha pasado?

Jensen no dijo nada.

—Entonces se produjo otro fenómeno inquietante.

—¿Qué exactamente?

—Entre los afiliados de nuestra agrupación figuraba un puñado de médicos y estudiantes de medicina. Nadie los había visto desde principios de septiembre. Uno de ellos es el médico que me ha traído aquí. El médico de esta comisaría. No estaban en sus casas, y al preguntar por ellos nos daban la misma respuesta: que habían viajado al extranjero con motivo de cualquier congreso en alguna parte. Poco después, la esposa de mi camarada, que trabajaba en el Ministerio de Justicia, se enteró de que habían sido arrestados. No supimos si era cierto o no.

Jensen no hizo ningún comentario.

—Lo más probable es que fuera cierto, porque en la práctica habían desaparecido todos y cada uno de los médicos que simpatizaban con las ideas del socialismo. Según rumores que se filtraban, habían sido encarcelados por orden de la policía secreta.

—En este país no hay policía secreta —replicó Jensen.

—Está usted equivocado —contestó el hombre del sofá—. Sé muy bien que

existe, o que existía. Mi amiga, la que trabaja en el Ministerio de Justicia, consiguió averiguarlo. No se llama policía secreta, por supuesto, sino Servicio de Seguridad, y depende directamente del ministro de Justicia. Al parecer, su cometido esencial consistía en elaborar un registro en el que figurasen las personas con fastidiosos puntos de vista de índole política.

Jensen se llevó la mano a la barbilla:

—«Trampolín de acero». ¿Conoce esa frase?

—¿Trampolín de acero?

—Sí.

—No. Nunca la he oído antes.

El hombre hizo una mueca y dijo:

—Vuelvo a sentir dolor otra vez.

—¿Quiere tomarse otra pastilla?

—Sí, se lo agradecería.

—Una pregunta más. ¿Cómo acabó la última manifestación?

—Un verdadero caos. Tumultos. Peleas. Presencia masiva de policías, aunque en esta ocasión no hicieron nada para protegernos. Nos llovieron piedras y botellas. Fueron muchos los heridos de ambos bandos. Menos mal que, por una vez, los nuestros no asistieron con sus hijos. Los fascistas, así empezamos a llamarlos, estaban como locos. Fue el 10 de octubre, tres semanas antes de la catástrofe.

El hombre del sofá sacudió la cabeza y apretó los labios.

—No solo estaban locos los fascistas. También otros empezaron a comportarse de forma extraña. La esposa de mi camarada sin ir más lejos... Lo siento, ¿podría darme la pastilla?

—Sí, un momento. ¿Qué pasó con la esposa de su camarada?

—Ya le contaré... Luego... Ahora haga el favor de darme la pastilla.

Jensen apartó la libreta de notas. Sacó una pastilla del recipiente y puso la palma de la mano bajo la cabeza del hombre.

En cuanto el hombre del sofá se volvió a quedar dormido, Jensen se dirigió a su despacho. Abrió el archivador de acero donde solían guardarse las órdenes e instrucciones generales que llegaban de arriba, del cuartel general de la policía, por ejemplo. Retrocedió hasta el día mismo en que dejó el mando, y sacó la carpeta roja que contenía la lista de detención de los cuarenta y tres médicos. Luego hojeó rápidamente los documentos de los últimos tres meses, una decena de informes en total, y los puso sobre la mesa. Se sentó y empezó a examinarlos. Todos eran de color rojo y tenían el mismo código en clave: «Trampolín de acero». Dos de ellos contenían más listas de arrestos, los demás instrucciones sobre la conducta que debía seguir la policía y el armamento que debía llevar para controlar las manifestaciones. La primera de ambas listas contenía ciento veinticinco nombres, y la segunda cuatrocientos sesenta. Su suplente en funciones había señalado una parte de los nombres, supuestamente los de las personas que habían conseguido detener. Los demás nombres aparecían marcados con anotaciones como «ilocalizable» o «desaparecido», y otros tantos provistos simplemente de un signo de interrogación. Las anotaciones eran un tanto chapuceras y realizadas, al parecer, a toda prisa. Por lo que pudo ver, la policía de su distrito no había podido detener a más de una quinta parte, y la mayoría de estos había figurado en la primera lista.

Al igual que en el caso de la orden de arresto de los cuarenta y tres médicos, esas dos circulares carecían de remitente, pero al examinarlas con mayor detenimiento vio que habían sido lacradas con el sello del Ministerio de Justicia. Además, se distinguían de la primera orden de arresto en que iban provistas de un breve texto añadido que, en ambos casos, decía lo mismo:

Estas personas son un riesgo para la seguridad de Estado. Deberán ser detenidas sin demora, registradas y puestas bajo arresto. Serán recogidas más tarde por personal del Servicio de Seguridad.

Las instrucciones concernientes a la actuación de la policía en relación con las manifestaciones callejeras también llegaron del Ministerio de Justicia, y cuando las leyó en orden cronológico descifró una tendencia bastante clara. Era obvio

que los esfuerzos de la policía para poner fin a los altercados y disturbios callejeros habían experimentado una notable escalada durante el mes de octubre.

Las órdenes impartidas a últimos de septiembre y primeros de octubre seguían teniendo un carácter casi rutinario, y se trataban en general de directivas e indicaciones sobre cómo desviar el tráfico rodado. Sin embargo, habían cambiado de tono a partir del 10 de octubre. Ya no hablaban de proteger a los manifestantes, sino de contundentes intervenciones contra posibles atentados al orden público, y ya el día 15 llegó la disposición en la que se ordenaba que todos los agentes de policía en servicio llevaran armas de fuego. Cinco días después, se decía que eran derogadas hasta nueva orden las restricciones vigentes al derecho de la policía de emplear armas de fuego. En su motivación, se aludía a la «ley de rebeldía».

Las dos listas de arrestos habían llegado con un día de por medio, el 24 y 26 de octubre.

En el archivo, solo había una carpeta roja fechada con posterioridad. El texto que contenía era ciertamente críptico.

Ante la acción que preparan los elementos antisociales para el sábado 2 de noviembre, la vigilancia rutinaria del orden público será reforzada con unidades especiales del ejército. Órdenes más detalladas al respecto serán impartidas de viva voz.

Esta disposición también iba provista del sello del Ministerio de Justicia. Llevaba fecha del 31 de octubre. Según el documento, la mayor parte del Gobierno y los altos mandos de la policía habían abandonado el país el día anterior.

Era prácticamente imposible averiguar con exactitud de qué secretaría del ministerio habían partido tales disposiciones, pero todas iban provistas del mismo código secreto: «Trampolín de acero».

Por consiguiente, la clave «Trampolín de acero» tenía algo que ver con la policía.

Jensen volvió a consultar las anotaciones hechas por su suplente en el diario, y las cotejó con el resumen que él había hecho en su libreta.

Ciertos aspectos aparecían meridianamente claros.

A partir del 21 de septiembre, se habían producido disturbios de carácter político. Se habían ido intensificando a lo largo de octubre, y culminaron, finalmente, el sábado 2 de noviembre.

Después de ese día, el orden había quedado restablecido y todo había vuelto a la normalidad.

Once días más tarde, se declaraba la epidemia. Pese a haber sido combatida con todos los medios, había adquirido tal magnitud que las autoridades perdieron

el control de la situación dos semanas después. Al mismo tiempo, se había extremado el estado de excepción y todas las comunicaciones habían sido suspendidas.

La organización de la policía se había derrumbado, y también, al parecer, la del estamento militar.

Esos acontecimientos no parecían guardar ninguna relación interna.

Jensen pasó página en su libreta, y leyó su última anotación.

«¿Qué pasó con la esposa del camarada?».

Y había escrito dos preguntas más:

«¿Qué pasó el 2 de noviembre?».

«¿Qué significa el código en clave “Trampolín de acero”?».

Abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un magnetófono portátil.

El hombre de la habitación de al lado se había despertado y se removía inquieto. Seguro que estaba buscando el vaso.

—Tenía usted razón —dijo Jensen—. Parece que ha existido un Servicio de Seguridad directamente dependiente del ministro de Justicia. Yo no conocía ese dato.

El hombre del sofá sonrió.

—Excelente —contestó—. Disponer de una policía secreta tan sumamente secreta que ni siquiera la conoce la propia policía. Tal vez ni siquiera sus propios miembros sabían que...

—Eso parece del todo inverosímil —lo interrumpió el comisario.

—Tal vez. Gracias a nuestros contactos dentro del ministerio, conseguimos enterarnos del origen de ese cuerpo especial de policía. Más o menos. ¿Quiere oírlo?

—La verdad es que no. Sin embargo, sí me gustaría que respondiera a dos preguntas...

—Se lo cuento de todas formas. La antigua policía secreta quedó suprimida hace ya muchos años. ¿Se acuerda?

—Sí.

—Se habían puesto en un ridículo total, y se rieron tanto de ella que simplemente no podían seguir manteniéndola. Así pues, la suprimieron, sus funcionarios fueron despedidos o jubilados, y los archivos secretos fueron pasto de las llamas. Las labores de espionaje entre sí mismos y terceros fueron traspasadas a los militares.

Jensen tamborileó con los dedos en la libreta.

—Claro que también los militares cometieron las más grotescas estupideces en ese tipo de tareas, como la de dirigir aviones a sobrevolar, a doscientos metros de altura, los puertos de países vecinos socialistas para ver si allí había barcos, o tratar de infiltrar a viejos criminales de guerra que eran enviados a tierra desde submarinos en medio del mar. Aun así, poco importó que los aviones fueran derribados con suma facilidad, o que los infiltrados fueran detenidos sin tener siquiera tiempo de preguntar por el camino que llevaba a la base de misiles vecina. Que los militares reaccionarios se comporten como idiotas constituye

antes la regla que la excepción, y además siempre podían pintar lo negro de blanco y hacerse pasar por la inocente ultrajada ante la opinión pública, que por supuesto era lo que hacían en la primera ocasión que se les brindaba. Además, ya habían vendido ellos mismos todos los secretos que pudieron vender, por dinero, a los estados socialistas, y por una palmadita en la hombrera estrellada a los países capitalistas. Pero la gran cuestión era esta: ¿Quién espiaba a la gente en general, a nuestra propia población?

Jensen miraba distraído por la ventana. Había dejado de nevar. Lloviznaba.

—Hicieron de la necesidad virtud, suprimieron la irrisoria policía secreta y quemaron sus archivos y sus listas, tan ardua aunque insensatamente elaboradas. Pero antes de quemar los archivos y transformar sus locales en una sala de ping-pong, hicieron copias de todos los documentos y llevaron todo el material al Ministerio de Justicia. Y allí han estado trapicheando desde entonces, con sus archivos y sus delatores, algunos funcionarios poco o nada señalados. Así de sencillo.

—¿Qué pasó con la esposa de su camarada?

El hombre mudó de expresión. Miró preocupado a Jensen y contestó:

—Está muerta.

—¿A eso se refería?

—No. La mencioné como un ejemplo de las reacciones... anormales que había empezado a tener la gente. No solo la gente que nos arrojaba piedras y botellas y que arrollaba con toda la intención a los cochecitos de bebé con sus vehículos, o los que se ponían histéricos como aquel reaccionario director de banco y su senil arpía, sino también los que uno conocía y de los que creía saber qué pensaban. Ella... ella empezó de repente a comportarse de un modo extraño.

—¿Cómo?

—Para que pudiera entenderlo cabalmente, tendría que saber qué clase de persona era y había sido siempre. Yo la conocía muy bien, tanto a ella como a su marido, tan bien como a mí mismo... —El hombre frunció el ceño—. Era una mujer lista y tranquila. Parecía un poco tímida, pero se debía a que carecía de cualquier forma de espontaneidad. Siempre calibraba con mucho cuidado lo que decía o hacía, y era un gran recurso en las labores asociativas. Gracias a su valía para mantener la cabeza fría, consiguió, por ejemplo, mantener su puesto de trabajo en el Ministerio de Justicia. Ella contaba con que alguna vez pudiéramos sacar provecho de ello.

—Al grano.

—Si no puedo explicarle el fondo del asunto, no hay ningún grano que cosechar.

—Prosiga entonces.

—Como la mayoría de nuestra generación, estaba física y psíquicamente tocada.

—¿En qué sentido?

—Afectiva, emocionalmente. Se trata de un fenómeno muy generalizado, y cuando se da en una persona que carece de rasgos afectivos en su carácter constitucional, produce un resultado en consonancia.

—¿Es decir?

—Es decir, que padecía una carencia absoluta de sensualidad. Ningún interés por la vida sexual. ¿A qué cree usted que se debe la curva de natalidad que tenemos en el país?

—En todo caso, estaba casada.

—Lo estaba solo por razones prácticas.

Jensen guardó silencio.

—Pues bien, así era ella. Pero empezó a cambiar a últimos de septiembre y principios de octubre.

—¿De qué manera?

—Se mostraba más impetuosa, más espontánea. Parecía un tanto nerviosa.

—¿Eso es todo?

—No, no, qué va. Un día, a mediados de octubre, estábamos los tres trabajando en los locales de la agrupación. Lo recuerdo porque fue después de los graves disturbios del día 10, y estábamos discutiendo lo ocurrido. Sopesábamos la idea de suspender las manifestaciones momentáneamente.

—¿Por qué?

—La vida de varias personas corrió peligro durante la última manifestación. Fueron muchos los que resultaron heridos. A la mayoría de los asistentes les asustó la violencia desatada de la gente y la pasividad de la policía. La verdad es que solo nos manifestamos una vez más... —Se quedó en silencio, miró a Jensen y dijo en voz baja—: el 2 de noviembre.

—Dejémoslo para más tarde. ¿Qué pasó aquel día en los locales de la agrupación?

—Ella y yo trabajábamos con la fotocopidora mientras mi camarada arreglaba las banderas y banderolas rotas durante la última manifestación. Se nos acababa el papel, y él salió a buscar más. Ambos sabíamos que tardaría unos veinte minutos.

—¿Qué más?

—En cuanto mi amigo salió del local, ella entró en la otra habitación. En ese momento, yo no podía imaginar nada de lo que iba a ocurrir. Volvió casi al instante y se puso a mi lado. Yo no la vi hasta que ella me tiró del brazo. Se había quitado toda la ropa. Estaba completamente desnuda.

—Vaya. ¿Y qué pasó?

—Ella me miraba y yo la miré. Entonces dijo: «Fóllame. Vamos. Enseguida». Quería follar conmigo.

—Parece obvio. ¿Eso fue todo?

—¿Qué quiere que le cuente? ¿Qué aspecto tenía?

—Empecemos por eso.

—Su mirada era muy extraña. Por lo demás, todo parecía normal... Ya la había visto desnuda antes. En otras ocasiones, claro.

—¿En qué ocasiones?

—Bueno, en la sauna por ejemplo. Cuando nos bañábamos. En una ocasión, algunos de nosotros vivimos juntos en la misma habitación de un campamento de verano. En nuestro círculo carecíamos... de ciertos prejuicios. Ella era una mujer normal, de pequeños pechos redondos, pezones morenos y caderas bastante anchas. Siempre llevaba el coño sin depilar.

—Vigile su vocabulario.

—Bien, genitales, si así lo prefiere. Eso era lo más curioso. Sus órganos genitales. Parecían el doble de grandes de lo normal, abiertos, húmedos, el flujo incluso resbalaba por su entrepierna... Estaba ahí de pie, delante de mí, con las piernas separadas...

—¿Y usted cómo reaccionó?

—Lógicamente, le dije que se vistiera. Pero tuve que decírselo cinco veces, y solo se puso la camisa. Me cansé de aquella situación y me fui antes de que su marido volviera.

—¿Eso fue todo?

—Sí. Para mí fue más que suficiente. Su conducta fue completamente absurda e inusual.

—Quizá no tanto como usted cree.

—¿A qué se refiere?

Jensen no respondió. En vez de eso, preguntó:

—¿Qué pasó después?

—¿Con ella?

—No, en general.

—La situación iba de mal en peor. La gente estaba muy cabreada. Cuando suspendimos los mítines públicos, a la gente le dio por las embajadas de los países socialistas. La chusma asaltó una de las embajadas y le pegó fuego. La policía apenas intervino, pese a llevar armas de fuego. En el curso de unos pocos días, cerraron una decena de embajadas y consulados, y su personal fue repatriado.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Nada. Nos quedamos a la expectativa. Luego se dio la sorprendente noticia de la suspensión de las elecciones. Eso fue el 21 de octubre, una semana antes de los comicios.

—¿Cómo se anunció?

—Lo anunciaron la prensa, la radio y la televisión. El anuncio lo llevó a cabo un miembro del Gobierno. Si no recuerdo mal, el ministro del Interior. Dijo escuetamente que las elecciones habían sido suspendidas de momento, y que la gente debía volver al orden. Llamó a todo el mundo a la calma. Al mismo tiempo...

—¿Sí?

—Al mismo tiempo cesó todo acoso oficial contra nosotros, los socialistas. Nadie dijo ni escribió nada acerca de lo ocurrido y lo que iba a ocurrir. Fue como si todo hubiera pasado. De hecho, ni siquiera había empezado.

—¿Qué pasó el 2 de noviembre?

—Algo... inconcebible.

El hombre se llevó repentinamente las manos a los ojos. Pasaron dos minutos antes de que volviera a hablar.

—La noticia del aplazamiento de las elecciones se dio un lunes. El sábado siguiente, sin previo aviso, la policía empezó a arrestar gente. Muchos afiliados socialistas y simpatizantes fueron detenidos. Algunos se libraron o consiguieron escapar. Dos días después, se desató otra ola de detenciones. Ya estábamos más preparados, y la policía no pudo llevar a cabo tantas detenciones. Muchos dejaron la ciudad. Nosotros tres nos quedamos. Teníamos un escondite en un sótano que muy poca gente conocía, y allí conseguimos ocultarnos y librarnos de la redada que la policía hizo en los locales de nuestra agrupación. Al día siguiente, la situación dio un cambio brusco. El mismo ministro compareció por radio y televisión, y dijo que se había cometido una serie de graves errores. También dijo que la policía se había excedido, y que la gente en general había malinterpretado la situación.

—¿Qué más dijo?

—Que las detenciones eran ilegales, y que todos los arrestados por motivos políticos serían puestos en libertad de inmediato. Señaló que podía entender muy bien la actuación de la policía y la gente en general, motivada en todo momento por una legítima indignación nacional, pero que no podía tolerar las medidas que se habían adoptado.

—¿Y?

—Aquello olía a cuerno quemado, pero el hecho incontestable es que todos los detenidos por la policía fueron puestos en libertad el mismo día. Algunos de nuestros camaradas nos contaron que todos habían sido conducidos como

ganado a los inmensos sótanos de la nueva Clínica Central de Desintoxicación, que todavía estaba en obras. Aseguraban que allí fueron maltratados por policías y guardianes, y que luego, de pronto, los soltaron a todos.

El hombre seguía con las manos en los ojos, tapándose la cara. Ahora su voz era monótona y apagada.

—Al día siguiente, circuló un nuevo boletín del Gobierno. Esta vez no compareció ninguno de sus miembros. El comunicado venía a decir que el país se regía por un Estado democrático, y que todos tenían el derecho de manifestar abiertamente su ideología política sin temor a represalias. Afirmaba que las elecciones se celebrarían dentro de dos semanas, y que el Gobierno de coalición, como un hito de final de campaña, llamaba a todos los socialistas a participar en un mitin de masas el sábado de la misma semana, es decir, el 2 de noviembre. Incluso aseguraba que algunas unidades del ejército serían llamadas para responder del orden público en coordinación con la policía. Se garantizaba la integridad física de todo el mundo, y todas las organizaciones de izquierda radical y socialista recibieron en sus sedes invitaciones a participar. En ellas se indicaba el estadio olímpico como lugar del mitin. Allí podrían participar en un gran debate político los representantes del Gobierno y de todas las organizaciones ciudadanas. El bulevar que conducía al estadio había sido asignado para el recorrido de la manifestación socialista. Los militares y la policía lo cerrarían al tráfico rodado.

Jensen oyó algo y le indicó que guardara silencio, pero el hombre no pareció darse cuenta.

—Durante la tarde del jueves, ya empezaron a verse en la ciudad tanques y helicópteros militares. La práctica totalidad de las organizaciones socialistas habían aceptado las condiciones del mitin. Nosotros, como todos los demás, trabajábamos intensamente en los preparativos. Algunos camaradas venían de fuera. El viernes trascurrió en completa calma. Por la noche, dormimos en colchones unas pocas horas en los locales de la agrupación, yo, mi camarada, su mujer y unos cuantos más. Ella estaba cada vez más majareta. Apenas habíamos dormido más de una hora, cuando ella...

Jensen oyó el ruido de un motor que se acercaba. Antes de que el coche atravesara la entrada, ya sabía que se trataba del jeep. El hombre del sofá no pareció darse cuenta.

—... Pero bueno, qué más da. Los manifestantes empezamos a concentrarnos a las diez de la mañana, y la manifestación se puso en marcha a la hora indicada, a las once en punto, a lo largo del bulevar. Habíamos multiplicado por diez el número de participantes, aunque también era la primera la vez que desfilábamos junto con otras organizaciones. Las aceras estaban repletas de gente, pero nadie

profirió gritos ni nos abucheó. Entre los espectadores y la manifestación, mediaban cerradas filas de soldados y policías de uniforme. Los únicos vehículos que circulaban por el bulevar eran coches de policía y blindados del ejército. La manifestación avanzaba lentamente. Algunos empezaron a cantar. Por lo demás, todo parecía en calma. El día era frío y gris, con una pertinaz llovizna. Y entonces, cuando apenas habíamos recorrido medio trayecto, se lanzaron de repente sobre nosotros.

—¿Quiénes?

—Todos. Los soldados, los policías, los espectadores... Aullaban como fieras y disparaban. Al principio todo fue un caos. Yo creí que disparaban al aire para disolver la manifestación o para amedrentarnos, pero solo tardé unos segundos en entender que disparaban a matar y que habíamos caído en una gran emboscada que el Gobierno, presa del pánico, nos había tendido para deshacerse de una vez por todas de nosotros. La gente moría a nuestro alrededor, herida por los disparos o con las cabezas reventadas a golpes de culatazo. Los niños morían pisoteados. Era una auténtica carnicería, un caos inhumano. Quienes trataban de ponerse a salvo resbalaban en los charcos de sangre o eran derribados por los caballos de la policía. Nosotros tres permanecemos juntos. De alguna forma, aún no sé cómo, conseguimos encontrar un hueco entre la policía y las masas enloquecidas. Sin que nadie se percatara, logramos meternos en una calle transversal. Mientras corríamos, oímos disparos y gritos de socorro a nuestra espalda. Al echar un vistazo por encima del hombro, vi un helicóptero que se mantenía muy pegado a los tejados de los edificios y disparaba con sus ametralladoras. Nos ocultamos bajo un viaducto, y en cuanto oscureció nos dirigimos al sótano que nos servía de escondite. Durante todo ese tiempo, no dejamos de oír el ulular de los coches de policía y las ambulancias. Aquel sótano fue nuestra salvación. Decidimos permanecer allí. Eso fue lo que pasó el 2 de noviembre. La mayor masacre de la historia. Usted preguntó, y yo le he contestado.

—¿Y después?

—Permanecemos en el sótano. Ya no sé ni cuántos días estuvimos allí. Pero entonces la mujer de mi camarada se puso enferma. Deliraba, y decía que todo lo veía como a través de una niebla roja. Padecía síntomas de asfixia, y trataba constantemente de quitarse la ropa. Al ver que su estado se agravaba, entendimos que necesitaba ir al hospital. Echamos a suertes quién debía ocuparse de ella, y me tocó a mí. La subimos entre los dos a la calle, y luego la llevé al primer puesto de socorro. Era de noche. En el sótano no teníamos forma de saber cuándo era de día o de noche. La ambulancia tardó bastante en llegar, y el conductor ni siquiera quiso tocarla. Dijo que ella padecía una enfermedad

contagiosa, y que, teniendo en cuenta el avanzado estado de los síntomas, seguramente moriría muy pronto. Me dijo que la metiera en la ambulancia y que la acompañara, puesto que era muy probable que yo también estuviera contagiado, y por lo tanto debía quedar en cuarentena.

El hombre seguía con las manos en los ojos y hablaba con el mismo tono apagado de voz.

—Tenía razón, porque ella murió en la ambulancia. Cuando llegamos al hospital, le dijeron al conductor que transportara el cadáver a la Clínica Central de Desintoxicación. A mí, por el contrario, me ingresaron y me tumbaron en una camilla de ruedas que había en un pasillo. Me pusieron una inyección y me quedé traspuesto. Cuando desperté, dos hombres con batas blancas empujaban la camilla a lo largo de una interminable galería subterránea. Uno era muy alto, el otro muy bajo. El alto caminaba a grandes zancadas. El bajo trotaba. Tuve la impresión de que llevaban la camilla a una velocidad inaudita. Mantenían todo el tiempo una conversación entre susurros, de la que solo capté palabras sueltas que parecían totalmente incomprensibles. Cuando vi sus ojos, comprendí que estaban locos.

—Un momento... —dijo Jensen.

—... Creo que me pusieron otra inyección. Cuando volví a despertar, estaba tendido sobre una manta en el suelo, en una gran enfermería. No tenía piernas. Toda la sala estaba llena de lisiados como yo. Algunos parecían monstruos. Muchos yacían muertos. Los que seguían con vida gemían y se lamentaban. El hedor era insoportable. Oí a alguien que decía: «A este yo lo conozco». Vi que un hombre pelirrojo se inclinaba hacia mí. Supe enseguida quién era. Era el médico de la comisaría. Luego no recuerdo nada, hasta que desperté aquí y le vi a usted.

De pronto, se quedó callado e inmóvil, todavía con las manos en los ojos.

Jensen se volvió y vio al médico pelirrojo, completamente quieto y apoyado en la jamba de la puerta.

—¿Es cierto?

El médico le hizo una señal de advertencia levantando el índice, sacó una jeringa y una ampolla de plástico, preparó la inyección y se acercó rápidamente al sofá.

Jensen observó en silencio cómo le ponía la inyección al hombre del sofá, que se relajó enseguida.

El médico colocó bien las mantas y miró a Jensen.

—¿Qué iba a preguntarme?

—Le preguntaba si era cierto o no.

—Bueno —respondió el médico—. Sí y no.

—¿Qué quiere decir?

—Que todo lo que cuenta realmente ha ocurrido, pero que en parte malinterpreta los hechos.

El comisario Jensen estaba sentado a la mesa de su despacho. Acababa de apagar el magnetófono. El médico pelirrojo estaba junto a la ventana, mirando la nieve derretida.

—¿Es cierto o no es cierto?

—Es cierto, pero en parte malinterpretado —contestó sin dejar de mirar por la ventana.

—¿En qué medida?

—En gran medida. Lógicamente, usted mismo ya habrá deducido ciertas cosas a partir de lo que ya sabe.

—Sí.

—Usted entiende, por ejemplo, cuál era el mal que afectaba a esa mujer.

—Sí, la epidemia...

—La enfermedad. Y él encontraba su actitud y sus reacciones inconcebibles porque ignoraba que eran síntomas de la enfermedad.

—Ya.

—Lo interesante no es su conducta o el hecho de que muriera de la misma forma que la mujer que yace en el calabozo. Lo esencial es por qué le afectó la enfermedad.

—¿Puede usted dar respuesta a ese interrogante? —preguntó Jensen.

—No. Por desgracia. Al menos no por ahora. ¿Y usted ha averiguado ya el significado de ese código en clave? ¿Trampolín de acero?

—No.

—También es otro interrogante que espera respuesta.

El médico se dio la vuelta.

—Al igual que con la historia de la mujer, puedo matizar algún otro detalle. Es decir, lo que en realidad pasó durante la masacre del 2 de noviembre. Tengo una idea muy clara de lo ocurrido.

—¿Es errónea la versión del testigo?

—No. Él le ha contado exactamente lo que vio y oyó. Pero sus conclusiones no son correctas.

—¿No?

—No, no. Él percibió todo lo que sucedió aquel día como una carnicería organizada, como una trampa mortal de la que él y los otros dos pudieron librarse gracias a una serie de casualidades.

—¿Y no fue así?

—Sí, desde su punto de vista. Pero no deja de ser subjetivo. En realidad, fueron muchos los manifestantes que consiguieron ponerse a salvo aquel día. Miles, de hecho. Y la inmensa mayoría de ellos no se escondió en sótanos hasta que alguna patrulla de policía los descubriera, sino que salieron de la ciudad tan pronto como les fue posible para tratar de reorganizarse.

—¿Salieron de la ciudad?

—Sí, marcharon al campo. A los bosques.

—Como hizo usted...

—Como yo. Por otro lado, aquel... «ataque» tampoco estuvo tan bien organizado y realizado como él cree. A la luz de la reconstrucción que hemos hecho de los acontecimientos, la policía y los militares atacaron a grupos de ciudadanos de un modo totalmente desorganizado. En su celo por acabar con los manifestantes, policías y soldados dispararon en buena medida contra sí mismos y contra espectadores que nada tenían que ver. El tiroteo desde los helicópteros, por ejemplo, fue temerario e indiscriminado, y apenas afectó a nuestra gente, puesto que los manifestantes ya se habían disuelto y huían en todas las direcciones. En medio de aquel caos se produjeron, claro está, muchas bajas, pero no tantas como él sigue creyendo. El número de víctimas se repartió proporcionalmente entre los manifestantes, los atacantes y los espectadores que, escudados en la indiferencia policial, constituyeron involuntariamente la tercera parte de las bajas. No quiero decir con ello que la masacre no estuviera planeada. Seguro que lo estuvo...

—Pero no por el Gobierno... —completó Jensen.

—Vaya, veo que ya lo ha entendido.

—Aunque no por ello dejó de estar planeada. ¿Por quién?

—Creo que esa es una de las preguntas cuya respuesta esperan quienes le han encargado la investigación.

Ambos se quedaron callados, y el médico volvió a mirar por la ventana. Estaba completamente inmóvil, y parecía esperar algo que sabía que iba a pasar.

—Usted parece tranquilo —dijo Jensen.

—Sí, ya no es tan urgente. Lo peor, por así decirlo, ya ha pasado.

Miró su reloj.

—Quizá debería intentar contactar... —masculló para sus adentros.

Se volvió hacia Jensen y dijo:

—Acompáñeme.

Fueron a la centralita de radio. El médico conectó el aparato receptor y manipuló un rato interruptores y mandos. Al cabo dijo:

—Al parecer, aún no es la hora.

—¿Qué diablos está haciendo?

El médico pelirrojo no respondió. En vez de eso, sintonizó otra longitud de onda. Al cabo de unos segundos, oyeron la peculiar voz de aquella mujer.

—Coche cincuenta, adelante, coche cincuenta. Aquí la central, esta es una llamada a cualquiera de los coches que esté de servicio, contesten...

La siguiente réplica la dirigió a alguien que, al parecer, estaba a su lado.

—No contestan.

—No. Y nunca volverán a contestar —masculló el médico.

Giró el interruptor.

—Será mejor no gastar las baterías —dijo.

Salieron de la centralita. El inválido seguía en el sofá, aún inconsciente. Al entrar de nuevo en el despacho, Jensen se sentó en su silla:

—Le ruego que me responda unas cuantas preguntas.

—De eso nada —contestó el médico, que se sentó en el sillón de las visitas.

—Se las haré, de todas formas. La gente suele responder cuando yo pregunto.

—Usted se equivoca conmigo. Me refiero a que nada de esto tiene ningún sentido hasta que no consigamos responder a la pregunta fundamental: ¿qué significa «Trampolín de acero»?

Se quedó callado y miró pensativo a Jensen.

—Yo sé de uno que puede responder a todas nuestras preguntas.

—¿Quién?

—La persona que le encargó la investigación.

—¿Su excelencia?

—No, qué va, ese es solo un fantoche, la imagen que aparece en los carteles electorales.

—Entonces ¿quién? ¿El ministro?

—El mismo. Él sabe lo que nosotros no sabemos. Por otra parte, es mucho lo que nosotros sabemos que él no sabe. —Se quedó callado una vez más, y luego añadió—: ¿Cree usted que podríamos atraerlo hasta aquí?

—Me parece algo bastante difícil.

—Tal vez haya una manera.

—¿Cuál?

—Obligándolo a volver —dijo el médico sin más.

Se levantó y se dirigió a grandes zancadas a la centralita de radio. En esta ocasión, Jensen no lo siguió.

—Usted no me gusta, Jensen —dijo el médico.

Jensen no dijo nada.

—No es una cuestión personal. No me gusta porque es policía.

Iban en el asiento delantero del coche patrulla. Jensen había puesto la sirena, y conducía a gran velocidad por el desolado centro comercial de la ciudad.

—Puede mantener la velocidad durante todo el trayecto, han desaparecido todas las barreras y cordones policiales. ¿Podrá llegar al aeropuerto en noventa minutos?

—Sí.

—Entonces llegaremos al mismo tiempo que el avión que trae a nuestro amigo.

—¿Está seguro de que viene?

—Sí.

—¿Cómo lo consiguió?

—Muy sencillo. Se puso tan contento como sorprendido cuando vio aterrizar un avión de su maldito ejército del aire. Y más contento aún cuando supo que usted estaba en el avión. Luego los muchachos lo metieron en la cabina, y volvieron a despegar. Antes se solía decir que esa era la forma adecuada de conquistar una mujer: convencimiento, astucia y, en último término, violencia. Una especie de escalada.

Jensen condujo entre el palacio real y el Ministerio de Comunicaciones. Luego pasaron ante la sede de los partidos de la coalición y el Ministerio del Interior.

—Ahí dentro están las respuestas a nuestras preguntas —dijo el médico pelirrojo—. Pero de esta forma las obtendremos más rápido.

A la luz fría y gris del atardecer, parecían edificios gigantescos y sobredimensionados. Jensen se dirigió hacia el túnel en dirección sur.

—Está claro que la policía es necesaria, pero su modalidad de policía ha sido siempre una herramienta sumisa al servicio del capital y la gran burguesía. La policía está demasiado adoctrinada en esas ideas para poder ser reformada. Y lo

mismo ocurre con los militares. Aunque también las sociedades socialistas precisan de la policía y el ejército. Por eso las viejas organizaciones deben de ser liquidadas y ser sustituidas por otras nuevas. Y por eso no me gusta usted. Es solo una cuestión de principios, Jensen.

Se quedó en silencio unos instantes. El comisario no dijo nada.

—Cuando, por el motivo que sea, la modalidad reaccionaria del ejército y la policía deja de existir, surge lo que nosotros llamamos una «coyuntura revolucionaria». Alguien ha tenido ahora la amabilidad de liquidar al ejército y la policía. Seguro que fue de forma involuntaria, aunque las formas que adoptó el proceso fueron lamentables. Ni siquiera algunos de los nuestros, los que con mayor empeño y fanatismo hablaban de crear una situación revolucionaria, pueden sentirse especialmente satisfechos o entusiasmados.

De pronto, se quedó mirando a Jensen y le dio una palmadita en el hombro.

—Solo queda usted, Jensen. ¿Lo entiende? Solo queda usted.

—Ya.

—Este es, con toda probabilidad, su último momento de gloria. Y yo no quiero ensombrecerlo. ¿Hay algo que yo sepa que no haya entendido usted mismo?

Jensen no dijo nada.

—Pregunte si quiere. Al menos puedo confirmar algunas de sus suposiciones.

—¿Suposiciones?

—Llamémoslas conclusiones, si lo prefiere.

—En lo tocante a la enfermedad... —empezó a decir Jensen.

—Sí, diga.

—¿Provoca la muerte?

—Sí, inevitablemente.

—Pero ¿hay alguna forma de... prolongar la vida de los afectados?

—Sí.

—¿Transfusiones?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No se sabe. Pero no puede tratarse de un período muy largo.

—¿Han logrado ustedes determinar el proceso de la enfermedad desde un punto de vista médico?

—En principio sí. Abarca toda una serie de estadios.

—¿De qué estadios se trata?

—El primer síntoma es la disolución de todas las inhibiciones. Alteración cerebral en el sistema nervioso central. Una afección «estimulante», si lo prefiere.

—¿Mayor apetito sexual?

—Sí, pero más por el efecto que produce en la desinhibición que como estimulante central. Su efecto resulta más o menos espectacular sobre la represión emocional que supone cierto entorno social y educación. ¿Llegó a sus manos el informe confidencial sobre conductas sexuales que se elaboró años atrás?

—No.

—Fue sencillamente demoledor. La frecuencia de coitos entre cónyuges en edad activa era de una al mes. Solo el diez por ciento de todas las mujeres adultas había tenido orgasmos en alguna ocasión.

Se quedó callado unos instantes.

—El informe estuvo condicionado por las sospechas que suscitaba la decreciente natalidad. Parece que se contentaron con el resultado en función de la plausible explicación que daba a los datos de natalidad. Obviamente, nadie que ocupara un cargo de responsabilidad se puso a cuestionar el desinterés de la gente por hacer el amor y tener hijos. Y los que pensaron en ello recibieron el consejo de morderse la lengua.

Jensen miraba impasible a través de la ventanilla. Había puesto las luces del coche y el cono de luz se perdía en la desolación del túnel.

—¿Qué síntomas siguen? —preguntó.

—Nuevos desarreglos psíquicos. La agresividad se libera, se dispara, y la persona afectada golpea a quien quiere golpear, mata a quien quiere matar. Al mismo tiempo, va perdiéndose la objetividad: el juicio se embota. Uno se vuelve más impresionable, y también actúa de un modo más impulsivo. Surgen ciertas dificultades a la hora de cotejar hechos y hacer valoraciones justas, y se adoptan, en cambio, soluciones cada vez más radicales. Por poner un ejemplo, aunque sea simplificando, si uno es jugador de pingpong y quiere ganar, lo mejor es liquidar al contrincante.

—¿Y luego llegan los síntomas físicos?

—No, no, todo lo contrario. Creemos entender que la siguiente etapa supone un cierto equilibrio psíquico, una vuelta a la normalidad. El enfermo se siente bien y actúa como de costumbre. Recuerda lo sucedido, pero no siente ningún pesar por lo que eventualmente haya hecho durante el período de agresividad, ni tampoco se considera responsable de ello. En términos coloquiales, podríamos decir que se produce un vacío, pero es un vacío que forma parte del cuadro clínico.

—¿Cuánto dura ese estadio?

—Una semana. Dos a lo sumo.

—¿Y luego?

—Luego se desarrolla la última fase con gran rapidez. El primer síntoma es la debilidad. Después aparecen mareos y náuseas, y seguidamente incesantes dolores de cabeza. El enfermo se vuelve abúlico y apático. Lo ve todo como a través de una hirviente niebla roja. En último término, llega la sensación de asfixia y graves síntomas de claustrofobia. Luego se entra en un corto período de inconsciencia, y acto seguido el paciente muere.

—¿Por qué?

—Lo que ocurre desde un punto de vista clínico es un rápido incremento de los glóbulos blancos de la sangre, al mismo tiempo que desaparecen los glóbulos rojos. Uno podría imaginarse una especie de tumor flotante. El cuadro clínico es parecido al que se da en casos de leucemia, pero el proceso es más rápido.

—¿Y es irreparable desde el primer momento?

—Así es, al menos por lo que yo sé. No conozco ningún tipo de tratamiento que haya demostrado ser eficaz. Lo que no impide que pueda hallarse algún método capaz de interrumpir el proceso en su fase inicial.

Salieron del túnel. Los polígonos industriales de las afueras seguían abandonados a su suerte, pero había camiones y todoterrenos aparcados a ambos lados de la carretera. En torno a los vehículos, había grupos de hombres y mujeres armados. La mayoría llevaba chubasqueros azules o impermeables verdes. Los restos de las barreras que Jensen había visto permanecían desperdigados en los arcones de la carretera.

—¿Es gente suya? —preguntó el comisario sin apartar los ojos de la carretera. El médico asintió.

—Vamos a encontrar mucho tráfico en sentido contrario —dijo—. Pero no debe haber ningún obstáculo en la dirección que llevamos nosotros. Prosiga la marcha.

—Creo entender que la enfermedad tiene un estadio más —dijo Jensen—. Tras la muerte nominal.

—Así es. Pero en ese punto tengo que ser más hipotético. Se puede postergar el momento de la muerte con transfusiones de sangre. Durante un tiempo, al menos. Esas transfusiones tienen que hacerse a intervalos regulares. No solo mantienen al enfermo con vida, sino también en buena condición física. Pero lo dicho, solo durante cierto tiempo.

—Continúe —pidió Jensen.

—No impiden que la enfermedad entre con rapidez en la siguiente fase, lo que usted ha llamado acertadamente «estadio tras la muerte».

El médico guardó silencio. Jensen no dijo nada más, y se concentró en la conducción. De cuando en cuando se cruzaban con columnas de camiones en dirección a la ciudad. Hombres y mujeres cubiertos con impermeables verdes

iban apretujados en sus cajas y remolques. Todos estaban armados.

—¿De dónde han sacado todo ese material?

—Del extranjero. Hace ya algún tiempo.

Jensen se quedó callado.

—Supongo que todos los casos de enfermedad se dieron al mismo tiempo — comentó cuando estaban a unos cinco kilómetros del aeropuerto.

—Sí.

—Y que la infección avanza en unas once o doce semanas antes de que el paciente muera.

—Sí —contestó el médico.

Unos segundos después, añadió:

—No nos da muchas opciones, ¿verdad?

—No —dijo el comisario Jensen.

—¿Por qué le amputaron las piernas?

—Porque creían en sus propios postulados —repuso el médico pelirrojo.

—¿Le parece una explicación razonable?

—Hasta cierto punto, sí. Partieron de tres hipótesis erróneas. Para empezar, que un montón de personas, ellos mismos entre tantas, padecían la enfermedad. En segundo lugar, que la citada enfermedad era contagiosa. Y en tercer lugar, que podía ser curada.

El médico miró al comisario.

—Ellos mismos se mantenían con vida mediante continuas transfusiones, aunque sabían que se trataba de una inmunidad pasajera. Por ello experimentaron con varios métodos terapéuticos. Sabían que el hombre que había acompañado a la mujer al hospital había estado en estrecho contacto con ella, y partieron del supuesto de que él estaba contagiado.

—¿Trataron de curarlo?

—Sí. Aunque más bien lo utilizaron como conejillo de Indias. Le aplicaron algún tipo de tratamiento. Él fue un eslabón más en una larga cadena de experimentos.

—¿Sin mala intención?

—Exacto. Sin mala intención. Usted se expresa con gran concisión, Jensen.

Jensen lo miró y vio que tenía los ojos muy rojos, y que en sus párpados se acumulaba una leve secreción purulenta.

—Modélicamente conciso —precisó el médico, al tiempo que sacaba una colilla de su chaqueta—. Creo que todo lo sucedido fue instigado sin mala intención, siguiendo la llamada filosofía del consenso, a partir de la cual nadie pueda abrigar aviesas ideas ni intenciones malvadas. Nadie debe inquietarse o crisparse, nadie quiere dañar a alguien o a algo. Con esa doctrina, nos han aporreado la conciencia durante décadas. ¿Por qué iban a ser los médicos una excepción?

Jensen no respondió.

—Sin embargo, dejaron a un lado el hecho de que, si negaban los lados

negativos de la existencia, también convertían lo positivo en algo abstracto y ajeno a la realidad misma.

El médico encendió la colilla, dio una profunda calada y expulsó una bocanada de humo.

—Porque la sociedad del consenso también tenía, lógicamente, aspectos positivos. Aunque usted no los vio. ¿No es así, Jensen?

Jensen siguió sin decir nada.

—Hace tres meses, cuando usted hizo este mismo recorrido, sin duda sentía curiosidad por saber cómo era la muerte.

—No especialmente.

—¿Se preguntó si alguien le echaría de menos?

—¿Entraba la amputación en el tratamiento? —dijo Jensen por toda respuesta.

—Eso fue posterior —contestó el médico a secas—. Primero le aplicaron algún tipo de tratamiento profiláctico. Le inyectaron gas mostaza o algo similar.

—¿Gas mostaza?

—Sí, no es tan demencial como parece. Al menos hay una hipótesis médica razonable en el fondo, aunque sea un tanto rudimentaria. Cuando le realizaron la amputación, supuestamente fue para salvarle la vida, porque el tratamiento se fue al carajo. Fueron médicos quienes lo hicieron, y el trabajo de los médicos consiste en gran parte en prolongar la vida de los demás. Por otro lado, está claro que trataron de llevar a cabo una serie de experimentos, que normalmente llevan diez años o el tiempo de una vida, en menos de una semana.

—Están locos de remate.

—Totalmente. La lesión cerebral de la primera fase es irreparable. Aun así, operaron con una cierta lógica.

—Tienen que haber liquidado a miles de personas.

—Sí, seguramente más. Pero no antes de agotar las reservas de plasma sanguíneo. Entonces empezaron a hacer llamamientos, y luego redadas, como quien echa las redes al agua para atrapar donantes de sangre.

—¿Qué aspecto presenta el Hospital General?

—¿Qué cree usted? Un hospital descomunal, en el que cientos de médicos atienden a miles de enfermos mentales que necesitan dos transfusiones diarias para sobrevivir. Médicos que trabajan como..., sí, como locos para encontrar un remedio que cure la enfermedad que ellos mismos padecen y no entienden. Parapetados tras una fortaleza de sacos terreros y alambradas de acero que hicieron construir a los militares antes de dejarlos morir. Por cierto, ¿qué fue lo primero que le preguntaron los de la ambulancia cuando lo detuvieron esta mañana?

—Me preguntaron si estaba enfermo o sano.

—Exacto. En su desconcierto, han confundido los conceptos. Como tantos otros enfermos mentales, ellos se consideran sanos, y creen que todos los demás están enfermos.

El médico bajó la ventanilla y dejó que el aire frío ventilara el interior del coche.

—Si la gente nos hubiera escuchado... —dijo ausente.

—¿Qué han hechos con ellos?

—¿Con los de la ambulancia?

—Sí.

—Lo que usted mismo debería haber hecho esta mañana. Matarlos. En una hora, llenamos el hospital y matamos a los que quedaban.

Se encogió de hombros y arrojó por la ventanilla el resto de la colilla.

—Entonces, fueron ustedes los que se llevaron a los niños.

—Sí. Era lo único que podíamos hacer en ese momento.

Llegaron al recinto del aeropuerto, y el comisario se dirigió a la terminal y aparcó el coche en el mismo sitio donde lo había cogido dieciséis horas antes.

—Sabe una cosa, Jensen —dijo el médico—. Había gente que le echaba de menos.

—¿Por ejemplo?

—Yo.

—¿Ha estado usted en el Hospital General? —preguntó Jensen.

El médico pelirrojo meneó la cabeza.

—Solo en el exterior —contestó—. Es más que suficiente.

—¿Dónde encontró al hombre sin piernas?

—En la Clínica Central de Desintoxicación. Ayer dejaron de vigilarla. No tenían suficiente gente... —El médico hizo una breve pausa—. Quizá pueda imaginarse el ambiente que reina allí. Primero, se utilizó como cárcel. Luego, cuando los hospitales estuvieron abarrotados de muertos y moribundos, empezaron a incinerar cadáveres allí. Una medida razonable en sí misma, vista desde su óptica. Poco después, empezaron a enviar directamente allí a todos los que estaban a punto de morir. A excepción, claro está, de ciertas personas que pertenecían, por así decirlo, a la junta, y que tuvieron el privilegio de quedarse en el Hospital General y ser mantenidos con vida con transfusiones, mientras sus cerebros se eclipsaban.

—Pero ese hombre no padecía ninguna afección...

El médico se encogió de hombros.

—Al cabo de unos días, no pudieron seguir incinerando cadáveres porque los encargados de la cremación huían o morían ellos mismos. Aun así, continuaron enviando cadáveres allí en camiones militares. Esos transportes han continuado hasta esta misma mañana.

Jensen asintió.

—Ya, he visto alguno de esos camiones —dijo.

—Lo que usted vio no eran muertos a causa de la enfermedad, sino donantes de sangre forzosos que habían muerto en el Hospital General o en alguno de los puestos de socorro. Además, también se transportaban a la Clínica Central de Desintoxicación todos los casos que se consideraban desahuciados. Incluso a pacientes que, por el motivo que fuera, no servían ni para sacarles sangre. Nuestro hombre sin piernas pertenecía a esa categoría.

—¿Por qué no opuso resistencia la gente? —preguntó Jensen.

—Por no hacernos caso —contestó el médico—. Porque están idiotizados.

—Una simplificación —dijo Jensen.

El pelirrojo le lanzó una mirada fugaz.

—Sí, claro que es una simplificación. Algunas personas opusieron resistencia, muchos se ocultaron y otros se libraron de la forma que fuera. También debe tener en cuenta que contaban con la ayuda de soldados. Militares profesionales a los que mantuvieron con vida por tres motivos: para proteger el recinto del Hospital General, para establecer cordones y controles con los que frenar a los que huían de la ciudad, y para escoltar a los transportes de donantes de sangre. Sin embargo, nada de eso es suficiente para responder a su pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Su pregunta sobre el hecho de que la gente no opusiera resistencia. La respuesta está, en parte, en que el núcleo reaccionario de profesionales médicos de este país ha estado muy ocupado en edificar y mantener durante muchos años una autoridad médica arrogante, falsa y artificial, que les ha otorgado el derecho a tratar a los pacientes como les da la gana y la posibilidad de obtener escandalosos beneficios de prácticas privadas muy rentables, aunque oficialmente estuvieran ocupando cargos de importancia en los hospitales públicos.

Jensen no dijo nada.

—Un sistema que no solo ha aceptado el Gobierno, sino que también ha estimulado activamente. Los médicos podían pasearse entre la gente como si se tratara de dioses altamente retribuidos que gobiernan sobre la vida y la muerte. Oficialmente, habían estado a cargo de los departamentos y administraciones de los hospitales públicos. Sin embargo, mientras los pacientes pasaban horas y días en las atiborradas salas de espera de los hospitales, para ser tratados al cabo por algún médico en prácticas o cualquier otro subalterno, ellos dedicaban su tiempo a pacientes privados dispuestos a pagar por una atención sanitaria que a menudo ni necesitaban.

Miró a Jensen fijamente, pensativo.

—Los médicos se han convertido de ese modo en un símbolo omnipresente de supremacía generalizada. Al igual que el Gobierno y las autoridades, se han convertido en un poder cada vez más abstracto, alejado e incomprensible, que se descuelga graciosamente sobre la ciudadanía con sus tablas de la ley como si fueran un maná del cielo. Tablas garabateadas con normas y decretos que a menudo resultan obvios o absurdos, y que al cabo hacen que el individuo se sienta incapaz y dude de su propio juicio. Ahí tiene usted, creo yo, la respuesta a su pregunta. Por qué fueron tan pocos los que ofrecieron algún tipo de resistencia.

Se habían situado junto a la ventana de una de las salas de la segunda planta

del edificio del aeropuerto. En las pistas, había ahora una gran actividad. Los últimos vehículos y remolques utilizados para bloquear las maniobras de despegue y aterrizaje eran retirados, y un par de helicópteros y unas cuantas avionetas se disponían a despegar.

En las puertas de embarque, había grupos de gente ataviada con impermeables verdes. Bajo la ventana había dos mujeres y un hombre. Iban armados y llevaban cartucheras en bandolera. Jensen reparó en que estaban fumando y charlando entre ellos. Parecían hablar en voz baja, y sus rostros eran tristes y circunspectos.

—Todo eso condujo a que muchos estudiantes de medicina y algunos médicos, jóvenes la mayoría, se fueran convirtiendo poco a poco en socialistas. A menudo obtenían empleo en comisarías de policía o instituciones de atención social. En parte por razones de conciencia y compromiso comunitario, pero en gran medida porque se veían sistemáticamente marginados y excluidos de puestos y empleos más lucrativos.

El médico secó el vaho del cristal de la ventana. El aeropuerto estaba envuelto en una neblina gris y caían copos de nieve. Pronto oscurecería.

—Los elementos más reaccionarios y consolidados de la profesión médica, la inmensa mayoría, por otro lado, nos veían con desagrado, y lógicamente no dejaban pasar la ocasión de poner sus sospechas y observaciones en conocimiento del Gobierno, que a su vez remitía los datos a la policía política.

—Servicio de Seguridad.

—Bueno, como quiera que se llame. De ahí la oleada de arrestos que se produjo cuando estaba usted a punto de viajar.

—Ya sé que usted se libró. Pero ¿y los que no lo consiguieron?

—Se los condujo a la Clínica Central de Desintoxicación, donde al principio fueron amablemente tratados. No se practicaban interrogatorios ni parecían llevarse a cabo pesquisas de ninguna clase. Pero los guardianes se comportaron cada vez con mayor brutalidad, y después del 2 de noviembre empezaron las ejecuciones, al parecer sin órdenes previas y por propia iniciativa. Entonces, muchos de mis colegas se amotinaron y escaparon. Pudieron hacerlo más de la mitad, aprovechando el caos que se produjo. Abandonaron la ciudad sin más, y desaparecieron de sus barrios...

La ventisca iba cobrando fuerza, y el médico pelirrojo dejó que su mirada se perdiera en el lindero del bosque, más allá del aeropuerto.

—Supongo que la fama de la Clínica Central de Desintoxicación dejará mucho que desear tras lo ocurrido —dijo el médico.

—Sí, es lo más probable.

—Seguramente tendremos que volarla por los aires y pasar luego las apisonadoras. Después habrá que esparcir cal viva.

—Los médicos tampoco van a ser muy populares... —añadió Jensen.

El médico rio con amargura.

—Es cierto —confirmó—. Más aún tras este período de terror. Imagínese la élite de hombres y mujeres del país recorriendo toda la ciudad en ambulancias con las sirenas puestas. Como auténticos hombres lobos o más bien vampiros, sanguijuelas en su sentido más literal. Impusieron una semana de terror excepcional en esta ciudad.

—¿Cuántos habrán muerto en sus manos?

—Muchos. Pero no tantos como puede parecer. Solo tuvieron tiempo de hacer redadas puntuales en determinados barrios. Y ni siquiera pudieron llevarse a toda la gente.

—¿Por qué no intervinieron ustedes antes?

—Nuestros recursos eran insuficientes. Nos llevó cierto tiempo reunir y organizar a los grupos dispersados, a pesar de las disposiciones que habíamos realizado a lo largo de los últimos años. Y además, no estábamos psicológicamente preparados para esto. ¿Quién diablos podía esperarse que todo el cuerpo de policía y todo el aparato militar fuesen a sucumbir en el curso de una semana?

La iluminación eléctrica parpadeó y finalmente acabó apagándose. Poco después, volvió a encenderse.

—Así tiene que ser —masculló el médico—. Ya empieza a funcionar todo.

Pareció contemplar la tormenta con más atención.

—Por cierto, ahí llega nuestro invitado.

Un avión militar con ala delta apareció por encima del lindero del bosque. Aterrizó en una pista bastante alejada, y desplegó el paracaídas de frenado.

—Una pregunta más, Jensen —dijo el pelirrojo—. ¿Quiere que esté presente como testigo del interrogatorio?

—Quédese si lo desea —contestó el comisario.

El ministro llegó escoltado por una mujer esbelta y morena que llevaba una metralleta en las manos y una estrella roja en la guerrera, encima del pecho. Parecía tener unos veinticinco años. Cuando ella abrió la puerta, el ministro iba diciendo:

—¿Qué banderas son esas que ondean en el tejado?

—¿Es usted daltónico? —repuso la joven. Luego empujó al ministro hacia el interior de la sala—. Yo me quedo aquí fuera —añadió cerrando la puerta tras él.

El ministro miró desconcertado a su alrededor, aunque seguía pareciendo el mismo de antes, altivo y arrogante, con aquellos ojos rasgados y aquellos rasgos un tanto afeminados. Vestía un discreto traje gris de lana. Muchos encontraban agradable su aspecto, y sin embargo no había aparecido nunca en los carteles electorales. La mayor autoridad y el aspecto más corriente de Su Excelencia constituían, según se consideraba, un mejor símbolo de seguridad y bienestar.

El ministro había aprovechado el aparato del partido socialdemócrata como trampolín para una meteórica carrera dentro de la administración del Consenso.

—Me han secuestrado en territorio extranj... —Se interrumpió cuando vio al comisario—. ¿Jensen? ¿Ha sido usted el instigador de mi secuestro? En tal caso...

—No, no he sido yo —repuso Jensen—. Tenga la bondad de sentarse.

El ministro se sentó sin decir nada más. Aún parecía desconcertado, aunque su expresión se había relajado. Era obvio que, a pesar de todo, tomaba la presencia de Jensen como una señal de que nada grave iba a ocurrirle. El hecho de que se hallara ante una persona acostumbrada a recibir órdenes y a quien él, probablemente, podría exigir respeto, pareció reforzar su autoestima.

Jensen estaba de pie, tras un pequeño escritorio, cuando el ministro entró. Ahora tomó asiento y sacó su lápiz y libreta. Miró impasible al visitante.

El ministro echó una mirada airada al médico pelirrojo, que se mantenía en silencio e inmóvil al lado de la ventana.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—El médico de mi comisaría.

—Ah, vaya. ¿Ha sido atajada la epidemia?

—Sí, ya ha acabado.

—¿No existe riesgo de contagio?

—No.

El ministro suspiró aliviado.

—Perfecto —dijo. Luego pareció recordar el atropello de que había sido objeto, y un brillo amenazador asomó en sus ojos azules de porcelana—. ¿Quién ha dado la orden de secuestrarme? ¿Cómo es posible que...?

Jensen no le permitió acabar la frase:

—Habida cuenta de que viene de un país que oficialmente no existe para nosotros, no es necesario que nos atengamos a las mínimas normas de cortesía.

Su rostro no parecía expresar ningún sentimiento.

El ministro lo miró con suspicacia, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—La última vez que nos vimos, hace poco menos de veinticuatro horas, acepté el encargo de esclarecer la situación que se vive aquí e investigar el contexto de las causas que han conducido a su aparición.

—Sí, pero, si no hay epidemia, ya no hay nada que investigar. ¿Qué clase de mascarada hay ahí fuera?

Jensen hojeó la libreta sin inmutarse.

—¿Quién era la joven de la metralleta? ¡No estaría cargada!

—Por desgracia, la investigación no ha concluido —dijo Jensen—. Tengo que hacerle una pregunta.

—¿A mí? ¿Acaso piensa interrogarme?

—Sí.

—¿Se ha vuelto usted loco, Jensen? Si ha llegado a alguna conclusión, presente su informe. Y ocúpese luego de llevarme al ministerio tan pronto como sea posible. Por cierto, puede informarme de todo en el coche.

El ministro se levantó con rapidez.

—¿Es cierto que la epidemia está atajada, que no existe ningún riesgo de contagio?

—Sí.

—Entonces vamos, no se quede ahí como una estatua.

—No me parece sensato que trate de salir de esta sala, es por su segu...

—¿De qué me está hablando? ¡Vamos, dese prisa, quiero salir de aquí!

—No es seguro.

—Pero hay ejército y policía. ¡Deme un teléfono!

—Los teléfonos no funcionan. Ni tampoco le servirían de mucho si funcionasen. Y por el momento, tanto la policía como los militares están fuera de juego.

—¿Fuera de juego? ¿De qué coño me está hablando?

El ministro miró al comisario con desdén.

—Hay que joderse, mira que encargar esta misión a un policía —masculló entre dientes—. Desde el primer momento les dije que este hombre era un idiota... —Apenas parecía capaz de controlar su irritación—. Veamos, ¿qué ha puesto fuera de juego, como usted dice, a la policía y al ejército? ¿Una guerra? ¿Una invasión?

—La enfermedad —contestó Jensen.

—Pamplinas —dijo el ministro—. Además, el pueblo es leal al Gobierno, ¿acaso no se ha dado cuenta aún, idiota?

El médico se había desplazado de su sitio junto a la ventana. Se movió con sigilo ayudándose de sus botas de goma y, en un par de pasos, se situó en un punto a medio metro tras el hombre del elegante traje gris. Levantó el brazo derecho y lo golpeó fuertemente en la nuca con el dorso de la mano. El ministro cayó de bruces al suelo.

—¡Así de leal es el pueblo! —exclamó—. Levántese y mantenga el pico cerrado hasta que le pregunten.

Jensen lo miró con calma, un tanto disgustado.

—Eso ha sido especialmente innecesario. Si vuelve a repetirse, daré por acabado el interrogatorio.

El ministro, un tanto aturdido, se sentó de nuevo en la silla, frente a Jensen. Sacó un pañuelo blanco de seda, y empezó a limpiarse el hilo de sangre que le caía de la comisura de los labios. El médico pelirrojo había vuelto a su lugar, junto a la ventana.

—Unos breves datos —empezó a decir Jensen— para esbozar el fondo de la cuestión que quiero que responda.

El ministro miró de reojo hacia la ventana y asintió.

—Han muerto miles de personas a causa de una enfermedad que afectó a ciertas capas de la población. En realidad, hablar de epidemia es falso, ya que ha quedado demostrado que la enfermedad no es contagiosa.

El ministro frunció el ceño.

—La situación de caos que ha reinado en el país durante cierto tiempo, y sobre todo en la capital, se debe en parte a que una gran mayoría del personal de las fuerzas de seguridad del Estado ha enfermado y muerto.

El ministro había acabado de limpiarse la sangre, y volvió a guardar se el pañuelo en el bolsillo.

—Durante la última semana, el poder político ha estado en manos de un grupo de médicos y del personal sanitario que se había atrincherado en el Hospital General y alrededores. Al parecer, la práctica totalidad de ese personal se ha visto afectada por la citada enfermedad. Mientras intentaban dar con un tratamiento que los salvara, han sufrido un brote psicótico a causa de las lesiones cerebrales detectadas en la fase inicial de la enfermedad. Hace una semana, cuando los servicios básicos quedaron paralizados, ese grupo proclamó el estado de excepción.

El ministro clavó la mirada en el comisario y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—El principal método para mantenerse con vida utilizado por el grupo del Hospital General se basaba a menudo en repetidas transfusiones de sangre. Cuando las reservas de plasma sanguíneo se agotaron, esos hombres y mujeres empezaron a captar donantes de sangre a la fuerza, que eran conducidos a punta

de pistola al hospital, donde, sencillamente, les quitaban la vida. De esa forma falleció otra cantidad importante de personas. Por el momento, aún no sabemos a cuánto asciende el número de víctimas. El centro de la ciudad quedó acordonado al proclamarse el estado de excepción, y las personas que vivían allí fueron «evacuadas». Poco después, se proclamó el toque de queda en toda la ciudad y alrededores. La población ha vivido aterrorizada y sumida en el pánico general.

El ministro abrió la boca para decir algo, pero el comisario levantó la mano en el acto y lo detuvo.

—Solo una cosa más —dijo Jensen—. Se ha podido constatar que todos los afectados desarrollaron la enfermedad al mismo tiempo, lo que significa que debieron de infectarse también al mismo tiempo. Y eso ocurrió hace tres meses, es decir, entre agosto y septiembre.

—No es culpa mía —replicó el ministro.

—A la luz de lo expuesto, quiero que me responda a la siguiente pregunta.

El ministro se lo quedó mirando paralizado.

—¿Qué significa «Trampolín de acero»?

La sala quedó en silencio. Fuera empezaba a anochecer, y Jensen oyó voces a lo lejos y el zumbido del motor de un helicóptero que probablemente estaba aterrizando. Miró su reloj de pulsera, y esperó a que el segundero diera una vuelta. Y otra más. Luego levantó la vista y miró al hombre del traje gris.

—Lo ocurrido no es culpa mía... No es culpa nuestra. Si ha ocurrido algo, se trata de una desgracia, de un accidente...

Su voz era ronca e insegura.

—¿Qué significa «Trampolín de acero»? —repitió Jensen impertérrito.

—¿Pue... pueden darme algo de beber?

—No —dijo el médico desde la ventana—. No funciona el suministro de agua corriente.

—¿Quiere hacer el favor de responder a mi pregunta? —insistió Jensen.

—Trampolín de acero...

—Sí.

—Era un código en clave para una acción que formaba parte de la campaña electoral de los partidos de la coalición.

—¿Quién era el responsable de esa acción?

—La directiva de la campaña electoral.

—¿Formaba usted parte de esa directiva?

—Sí.

—¿En qué consistía esa acción?

—En una campaña propagandística basada en la lealtad, orientada a estimular el interés político de la ciudadanía ante las elecciones.

—¿De qué formas se llevó a cabo?

—Oiga, Jensen, ¿qué tiene esto que ver? Si algo ha salido mal, ni yo, ni mi partido ni el conjunto del Gobierno de coalición acabaremos convertidos en chivos expiatorios...

—Limítese a los hechos.

—Con mucho gusto. No tengo nada que ocultar. Un hecho, por ejemplo, es que fueron varias las instituciones del Estado que participaron en el desarrollo de la campaña electoral y cargaron con la responsabilidad de su diseño en diferentes etapas.

—¿El Servicio de Seguridad, por ejemplo?

El ministro volvió a mirar de reojo hacia la ventana. Unos segundos después, dijo:

—El Servicio de Seguridad tuvo muy poco que ver con la acción en su totalidad. Es posible que estuviese implicado en algún detalle aislado, durante los trabajos preparativos. Pero cuando habla del Servicio de Seguridad está usted rozando asuntos de extrema naturaleza confidencial.

—Ya no. Todavía no me ha dicho de qué forma se llevó a cabo la campaña.

—Fue todo muy sencillo. Se enviaron cartas para que la gente firmara su testimonio de lealtad. Usted mismo tuvo que recibir una.

—Sí. Es cierto. Una cartulina blanca con una pegatina azul.

—Efectivamente. ¿Por qué me pregunta, entonces, cosas que ya sabe? Por cierto, ¿envió usted la carta?

—Sí.

—¿Pegó la pegatina?

—Sí —contestó Jensen.

El ministro miró a Jensen con gesto inquisitivo.

—¿De qué carajo trata todo este asunto? —preguntó.

—¿Quién fabricó la cartulina?

—Nuestro mayor consorcio privado de prensa, papel y artes gráficas.

—¿Y el sobre?

—El mismo consorcio. Usted lo conoce bien. ¿Quién si no?

—¿Quién fabricó la pegatina?

—La imprenta del banco nacional.

—¿Y quién realizó el engomado?

Esta vez el silencio fue más largo. Jensen podía oír perfectamente las idas y venidas de la joven de la metralleta en el pasillo. A veces golpeaba la culata contra la pared, y se oía un ligero traqueteo. El médico se irguió. Jensen le dirigió una rápida mirada inexpresiva. Luego repitió la pregunta.

—¿Quién realizó el engomado?

—El Instituto de Investigación Militar... —contestó por fin el ministro en voz baja.

Miró compungido a Jensen.

—No, no es posible... —dijo el médico.

Miró fijamente al ministro. Luego se recompuso y salió a toda prisa de la sala.

El ministro miró sobrecogido a Jensen.

—No —susurró—. Por Dios, no se lo permita...

El comisario permanecía impassible. En el pasillo, el médico abrió la puerta de los aseos de al lado. Poco después, lo oyeron vomitar.

La pared era muy delgada y estaba mal aislada. Todo el edificio del aeropuerto era una chapuza de escándalo. Su construcción había sido asignada a un empresario privado, cuando el actual ministro de Educación era funcionario de la Dirección General de Obras Públicas.

Las cañerías gruñeron en un largo gorgoteo.

—Disculpen la interrupción —dijo el médico cuando entró de nuevo en la sala —, pero considero importante aclarar algunos detalles. En parte porque nos ahorrarán tiempo, pero también porque me parece lo más honesto.

Jensen asintió.

—Entiendo.

El médico volvió a dirigirse al ministro, lo miró fijamente y preguntó:

—¿Ha entendido cuál es su situación?

—En calidad de político profesional, he tenido que aprender a calibrar y valorar muchas situaciones como esta.

En su voz persistía un tono bravucón y arrogante.

—Pues quizá no aprenda con mucha facilidad. Por lo que veo, no ha entendido nada desde que llegó aquí, y por supuesto no tiene ni idea de la situación en que se encuentra usted. Permítame, por tanto, aclarárselo un poco. Sus posibilidades de salir de aquí son extremadamente limitadas, tan ínfimas que parece improbable que ni siquiera vaya a salir de esta sala. Hace un rato estuve a punto de extralimitarme con usted. Y le aseguro que son muchos los que aquí tienen mucha menos paciencia que yo.

El ministro lanzó una mirada rápida y asustada a la joven del impermeable verde.

—Tiene miedo —dijo Jensen fríamente—. Ya ha demostrado usted sus intenciones, y no puedo ver que gane nada si sigue insistiendo en ello. Un testigo equilibrado psicológicamente es preferible a otro que se muestra atemorizado y se siente físicamente amenazado.

—Eso es lo que dice el manual de instrucciones de la policía —replicó el médico—. Usted, sin embargo, malinterpreta mis motivos. En lo fundamental, para mí no se trata de una técnica de interrogatorio, sino de una cuestión moral. Honestidad. Así como usted opera con herramientas de escritorio dignas de un museo, yo me atengo a ciertos valores éticos por muy arcaicos que parezcan. Tanto lo uno como lo otro pueden ser a veces de provecho.

Jensen omitió responder.

—¿Han acabado ya su disputa interna? —preguntó el ministro.

—Sí.

—En ese caso, puedo comunicarles que he entendido cabalmente el significado de sus palabras. Si no coopero y me muestran complaciente en todos los puntos, dejarán que me maten. O incluso me matará usted mismo.

—Más o menos... —dijo el médico.

—Para mí no deja de ser un argumento convincente. ¿Qué quieren saber?

El médico no dijo nada más. Asintió y volvió junto a la ventana.

Jensen examinó sus notas. Al cabo de un minuto más o menos, miró de nuevo al ministro:

—¿Afirma usted que el producto que se utilizó en el engomado se consideraba inofensivo?

—Así es. Si no fuera así, evidentemente no lo habríamos utilizado.

—¿Quién propuso que fuera utilizado?

—No yo, desde luego.

—¿Quién?

—Es una pregunta complicada. Exige ciertas aclaraciones.

Jensen le permitió que ordenara sus pensamientos durante treinta segundos. Finalmente, lo instó a proseguir:

—Tenga la bondad de facilitarnos esas aclaraciones.

—El Instituto de Investigación Militar era una empresa económicamente rentable. A lo largo de los años, sus expertos ensayaron con mucho éxito cierta cantidad de productos... en el área de la bioquímica, sobre todo. Dichos productos se patentaban en otros países, lo que aportaba a las arcas del Estado un importante flujo de capital exterior que beneficiaba a toda la sociedad.

—¿Eran productos destinados a uso militar?

—Casi siempre. Productos destinados, por ejemplo, a la destrucción de la cubierta vegetal y a la guerra bacteriológica.

—¿Bacteriológica?

—Sí, productos que no estaban directamente dirigidos a la exterminación humana, sino más bien a poner fuera de juego a tropas enemigas o a sectores recalcitrantes de la población. En nuestro país, claro está, no tenemos ninguna necesidad de utilizar esos medios, pero en otros lugares del mundo han sido de gran utilidad en la lucha contra el com...

Se interrumpió y dirigió la mirada hacia el hombre de la ventana.

—Continúe —dijo Jensen.

—Pero la guerra bacteriológica llevaba aparejados ciertos inconvenientes, y ya estaba claro, desde hacía unos años, que en los sectores más sólidos del mercado mundial había necesidad de un arma bioquímica que tuviera

exactamente el efecto que he indicado. Es decir, el efecto de poner fuera de juego a las fuerzas enemigas, anular su capacidad de defensa.

—¿Y?

—En el extranjero se realizaron algunos ensayos en ese sentido, pero el resultado no fue satisfactorio. Si bien es cierto que salieron algunos productos, todos se demostraron defectuosos en uno u otro aspecto. Alguno de ellos provocó incluso serios perjuicios, ya que los datos confidenciales sobre su existencia y fórmula trascendieron al dominio público, y se utilizó como droga. En alguna ocasión, tuvimos conocimiento de que el mismo fenómeno se había producido en nuestro país. Drogas con efectos psicotrópicos, que entraban de contrabando y eran usadas por los jóvenes depravados de entonces. ¿Se acuerda?

—Me acuerdo —dijo Jensen.

—El caso es que un grupo de científicos del Instituto de Investigación Militar, un avezado equipo de investigadores que con anterioridad habían conseguido resultados muy rentables en otras áreas, empezó a ocuparse del asunto. Sus actividades estaban rodeadas, lógicamente, del mayor secreto, una obvia exigencia de los intereses extranjeros que habían invertido grandes sumas de dinero en tales investigaciones.

—¿A quién debían dar cuenta del resultado?

—Además de a los inversores, a un comité especial dentro del Gobierno. Y en algunos casos, solo si era estrictamente necesario, al Servicio de Seguridad y al mando supremo del ejército.

—¿Era usted miembro de ese comité especial?

El ministro dudó.

—Sí —dijo al cabo—. Sería inútil negarlo.

—Prosiga.

—Por lo que pude entender, se trataba de lo siguiente. Intentaban dar con un producto que tuviera la capacidad de inmovilizar por un tiempo a los componentes individuales de, por ejemplo, ejércitos enemigos o grupos insurgentes. Las investigaciones, sin embargo, se alargaban sin conseguir éxitos, y nuestros clientes se fueron impacientando y presentaron, a través de canales diplomáticos, reiteradas demandas al comité especial del Gobierno. Exigían un informe sobre el estado de las investigaciones y los resultados conseguidos. Ello condujo a que el comité exigiese a su vez un informe similar del instituto. Hace un par de años, el jefe del equipo de investigadores envió un memorándum al comité.

Un altavoz empezó a sonar en algún lugar del edificio. El ministro permaneció atento.

—Es la radio —dijo el médico lacónico—. Un momento histórico.

—¿Cuál era el contenido de ese informe?

—Para un profano, no dejaba de ser un auténtico galimatías. También era demoledor. Decía que las investigaciones seguían su curso normal, pero que..., bueno, en resumen, que no podían presentar ningún progreso, el presupuesto estaba agotado y exigían nuevas subvenciones para poder continuar.

—¿Eso era todo?

—No. Contenía una consideración adicional.

—¿Y?

—Nosotros lo consideramos un intento de subterfugio. Se decía que habían desarrollado la investigación según un programa antitético, y que ciertamente habían conseguido algunos productos derivados, uno de los cuales no había sido ensayado aún de forma definitiva. Tenía un código cifrado, y parecía prometedor. A nosotros nos pareció cualquier cosa excepto prometedor, puesto que era todo lo contrario de lo que los inversores esperaban con todo derecho.

—¿En qué sentido?

—El producto de marras tenía efectos estimulantes y aumentaban la agresividad. Creían poder aplicarlo muy pronto a usos militares. Soldados extenuados por la guerra serían más agresivos y precisos en el uso de sus armas, y estarían más dispuestos al combate. Además, serían psíquicamente más estables. Sin embargo, por entonces presentaba aún inquietantes efectos secundarios. Producía una forma de resaca que recordaba la producida por el efecto del alcohol. Por otro lado, tenía un efecto de desinhibición que se manifestaba, sobre todo, en la conducta sexual. Creían poder eliminar esos efectos secundarios dentro de un tiempo prudente. El preparado se llamaba D₅H.

El ministro calló y pareció pensar. Luego añadió:

—Ese fue, en síntesis, el contenido del informe. Nosotros lo remitimos a nuestros clientes, quienes respondieron que, a la luz de los magros resultados, no podían invertir más capital.

—¿Y con respecto al llamado D₅H?

—En ese punto su respuesta fue de total rechazo. Dijeron que ya tenían problemas de sobra con alcohólicos y alborotadores, por no hablar de la drogadicción y la promiscuidad.

—¿Cómo reaccionó el comité?

—Solo cabía una reacción. El Instituto de Investigación Militar no es en sí ningún centro de investigación. Suspendimos inmediatamente todo el proyecto, y transferimos al personal implicado a ocupaciones más... lucrativas. Con posterioridad, no volvimos a oír más del tema, hasta dos meses después.

Tosió y se llevó la mano a la boca.

—La persona que descubrió el D₅H nos comunicó entonces que había culminado, por iniciativa propia y con la asistencia de una ayudante, su trabajo de investigación. Indicó también que el producto había sido probado en seres vivos. Fue invitado a comparecer ante el comité, y parecía muy entusiasmado.

—¿Qué significa D₅H?

—Resultaron ser las iniciales de su nombre. El cinco era un número de serie o algo por el estilo.

—Prosiga.

—Presentó el producto en forma de tableta. A su juicio, tenía un excelente efecto volitivo y resolutivo, despertaba el interés por el entorno del sujeto del estudio y depuraba su razonamiento.

—¿Cómo que depuraba su razonamiento?

—En la medida en que facilitaba la expresión de los sentimientos que el sujeto ya albergaba. Por poner un ejemplo, entrega, voluntad de victoria, lealtad, amor, en el supuesto de que esos afectos estuvieran dirigidos hacia determinadas personas o conceptos. Persistía, no obstante, un efecto secundario: el producto resultaba sexualmente estimulante. Pero eso no quería decir que incitara necesariamente a la promiscuidad, sino todo lo contrario, habida cuenta de sus efectos esencialmente agresivos. Todo ello según el inventor del producto, quien además tuvo la amabilidad de señalar que nuestra población tenía la necesidad, desde hacía ya tiempo, del uso de afrodisíacos, sobre todo si se tenían en cuenta los datos de la decreciente natalidad y el carácter subdesarrollado de nuestra sexualidad.

—En eso tenía razón —susurró el médico.

Jensen lo acalló con una mirada y dijo:

—Prosiga.

—El hombre solicitó permiso para administrar el D₅H a personas. Primero individualmente, y después con grupos.

—¿Y?

—Por lo que nos constaba, no había ningún motivo para denegarle la petición.

—¿Qué resultados obtuvo?

—Excelentes. El producto se administró primero a boxeadores en declive, que empezaron a ganar combates. Luego a deportistas de élite, y más tarde a equipos de fútbol; en todos los casos, se obtuvieron excelentes resultados. El producto, dosificado en tabletas, actuaba directa y puntualmente y mantenía el rendimiento prometido por su creador. El siguiente ensayo se llevó a cabo en gente dedicada al área política de nuestras organizaciones juveniles, y después en otras. Yo mismo la probé con motivo de un congreso. Su efecto era el requerido, y no eran

adictivas. Se podía experimentar una mejora inmediata que, por desgracia, era de naturaleza pasajera. Además, se constató que el estimulante efecto sexual afectaba, sobre todo, a las mujeres, más que a los hombres. De ese modo, el asunto estaba claro. El D₅H funcionaba, pero la dificultad radicaba en ver alguna posibilidad de emplearlo en la práctica. Sobre todo debido a sus efectos, tan rápidos y efímeros. Enviamos sendos mensajes al respecto al inventor y al instituto. En ningún caso se consideró la producción de tabletas a mayor escala, y menos aún sacarlas al mercado como medicamentos, ya que en manos inexpertas podrían provocar efectos nada deseables.

—¿Qué ocurrió después?

—El investigador y su ayudante solicitaron permiso para seguir trabajando. No habían abandonado la idea original de que el producto pudiera ser distribuido de forma que pudiera propalarse, como los productos bioquímicos, sin que la población fuese consciente de que estaba expuesta a su influjo. Además, se consideraban capacitados para prolongar los efectos del D₅H, de modo que permanecieran activos entre cuatro y seis semanas. Les permitimos seguir con su trabajo.

El ministro calló e intentó atrapar la mirada de Jensen. Al no conseguirlo, suspiró y dijo:

—Al inicio del verano, el investigador nos comunicó sucintamente que el D₅H estaba listo para ser utilizado. Fue convocado ante el comité para que expusiera el asunto con más detalle. Explicó que, en colaboración con su ayudante, había resuelto los distintos contratiempos iniciales. Los efectos del producto habían sido prolongados hasta seis semanas, a partir de las cuales cesaban. Al mismo tiempo había conseguido retardar su acción, de modo que sus efectos no se percibieran antes de dos o tres semanas. Y finalmente, había resuelto la cuestión de cómo hacerlo llegar a la población sin que esta fuera consciente. En este sentido, se había servido de ideas y resultados parciales conseguidos en el marco de la investigación original. Se trataba sencillamente de disolver D₅H en un pegamento que pudiese ser utilizado para el engomado de sellos. ¿Necesito decirle más?

—Sí —contestó Jensen.

—El investigador dijo que los costes de producción eran muy bajos. Podía fabricar con rapidez cantidades suficientes para engomar millones de sellos. No costaría más que el engomado estándar que se utilizaba para los sellos. Además, señaló que toda esa producción cabía en unas cuantas latas, y que el producto mostraría su incalculable valor cuando fuera necesario «avivar» a la población en una situación de crisis. También aseguró que el producto, contenido en

envases bien cerrados, podía almacenarse por tiempo indefinido.

El ministro apoyó la cabeza en las manos.

—Le hicimos el encargo de producir la cantidad suficiente para una emisión normal de sellos, de modo que pudiéramos almacenarlo. El primero de agosto, nos comunicó que el encargo había sido realizado con arreglo a las instrucciones. Le fue asignada una gratificación. Y con ello, no hay nada más que decir del papel del instituto en este asunto.

—Eso no responde a mi pregunta acerca del significado del término «Trampolín de acero» —dijo Jensen.

—Sí, claro que lo hace —replicó el ministro un tanto airado—. El comité responsable de la campaña denominada Trampolín de acero fue duramente presionado por ciertos elementos de la coalición. La participación electoral en las elecciones anteriores había caído por debajo del cincuenta por ciento, en realidad el cuarenta y seis y medio por ciento de todo el censo electoral. Esos datos no se hicieron públicos, pero tampoco podían ocultarse a todo el mundo. Las encuestas de opinión demostraron que la mayor parte de la abstención se producía entre las capas más bajas de los asalariados. El partido al que yo pertenecí en mis inicios era el componente más fuerte de la gran coalición en que se basó la política de consenso. Este partido, socialista y...

—¡No se le ocurra seguir mancillando esa palabra! —protestó airadamente el médico.

—... y democrático, había obtenido sus votos precisamente de esas capas de la población. El desafortunado desarrollo posterior hizo que algunos grupos de la coalición empezaran a cuestionar la representatividad de nuestro partido... O mejor dicho, de nuestro pretérito partido, en la presente administración.

—Podría decirse que ustedes actuaron en interés propio —dijo Jensen.

—No, de ningún modo. Algunos miembros del comité de campaña y yo trabajábamos con la vista puesta en el bien del pueblo. Conocíamos su lealtad, y sabíamos que apoyaba las políticas del Consenso y el bienestar social.

—Pero el cincuenta y tres y medio por ciento se abstuvo de votar.

—Eso no indica que no apoyaran sin reservas las políticas citadas.

—¿Ah, no? ¿Qué indica entonces?

—Que amplias capas de la población no consideraban necesario manifestar su lealtad al régimen. Los extraordinarios resultados de la práctica política y el alto nivel de vida alimentaban sus expectativas de seguridad.

—Pero ¿no fue precisamente la seguridad uno de los fundamentos del Consenso?

—Pues hay que joderse, ya podían haber acudido a las urnas una vez cada cuatro años, al menos —replicó el ministro molesto.

—Entonces, la abstención les irritaba...

—Claro que nos irritaba. Y aún nos irritaba más que elementos irresponsables de la extrema izquierda alterasen el orden público. Solo representaban un cinco, como mucho un seis por ciento de la población, pero no dejaban de incordiar con injustificadas manifestaciones y acciones de protesta. Se oponían a todo, lo censuraban todo, desde nuestra manera de envasar refrescos, el método más rentable del mundo, hasta nuestra política exterior, que nos había mantenido neutrales durante más de un siglo. Gracias a ella, no nos hemos inmiscuido en asuntos que no nos conciernen y que a menudo suceden en otras partes del mundo.

Había hablado muy rápido y ahora jadeaba. Se detuvo para recuperar el aliento.

—El noventa por ciento de la población comprendía que esos grupos irresponsables eran de lo más ingenuos e infantiles, con su ridícula cháchara sobre el tercer mundo, el imperialismo y la conciencia internacional. Yo mismo lo había dicho muchas veces en cada campaña electoral. Además, promulgaban una revolución que ya habíamos realizado nosotros, hacía años, de un plumazo. Y aun así, a pesar de todo, a la gente aquello no parecía preocuparle, y nunca condenaba sus acciones. Se les permitió atraer a jóvenes que no sabían más que creer en doctrinas pueriles acuñadas por estúpidos extranjeros. Incluso se les permitió que hicieran mella en uno de los estamentos más importantes de la sociedad...

—¿Cuál?

—No el de la policía, no, ni mucho menos, sino el de los médicos. Muchos fueron atraídos a esos grupos radicales durante sus años de estudios. El sector leal al Gobierno estaba muy preocupado. Cuando descubrimos que esa labor de zapa proseguía sin que la población reaccionara, entendimos que debía hacerse algo de inmediato.

—¿Qué?

—Trampolín de acero. Lanzamos la operación Trampolín de acero, la gran campaña de lealtad que, de una vez por todas, debía unir y activar al pueblo contra esos fanáticos. Así conseguiríamos demostrar el carácter superfluo e irresponsable de todas las críticas dirigidas contra las políticas del Consenso y el bienestar social. Decidimos llevar a cabo la campaña a toda costa y con todos los medios.

—¿Fue el D₅H uno de esos medios?

—Sí.

La afirmación fue pronunciada casi en un susurro, pero acto seguido el

ministro volvió a elevar la voz:

—¡Por qué coño cree que estoy aquí desvelando secretos de Estado!

—Prosiga —dijo Jensen impassible.

—Lo recomendaron los médicos que formaban parte de la dirección de la campaña —dijo resignadamente el ministro—. Ellos mismos habían probado y analizado el producto. Al igual que el descubridor, garantizaron que no era dañino mientras no se distribuyera entre pequeños grupos de gente perversa. La decisión fue unánime.

—¿Y cómo se llevó a cabo?

—Lo aplicamos al engomado del emblema de la campaña. ¿Acaso no lo ha deducido usted mismo?

Jensen no dijo nada.

—Decidimos ponerlo a prueba en primer término entre ciertos estamentos leales.

—¿Como cuáles?

—Militares profesionales, policía, médicos no sospechosos, grupos del electorado, aduanas, organizaciones juveniles adeptas y funcionarios de los ministerios. Para observar su efecto, decidimos coordinar el período activo del producto con una intensa campaña de propaganda dirigida contra los enemigos de la sociedad.

—¿Qué otras medidas se tomaron?

—El general médico exigió que, mientras se llevara a cabo la campaña, fueran arrestados e incomunicados todos los médicos y estudiantes de medicina fichados en los archivos del Servicio de Seguridad.

—¿Y eso por qué?

—Se consideró el riesgo de que alguien o algunos, con suficientes conocimientos científicos para analizar la sustancia y armar un escándalo, pudieran hacerse con algunos de los sobres de campaña. Si transcendía la verdad del D₅H, podría ponerse en riesgo la segunda fase de la campaña.

—¿Qué segunda fase?

—Estaba previsto distribuir la sustancia en forma de cupones de rebajas entre todos los trabajadores de salarios más bajos. Esta fase iba a empezar una semana antes de las elecciones. En ese punto, debería culminar la propaganda convencional de prensa, radio y televisión. Las experiencias y resultados de la primera fase debían servir de base para la configuración final de la apuesta decisiva...

Hizo una breve pausa, y añadió:

—Según nuestros cálculos estadísticos, la participación sería del noventa y

cinco por ciento. ¡Más del noventa por ciento del electorado votaría por la política del Consenso! La oposición sería acallada para siempre.

El ministro miró a Jensen con gesto suplicante.

—Como usted comprenderá, lo hicimos por el interés del pueblo, sin ninguna mala intención...

—Por lo visto, sus cálculos fueron erróneos —dijo Jensen.

—En cierto modo. Ahora, tras lo ocurrido, no es difícil ver cierta correlación de causa-efecto. Cinco días después del envío de la declaración de lealtad, el investigador que había descubierto el D₅H murió. De leucemia. Tenía unos setenta años, y no hallamos motivos de alarma.

—¿No?

—No. Para honrar su contribución a la ciencia, nos ocupamos de que tuviera un entierro de Estado. Yo mismo acompañé el cortejo fúnebre.

—¿Cuándo se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo?

—Por lo que a mí respecta, no lo he entendido hasta hoy mismo. Al principio, todo parecía muy prometedor. Pero a mediados de octubre empezamos a perder el control de la situación. Las reacciones fueron mucho más violentas de lo que habíamos pensado. La campaña degeneró. En una semana, en la ciudad se cometieron los mismos asesinatos y homicidios que en los cinco años precedentes. El jefe de la policía dio incluso la orden de no consignar en el diario los delitos de violencia. Después, descubrimos que ni la policía ni los militares obedecían órdenes. O mejor dicho, no cumplían nuestras órdenes. Al parecer, recibían instrucciones directamente del Ministerio de Justicia. Cuando tratamos de dar con la ayudante del inventor del producto, resultó que había destruido todas las anotaciones y fórmulas y todas las reservas disponibles de D₅H. Y luego... ¡se suicidó! El 21 de octubre, nos vimos obligados a aplazar las elecciones. Yo mismo hice público el comunicado. Cinco días más tarde, nos enteramos de que los guardias habían ejecutado a los médicos encarcelados, aún no sabemos si lo hicieron por su cuenta y riesgo o siguiendo órdenes del Servicio de Seguridad. El 30 de octubre, la situación se volvió totalmente insostenible, el regente y la mayoría de los altos funcionarios abandonaron discretamente el país o se retiraron a sus apartadas fincas del campo. La calma se recuperó después de los disturbios del 2 de noviembre. Yo mismo, al igual que otros cargos públicos con puestos de responsabilidad, volví dos días después. Pusimos en marcha una investigación que nunca pudo llevarse a cabo, porque se declaró la epidemia. Obviamente, en ese momento no entendimos la relación de causa-efecto. El resto lo conoce usted mejor que yo.

—¿No hubo ningún miembro del Gobierno o del comité de la campaña

electoral que lamiese el sello?

—Solo el general médico... Y con propósito de estudio.

El ministro volvió a mirar a Jensen con gesto suplicante y añadió:

—Uno no se envía a sí mismo declaraciones de lealtad.

—Es cierto.

—Nada se hizo con mala intención, nadie podía imaginar que...

El ministro se quedó callado, y Jensen no dijo nada.

El coche que llevaba al ministro, escoltado por guardias armados, se alejó del aeropuerto. Cerca de la entrada del edificio de la terminal, a unos metros de las cabinas telefónicas, quedaba un haz de luz. Jensen miró su reloj de pulsera. Habían pasado veinticuatro horas exactas desde que estuvo allí por primera vez.

—¿Qué piensa usted hacer con él?

—No es asunto mío —contestó el médico encogiéndose de hombros.

—Apenas puede inculparsele delito alguno.

—El capitalismo es delictivo en sí mismo. Pero es un tigre de papel. Basta con echar un puñado de arena a la maquinaria para que no tenga a quien acogerse. A la gente le es indiferente. Más allá de su estrecha formación profesional, nada saben ni nada entienden. Y esa enajenación les impide establecer una relación.

—Hace apenas unos días vi un camello —dijo Jensen.

—¿De veras?

—Sí.

La temperatura había bajado unos grados, y estaba nevando.

—Tendremos que aprender a curar la leucemia —dijo el médico.

—¿Y usted va a socializar a nuestro país?

—De eso no le quepa la menor duda, Jensen, puede jurarlo. Y no va a ser fácil. Vamos a tener que pensar muchas malas ideas.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:
www.serienegra.es

Table of Contents

[Nota editorial](#)

[Asesinato en la planta 31](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[El trampolín de acero](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28